

P. D.  
*Todavía  
te  
quiero*

JENNY  
HAN



CROSS  
BOOKS

# Índice

Portada

Dedicatoria

Citas

Querido Peter...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Cita

Agradecimientos

Otros títulos de la autora que te pueden

interesar

Créditos

Te damos las gracias por adquirir  
este **EBOOK**

Visita **[Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com)** y  
descubre una nueva forma de  
disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas

Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

**Comparte tu opinión en la ficha del  
libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comp**



*Para Logan.  
Acabo de conocerte y ya te quiero*

Se alegraba de que la acogedora casa y  
de que papá y mamá  
y la luz del fuego y la música fueran  
ahora.

No podían olvidarse, pensó, porque  
ahora es ahora.

Nunca puede ser tiempo atrás.

Laura Ingalls Wilder, *La casa del  
bosque*

El tiempo es la distancia más larga entre  
dos puntos.

Tennessee Williams, *El zoo de cristal*

Querido Peter:

Te echo de menos. Han pasado solo cinco días, pero te echo de menos como si hubiesen sido cinco años. Quizá porque no sé si esto es el final, si tú y yo volveremos a hablar alguna vez. Bueno, estoy segura de que nos

saludaremos en clase de química, o por los pasillos, pero ¿volverá a ser como antes? Eso es lo que me entristece. Sentía que podía contarte cualquier cosa, y creo que tú sentías lo mismo. O eso espero.

Así que voy a decírtelo todo ahora mismo, mientras aún conservo el valor. Lo que ocurrió entre nosotros en el jacuzzi me asustó. Sé que para

ti no fue más que otro día en la vida de Peter, pero para mí significó mucho más, y eso es lo que me dio miedo. No solo lo que le iba diciendo la gente, sino el mero hecho de que sucediese. Lo fácil que fue, cuánto me gustó. Me asusté y lo pagué contigo, y lo siento mucho.

Siento no haberte defendido ante Josh en la fiesta. Debería haberlo hecho. Sé que te lo

debía. Te debía eso y más. Sigo sin creerme que vinieras y que llevaras las galletas de pastel de fruta. Por cierto, estabas muy guapo con tu suéter. No lo digo para halagarte. Lo digo en serio.

A veces me gustas tanto que no puedo soportarlo. Me llena por dentro hasta arriba del todo, y siento como si fuese a desbordarme. Me gustas tanto que no sé qué

hacer al respecto. El corazón me late a toda prisa cuando sé que volveré a verte. Y entonces, cuando me miras como me miras, me siento la chica más afortunada del mundo.

Las cosas que dijo Josh no eran ciertas. No sacas lo peor de mí. Todo lo contrario. Has sacado lo mejor. Me diste mi primera historia de amor, Peter. Por favor, no permitas



que termine.

Con amor,

Lara Jean

# 1

Kitty se ha pasado toda la mañana en plan quejica, y sospecho que tanto Margot como papá sufren sendas resacas de Nochevieja. ¿Y yo? Tengo corazoncitos en los ojos, como un emoticono, y una carta que se muere de ganas de salir de mi bolsillo.

Mientras nos ponemos los zapatos, Kitty aún intenta escaquearse de ponerse el *hanbok* para ir a casa de la tía Carrie y del tío Victor.

—¡Mira las mangas! ¡Me van muy

cortas!

—Se supone que son así —dice papá sin ponerle mucho empeño.

—Entonces, ¿cómo es que las tuyas van a la medida? —pregunta Kitty, y nos señala a Margot y a mí. Nuestra abuela nos compró estos vestidos tradicionales, los *hanboks*, la última vez que estuvo en Corea. El de Margot tiene una chaqueta amarilla y una falda verde manzana. El mío es fucsia con una chaqueta de blanco marfil y un lazo fucsia largo con flores bordadas por delante. La falda es voluminosa, abultada como una campana, y llega hasta el suelo. No como la de Kitty, que le llega a los tobillos.

—No tenemos la culpa de que

crezcas como una mala hierba —digo, y me retoco el lazo. El lazo es la parte más complicada de poner bien. Tuve que ver un vídeo de YouTube varias veces para enterarme de cómo hay que ponérselo, pero todavía parece triste y asimétrico.

—Mi falda también es demasiado corta —gruñe, mientras levanta los bajos.

La verdad es que a Kitty no le gusta nada llevar el *hanbok* porque te obliga a andar con delicadeza y a mantener la falda cerrada con una mano si no quieres que se te abra del todo.

—Todos los primos se lo pondrán, y la abuela se alegrará. Caso cerrado —

dice papá masajeándose las sienes.

En el coche, Kitty no para de repetir «Odio el Año Nuevo» y pone de mal humor a todo el mundo menos a mí. Margot ya está medio enfadada porque tuvo que levantarse al alba para llegar a tiempo de la cabaña de su amigo. Por no hablar de su posible resaca. Pero nada puede ponerme de mal humor, porque ni siquiera estoy en el coche. Estoy en un lugar completamente distinto, pensando en la carta que le he escrito a Peter, preguntándome si es suficientemente sincera, y cómo y cuándo se la daré, y qué dirá, y qué significará. ¿Debería dejarla en su buzón? ¿En su taquilla? Cuando nos veamos, ¿sonreirá? ¿Bromeará para relajar el ambiente?

¿Acaso fingiré no haberla visto para ahorrarnos el mal trago a ambos? Eso sería lo peor. Tengo que recordarme que, a pesar de todo, Peter es amable y sencillo, y no será cruel. De eso estoy segura.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Kitty.

Apenas la escucho.

—¿Hola?

Cierro los ojos y me hago la dormida, y lo único que veo es la cara de Peter. No sé qué quiero exactamente de él, ni para qué estoy lista, ni si es una auténtica relación novio-novia, o amor, o lo que había antes entre nosotros, simple diversión y algunos besos aquí y

allá, o algún término medio, pero lo que sí sé es que no puedo quitarme su cara de chico guapo de la cabeza. Su forma de sonreír cuando pronuncia mi nombre, y que a veces se me olvida respirar cuando lo tengo cerca.

Cuando llegamos a casa de la tía Carrie y del tío Victor, ninguno de los otros primos lleva *hanbok*. Kitty casi se pone morada por lo mucho que le cuesta no chillarle a papá. Margot y yo también lo miramos de reojo. Pasarse todo el día sentada con un *hanbok* no es lo que se dice cómodo. Pero entonces la abuela nos lanza una sonrisa aprobadora que lo compensa todo.

—Tal vez los mayores nos den más dinero por habernos emperifollado —le susurro a Kitty mientras nos quitamos los zapatos.

—¡Estáis guapísimas! Haven se ha negado a ponerse el suyo —dice la tía Carrie al abrazarnos.

Haven pone los ojos en blanco.

—Me encanta tu corte de pelo —le dice a Margot. Haven y yo apenas nos llevamos unos meses de diferencia, pero se cree mucho mayor que yo. Siempre intenta juntarse con Margot.

Primero nos libramos de las reverencias. En la cultura coreana, les haces una reverencia a tus mayores en Año Nuevo y les deseas suerte para el



resto del año. Se hace en orden, de mayor a menor. Como la adulta de mayor edad es la abuela, esta se sienta primero en el sofá, y la tía Carrie y el tío Victor se inclinan los primeros ante ella, y después papá, y así hasta llegar a Kitty, que es la más joven. Cuando a papá le llega el turno de sentarse en el sofá y recibir sus reverencias, en el sofá queda un espacio vacío a su lado, como sucede todos los días de Año Nuevo desde que mamá murió. Me atenaza un dolor sordo en el pecho cuando lo veo ahí solo sentado, con una sonrisa animosa, repartiendo billetes de diez. La abuela me lanza una mirada enfática y sé que está pensando lo mismo. Cuando me llega el turno, me arrodillo, las manos

cruzadas ante la frente, y me juro a mí misma que el próximo año no volveré a ver a papá solo en ese sofá.

Recibimos diez dólares de la tía Carrie y del tío Víctor; diez de papá; diez de la tía Min y del tío Sam, que en realidad no son tíos nuestros, sino primos segundos (¿o sobrinos terceros? En cualquier caso, son los primos de mamá) ¡y veinte de la abuela! No nos han dado más por llevar los *hanboks*, pero no está nada mal. El año pasado, los tíos y las tías solo repartieron cinco dólares por persona.

Después preparamos sopa de pastel de arroz para que nos traiga buena suerte. La tía Carrie también prepara

pastelitos de frijoles negros e insiste en que los probemos, a pesar de que nadie quiere hacerlo. Los gemelos, Harry y Leon (¿nuestros primos terceros? ¿O son sobrino nietos?) se niegan a comerse la sopa y los pastelitos de frijoles, y se toman unos *nuggets* de pollo en la sala del televisor. No hay suficiente espacio en la mesa, así que Kitty y yo nos sentamos a comer sobre taburetes en el mostrador de la cocina. Desde ahí, escuchamos reír a todo el mundo.

Cuando empiezo a comer la sopa, pido un deseo: «Por favor, que las cosas entre Peter y yo funcionen».

—¿Cómo es que mi cuenco de sopa es más pequeño que el de los demás? — me susurra Kitty.

—Porque eres la más pequeña.

—¿Por qué no tenemos nuestro propio cuenco de *kimchi*?

—Porque la tía Carrie piensa que no nos gusta. Como no somos coreanas al ciento por ciento...

—Ve a buscar un poco —murmura.

Y lo hago, pero más que nada porque yo también quiero.

Mientras los adultos toman café, Margot, Haven y yo subimos a la habitación de Haven. Kitty nos pisa los talones. Suele jugar con los gemelos, pero esta vez toma en brazos al *yorkie* de la tía Carrie, *Smitty*, y nos sigue

arriba como una más de las chicas.

Haven tiene pósteres de grupos de *rock indie* colgados en las paredes. A la mayoría, ni los conozco. Siempre los está cambiando. Hay uno nuevo, un póster hecho a mano de Belle and Sebastian. Parece tela vaquera.

—Es muy chulo —comento.

—Estaba a punto de cambiarlo. Te lo puedes quedar si quieres —me dice.

—No hace falta —le respondo. Sé que me lo ofrece solo para sentirse superior a mí. Es su estilo.

—Me lo quedo yo. Gracias, Haven —tercia Kitty. Haven frunce el ceño, pero Kitty ya lo está arrancando de la pared.

Margot y yo nos miramos tratando de

contener una sonrisa. Haven nunca ha tenido mucha paciencia con Kitty, y el sentimiento es infinitamente mutuo.

—Margot, ¿fuiste a algún concierto cuando estuviste en Escocia? —pregunta Haven, mientras se deja caer sobre su cama y abre el portátil.

—La verdad es que no. He estado liada con las clases —contesta Margot.

Margot tampoco es muy aficionada a la música en directo. Está mirando su teléfono, la falda de su *hanbok* abierta como un abanico en torno a ella. Es la única de nosotras, las chicas Song, que sigue llevando todo el vestido. Yo me he quitado la chaqueta, así que voy solo con la falda y las enaguas y Kitty se ha

quitado tanto la chaqueta como la falda y solo lleva la camiseta interior y los pololos.

Me siento en la cama junto a Haven para que pueda enseñarme las fotos de sus vacaciones en las Bermudas que tiene colgadas en Instagram. Mientras se desliza hacia abajo por su canal, aparece una foto del viaje de esquí. Haven forma parte de la Orquesta Juvenil de Charlottesville, así que conoce a gente de varios institutos, incluido el mío.

Soy incapaz de reprimir un suspiro cuando la veo, una foto de la última mañana en que aparecemos varios de nosotros en el autocar. Peter me rodea con el brazo y me está susurrando algo

al oído. Ojalá recordase el qué.

Sorprendida, Haven alza la vista y dice:

—Eh, esa eres tú, Lara Jean. ¿De dónde es?

—El viaje de esquí del instituto.

—¿Ese es tu novio? —me pregunta Haven, y se nota que está impresionada a pesar de que intenta no demostrarlo.

Desearía poder decir que sí, pero...

Kitty se precipita hacia nosotros y mira la foto por encima de nuestros hombros.

—Sí, y es el chico más guapo que has visto en tu vida, Haven.

Lo dice como si se tratase de un desafío. Margot, que estaba mirando su



teléfono, levanta la vista y se le escapa una risita.

—Bueno, eso no es del todo cierto —tercio yo. A ver, es el chico más guapo que yo haya visto en *mi* vida, pero no sé con qué tipo de gente va Haven a clase.

—No, Kitty tiene razón. Está bueno —admite Haven—. Pero ¿cómo te lo ligaste? Sin ánimo de ofender, pensaba que eras de las que no salen con chicos.

Frunzo el ceño. ¿De las que no salen con chicos? ¿Qué tipo de chica es ese? ¿Una seta que se queda sentada en casa en una habitación a oscuras dejando que le crezca el musgo?

—Lara Jean sale mucho —añade lealmente Margot.

Me sonrojo. No salgo nunca, y Peter casi ni cuenta. Pero agradezco la mentira.

—¿Cómo se llama? —me pregunta Haven.

—Peter. Peter Kavinsky.

El mero hecho de pronunciar su nombre evoca placer, es algo que hay que saborear, como un trozo de chocolate fundiéndose sobre mi lengua.

—Aaah. Pensaba que salía con esa rubia guapita. ¿Cómo se llama? ¿Jenna? ¿No erais amigas de pequeñas?

Siento una punzada en el corazón.

—Se llama Genevieve. Fuimos amigas, pero ya no. Y Peter y ella rompieron hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos Peter y tú? —me pregunta Haven. Tiene una mirada escéptica, como si me creyese al noventa por ciento, pero aún le queda ese diez por ciento de duda insidiosa.

—Empezamos a vernos en septiembre. Ahora no estamos juntos. Nos estamos tomando un tiempo... pero... me siento optimista. —Al menos eso es cierto.

Kitty me clava el dedo en la mejilla, y me crea un hoyuelo con el meñique.

—Estás sonriendo —me dice, y ella también sonrío, acurrucándose a mi lado —. Haz las paces con él, ¿vale? Quiero recuperar a Peter.

—No es tan fácil —respondo.  
¿Cómo podría serlo?

—Claro que lo es. Le sigues gustando mucho. Dile que él también te gusta mucho y, bum, volvéis a estar juntos, y será como si nunca lo hubieses echado de casa.

Haven abre los ojos como platos.

—Lara Jean, ¿tú rompiste con él?

—Vaya, ¿de verdad cuesta tanto de creer? —respondo entornando los ojos.  
Haven abre la boca, pero tiene el buen criterio de cerrarla.

Le echa otro vistazo a la foto de Peter. Entonces se levanta para ir al baño y, al cerrar la puerta, dice:

—Yo solo digo que, si ese chico

fuese mi novio, no lo dejaría escapar nunca.

Siento un hormigueo por todo el cuerpo al escuchar sus palabras.

En una ocasión, pensé exactamente lo mismo sobre Josh, y mírame ahora: es como si hubiesen pasado un millón de años y se hubiera convertido en un simple recuerdo. No quiero que sea así con Peter. La lejanía de los viejos sentimientos, como cuando intentas con todas tus fuerzas recordar su rostro al cerrar los ojos, pero apenas puedes recordarlo. Pase lo que pase, quiero recordar siempre su rostro.

Llega la hora de irse. Me pongo el

abrigo y la carta para Peter cae de mi bolsillo. Margot la recoge.

—¿Otra carta?

Me sonrojo.

—Aún no he decidido cuándo debería dársela. ¿Debería dejarla en su buzón o enviarla por correo? ¿O tal vez cara a cara? Gogo, ¿tú qué crees? —le pregunto a toda prisa.

—Deberías hablar con él. Ve ahora mismo —responde Margot—. Papá te llevará. Ve a su casa, dale la carta y espera a ver qué dice.

El corazón me late como loco con solo pensarlo. ¿Ahora mismo? ¿Presentarme allí sin llamar primero, sin un plan?

—No sé. Creo que quizá debería pensarlo un poco más.

Margot abre la boca para contestar, pero entonces Kitty se acerca por detrás y dice:

—Basta ya de cartas. Ve a recuperarlo.

—No permitas que sea demasiado tarde —añade Margot, y sé que no está hablando solo de Peter y de mí.

He andado con pies de plomo en lo relativo a Josh por todo lo que ha pasado entre nosotros. Margot me ha perdonado, pero no vale la pena buscar problemas. Así que durante estos dos últimos días he mantenido un silencio comprensivo, con la esperanza de que

fuera suficiente. Pero Margot regresa a Escocia en menos de una semana. No me parece bien que se marche sin al menos hablar con Josh. Somos amigos desde hace mucho tiempo. Sé que Josh y yo arreglaremos las cosas, porque somos vecinos y es lo que pasa con la gente a la que ves a menudo. Las cosas se arreglan prácticamente solas. Pero con Margot y Josh no, porque ella está muy lejos. Si no hablan ahora, la cicatriz solo se endurecerá con el tiempo, se calcificará y serán como dos desconocidos que nunca se amaron. Es el pensamiento más triste de todos.

Mientras Kitty se pone las botas, le susurro a Margot:

—Si yo hablo con Peter, tú deberías



hablar con Josh. No te marches a Escocia dejando las cosas como están.

—Ya veremos —responde, pero veo un destello de anhelo en sus ojos, y eso también me da esperanza.

Margot y Kitty están dormidas en el asiento trasero. Kitty tiene la cabeza apoyada en el regazo de Margot. Esta duerme con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta de par en par. Papá está escuchando la radio con una sonrisa distante. Todos están en paz, y el corazón me late un millón de veces por minuto solo de pensar en lo que estoy a punto de hacer.

Lo voy a hacer ahora, esta misma noche. Antes de regresar a clase, antes

de que todos los engranajes vuelvan a la normalidad, y Peter y yo no seamos más que un recuerdo. Como las bolas de nieve, las agitas y, por un momento, todo está del revés y todo resplandece, pero después se asienta y todo vuelve a su lugar. Las cosas tienden a reasentarse. No puedo volver atrás.

Calculo el tiempo de manera que solo estamos a un semáforo del vecindario de Peter cuando le pido a papá que me deje en su casa. Debe de notar la intensidad de mi voz, la necesidad, porque no me pregunta nada, se limita a decir que sí.

Cuando nos detenemos en casa de Peter, las luces están encendidas y su coche está en la entrada, igual que el

monovolumen de su madre. El sol se pone temprano porque es invierno. Al otro lado de la calle, los vecinos de Peter aún tienen las luces de Navidad encendidas. Seguramente hoy sea el último día, teniendo en cuenta que es Año Nuevo. Y año nuevo, vida nueva.

Siento cómo me laten las venas de las muñecas. Estoy nerviosa, estoy muy nerviosa. Salgo corriendo del coche y llamo al timbre. Cuando oigo pasos, le hago una señal a papá para que se vaya. Kitty está despierta y apoya la cara sobre el cristal de la ventana con una sonrisa enorme. Me levanta el pulgar y yo la saludo con la mano.

Peter abre la puerta. El corazón me

da un brinco en el pecho como un frijol saltarín. Lleva una camisa que no le había visto nunca, a cuadros. Debe de haber sido un regalo de Navidad. Tiene el pelo revuelto, como si hubiese estado tumbado. No parece sorprendido de verme.

—Hola. ¿Cómo es que vas tan elegante? —dice, y me mira la falda, que abulta por debajo de mi abrigo de invierno como si fuese un vestido de fiesta.

—Es por Año Nuevo. —Quizá tendría que haberme cambiado primero. Al menos, me sentiría yo misma—. Así que..., mmm..., ¿qué tal la Navidad?

—Bien —Se toma su tiempo, nada menos que cuatro segundos, antes de

preguntar—. ¿Y la tuya?

—Genial. Tenemos un cachorro. Se llama *Jamie Fox-Pickle*. —No hay ni un indicio de sonrisa en Peter. Se muestra frío. No esperaba que fuese tan frío. Tal vez ni siquiera sea frío. Tal vez sea solo indiferencia—. ¿Podemos hablar un momento?

Peter se encoge de hombros, lo que interpreto como un sí, pero no me invita a entrar. Un miedo repentino a que Genevieve esté dentro me atenaza el estómago, pero se disipa en cuanto recuerdo que, si ella estuviese dentro, él no estaría aquí fuera conmigo. Deja la puerta entreabierta mientras se pone las zapatillas de deporte y un abrigo, y

después sale al porche. Cierra la puerta a sus espaldas y se sienta en los escalones. Me siento a su lado, alisándome la falda con las manos.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunta, como si le estuviese haciendo perder su valioso tiempo.

Esto no está bien. No es lo que esperaba en absoluto.

Pero ¿qué esperaba exactamente de Peter? ¿Que le daría la carta, la leería y entonces me querría? Me abrazaría, nos besaríamos apasionadamente, pero solo besos, todo de lo más inocente. ¿Y luego, qué? ¿Empezaríamos a salir? ¿Cuánto tardaría en aburrirse de mí, en echar de menos a Genevieve, en querer más de lo que estoy preparada para

darle, no solo en el dormitorio sino también en la vida? Alguien como él no podría conformarse con quedarse conmigo en casa viendo una película sentados en el sofá. Estamos hablando de Peter Kavinsky.

Me he dejado llevar tanto rato por mi ensoñación del futuro que Peter me vuelve a preguntar, esta vez con un poco menos de frialdad:

—¿Qué pasa, Lara Jean?

Me mira como si estuviese esperando algo y, de repente, me da miedo de dárselo.

Aprieto el puño en torno a la carta y lo meto en el bolsillo de mi abrigo. Tengo las manos congeladas. No llevo



guantes ni gorro; debería marcharme a casa.

—Solo he venido a decir... A decirte que siento cómo acabaron las cosas. Y... Espero que podamos seguir siendo amigos, y feliz Año Nuevo.

Entorna los ojos al escuchar esto último.

—¿Feliz Año Nuevo? ¿Eso es lo que has venido a decir? ¿Que lo sientes y que feliz Año Nuevo? —repite.

—Y espero que podamos seguir siendo amigos —añado, mordiéndome el labio.

—Esperas que podamos seguir siendo amigos —repite, con un tonillo de sarcasmo que ni comprendo ni me gusta.

—Es lo que he dicho. —Me levanto. Esperaba que me llevase a casa, pero ahora no quiero preguntar. Pero hace mucho frío. Quizá, si le lanzo una indirecta... Me soplo las manos y digo —: Bueno, me marcho a casa.

—Espera un momento. Volvamos a la parte de la disculpa. ¿Por qué te estabas disculpando, exactamente? ¿Por echarme de tu casa, o por creer que era un imbécil capaz de ir diciendo por ahí que nos habíamos acostado aunque no fuese cierto?

Se me forma un nudo en la garganta. Dicho así, la verdad es que suena fatal.

—Por ambas cosas. Me disculpo por ambas cosas.

Peter ladea la cabeza y arquea las cejas.

—¿Y qué más?

Me enfurezco. ¿Qué más?

—No hay ningún «Qué más». Eso es todo.

Gracias a Dios que no le he dado la carta si se va a poner así. Tampoco es que yo sea la única que tiene que disculparse.

—Eh, eres tú la que ha venido diciendo «lo siento» y «seamos amigos». No puedes obligarme a aceptar tu disculpa de medio pelo.

—Bueno, te deseo un feliz Año Nuevo, de todos modos. Que te vaya muy bien. «Por los viejos tiempos» y

todo eso. —Ahora soy yo la que se ha puesto sarcástica, y la verdad es que me siento muy bien.

—Vale. Adiós.

Me doy la vuelta para irme. Esta mañana estaba muy esperanzada, tenía corazoncitos en los ojos solo de imaginarme lo que pasaría. Dios mío, pero qué imbécil es Peter. ¡Buen viaje!

—Espera un momento.

La esperanza me asalta el corazón igual que *Jamie Fox-Pickle* salta sobre mi cama, rápido y sin invitación. Pero me doy la vuelta en plan «Buf, ¿y ahora qué quieres?», para que no lo note.

—¿Qué es eso que llevas en el bolsillo?

Mi mano vuela directa al bolsillo.

—¿Eso? Ah, no es nada. Correo basura. Estaba en el suelo junto a tu buzón. No te preocupes, ya lo reciclo yo.

—Dámelo y lo reciclaré ahora — dice, y alarga la mano.

—No, he dicho que lo haría yo — insisto, metiendo la mano para hundir la carta en el fondo del bolsillo del abrigo, pero Peter intenta arrebatármela. Me doy la vuelta con brusquedad y la agarro con fuerza. Peter se encoge de hombros y suelto un pequeño suspiro de alivio, y entonces se lanza hacia delante y me la arranca de las manos—. ¡Devuélvemela, Peter! —jadeo.

—Manipular correo es un delito

federal —dice con descaro.

Después, baja la vista hacia el sobre y dice:

—Es para mí. De tu parte.

Me lanzo a un último asalto a la desesperada para quedarme con el sobre, y le pilla por sorpresa. Forcejamos para hacernos con él. Consigo agarrarlo de una esquina, pero Peter no lo suelta.

—¡Para! ¡Lo vas a romper! —chilla, y me lo quita de la mano.

Intento agarrarlo con más fuerza, pero es demasiado tarde. Ya lo tiene.

Peter sostiene el sobre por encima de mi cabeza, lo abre y empieza a leer. Es una tortura estar ahí de pie, delante de él, esperando... ¿el qué? No lo sé.

¿Otra humillación? Debería irme. Lo lee con suma lentitud.

Cuando por fin termina, me pregunta:

—¿Por qué no ibas a dármelo?

¿Cómo es que ibas a marcharte sin más?

—Porque..., no sé..., no parecías muy contento de verme... —Mi voz se va apagando de forma patética.

—¡A eso se le llama hacerse el duro! He estado esperando que me llamas, boba. Han pasado seis días.

—¡Oh! —digo, mientras tomo una bocanada de aire.

—Oh.

Tira de mí por las solapas de mi abrigo y me acerca a él. Lo bastante cerca como para besarme. Tan cerca que

veo las pequeñas nubes que forma su aliento. Tan cerca que podría contarle las pestañas si así lo deseara. En voz baja, dice:

—Así que... ¿Te sigo gustando?

—Sí. Bueno, más o menos — murmuro. Mi corazón late rápido-rápido-rápido. Estoy mareada. ¿Estoy soñando? Si es así, no quiero despertar nunca.

Peter me mira en plan «Venga ya, sabes que te gusto». Claro que sí. Sí. Y en voz baja, dice:

—¿Me crees cuando te digo que mentí con respecto a que nos habíamos acostado durante el viaje de esquí?

—Sí.

—Bien. ¿Ocurrió...? ¿Ocurrió algo



entre Sanderson y tú después de que me marchase de tu casa? —pregunta, tomando aire. ¡Está celoso! La mera idea me hace acalorarme como si hubiese tomado una sopa caliente. Me dispongo a responder, pero me interrumpe con un:

—Espera. No me lo cuentes. No quiero saberlo.

—No —respondo con firmeza, para que comprenda que lo digo en serio. Asiente con un gesto, pero no dice nada.

Después se inclina hacia delante y cierro los ojos. El corazón me tamborilea en el pecho como las alas de un colibrí. Técnicamente, apenas nos hemos besado cuatro veces, y solo una

de ellas fue real. Quisiera hacerlo de una vez para dejar de estar tan nerviosa.

Pero Peter no me besa. Al menos, no como esperaba. Me besa en la mejilla izquierda y después en la derecha; su aliento es cálido. Y después, nada. Abro los ojos de golpe. ¿Es un beso de despedida? ¿Por qué no me besa de verdad?

—¿Qué haces? —susurro.

—Crear expectación.

—Bésame de una vez —respondo con premura.

Ladea la cabeza y su mejilla acaricia la mía, justo cuando la puerta se abre y el hermano pequeño de Peter, Owen, se queda ahí plantado de brazos cruzados. Me separo de Peter de un salto, como si

acabase de descubrir que sufre una enfermedad infecciosa incurable.

—Mamá quiere que entréis a tomar un poco de sidra —dice con una sonrisa burlona.

—Enseguida —dice Peter, y tira de mí.

—Ha dicho que ahora —insiste Owen.

Oh, Dios mío. Le lanzo una mirada de pánico a Peter.

—Debería irme antes de que mi padre empiece a preocuparse...

Me da un empujoncito hacia la puerta con la barbilla y dice:

—Entra un momento, y después te llevo a casa.

Entro en su casa y, mientras me quita el abrigo, añade en voz baja:

—¿De verdad pensabas regresar a casa andando con ese vestido de fiesta y con el frío que hace?

—No, iba a hacerte sentir culpable para que me llevaras tú —le susurro.

—¿Y ese vestido? —pregunta Owen.

—Es lo que llevan los coreanos el día de Año Nuevo —le explico.

La madre de Peter sale de la cocina con dos tazas humeantes. Lleva una chaqueta de punto larga de lana de cachemira abrochada con un cinturón holgado y zapatillas de punto trenzado.

—Es deslumbrante. Estás preciosa.

Qué colorido —dice.

Los tres nos sentamos en la sala de estar y Owen escapa a la cocina. Aún me siento azorada por el casi beso y por el hecho de que la madre de Peter seguramente sabe lo que tramamos. También me pregunto si sabe lo que ha pasado entre nosotros, y cuánto le ha contado, si es que le ha contado algo.

—¿Qué tal la Navidad, Lara Jean?  
—me pregunta su madre.

Soplo sobre la taza.

—Muy bien. Papá le compró un cachorro a mi hermana pequeña, y ahora nos peleamos para ver quién lo abraza. Y mi hermana mayor ha regresado de la universidad, eso también ha estado bien. ¿Cómo le han ido a usted las fiestas,

señora Kavinsky?

—Oh, bien. Tranquilas. Owen me compró estas zapatillas —dice, señalándolas con el dedo—. ¿Cómo fue la fiesta? ¿A tus hermanas les gustaron las galletas de pastel de fruta que preparó Peter? La verdad es que a mí no me gustan nada.

Miro a Peter sorprendida. De repente parece muy interesado en su móvil.

—Dijiste que las había hecho tu madre.

Su madre sonrío, orgullosa.

—No, no, las hizo solo. Estaba muy decidido.

Su madre vuelve a reír y nos

quedamos en silencio. No dejo de darle vueltas a la cabeza, intentando pensar en posibles temas de conversación. ¿Propósitos de Año Nuevo? ¿La tormenta de nieve que se supone que llegará la semana que viene? Peter no colabora en absoluto. Vuelve a estar pendiente del teléfono.

La madre de Peter se pone de pie.

—Me alegro de haberte visto, Lara Jean. Que no se le haga tarde, Peter.

—No. Vuelvo enseguida. Voy a buscar las llaves.

Cuando se ha marchado, digo:

—Siento haber aparecido sin avisar. Espero no haber interrumpido nada.

—Ven siempre que quieras — responde, se inclina hacia delante y

apoya una mano sobre mi rodilla. Con una mirada significativa, añade—: Ten cuidado con su corazón, eso es lo único que pido.

Me da un vuelco el estómago. ¿Peter le ha contado lo que ocurrió entre los dos?

Me da una palmadita en la rodilla y se levanta.

—Buenas noches, Lara Jean.

—Buenas noches —repito yo.

A pesar de su sonrisa amable, siento que me he metido en un lío. Había una nota de reproche en su voz, sé que estaba ahí. Lo que intentaba decir es «No juegues con mi hijo». ¿Peter estaba muy dolido por lo que pasó? No lo



parecía. Enfadado, sí, y quizá un poco herido. Pero no lo suficiente como para hablar de ello con su madre. Pero tal vez su madre y él estén muy unidos. No soporto la idea de haberle causado una mala impresión incluso antes de empezar con Peter.

Está completamente oscuro. Apenas hay estrellas en el cielo. Es posible que vuelva a nevar pronto. En mi casa están encendidas todas las luces de abajo, y la de la habitación de Margot en el piso de arriba. Al otro lado de la calle, veo el pequeño árbol de Navidad de la señora Rothschild encendido junto a la ventana.

Peter y yo estamos calentitos y

cómodos en su coche gracias al aire que sale de los conductos de ventilación.

—¿Le contaste a tu madre que habíamos roto? —le pregunto.

—No. Porque no rompimos —dice, y baja la calefacción.

—¿Ah, no?

—No, porque no estábamos juntos, ¿te acuerdas? —dice, riendo.

«Y ahora ¿estamos juntos?», me pregunto, pero no llego a decirlo porque me rodea con el brazo e inclina mi cabeza hacia sí y vuelvo a ponerme nerviosa.

—No te pongas nerviosa —dice.

Le doy un beso rápido para demostrar que no lo estoy.

—Bésame como si me hubieses echado de menos —susurra, y su voz suena grave.

—Te echaba de menos. Lo decía en la carta.

—Sí, pero...

Lo beso antes de que termine. Como es debido. Sintiéndolo. Y él también me devuelve el beso con sentimiento. Como si hubiesen pasado cuatrocientos años. Y ya no pienso en nada y me pierdo en el beso.

Cuando Peter me deja en casa, entro corriendo para contárselo todo a Kitty y a Margot. Me siento como una bolsa rebosante de monedas de oro. Estoy a punto de desbordarme.

Kitty está tumbada en el sofá mirando la tele con *Jamie Fox-Pickle* en el regazo. En cuanto cruzo el umbral, se levanta de un salto y dice a media voz:

—Gogo está llorando.

Mi entusiasmo se apaga en un instante.

—¡Qué! ¿Por qué?

—Creo que fue a ver a Josh y hablaron, y no fue bien. Ve a ver cómo está.

Oh, no. Esto no tenía que haber acabado así. Tenían que volver a estar juntos, como Peter y yo.

Kitty vuelve a sentarse en el sofá, el mando a distancia en la mano, y su deber de hermana cumplido.

—¿Cómo ha ido con Peter?

—Genial. Genial de verdad. —La sonrisa me aparece en la cara de manera inopinada. La borro rápido por respeto a Margot.

Voy a la cocina y le preparo a Margot un té de Buenas Noches, con dos

cucharadas de miel, como el que mamá nos preparaba antes de irnos a dormir. Por un momento, contemplo la posibilidad de añadir un chorro de whisky porque lo vi en una serie de televisión victoriana. Las doncellas añadían whisky a la bebida caliente de la señora de la casa para calmarle los nervios. Sé que Margot bebe en la universidad, pero ya tiene resaca y, además, dudo que a papá le guste la idea. Así que solo pongo té, sin whisky, en mi taza favorita y envío a Kitty arriba para que se lo lleve. Le digo que sea adorable, que le dé el té primero y después le haga mimos durante al menos cinco minutos. Kitty se resiste, porque solo hace mimos si tiene algo que ganar,

y también porque sé que le asusta ver a Margot triste.

—Le llevaré a *Jamie* para que le haga mimos —resuelve Kitty.

¡Egoísta!

Cuando subo a la habitación de Margot con una tostada con canela y mantequilla, Kitty ha desaparecido, igual que *Jamie*. Margot está hecha un ovillo, llorando.

—Hemos terminado de verdad, Lara Jean. Ya habíamos terminado, pero ahora sé que va en serio. P-pensaba que si quería volver, él también lo querría, pero no q-quiére —susurra Margot.

Me muerdo el labio, sintiéndome culpable. Yo la animé a hablar con Josh.

Todo esto es por mi culpa.

—Margot, Josh te echaba de menos. Te añoraba un montón. Cuando miraba por la ventana en clase de francés, lo veía comiendo solo en las gradas. Era deprimente.

—¿De verdad? —solloza Margot.

—Sí.

No entiendo qué le pasa a Josh. Actuaba como si estuviese muy enamorado de ella, y prácticamente le dio una depresión cuando se marchó... y ahora ¿esto?

—Creo... Creo que todavía lo amo —suspira Margot.

—¿En serio?

Amor. Margot ha dicho «amor». Nunca antes la había oído decir que



amaba a Josh. «Enamorada», quizá, pero nunca «amor».

Margot se seca las lágrimas con la sábana.

—Rompí con él porque no quería ser la chica que se pasa el día llorando por su novio, y ahora resulta que es exactamente lo que soy. Patético.

—Eres la persona menos patética que conozco, Gogo.

Margot deja de sollozar y se gira de manera que estamos cara a cara. Frunce el ceño y dice:

—No he dicho que yo fuese patética. He dicho que llorar por un chico lo es.

—Ah. Bueno, no creo que sea patético llorar por alguien. Significa que

te importa mucho y que estás triste.

—He llorado tanto que mi ojos parecen... pasas arrugadas. ¿Lo parecen? —pregunta Margot, y entorna los ojos.

—Están hinchados —admito—. No están acostumbrados a llorar. Espera, ¡tengo una idea!

Me levanto de un salto y bajo corriendo a la cocina. Lleno un cuenco con hielo y dos cucharas, y vuelvo a subir.

—Túmbate. Cierra los ojos —le ordeno, y le pongo una cuchara sobre cada ojo.

—¿Esto funciona de verdad?

—Lo vi en una revista.

Cuando las cucharas pierden el frío,

las sumerjo en el hielo y se las vuelvo a poner en la cara. Me pide que le cuente cómo ha ido con Peter, y lo hago, pero omito los besos porque me parece de mal gusto mencionarlos dado su sufrimiento.

—No tienes que fingir que te gusta Peter solo para protegerme. Si te sigue gustando Josh... Y si le gustas... — dice, tragando con fuerza, como si le doliera la garganta, mientras se endereza.

Suelto un jadeo horrorizado. Abro la boca para negarlo, para decirle que parece que haya pasado una eternidad desde entonces, pero me hace callar con un gesto de la mano.

—Sería muy duro, pero no quiero interponerme. Lo digo en serio, Lara Jean. Puedes contármelo todo.

Me siento tan aliviada, tan agradecida de que haya sacado el tema que me apresuro a responder:

—No, por Dios, no me gusta Josh, Gogo. No de esta forma. Para nada. Y yo no le gusto. Creo... Creo que los dos te echábamos de menos. Quien me gusta de verdad es Peter.

Busco la mano de Margot por debajo de la manta y entrelazamos los meñiques.

—Juramento de hermanas.

Margot vuelve a tragar con dificultad.

—Entonces, supongo que no hay ningún motivo secreto para no querer estar conmigo. Lo que pasa es que ya no me quiere.

—No. Es tan sencillo como que tú estás en Escocia y él en Virginia, y es muy duro. Fuiste juiciosa al romper con él cuando lo hiciste. Juiciosa y valiente, y acertaste.

La duda le invade la cara como una sombra, pero sacude la cabeza y se le ilumina el semblante.

—Basta de hablar de Josh y de mí. Somos noticias pasadas. Háblame de Peter. Por favor, me hará sentir mejor.

Margot se tumba de nuevo y vuelvo a ponerle las cucharas en los ojos.

—Bueno, esta noche al principio fue muy frío conmigo, muy indiferente...

—No, vuelve al principio.

Así que retrocedo más. Le hablo de nuestra falsa relación y del jacuzzi, se lo cuento todo. No deja de quitarse las cucharas de los ojos para mirarme mientras se lo explico. Pero al cabo de un rato sus ojos están menos hinchados. Me siento ligera, casi aturdida. He estado guardando todo esto en secreto durante muchos meses, y ahora sabe todo lo que ha pasado desde que se fue, y vuelvo a sentirme cerca de mi hermana. No puedes estar cerca de alguien, no de verdad, si hay secretos entre los dos.

Margot se aclara la garganta.

Titubea un momento y pregunta:

—Y bien, ¿cómo besa?

Me estoy sonrojando. Me doy un golpecito en el labio con el dedo y digo:

—Besa como... como si fuese profesional.

Margot suelta una risita y se aparta las cucharas de los ojos.

—¿Como un prostituto?

Tomo una de las cucharas y le doy un golpe en la frente como si fuese un gong.

—¡Ay!

Margot intenta agarrar la otra cuchara, pero soy demasiado rápida y me hago con las dos. Reímos como

locas mientras intento hacerle gong otra vez en la frente.

—Margot..., ¿te dolió cuando os acostasteis? —Tengo cuidado de no mencionar el nombre de Josh. Es raro, porque Margot y yo nunca hemos hablado de sexo en serio porque ninguna de las dos tenía ningún punto de referencia. Pero ahora ella lo tiene y yo no, y quiero saber lo que ella sabe.

—Mmm. Bueno, las dos primeras veces, un poco. —Ahora es ella la que se está sonrojando—. Lara Jean, no puedo hablar de esto contigo. Es demasiado raro. ¿No se lo puedes preguntar a Chris?

—No, quiero saberlo por ti. Por favor, Gogo. Tienes que contármelo



todo y así lo sabré. No quiero hacer el ridículo cuando sea mi primera vez.

—¡Tampoco es que Josh y yo nos hayamos acostado cientos de veces! No soy una experta. Él es el único con el que lo he hecho. Pero si estás pensando en acostarte con Peter, asegúrate de tomar precauciones, y utiliza un condón, y todo eso.

Asiento a toda prisa. Está a punto de llegar a la parte buena.

—Y tienes que estar completamente segura, tan segura como sea posible. Y asegúrate de que sea cuidadoso y cariñoso contigo, para que sea especial y se convierta en un recuerdo positivo.

—Entendido. ¿Y cuánto duró de

principio a fin?

—No mucho. Recuerda que también fue la primera vez de Josh.

Su voz tiene un deje de melancolía. Y ahora yo también la siento. Peter lo ha hecho con Genevieve tantas veces que seguro que es un experto. Seguro que mi primera vez tendré un orgasmo. Lo cual está genial, pero estaría bien que, en vez de ser yo la única que no supiera lo que estábamos haciendo, no lo supiéramos ninguno de los dos.

—No te arrepientes, ¿verdad?

—No. Creo que no. Creo que siempre me alegraré de que fuese con Josh. Sin importar lo que haya pasado.

Es un alivio que, incluso ahora, con los ojos rojos de tanto llorar, Margot no

se arrepienta de haber querido a Josh.

Esa noche duermo en su habitación, como en los viejos tiempos, acurrucada a su lado bajo la manta. La habitación de Margot es la más fría, porque está encima del garaje. Escucho cómo se apaga y se enciende la calefacción.

A mi lado, en la oscuridad, dice:

—Cuando regrese a clase, saldré con un montón de escoceses. ¿Cuándo se me volverá a presentar una oportunidad como esta?

Me río y me doy la vuelta para que estemos cara a cara.

—No, espera... No salgas con un montón de escoceses. Sal con uno de Inglaterra, con uno de Irlanda, otro de

Escocia... ¡y uno de Gales! ¡Un *tour* por el Imperio británico!

—Bueno, estoy estudiando antropología, ¿no? —dice Margot, y se nos vuelve a escapar la risa—. ¿Sabes qué es lo más triste? Josh y yo no volveremos a ser amigos como antes. No, después de esto. Eso ya ha acabado. Era mi mejor amigo.

Pongo cara de pena para relajar el ambiente y evitar que empiece a llorar otra vez.

—¡Eh, pensaba que yo era tu mejor amiga!

—No eres mi mejor amiga. Eres mi hermana, y eso es más importante.

Lo es.

—Josh y yo empezamos y todo era

muy fácil y divertido, y ahora somos como dos desconocidos. Ya no recuperaré a esa persona a la que conocía mejor que nadie y que me conocía tan bien.

Siento una punzada en el corazón. Dicho así, suena de lo más triste.

—Podéis volver a ser amigos cuando haya pasado un tiempo.

Pero no será lo mismo, lo sé. Siempre lamentarás lo que fue. Siempre será un poquito... menos.

—Pero no será como antes.

—No. Supongo que no.

Curiosamente, pienso en Genevieve, en lo que fuimos la una para la otra. La nuestra fue una amistad de las que tienen

sentido cuando eres niño, pero no tanto de mayor. Supongo que no puedes aferrarte a las cosas solo porque sí.

Esto parece el fin de una era. Se acabaron Josh y Margot. Esta vez va en serio. Y va en serio porque Margot está llorando, y su voz me dice que se ha acabado, y esta vez las dos lo sabemos. Las cosas han cambiado.

—No permitas que te ocurra a ti, Lara Jean. No te lo tomes en serio hasta el punto de no poder volverte atrás. Enamórate de Peter si quieres, pero ten cuidado con tu corazón. A veces te parece que las cosas son para siempre, pero no lo son. El amor puede desaparecer, o las personas también, incluso sin quererlo. Nada está

garantizado.

Trago saliva.

—Te lo prometo, tendré cuidado.

Pero no estoy segura de saber lo que significa. ¿Cómo puedo tener cuidado con lo mucho que me gusta ya?

Margot ha salido a comprar unas botas con su amiga Cassie, papá está en el trabajo y Kitty y yo estamos haciendo el vago delante de la tele. Me suena el móvil. Es un mensaje de Peter.

Peli esta noche?

Respondo «Sí», y símbolo de exclamación. Después elimino el símbolo de exclamación para no sonar tan ansiosa. Aunque sin la exclamación,



parece como si el mensaje tuviera cero entusiasmo. Me decido por una carita sonriente y pulso «Enviar» antes de que pueda darle más vueltas.

—¿A quién le escribes? —Kitty está despatarrada en el suelo del salón comiendo pudin. *Jamie* intenta darle un lametón, pero ella niega con la cabeza y lo regaña:

—¡Ya sabes que no puedes comer chocolate!

—Le enviaba un mensaje a Peter. Puede que no sea chocolate de verdad, ¿sabes? Puede que sea sucedáneo. Mira la etiqueta.

Kitty es la más estricta de todos nosotros con *Jamie*. No lo toma en brazos enseguida cuando llora porque

quiere que lo cojan, y le rocía agua en la cara cuando se porta mal. Está aprendiendo todos los trucos de nuestra vecina de enfrente, la señora Rothschild, que resulta que es una encantadora de perros. Antes tenía tres perros, pero cuando se divorció de su marido, se quedó con *Simone* (la golden retriever) y él obtuvo la custodia de los otros dos.

—¿Peter vuelve a ser tu novio? — pregunta Kitty.

—Mmm. No estoy muy segura.

Después de lo que dijo Margot anoche sobre tomármelo con calma y tener cuidado con mi corazón y no llegar a un punto de no retorno, quizá sea mejor mantenerme en un espacio de

incertidumbre durante un tiempo. Además, es difícil definir algo que nunca tuvo una definición clara. Éramos dos personas que fingíamos que nos gustábamos, que fingíamos que éramos una pareja. ¿Y ahora qué somos? ¿Y cómo se habría desarrollado todo si hubiésemos empezado a gustarnos sin engaños? ¿Nos habríamos convertido en pareja? Supongo que nunca lo sabremos.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No deberías saber si eres la novia de alguien? —insiste Kitty.

—Aún no lo hemos hablado. Al menos, no de una manera explícita.

Kitty cambia de canal.

—Deberías.

Me tumbo de perfil y me apoyo

sobre los codos.

—¿Cambiaría eso las cosas? Nos gustamos. ¿Cuál es la diferencia entre eso y una etiqueta? ¿Qué cambiaría? — Kitty no responde—. ¿Hola?

—Perdona, ¿puedes repetirlo durante los anuncios? Estoy intentando ver la tele.

Le lanzo una almohada a la cabeza.

—¡Más me valdría hablar de estas cosas con *Jamie*! ¡Ven aquí, *Jamie*! — digo, y doy una palmada.

*Jamie* levanta la cabeza para mirarme y vuelve a tumbarse, acurrucado junto a Kitty, a la espera de un poco de pudin. Eso seguro.

Anoche en el coche, Peter no parecía

preocupado por el estatus de nuestra relación. Parecía tan feliz y despreocupado como siempre. Sin duda yo soy el tipo de persona que se preocupa demasiado por todo. Me iría mejor en la vida con un poco de la filosofía de Peter en plan «sigue-la-corriente».

—¿Me ayudas a escoger qué ropa ponerme para ir al cine con Peter esta noche? —le pregunto a Kitty.

—¿Puedo ir?

—¡No! —Kitty empieza a hacer pucheros, así que añado—: Quizá la próxima vez.

—Vale. Enséñame dos opciones y te diré cuál es mejor.

Subo a mi habitación como un rayo y

empiezo a repasar mi armario. Esta será nuestra primera cita de verdad, y quiero dejarlo de piedra. Por desgracia, Peter ya me ha visto con mis mejores galas, así que la única alternativa es acudir al armario de Margot. Tiene un vestido de punto de color crema que traje de Escocia y que puedo llevar con medias y mis botines marrones. También está el suéter violeta de Fair Isle que he estado admirando; puedo ponérmelo con la falda amarilla y un lazo amarillo en el pelo. Me lo rizaré porque Peter dijo que le gustaba rizado.

—¡Kitty! ¡Sube y mira mis dos opciones! —chillo.

—¡Durante los anuncios! —

responde.

Mientras tanto, le envió un mensaje a Margot:

Me prestas el suéter de fair isle o el vestido de punto color crema??

Oui.

Kitty vota por el suéter, y alega que parece un conjunto para patinar sobre hielo. Me gusta cómo suena.

—Te lo puedes poner cuando vayamos a patinar. Peter, tú y yo —dice.

—Muy bien —respondo, y me río.

Peter y yo estamos haciendo cola para comprar palomitas en el cine. Incluso algo tan prosaico me parece lo mejor que me ha pasado. Compruebo que aún tengo el trozo de entrada en el bolsillo. Quiero guardarla.

—Esta es mi primera cita —susurro, mirando a Peter.

Me siento como la chica empollona de las películas que conquista al chico más popular del instituto. Y no me importa. Ni un poquito.



—¿Cómo puede ser tu primera cita si hemos salido un montón de veces?

—Es mi primera cita real. Las otras fueron de mentira. Esta vez es de verdad.

—Espera, espera, ¿esto es de verdad? No me había dado cuenta — dice, frunce el ceño.

Hago ademán de darle un puñetazo en el hombro y se ríe, me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Siento el latido de mi corazón en la mano. Es la primera vez que nos damos las manos de verdad, y es diferente de todas las otras veces. Es como una corriente eléctrica, pero en el buen sentido. El mejor sentido.

La cola avanza, y me doy cuenta de que estoy nerviosa. Y eso es raro, porque se trata de Peter. Pero también es un Peter distinto, y yo soy una Lara Jean distinta porque es una cita, una cita de verdad.

—Cuando vas al cine, ¿eres de los que prefieren chocolatinas o chucherías? —le pregunto, solo por tener algo de que hablar.

—Ninguno de los dos. Solo quiero palomitas.

—¡Entonces estamos condenados! Tú no eres ninguno de los anteriores, y yo soy cualquiera o todos.

Llegamos adonde está el cajero y empiezo a buscar mi cartera.

Peter ríe.

—¿Crees que voy a permitir que mi chica pague en nuestra primera cita?

Peter saca pecho y dice al cajero:

—¿Nos das palomitas medianas con mantequilla? ¿Y puedes poner la mantequilla en capas? Y chucherías. Y una coca-cola pequeña.

—¿Cómo has sabido lo que quería?

—Presto más atención de lo que crees, Covey.

Peter me rodea los hombros con el brazo con una sonrisa autosuficiente, y topa con mi pecho derecho por accidente.

—¡Ay!

Suelta una risa incómoda.

—Ups, lo siento. ¿Estás bien?

Le doy un codazo en el costado y aún está riendo cuando entramos en la sala. En ese momento veo a Genevieve y a Emily saliendo de los aseos. La última vez que vi a Genevieve les estaba contando a todos los del autobús que Peter y yo lo habíamos hecho en el jacuzzi. Siento una oleada de pánico, el impulso de lucha o huida.

Peter aminora el paso un segundo y no estoy segura de lo que va a pasar. ¿Tenemos que acercarnos a saludar? ¿Seguimos andando? Su brazo se tensa en torno a mí y noto su vacilación. Está indeciso.

Genevieve resuelve el problema.

Entra en la sala como si no nos hubiese visto. La misma sala a la que vamos nosotros. No miro a Peter, y él tampoco dice nada. ¿De verdad vamos a fingir que no está ahí? Me guía a través de las puertas y escoge nuestras butacas, al fondo a la izquierda. Genevieve y Emily están sentadas en las butacas de en medio. Veo su cabeza rubia, la espalda de su abrigo gris perla. Me obligo a apartar la mirada. Si Gen se vuelve, no quiero que me pille mirando.

Nos sentamos. A Peter le suena el móvil mientras me quito el abrigo y me pongo cómoda en mi butaca. Lo saca del bolsillo y vuelve a guardarlo. Sé que es Gen, pero siento que no debo preguntar. Su presencia ha perforado la noche. Dos

marcas del mordisco de un vampiro justo encima.

Las luces se atenúan y Peter me rodea con el brazo. Me pregunto si seguirá así toda la película. Me siento agarrotada e intento calmar la respiración.

—Relájate, Covey —me susurra al oído.

Lo intento, pero es casi imposible relajarse en estas circunstancias. Peter me aprieta el hombro, se inclina y me acaricia el cuello con la nariz.

—Hueles bien —dice en voz baja.

Se me escapa la risa, y el hombre que tenemos sentado delante se vuelve de golpe y me lanza una mirada asesina.

—Perdona, tengo muchas cosquillas  
—le digo avergonzada a Peter.

—No te preocupes —contesta sin mover el brazo.

Sonrío y asiento, pero ahora no puedo evitar preguntarme si espera que hagamos algo durante la película. ¿Por eso ha escogido los asientos de atrás cuando los había libres en medio del cine? Siento cómo crece el pánico en mi interior. ¡Genevieve está aquí! ¡Y también hay más gente! Es verdad que me enrollé con él en el jacuzzi, pero no había nadie más. Además, también quiero ver la peli. Me inclino hacia delante para tomar un sorbo de refresco, pero en realidad es para separarme

sutilmente de Peter.

Después de la película, acordamos tácitamente salir rápido para no encontrarnos con Genevieve. Los dos salimos corriendo del cine como si nos persiguiera el mismo demonio, cosa que, en cierto modo, no deja de ser cierta. Peter tiene hambre, pero yo estoy demasiado cebada de chucherías como para cenar, así que sugiero que vayamos a la cafetería y compartamos sus patatas fritas.

—Ya que es tu primera cita, creo que deberíamos ir a un restaurante de verdad —protesta Peter.

—No sabía que tuvieras un lado romántico —respondo en plan de broma, pero lo digo en serio.



—Vete acostumbrando. Sé cómo hay que tratar a una chica —presume.

Me lleva al Biscuit Soul Food, su restaurante favorito. Lo observo devorar pollo frito con miel caliente y tabasco por encima, y me pregunto cuántas veces Genevieve se habrá sentado aquí viéndole hacer lo mismo. Nuestra ciudad no es muy grande. No hay muchos lugares a los que podamos ir que no haya visitado ya con Genevieve. Cuando me levanto para ir al servicio, me pregunto de repente si estará respondiendo a su mensaje, pero me obligo a apartar la idea de mi cabeza enseguida. Siguen siendo amigos. Tiene derecho a hacerlo. No voy a permitir

que Gen eche a perder esta noche. Quiero estar aquí, en este momento, los dos solos en nuestra primera cita.

Vuelvo a sentarme y Peter se ha terminado su pollo frito y tiene una pila de servilletas sucias enfrente. Tiene la costumbre de limpiarse los dedos cada vez que toma un mordisco. Tiene miel en la mejilla y también un poco de rebozado, pero no se lo digo porque me parece gracioso.

—Y bien, ¿qué tal tu primera cita? Contesta como si no hubiese sido conmigo —dice Peter, arrellanándose en su silla.

—Me ha gustado que sepas qué dulces me gusta tomar en el cine. Y... me ha gustado la película.

Peter asiente y me lanza una sonrisa alentadora.

—Sí, lo he pillado. No parabas de hacerme callar y de señalar la pantalla.

—El hombre de delante se ha enfadado.

Titubeo. No sé si debería decir lo siguiente, lo que he estado pensando toda la noche.

—No sé si... soy yo o...

Peter se inclina un poco hacia delante. Me está escuchando con atención.

—¿Qué?

Tomo aire.

—¿No es un poco raro? Al principio era falso, y después ya no, y luego nos

peleamos, y ahora estamos aquí y estás comiendo pollo frito. Es como si lo hubiésemos hecho todo al revés y está bien, pero todo sigue estando un poco patas arriba.

¿Y estabas intentando meterme mano durante la película?

—Supongo que sí que es un poco raro —admite.

—Tomo un sorbo de té, contenta de que no piense que soy la rara por sacar a colación lo raro que es todo esto.

—Quizá necesitemos un nuevo contrato —dice, con una sonrisa.

No sé si está bromeando o habla en serio, así que le sigo la corriente.

—¿Qué aparecería en el contrato?

—Así de pronto... Supongo que

debería llamarte todas las noches antes de ir a dormir. Tú accederías a ir a todos mis partidos de *lacrosse*. Y también a algunos entrenamientos. Yo tendría que ir a tu casa a cenar. Me acompañarías a las fiestas.

Pongo una mueca al oír lo de las fiestas.

—Hagamos lo que nos apetezca. Como antes. —De repente escucho la voz de Margot dentro de mi cabeza—. Divirtámonos.

Asiente, y ahora es él quien parece aliviado.

—¡Sí!

Me gusta que no se tome las cosas demasiado en serio. En otras personas

me parecería irritante, pero no en él. Creo que es una de sus mejores cualidades. Esa, y su cara. Podría pasarme el día entero mirándolo. Tomo otro sorbo de té helado con la pajita y lo observo. Quizá un contrato nos iría bien. Podría evitar algunos problemas y obligarnos a rendir cuentas. Creo que Margot estaría orgullosa de mí por esto.

Saco una libreta y un boli de mi bolso. Escribo: *Nuevo contrato de Lara Jean y Peter.*

En la primera línea escribo: *Peter será puntual.*

Peter estira el cuello para leerlo del revés.

—Espera, ¿pone que Peter será puntual?

—Si dices que estarás en un sitio, tienes que estarlo.

Peter se enfurruña.

—Falté una sola vez, y aún me guardas rencor.

—Pero siempre llegas tarde.

—¡Eso no es lo mismo que no aparecer!

—Llegar siempre tarde demuestra una falta de respeto por la persona que te está esperando.

—¡Yo te respeto! ¡Te respeto más que a cualquier chica que conozca!

Lo señalo con el dedo.

—¿Chica? ¿Solo chica? ¿A qué chico respetas más que a mí?

Peter echa la cabeza atrás y gruñe

tan fuerte que es casi un rugido. Alargo el brazo por encima de la mesa y de la comida, y le cojo del cuello de la camisa y le beso antes de que nos volvamos a pelear. Aunque tengo que admitir que este tipo de peleas, las pequeñas riñas, no las de tipo que hieren los sentimientos, hacen que nos sintamos como nosotros por primera vez en toda la noche. Esto es lo que decidimos:

*Peter no llegará más de cinco minutos tarde.*

*Lara Jean no obligará a Peter a hacer manualidades de ningún tipo.*

*Peter no tiene que llamar a Lara*



*Jean cada noche antes de acostarse, pero puede hacerlo si le apetece.*

*Lara Jean solo asistirá a fiestas si le apetece.*

*Lara Jean y Peter se dirán la verdad siempre.*

Quiero añadir una cosa al contrato, pero me pone nerviosa sacar el tema ahora que las cosas van bien.

*Peter puede seguir siendo amigo de Genevieve, pero será sincero con Lara Jean al respecto.*

O quizá esto: *Peter no mentará a Lara Jean sobre Genevieve.* Pero es

redundante, porque ya tenemos una regla relativa a decirnos siempre la verdad. Una regla que tampoco es cierta. Lo que de verdad quiero decir es *Peter siempre pondrá a Lara Jean por delante de Genevieve*. Pero eso no puedo decirlo. Claro que no puedo. No sé mucho de amor ni de chicos, pero sé que los celos y la inseguridad no son nada atractivos.

Así que me muerdo la lengua. No digo lo que estoy pensando. Solo hay una cosa, una cosa verdaderamente importante de la que quiero estar segura.

—¿Peter?

—¿Sí?

—No quiero que nos rompamos los corazones.

Peter sonrío con presteza y me

acaricia la mejilla.

—¿Piensas romperme el corazón, Covey?

—No. Y estoy segura de que tú tampoco planeas romperme el mío. Nadie lo planea.

—Entonces, añádelo al contrato. Peter y Lara Jean prometen no romperse el corazón.

Le lanzo una sonrisa brillante y lo escribo. *Lara Jean y Peter no se romperán el corazón.*

El día antes de volver a clase, Kitty y yo estamos tumbadas en mi cama viendo vídeos de animales en mi ordenador. Nuestro cachorro, *Jamie Fox-Pickle*, está hecho un ovillo a los pies de la cama. Kitty lo ha envuelto en su vieja manta de bebé, de modo que solo se le ve la cara. Está soñando. Se nota por su forma de estremecerse y agitarse a cada rato. No sabría decir si es un sueño agradable o una pesadilla.

—¿Deberíamos empezar a grabar

vídeos de *Jamie*? Es lo bastante mono, ¿no? —me pregunta.

—Está claro que tiene el *look*, pero no parece tener ningún talento especial ni un aspecto estrafalario.

En cuanto pronuncio la palabra «estrafalario», pienso en Peter y en cómo dijo en una ocasión que yo era «guapa en plan estrafalario». Me pregunto si me sigue viendo de la misma forma. Tengo entendido que cuanto más te gusta alguien, más guapo lo ves, incluso si al principio no te lo parecía.

—*Jamie* a veces brinca como un cervatillo —me recuerda Kitty.

—Mmm. Eso no es precisamente un talento. No es lo mismo que saltar dentro de cajas de cartón o tocar el

piano o tener aspecto de gruñón.

—La señora Rothschild me ayudará a adiestrarlo. Dice que tiene el carácter adecuado para aprender a hacer trucos.

Kitty hace clic sobre el siguiente vídeo, un perro que aúlla cuando suena *Thriller*, de Michael Jackson. Kitty y yo nos partimos de risa y lo volvemos a ver.

Después del vídeo de una mujer cuyo gato se enrolla en torno a su cara como si fuese una bufanda, digo:

—Espera un momento. ¿Ya has hecho los deberes?

—Solo tenía que leer un libro.

—¿Lo has leído?

—Casi —responde Kitty, y se

arrima más a mí.

—¡Has tenido toda la Navidad para leerlo, Kitty!

Ojalá a Kitty le gustase leer tanto como a Margot y a mí. Prefiere la televisión. Pongo el vídeo en pausa y cierro bruscamente el portátil con un gesto teatral.

—Se te acabaron los vídeos de animales. Venga, a terminar el libro.

Me dispongo a empujarla de la cama, pero se agarra a mi pierna.

—Oh, dulce hermana mía, ¡no me echéis de esta casa! Eso es de *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, por si no lo has leído —dice, llena de orgullo.

—No te des ínfulas de haber leído a Shakespeare. El otro día te vi mirando

la peli en la tele.

—¿A quién le importa si lo he leído o he visto la peli? El mensaje sigue siendo el mismo.

Kitty se me acerca gateando.

Le acaricio el pelo.

—Y bien, ¿cuál es el mensaje?

—No te suicides por un chico.

—O una chica.

—O una chica —conviene—. Otro vídeo de gatos y me voy a leer.

Me suena el teléfono con un mensaje de Chris.

Mira el Instagram de Anonybitch  
YA.



Anonybitch es una cuenta famosa de Instagram que cuelga fotos escandalosas de gente enrollándose y emborrachándose en fiestas por toda la ciudad. Nadie sabe a quién pertenece la cuenta. La gente se limita a enviar los contenidos. Una de sus fotos se convirtió en viral: una chica de otro instituto que le enseñó el pecho a un coche de policía. Se ve que la expulsaron de su instituto.

Me vuelve a sonar el móvil.

Ahora!

—Espera, Kitty, déjame ver una cosa primero. Si quieres quedarte aquí,

cierra los ojos hasta que te diga que los abras —le digo mientras introduzco la dirección.

Kitty obedece.

Al principio de la cronología de Anonybitch hay un vídeo de un chico y una chica enrollándose en un jacuzzi. Anonybitch es especialmente famosa por sus vídeos de jacuzzis. Los etiqueta como #ReFriegas. Este está un poco pixelado, como si lo hubiesen grabado de lejos. Pincho el «Play». La chica está sentada sobre el regazo del chico, y le cubre todo el cuerpo, las piernas en torno a su cintura y los brazos en torno a su cuello. Lleva un camisón rojo y ondea en el agua como la vela de un barco. Su cabeza tapa la del chico. Tiene el pelo

largo y sus puntas se hunden en el agua como pinceles en la tinta. El chico recorre su columna con las manos como si ella fuese un chelo y la estuviese tocando.

Estoy tan embelesada que no me doy cuenta de que Kitty también lo está mirando. Las dos con las cabezas de lado, intentando averiguar qué es lo que estamos viendo.

—No deberías estar viendo esto — digo.

—¿Lo están haciendo? —pregunta.

—No se ve bien con el camisón — pero ¿quizá sí?

Entonces la chica le acaricia la mejilla al chico y hay algo en el

movimiento, en su forma de tocarlo, como si estuviese leyendo en braille. Algo familiar. Me sube toda la sangre a la cabeza y me golpea una ráfaga de comprensión, de humillante reconocimiento.

La chica soy yo. Peter y yo, en el jacuzzi durante el viaje de esquí.

Dios mío.

Chillo.

Margot viene corriendo con una de esas máscaras de belleza coreanas con aperturas para los ojos, la nariz y la boca.

—¿Qué? ¿Qué?

Intento tapar la pantalla con la mano, pero me la aparta y entonces también suelta un chillido. Se le cae la máscara.

—¡Dios mío! ¿Eres tú?

Dios mío, Dios mío, Dios mío.

—¡Que no lo vea Kitty! —grito.

A Kitty se le han puesto los ojos como platos.

—Lara Jean, pensaba que eras una santa.

—¡Lo soy! —bramo.

Margot traga saliva.

—Eso... Eso parece...

—Lo sé. No lo digas en voz alta.

—No te preocupes, Lara Jean. He visto cosas peores en la tele normal, por no hablar de la HBO —me consuela Kitty.

—¡Kitty, vete a tu habitación! —chilla Margot. Kitty suelta un gemido y

se aferra más a mí.

No me puedo creer lo que estoy viendo. La leyenda dice: *La beata de Lara Jean haciéndoselo con Kavinsky en el jacuzzi. ¿Los condones funcionan bajo el agua? Supongo que no tardaremos en descubrirlo. ;)* Los comentarios consisten en un montón de *emojis* con los ojos abiertos de par en par y jajajajajas. Una chica llamada Veronica Chen escribe: «¡Qué zorra! ¿¿Es asiática??». ¡No sé ni quién es Veronica Chen!

—¿Quién puede haberme hecho esto? No me siento la cara. ¿Mi cara sigue siendo mi cara? —berreo, y me tapo el rostro con las manos.

—¿Quién narices es Anonybitch? —

vocifera Margot.

—No lo sabe nadie. La gente se limita a compartir lo que él o ella publica. ¿Estoy hablando muy alto? —El rugido que tengo en los oídos me impide escuchar mi propia voz. Estoy en estado de *shock*. No siento ni las manos ni los pies. Me voy a desmayar. ¿Esto está pasando de verdad? ¿Esta es mi vida?

—Tenemos que hacer que lo borren enseguida. ¿Hay una línea de ayuda para contenido inapropiado? ¡Tenemos que denunciarlo! —Pincha sobre la pestaña **INFORMA SOBRE CONTENIDO INAPROPIADO**. Revisa los comentarios de la página y espeta, furiosa—: ¡La gente es imbécil!

Tendremos que llamar a un abogado. No lo borrarán enseguida.

—¡No! ¡No quiero que papá lo vea!  
—chillo.

—Lara Jean, esto va en serio. ¡No querrás que las universidades te busquen en Google y que aparezca este vídeo! O futuros empleadores...

—¡Gogo! ¡Me estás haciendo sentir peor!

Busco mi móvil. Peter. Él sabrá qué hacer. Son las cinco, así que estará en el entrenamiento de *lacrosse*. No puedo llamarlo, de modo que le envíé un mensaje:

Llámame lo antes posible.



Entonces oigo la voz de papá que me llama desde las escaleras.

—¡Estas patatas no se van a triturar solas! ¿Quién me ayuda?

Dios mío. Tengo que sentarme a la mesa y mirar a papá a la cara sabiendo que este vídeo existe. Esto no me puede estar pasando.

Margot y Kitty se miran entre ellas y luego a mí.

—¡Ni una palabra a papá! ¡Me refiero a ti, Kitty! —bufo.

Me mira dolida.

—Sé cuándo cerrar la boca.

—Perdona, perdona —balbuceo. El corazón me late tan fuerte que me está provocando dolor de cabeza. No puedo

ni pensar.

Durante la cena, tengo el estómago revuelto y casi no puedo ni tragar el puré de patatas. Por suerte, Margot y Kitty intervienen y llevan el peso de la conversación para que yo no tenga que hablar. Remuevo la comida por el plato y le doy trocitos a *Jamie Fox-Pickle* por debajo de la mesa. En cuanto los demás terminan de comer, subo corriendo a mi habitación y miro el móvil. No hay nada de Peter. Solo más mensajes de Chris y uno de Haven:

OMG, eres tú??

No sé quién es la chica del vídeo. No me reconozco en ella. No es como

me veo a mí misma. Es como otra persona que no tiene nada que ver conmigo. No soy el tipo de persona que se mete en jacuzzis con chicos, se sienta en sus regazos y los besa apasionadamente con un camisón húmedo pegado a la piel. Pero esa noche lo fui. Solo que el vídeo no cuenta toda la verdad.

No dejo de repetirme que no estamos haciéndolo en el vídeo. No estoy desnuda. Solo parece que lo esté. Y lo único en lo que puedo pensar es que todo el mundo en el instituto ha visto el vídeo, un vídeo en el que aparezco en uno de los momentos más íntimos y románticos de mi vida. Y no solo eso:

alguien lo grabó. Había alguien allí. El recuerdo tenía que ser solo mío y de Peter, pero ahora resulta que hay un mirón allí con nosotros. Ya no es solo nuestro. Ahora lo siento como algo sórdido. Al menos lo aparenta. En su momento, me sentí libre, osada e incluso *sexy*. Creo que nunca me había sentido *sexy*. Y ahora lo único que quiero es no existir.

Estoy tumbada en la cama mirando al techo, con el móvil al lado. Margot y Kitty me han prohibido que vea el vídeo. Intentaron quitarme el teléfono, pero les dije que lo necesitaba para cuando Peter me llame. Después le eché un vistazo al vídeo y ya había más de cien comentarios, ninguno bueno.

Kitty está jugando con *Jamie Fox-Pickle* en el suelo y Margot está escribiendo un email al servicio de atención al usuario de Instagram cuando Chris llama por la ventana. Margot la abre y Chris entra, temblando y con las mejillas sonrosadas.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que está en estado de *shock* —dice Kitty.

—No estoy en estado de *shock* —protesto. Pero quizá lo esté. Quizá esté en estado de *shock*. Es un sentimiento extraño y surrealista, como si estuviese entumecida, pero todos mis sentidos están agudizados.

—¿Por qué no entras por la puerta,

como la gente normal —le dice Margot a Chris.

—No contestaba nadie.

Chris se quita las botas y se sienta en el suelo junto a Kitty. Acaricia a *Jamie* y dice:

—Muy bien. Para empezar, es casi imposible distinguir si eres tú. Y en segundo lugar, es súper *sexy*, así que no tienes motivo por el que avergonzarte. Se te ve genial.

Margot hace una mueca de indignación.

—Eso está tan fuera de lugar que no sé ni por dónde empezar.

—¡Estoy siendo sincera! Objetivamente es una mierda, pero, objetivamente también, Lara Jean está

increíble.

Aparto la manta y replico:

—¡Pensaba que apenas se me distinguía! Ya sabía yo que no debí haber ido al viaje. Odio los jacuzzis. ¿Por qué me metí voluntariamente en un jacuzzi?

—Eh, alégrate de haber ido en camisón. ¡Imagínate si llegas a ir desnuda! —dice Chris.

Vuelvo a sacar la cabeza de debajo de la manta y le lanzo una mirada asesina.

—¡Nunca habría ido desnuda!

—Nunca desnuda. ¿Sabes que eso existe? Hay personas que se hacen llamar nudóforos y van vestidos todo el

tiempo, incluso en la ducha. En calzones.

Le doy la espalda a Chris.

El peso de mi cama se desplaza y Margot se sube a ella.

—Todo se arreglará. Los obligaremos a borrar el vídeo —dice Margot mientras aparta la manta.

—No importa. Todo el mundo lo ha visto, y todos creen que soy una puta.

Chris entorna los ojos.

—¿Estás diciendo que si una chica tiene relaciones sexuales en un jacuzzi, eso la convierte en una puta?

—¡No! No es lo que yo digo, es lo que dicen los demás.

—Entonces, ¿qué es lo que estás diciendo? —pregunta Chris.



Miro a Kitty, que le está haciendo unas microtrenzas a Chris en el pelo. Está súper callada para que nos olvidemos de ella y no la echemos.

—Creo que estará bien y deberías hacer lo que quieras, mientras estés preparada, y sea lo que quieres hacer, y uses protección.

—La sociedad está obsesionada por avergonzar a la mujer que disfruta del sexo, pero aplaude al hombre por hacer lo mismo. Mira, todos los comentarios hablan de lo zorra que es Lara Jean, pero nadie dice nada de Peter, y está allí con ella. Es una doble moral ridícula —interviene Margot.

No se me había ocurrido.

Chris mira su teléfono.

—Desde que estoy aquí, me han enviado el vídeo tres personas.

Suelto un sollozo.

—Chris, no estás ayudando. Nada. Lara Jean, si te dicen algo, actúa con indiferencia, como si la cosa no fuese contigo —dice Margot.

—O lo abrazas —dice Chris.

Detrás de ella, Kitty dice:

—Nadie le dirá nada porque es la chica de Peter. Eso significa que está bajo su protección, como en *Los Soprano*.

—Dios mío, ¿has visto *Los Soprano*? ¿Cómo la has visto? Ni siquiera la dan en la tele —exclama

Margot, horrorizada.

—En la televisión a la carta. Voy por la tercera temporada.

—¡Kitty! ¡Deja de verla! Da igual, eso es lo de menos. Luego lo hablamos. Kitty, Lara Jean no necesita que la proteja ningún chico —dice Margot mientras cierra los ojos y sacude la cabeza.

—No, Kitty tiene razón. El asunto no es que Peter sea un chico. Bueno, no del todo. El asunto es que Peter es popular y ella no. De ahí la protección. Sin ofender, LJ —señala Chris.

—Faltaba más —respondo. Es un poco insultante, pero también es cierto, y ahora no es momento de ofenderme por algo tan minúsculo si se lo compara

con un posible *vídeo de sexo casero*.

—¿Qué dice Kavinsky? —me pregunta Chris.

—Nada todavía. Está en el entrenamiento de *lacrosse*.

Mi móvil empieza a sonar de inmediato, y las tres nos miramos con los ojos bien abiertos. Margot lo levanta y mira quién es.

—¡Es Peter! —dice, y me lanza el teléfono como si fuese una patata caliente—. Dejémosles un poco de intimidad —sugiere, y le da un empujoncito a Chris, pero esta pasa de ella.

No les hago caso y respondo a la llamada.

—Hola. —Mi voz suena fina y quebradiza.

Peter empieza a hablar a toda velocidad.

—Vale, he visto el vídeo y lo primero que voy a decirte es que no flipes.

Su respiración es laboriosa, como si estuviese corriendo.

—¿Que no flipe? ¿Cómo lo hago? Es horrible. ¿Sabes lo que dicen de mí en los comentarios? Que soy una zorra. Piensan que nos estamos acostando en el vídeo, Peter.

—¡No leas los comentarios, Covey! Es la primera regla del...

—Como me digas «club de la

lucha», te cuelgo.

—Perdona. Sé que es un asco, pero...

—No es un asco. Es una pesadilla. El momento más íntimo de mi vida, a la vista de todos. Vaya humillación, las cosas que están diciendo.

Se me quiebra la voz. Kitty, Margot y Chris me lanzan miradas tristes, y eso hace que me entristezca aún más.

—No llores, Lara Jean. Por favor, no llores. Te prometo que voy a solucionarlo. Voy a conseguir que quienquiera que gestione Anonybitch lo retire.

—¿Cómo? ¡No sabemos ni quién es! Además, seguro que todo el instituto lo ha visto. Los profesores también. Sé de

buena tinta que los profesores también consultan Anonybitch. Estaba una vez en la sala de profesores y escuché al señor Filipe y a la señora Ryan comentar la mala imagen que le da al instituto. ¿Y qué hay de las juntas de admisiones de las universidades y de nuestros futuros empleadores?

Peter suelta una carcajada.

—¿Futuros empleadores? Covey, he visto cosas mucho peores. Qué narices, he visto fotos más mucho peores. ¿Recuerdas la foto en la que aparezco desnudo con la cabeza en la taza del váter?

Me estremezco.

—No he visto esa foto. Además,

eres tú, no yo. Yo no hago ese tipo de cosas.

—Confía en mí, ¿vale? Te prometo que me ocuparé de esto.

Asiento, a pesar de que no puede verme. Peter es poderoso. Si alguien puede solucionar esto, es él.

—Oye, tengo que irme. El entrenador me va a echar la bronca si me ve al teléfono. Te llamaré esta noche, ¿vale? No te vayas a dormir.

No quiero colgar, desearía poder hablar más rato.

—Vale —musito.

Cuando cuelgo, Margot, Chris y Kitty me están mirando fijamente.

—¿Y bien? —pregunta Chris.

—Dice que él se ocupará del tema.



—¡Te lo dije! —exclama Kitty con petulancia.

—¿Qué significa que se ocupará del tema? No ha demostrado ser precisamente responsable —afirma Margot.

—Él no tiene la culpa —decimos Kitty y yo a la vez.

—Sé perfectamente quién es la responsable. El demonio de mi prima —anuncia Chris.

Eso me deja sin aire.

—¿Qué? ¿Por qué?

Me lanza una mirada de incredulidad.

—¡Porque le arrebataste a su chico!

—Genevieve fue la que engañó a

Peter. Por eso rompieron. ¡Yo no tuve la culpa!

—¡Como si eso importase! Venga, Lara Jean. ¿Te acuerdas de lo que le hizo a Jamila Singh? Le contó a todo el mundo que su familia tenía una esclava indonesia solo porque tuvo pelotas de salir con Peter después de que rompiesen. Yo solo digo que no descartaría una putada como esa por parte de Gen.

Durante el viaje, Genevieve dijo que sabía lo del beso, lo que significa que Peter debió de contárselo en algún momento de su relación..., ¡aunque dudo que le aclarase que fue él quien me besó y no al revés! A pesar de todo, no la creo capaz de ser tan cruel conmigo.

Jamila Singh y Genevieve nunca se gustaron. Pero Gen y yo habíamos sido las mejores amigas. Es cierto que de unos años para acá no nos hemos tratado mucho, pero Gen siempre ha sido leal con sus amigos.

Tuvo que ser uno de los chicos que pasaba el rato en la sala de recreo, o tal vez... No sé. ¡Cualquiera!

—Nunca he confiado en ella. Sin ánimo de ofender, sé que es tu prima...  
—le comenta Margot a Chris.

Chris resopla.

—¿Por qué me iba a ofender? No la soporto.

—Estoy casi segura que fue ella la que rayó el coche de la abuela con su

bici. ¿Te acuerdas, Lara Jean? — pregunta Margot.

En realidad fue Chris, pero no digo nada. Chris empieza a morderse las uñas y me lanza una mirada de pánico.

—No creo que Genevieve haya sido la que colgó el vídeo. Podría haber sido cualquiera que nos viera por casualidad esa noche.

Margot me rodea con el brazo.

—No te preocupes, Lara Jean. Los obligaremos a borrar el vídeo. Eres menor de edad.

—Ponlo otra vez.

Kitty aprieta el «Play». Cada vez que lo veo, me da el mismo vuelco en el estómago.

Lo miro. Cierro los ojos para no

tener que hacerlo. Gracias a Dios que solo se oyen los sonidos del bosque y el burbujeo del jacuzzi.

—¿Es... es tan horrible como recuerdo? ¿De verdad parece que estamos teniendo relaciones sexuales? Sed sinceras.

Abro los ojos.

Margot lo está mirando detenidamente, con la cabeza de lado.

—No, de verdad que no. Solo parece...

—Un beso súper *sexy* —sugiere Chris.

—Exacto. Un beso *sexy* —conviene Margot.

—¿Lo juráis?

—Lo juramos —dicen al unísono.

—¿Kitty?

Se muerde el labio.

—A mí me parece sexo, pero soy la única aquí presente, aparte de ti, que nunca ha tenido relaciones sexuales, así que yo qué sé. —Margot deja escapar un grito ahogado—. Perdón, leí tu diario.

Margot intenta darle una colleja, pero Kitty retrocede gateando como un cangrejo.

Respiro hondo.

—Vale. Puedo vivir con eso. ¿A quién le importan unos cuantos besos? La vida es así, ¿no? Y casi no se me ve la cara. Habría que conocerme para saber que soy yo. Mi nombre completo

no aparece por ninguna parte, solo Lara Jean. Tiene que haber montones de Lara Jean, ¿verdad? ¿Verdad?

Margot asiente con la cabeza, impresionada.

—Nunca había visto a nadie atravesar las cinco fases del duelo tan rápido. Tienes una capacidad de recuperación increíble.

—Gracias —respondo, sintiéndome un poco orgullosa.

Pero luego, a oscuras, cuando mis hermanas y Chris se han ido y Peter y yo nos hemos dado las buenas noches y él me ha asegurado por millonésima vez que todo se solucionará, vuelvo a entrar en Instagram, y leo los comentarios. Y me muero de vergüenza.

Le pregunté a Peter quién pensaba que era el responsable; dijo que no lo sabía. «Seguramente un salido patético», dijo. No pregunto sobre lo que estoy pensando, lo que me sigue dando vueltas por la cabeza. ¿Fue Genevieve? ¿Es posible que me odie tanto como para desear lastimarme de esta manera?

Recuerdo cuando nos intercambiamos pulseras de la amistad.

—Esto demuestra que somos mejores amigas. Estamos más unidas que nadie —me dijo.

—¿Qué hay de Allie? —pregunto. Siempre habíamos sido un trío, aunque últimamente Genevieve pasaba más tiempo en mi casa, sobre todo porque la



madre de Allie era estricta en cuanto a las visitas de chicos y el uso de internet.

—Allie está bien, pero tú me gustas más —dijo, y me sentí culpable, pero también honrada. A Genevieve le gustaba yo más. Estábamos unidas, más que con ninguna otra persona. Las pulseras lo demostraban. Qué barato le salió comprarme, solo una pulsera hecha de cuerda.

A la mañana siguiente me visto para ir a clase. Lo hago con un cuidado especial. Chris dijo que debía abrazar la situación, lo que significa un atuendo que atraiga las miradas. Margot dijo que debía estar por encima de todo, lo que significa algo que indique madurez como una falda de tubo o un *blazer* verde de pana. Pero mi instinto me dice: «Camúflate, camúflate, camúflate». Un suéter largo que es casi una manta. *Leggings*, y las botas marrones de

Margot. Si pudiese llevar una gorra a clase, me la pondría, pero los gorros no están permitidos.

Me preparo un cuenco de cereales con trozos de plátano, pero solo puedo obligarme a tragar unos cuantos bocados. Estoy demasiado nerviosa. Margot se da cuenta y mete una bolsa de anacardos en mi bolsa, para después. Tengo suerte de que siga aquí para cuidar de mí. Mañana regresará a Escocia.

Papá me toca la frente.

—¿Estás enferma? Anoche prácticamente no cenaste.

Niego con la cabeza.

—Calambres. Me tiene que venir la regla. —Me basta con pronunciar

«regla», la palabra mágica, y sé que no insistirá más.

—Ah. Tómate dos ibuprofenos después de comer, y así ya los tendrás en el sistema —dice con aire docto.

—Entendido.

Me sabe mal mentir, pero es una mentira pequeñita, y es por su propio bien. Nunca debe enterarse de lo del vídeo. Nunca.

Por una vez, Peter llega puntual. Se está ateniendo al contrato de verdad. Margot me acompaña a la puerta y dice:

—Mantén la cabeza alta, ¿vale? No has hecho nada malo.

En cuanto entro en el coche, Peter se acerca y me besa en la boca. Aún me

sigue sorprendiendo, así que me pilla desprevenida y le toso un poco en la boca por accidente.

—Perdona —me disculpo.

—No pasa nada —dice, tan tranquilo como siempre. Apoya el brazo detrás de mi asiento y da marcha atrás con el coche. Después me tira su móvil.

—Mira Anonybitch.

Abro Instagram y voy a la página de Anonybitch. Veo la entrada que estaba debajo de la nuestra, una foto de un chico inconsciente con penes dibujados por toda la cara. Está en lo más alto de la página. Se me escapa un grito ahogado. ¡El vídeo del jacuzzi ha desaparecido!

—¿Cómo lo has conseguido, Peter?

Peter me lanza su sonrisa de pavo real.

—Anoche, envié un mensaje a Anonybitch diciéndole que borraré esa mierda o que la denunciaríamos. Le dije que mi tío es abogado, y que tú y yo somos menores de edad.

Me acaricia la rodilla.

—¿Tu tío es abogado?

—No. Tiene una pizzería en Nueva Jersey.

Los dos rompemos a reír y me siento muy aliviada.

—Escucha, no te preocupes por nada. Si alguien dice algo, le partiré la cara.

—Solo me gustaría saber quién lo

hizo. Habría jurado que estábamos solos.

Peter sacude la cabeza.

—¡Tampoco hicimos nada malo! ¿A quién le importa si nos enrollamos en un puñetero jacuzzi? ¿A quién le importa si nos acostamos?

Frunzo el ceño y enseguida añade:

—Lo sé, lo sé. No quieres que la gente piense que hicimos algo que no hicimos. No lo hicimos, y se lo dije a la zorra de Anonybitch.

—Con las chicas es diferente, Peter.

—Lo sé. No te enfades. Descubriré quién ha sido.

Mantiene la mirada fija al frente, tan serio y tan diferente de lo habitual. Su perfil es tan bienintencionado que

resulta casi noble.

¡Peter, por qué tienes que ser tan apuesto! Si no fueses tan apuesto, nunca me habría metido en el jacuzzi contigo. Todo esto es por tu culpa. Pero no lo es. Soy yo la que se quitó los zapatos y los calcetines y se metió allí. Yo también lo deseaba. Agradezco que se lo esté tomando tan en serio, escribiendo emails en nuestro nombre. Sé que este es el tipo de cosas que dejarían indiferente a Genevieve, quien nunca ha tenido problemas con las muestras de afecto en público ni con ser el centro de atención. Pero a mí me importa. Y mucho.

Vuelve la cabeza y me mira, estudiándome los ojos y la cara.



—No te arrepientes, ¿verdad, Lara Jean?

Niego con la cabeza.

—No. No me arrepiento. —Me sonrío con dulzura y no puedo evitar devolverle la sonrisa—. Gracias por hacer que quitase el vídeo por mí.

—Nosotros. Lo hice por nosotros —corrige Peter, y entrelaza sus dedos con los míos—. Estamos juntos en esto, nena.

Aprieto mis dedos en torno a los suyos. Si nos aferramos el uno al otro, todo saldrá bien.

Quando recorreremos los pasillos

juntos, las chicas susurran. Los chicos ríen con disimulo. Un chico del equipo de *lacrosse* se acerca corriendo e intenta chocar las manos con Peter, pero Peter lo ahuyenta con un gruñido.

Lucas aparece cuando estoy sola en mi taquilla dejando uno de mis libros.

—No voy a morderme la lengua. Te lo preguntaré directamente. ¿La chica del vídeo eres tú de verdad?

Respiro hondo para calmarme.

—Soy yo.

Lucas suelta un silbido.

—Vaya.

—Sí.

—Así que... Vosotros...

—No, no lo hicimos. No lo hacemos.

—¿Por qué no?

La pregunta me incomoda, aunque sé que no debería. Es solo que nunca he estado en posición de hablar de mi vida sexual, porque ¿quién iba a preguntarme al respecto?

—No lo hacemos porque no lo hacemos. No hay ninguna razón especial, aparte de que aún no estoy preparada, y tampoco sé si él lo está. Todavía no lo hemos hablado.

—Bueno, tampoco es que Peter sea virgen. Ni de lejos —Lucas abre todo lo que puede los ojos cerúleos para añadir énfasis—. Sé que eres inocente, Lara Jean, pero Kavinsky no lo es. Te lo digo como chico que soy.

—No sé qué tiene eso que ver conmigo —respondo, aunque ya le he dado vueltas al tema. Peter y yo lo hablamos una vez. El que un chico y una chica lleven saliendo mucho tiempo ¿significa automáticamente que se están acostando? Pero no recuerdo si manifestó cuál era su opinión. Tendría que haber prestado más atención.

—Mira, solo porque Genevieve y él lo hiciesen como conejos salvajes... — A Lucas se le escapa una risita y le pellizco—. Solo porque lo hiciesen, no significa automáticamente que nosotros también lo hagamos, o que Peter quiera hacerlo.

¿O sí?

—Claro que quiere.

Trago saliva.

—Pues mala suerte si es así. Pero, en serio, no creo que lo sea.

En ese mismo momento, decido que nuestra relación será como una costilla asándose en la barbacoa. Lenta pero segura. Nos iremos calentando lentamente con el tiempo. Confiada, añado:

—La relación que hay entre Peter y yo es completamente diferente de la que había entre Genevieve y él. Y tampoco habría que compararlas.

No menciono que justo eso es lo que no he parado de hacer.

En clase de francés, oigo a Emily Nussbaum susurrarle a Genevieve:

—Si resulta que está preñada, ¿crees que Kavinsky pagará el aborto?

—Imposible. Es demasiado tacaño. Como mucho, la mitad —responde Genevieve, y todo el mundo rompe a reír.

La cara me arde de puro bochorno. Quiero gritarles: «¡No nos acostamos! ¡Somos una costilla!». Pero saber que me están provocando solo les daría más satisfacción. Eso es lo que diría Margot. Así que alzo la cabeza tanto como puedo, tanto que me duele el cuello.

Quizá Gen sí que lo hizo. Quizá sí

que me odia tanto.

La señora Davenport me pilla de camino a la siguiente clase. Me rodea con el brazo y dice:

—¿Cómo lo llevas, Lara Jean?

Sé que no se preocupa por mí. Solo quiere cotillear. Es la mayor cotilla del profesorado, puede que incluso de entre los estudiantes. Pero no pienso convertirme en tema de conversación de la sala de profesores.

—Genial —respondo con alegría.

La cabeza alta. La cabeza alta.

—He visto el vídeo de Peter contigo en el jacuzzi —susurra, mientras desplaza la mirada de un lado a otro para ver si alguien está escuchando.

Aprieto tanto la mandíbula que me

duelen los dientes.

—Debes de estar muy molesta por los comentarios, y no te culpo. ¡Los niños pueden ser muy crueles! Confía en mí, lo sé por experiencia personal. No soy mucho mayor que vosotros.

La señora Davenport necesita tener vida propia si lo único que hace durante las vacaciones de Navidad es mirar el Instagram de unos estudiantes de instituto.

—Estoy bien, pero gracias por preguntar.

Aquí no hay nada que ver, circular. Seguid a lo vuestro.

La señora Davenport empieza a sacar el labio inferior, el principio de un



puchero.

—Bueno, si necesitas hablar con alguien, aquí estoy. Seré tu aliada. Ven a pasar el rato cuando quieras. Te escribiré una nota.

—Gracias, señora Davenport — respondo, y me zafó de su abrazo.

La señora Duvall, la consejera académica, me para de camino a clase de inglés.

—Lara Jean —empieza, pero titubea—. Eres inteligente y tienes talento. No eres el tipo de chica que se mete en este tipo de situaciones. Lamentaría mucho que fueses por el mal camino.

Siento que me suben las lágrimas por la garganta, a punto de aflorar a la superficie. Respeto a la señora Duvall.

Quiero que piense bien de mí. Me limito a asentir.

Me levanta la barbilla con ternura. Su perfume huele a pétalos de rosa desecados. Trabaja en el instituto desde siempre. A la señora Duvall, los alumnos le importan de verdad. Es a ella a quien los estudiantes ya universitarios visitan cuando vuelven a casa por Navidad.

—Este es el momento de aplicarse y pensar en serio en tu futuro, no en películas de instituto. No les des a las universidades motivos para rechazarte, ¿de acuerdo?

Asiento otra vez.

—Buena chica. Sé que eres mejor

que eso.

Sus palabras se repiten en mí oídos. «Mejor que eso.» ¿Mejor que qué? ¿Mejor que quién?

Durante la comida, me escapo al lavabo de chicas para no tener que hablar con nadie. Y claro, ahí está Genevieve, de pie ante el espejo, aplicándose protector labial. Nuestras miradas se encuentran en el espejo.

—Hola.

Es su forma de decirlo: «Hola». Tan engreída, y tan segura de sí misma.

—¿Fuiste tú? —Mi voz hace eco por las paredes.

La mano de Genevieve se detiene,

pero se recupera enseguida y enrosca la capucha del protector labial.

—¿Si fui yo *qué*?

—¿Enviaste el vídeo de Anonybitch?

—No —resopla. La comisura izquierda de su boca se alza un poco, el menor de los temblores. Es cuando sé que miente. La he visto mentirle a su madre demasiadas veces como para saberlo. Es cierto que lo sospechaba, quizá en el fondo incluso lo sabía, pero esta confirmación me deja helada.

—Sé que ya no somos amigas, pero lo hemos sido. Conoces a mis hermanas. Me conoces a mí. Sabías lo mucho que esto iba a dolerme. —Aprieto los puños

para no llorar—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Lara Jean, siento mucho que te haya pasado esto, pero de verdad que no fui yo.

Se encoge de hombros en un gesto de falsa compasión, y ahí va otra vez: la comisura de sus labios se alza de nuevo.

—Fuiste tú. Lo sé. Cuando Peter se entere...

Arquea una ceja.

—¿Qué? ¿Me partirá la cara?

Estoy tan furiosa que me tiemblan las manos.

—No, porque eres una chica. Pero tampoco va a perdonarte. Me alegro de que lo hayas hecho si eso demuestra el tipo de persona que eres en realidad.

—Sabe perfectamente qué tipo de persona soy. ¿Y sabes qué? Me sigue queriendo más de lo que tú llegarás a gustarle. Ya verás.

Se da la vuelta y se marcha.

Entonces lo entiendo. Está celosa. De mí. No soporta que Peter esté conmigo y no con ella. Bueno, acaba de meter la pata, porque cuando Peter se entere de que ella es la responsable, no volverá a verla de la misma forma.

Cuando acaban las clases, voy corriendo al aparcamiento donde Peter me espera dentro del coche con la calefacción encendida:

En cuanto abro la puerta, resuello:

—¡Fue Genevieve! Ella envió el vídeo a Anonybitch. ¡Me lo acaba de admitir!

—¿Te ha dicho que ella grabó el vídeo? ¿Esas palabras exactas? — responde con sobriedad.

—Bueno... No.

¿Cuáles fueron sus palabras exactas? Dejé la conversación sintiendo que había confesado, pero ahora que recapitulo acerca de ella, me doy cuenta de que no lo admitió abiertamente.

—No lo ha admitido como tal, pero casi. ¡E hizo eso con la boca! —Levanto la comisura de los labios—. ¿Ves? ¡Es su señal!

Peter alza una ceja.

—Venga ya, Covey.

—¡Peter!

—Vale, vale, hablaré con ella — dice, y arranca el coche.

Estoy casi segura de que ya sé la respuesta, pero tengo que preguntar:

—¿Algún profesor te ha dicho algo del vídeo, o el entrenador White?

—No. ¿Por qué? ¿Te han dicho algo?

De esto me hablaba Margot, de la doble moral. Los chicos son chicos, pero las chicas debemos tener cuidado: con nuestros cuerpos, con nuestros futuros y con las opiniones de la gente.

—¿Cuándo hablarás con Genevieve?



—le pregunto, a bocajarro.

—Me pasaré esta noche.

—¿Vas a ir a su casa?

—Bueno, sí. Tengo que verle la cara para saber si está mintiendo. Comprobaré esa señal de la que tanto hablas.

Peter está muerto de hambre, así que de camino a casa nos paramos a comer una hamburguesa con un batido. Llego por fin. Margot y Kitty me están esperando.

—Cuéntanoslo todo —dice Margot mientras me ofrece una taza de chocolate caliente. Miro si le ha añadido mini nubes. Lo ha hecho.

—¿Peter lo ha solucionado? —  
inquiérese Kitty.

—¡Sí! Consiguió que Anonybitch  
borrase el vídeo. Le dijo que tiene un tío  
que es abogado cuando en realidad es el  
dueño de una pizzería en Nueva Jersey.

Margot sonríe, pero enseguida se  
pone seria.

—¿Has pasado un mal trago en  
clase?

—No, no me ha ido tan mal —digo  
con despreocupación. Siento una oleada  
de orgullo por mostrarme tan valiente  
con mis hermanas—. Pero estoy casi  
segura de saber quién ha sido.

—¿Quién? —preguntan al unísono.

—Genevieve, como dijo Chris. Me

encaré con ella en el lavabo y lo negó, pero entonces hizo eso que hace con el labio cuando está mintiendo. Gogo, ¿te acuerdas? —Y la imito.

—¡Creo que sí! —responde, pero está claro que no—. ¿Qué dijo Peter cuando le contaste que fue Genevieve? Te creyó, ¿verdad?

—No exactamente —contesto, y soplo para enfriar el chocolate—. Dice que hablará con ella y que llegará hasta el fondo del asunto.

Margot frunce el ceño.

—Tendría que haberte apoyado sin más.

—¡Ya lo hace, Gogo! —Le tomo la mano y entrelazo sus dedos con los míos—. Eso es lo que hizo y después añadió:

«Estamos juntos en esto, nena». ¡Fue muy romántico!

—No tienes remedio. No cambies nunca —dice Margot, y se le escapa una risita.

—Ojalá no te marchases mañana —suspiro. Ya la echo de menos. El que Margot esté aquí, tomando decisiones y ofreciendo consejos sensatos, me hace sentir segura. Me da fuerzas.

—Lara Jean, tú puedes con esto —me dice, y escucho con atención, miro con atención, en busca de la más mínima duda o falsedad, una señal de que lo dice solo para levantarme la moral. Pero no hay ninguna. Solo confianza.

Es la última cena de Margot antes de marcharse mañana a Escocia. Papá ha preparado un asado de tira coreano y patatas gratinadas desde cero. Incluso ha horneado una tarta de limón.

—El tiempo ha sido tan gris y oscuro que creo que ya toca un poco de sol gracias a la tarta de limón —dice.

Después me pasa el brazo por la cintura y me da una palmadita en el costado y, aunque no pregunta, sé que sabe que me pasa algo mucho más

importante que la regla.

Apenas hemos tenido tiempo de llevarnos los tenedores a la boca cuando papá pregunta:

—¿El *galbi jjim* sabe como el de la abuela?

—Básicamente —digo.

Cambia de expresión de golpe, así que no tardo en añadir:

—Puede que sea mejor y todo.

—Lo maceré tal como me explicó, pero no se derrite igual que el suyo, ¿sabes? Si el *galbi jjim* está preparado correctamente, no se necesita cuchillo.

Margot, que estaba serrando un trozo de carne con el cuchillo, frena en seco.

—La primera vez que lo probé fue con vuestra madre. Me llevó a un

restaurante coreano en nuestra primera cita. Pidió en nombre de los dos en coreano, y me explicó qué era cada plato. Cómo me impresionó esa noche. Solo me arrepiento de que dejarais las clases de coreano. —Las comisuras de sus labios caen un segundo, pero enseguida recupera la sonrisa—. A comer, chicas.

—Papá, la Universidad de Virginia tiene un departamento de coreano —le digo—. Si me aceptan, pienso estudiar coreano.

—Eso habría hecho muy feliz a tu madre —responde, y sus ojos vuelven a tener una expresión triste.

—El *galbi jjim* está delicioso, papá.

En Escocia no hay buena comida coreana —interviene Margot con prontitud.

—Llévate algas y un poco de ese té de ginseng que la abuela trajo de Corea. También deberías llevarte la olla eléctrica para cocer el arroz —sugiere papá.

—Entonces, ¿cómo vamos a comer arroz? —se queja Kitty.

—Podemos comprar una nueva. Lo que me gustaría de verdad es ir allí de vacaciones familiares. ¿A que sería maravilloso? Vuestra madre siempre quiso llevaros de viaje a Corea. Aún tenéis a muchos familiares por allí —dice en tono soñador.

—¿La abuela puede venir con



nosotros? —pregunta Kitty. No deja de darle trocitos de carne a *Jamie* a escondidas, que está sentado sobre los cuartos traseros y nos mira esperanzado.

Papá está a punto de atragantarse con un trozo de patata.

—Sería fantástico. Sería una gran guía turística.

Margot y yo intercambiamos una sonrisa. La abuela volvería loco a papá en una semana. Lo que me entusiasma de verdad son las compras.

—Dios mío, pensad en todo el material de papelería. Y la ropa. Y los pasadores para el pelo. La BB cream. Tendría que hacer una lista —digo.

—Papá, podrías apuntarte a una

clase de comida coreana —sugiere Margot.

—¡Sí! Pensémoslo de cara al verano —dice papá. Se nota que empieza a estar entusiasmado—. Dependiendo de las agendas de cada uno, claro. Margot, pasarás todo el verano aquí, ¿verdad?

Eso es lo que decía la semana pasada.

—No estoy segura. Aún no hay nada decidido —responde, y baja la vista al plato.

Papá parece desconcertado, y Kitty y yo intercambiamos miradas. Seguro que esto tiene que ver con Josh, y no la culpa.

—Existe la posibilidad de que me den unas prácticas en el Real Instituto

Antropológico de Londres.

—¿No dijiste que querías volver a trabajar en Montpellier? —pregunta papá, con el ceño fruncido en señal de confusión.

—No hay nada cerrado, aún me estoy decidiendo.

—Si te dan esas prácticas, ¿conocerás a la familia real? —interviene Kitty.

Pongo los ojos en blanco y Margot le lanza una mirada de agradecimiento.

—Lo dudo, gatita, pero nunca se sabe.

—¿Y tú qué cuentas, Lara Jean? —pregunta Kitty con ojos grandes e inocentes—. ¿No tenías que hacer cosas

durante el verano para encontrar una buena universidad?

Le lanzo una mirada asesina.

—Tengo tiempo de sobra para decidirme.

Le doy un pellizco por debajo la mesa, y suelta un chillido.

—Tenías que buscar unas prácticas para la primavera. Hazme caso, Lara Jean: si no te das prisa, las mejores estarán pilladas. ¿Has escrito a Noni para prepararte las pruebas de acceso? Comprueba si organiza una escuela de verano o si regresa a casa para el verano —me recuerda Margot.

—Vale, vale, lo haré.

—Podría conseguirte un trabajo en la tienda de regalos del hospital.

Podríamos ir juntos al trabajo y comer juntos. ¡Sería divertido pasar el día con tu viejo! —se ofrece papá.

—Papá, ¿no tienes ningún amigo en el trabajo? ¿Te sientas solo para comer? —pregunta Kitty.

—Bueno, no, no todos los días. Supongo que a veces sí que como solo en mi despacho, pero porque no dispongo de mucho tiempo para comer. Si Lara Jean trabajase en la tienda de regalos, sacaría tiempo. Puede que también haya trabajo en el McDonald's, pero tendría que preguntar —dice pensativo, tamborileando los palillos sobre el plato.

—Eh, si te dan trabajo en el

McDonald's, seguro que te dejan comer todas las patatas fritas que quieras — comenta Kitty.

Frunzo el ceño. Estoy viendo cómo será el verano, y no me gusta lo que veo.

—No quiero trabajar en el McDonald's. Y no es por ofender, papá, pero tampoco quiero trabajar en la tienda de regalos. —Tengo que pensar rápido—. He estado pensando en hacer algo más oficial en Belleview. Quizá podría ser la becaria del director de actividades. O su asistente. ¿A que suena mejor, Margot?

—Asistente del director de actividades —dice Margot.

—Sí que suena más profesional — convengo—. Tengo muchas ideas. Tal

vez me pase esta semana y se las presente a Janette.

—¿Como qué? —pregunta papá.

—Una clase para hacer álbumes de recortes. Han guardado tantas fotos, recuerdos y cosas que sería buena idea convertirlo todo en un libro para que no se pierda nada —improviso.

De repente estoy en racha.

—Y podríamos preparar una pequeña exposición con todos los álbumes a la vista y la gente podría ojearlos y ver sus historias. Podría preparar pastas de hojaldre con queso y servir vino blanco...

—Es una idea *fantástica* —dice Margot asintiendo con gesto aprobador.

—Una idea genial. Obviamente, para ti no habrá vino blanco..., ¡pero sí tendrás hojaldre!

—Papá... —decimos a coro, porque le encanta que lo hagamos. Le encanta ser el padre cursi y que las tres gruñamos como si estuviésemos exasperadas y digamos: «Papá...».

Mientras lavamos los platos, Margot me dice que siga adelante con la idea de Belleview.

—Necesitan a alguien como tú para que se ocupe de las cosas. Energía fresca, nuevas ideas. La gente tiende a quemarse cuando trabaja en una residencia de ancianos. Janette se alegrará de tener otro par de manos —



dice mientras enjabona la olla de hierro fundido.

Dije todo eso sobre Belleview para quitármelos de encima, pero pienso que debería hablar en serio con Janette.

Cuando subo a mi habitación, tengo una llamada perdida de Peter. Le devuelvo la llamada y oigo la televisión de fondo.

—¿Has hablado con ella? —Rezo, rezo, rezo para que me crea.

—Hablé con ella.

El corazón me late con fuerza.

—¿Y bien? ¿Lo ha admitido?

—No.

—No. —Suelto un suspiro. Supongo

que era de esperar. Gen no es el tipo de persona que se deja pisotear. Es una luchadora—. Bueno, puede decir lo que le dé la gana, pero sé que fue ella.

—Eso no puedes saberlo con un solo gesto, Covey.

—No es solo el gesto. Antes era mi mejor amiga. Sé cómo piensa.

—Yo la conozco mejor, te lo estoy diciendo, no creo que fuese ella. Confía en mí.

Es cierto que la conoce mejor, claro que sí. Pero de chica a chica, de exmejor amiga a exmejor amiga, sé que fue ella. No me importa cuántos años hayan pasado. Hay cosas que una chica sabe en las tripas, en los huesos.

—Confío en *ti*. No confío en *ella*.

Todo esto forma parte de su plan, Peter.

Sobreviene un largo silencio, y oigo cómo mis palabras se repiten en mis oídos, y todo suena a locura, incluso viniendo de mí.

Su voz está cargada de paciencia cuando dice:

—Está estresada con cosas de su familia. No tiene tiempo de conspirar en tu contra, Covey.

¿Cosas de familia? ¿Qué puede ser? Siento una punzada de culpa al recordar que Chris mencionó que su abuela se había roto la cadera y la familia estaba discutiendo si debía meterla en una residencia. Genevieve siempre ha

estado unida a su abuela; decía que era su favorita de entre todos sus nietos porque era la que más se parecía a ella, o sea, hermosísima.

O a lo mejor son sus padres. Genevieve temía que algún día se divorciasen.

O a lo mejor es todo mentira. Lo tengo en la punta de la lengua cuando Peter dice con voz cansada:

—Mi madre me está llamando para que baje. ¿Lo hablamos mañana?

—Claro —respondo.

Supongo que podría ser cualquier cosa. Peter tiene razón. Hace tiempo la conocía bien, pero ya no. Peter es quien mejor la conoce ahora. Y además, ¿no es así como acabas perdiendo a tu novio?

Mostrándote paranoica, celosa e insegura. Estoy bastante segura de que los celos no me sientan muy bien.

Después de colgar, decido olvidarme del vídeo de una vez por todas. Lo hecho, hecho está. Tengo un novio, un posible empleo nuevo (no remunerado, claro, pero bueno) y unos estudios en los que pensar. No puedo permitir que esto me hunda. Además, ni siquiera se me ve la cara en el vídeo.

A la mañana siguiente, antes de ir a clase, ayudamos a cargar el coche para que papá pueda llevar a Margot al aeropuerto. No dejo de mirar a la ventana de Josh. Me pregunto si bajará a despedirse. Es lo menos que puede hacer. Pero la luz está apagada, así que debe de estar durmiendo.

La señora Rothschild sale con su perro cuando Margot se está despidiendo de *Jamie Fox-Pickle*. En cuanto la ve, *Jamie* salta de los brazos

de Margot y cruza la calle a la carrera. Papá va tras él. *Jamie* está ladrando y saltando como un loco alrededor de *Simone*, el anciano perro de la señora Rothschild, que no le hace ni caso. *Jamie* está tan excitado que se hace pis sobre las botas de agua verdes de la señora Rothschild. Papá se disculpa, pero ella se ríe.

—Se marchará enseguida —le oigo decir. Está guapa con su pelo castaño recogido en una cola alta, pantalones de yoga y una chaqueta *bomber* abultada que creo que Genevieve también tiene.

—¡Date prisa, papá! Tengo que llegar al aeropuerto con tres horas de antelación —dice Margot.

—Tres son demasiadas. Con dos es

más que suficiente —comento.

Observamos a papá mientras intenta tomar a *Jamie* en brazos, pero este intenta zafarse. La señora Rothschild lo levanta sin problemas y le planta un beso en la cabeza.

—Con los vuelos internacionales tienes que estar en el aeropuerto tres horas antes. Tengo maletas que facturar,  
Lara Jean

Kitty no dice nada, se limita a contemplar el espectáculo que hay en la acera de enfrente.

Papá regresa con *Jamie*, que se retuerce en sus brazos, y dice:

—Será mejor que nos vayamos antes de que *Jamie* vuelva a meterse en líos.



Las tres nos fundimos en un gran abrazo. Margot me susurra que sea fuerte. Asiento, y papá y ella salen para el aeropuerto.

Todavía es temprano, mucho más temprano de lo que nos habríamos levantado en un día de clase normal, así que preparo tortitas de plátano para Kitty y para mí. Preparo unas cuantas de más y las envuelvo en papel de aluminio para compartirlas con Peter de camino al instituto. Lavo los platos. Incluso envío un email tanteando el terreno a Janette, de Belleview, y ella me responde enseguida.

«La sustituta de Margot dejó el trabajo el mes pasado, así que es el

momento oportuno —dice—. Ven el sábado y hablaremos de tus responsabilidades.»

Siento que por fin lo tengo todo en orden, y que he encontrado mi lugar. Puedo con todo.

Así que cuando entro en el instituto esa fría mañana de enero, de la mano de Peter, llena de tortitas de plátano, con un nuevo empleo, llevando el suéter de Fair Isle que Margot se ha dejado, me siento bien. Genial, incluso.

Peter quiere pasarse por la sala de ordenadores para imprimir su trabajo de lengua, así que esa es nuestra primera parada. Peter inicia sesión y se me escapa un grito cuando veo el fondo de pantalla.

Alguien ha tomado una captura de pantalla del vídeo del jacuzzi conmigo en el regazo de Peter, mi camisón rojo de franela y la falda subida en torno a mis muslos. Arriba pone: SEXO EN EL JACUZZI, y abajo: LO ESTÁS HACIENDO MAL.

—Pero ¿qué demonios? —masculla Peter, mirando en torno a la sala. Nadie levanta la vista. Mira en el ordenador de al lado, la misma foto, una frase distinta. Encima: ELLA NO SABE QUE SE ENCOGE. Y abajo: ÉL SE CONFORMA CON LO QUE PUEDE.

Somos un meme.

Durante los dos días siguientes, la foto aparece por todas partes. En el Instagram de otra gente, y en sus muros de Facebook.

Hay uno al que le han añadido un tiburón bailarín con Photoshop. Otro en que nos han reemplazado las cabezas por cabezas de gato.

En otro solo pone: BIQUINI AMISH.

A los amigos de *lacrosse* de Peter les hace muchísima gracia, pero juran no tener nada que ver con el tema. Durante la comida, Gabe protesta:

—¡Pero si no sé ni usar Photoshop!

Peter se mete medio sándwich en la boca.

—Vale, entonces ¿quién ha sido? ¿Jeff Bardugo? ¿Carter?

—Yo qué sé, tío. Es un meme. Un montón de gente puede haberse apuntado —se defiende Darrell.

—Tienes que admitir que el de las cabezas de gato era bastante gracioso —dice Gabe. Entonces se gira y añade—: Perdón, Larguirucha.

No digo nada. El de las cabezas de gato era bastante gracioso. Pero en conjunto no lo es. Peter intentó quitarle hierro al primero, pero ahora que llevamos varios días así, se nota que le molesta. No está acostumbrado a ser el hazmerreír. Supongo que yo tampoco, pero solo porque no estoy acostumbrada

a que la gente preste tanta atención a lo que hago. Desde que estoy con Peter la gente lo hace, y desearía que no fuese así.

Esa tarde tenemos una asamblea en el auditorio. La delegada de curso está en el escenario ofreciendo una presentación en PowerPoint sobre el estado de las cosas, cuánto dinero hemos recaudado para el baile de fin de curso, y la propuesta para el viaje del curso que viene. Estoy hundida en mi asiento. Me siento contenta: disfruto de una pausa en la que nadie me está mirando, ni susurrando ni juzgando.

Cambia a la última diapositiva, y

entonces ocurre. *Me So Horny* empieza a sonar a todo volumen por los altavoces, y mi vídeo con Peter aparece en la pantalla del proyector. Alguien ha cogido el vídeo de Anonybitch y le ha añadido una banda sonora. También lo han editado de forma que reboto sobre el regazo de Peter a triple velocidad.

Oh, no, no, no, no. Por favor, no.

Todo ocurre a la vez. La gente está chillando y riendo y señalando y haciendo «¡Ooooh!». La señora Vasquez salta para desenchufar el proyector y Peter corre al escenario y le arrebató el micrófono a una Reena pasmada.

—El responsable de esto es un hijo de puta. Y no es asunto de nadie, joder, pero Lara Jean y yo no lo hicimos en el



jacuzzi.

Me zumban los oídos y la gente se vuelve para mirarme y después a Peter.

—¡Lo único que hicimos fue besarnos, así que idos a la mierda!

La señora Vásquez, la tutora del curso, está intentando arrebatarme el micro a Peter, pero este se las arregla para conservarlo. Levanta el micro en el aire y grita:

—¡Encontraré al responsable y le partiré la cara!

Deja caer el micro durante la escaramuza. La gente lo está vitoreando y riendo. Al final, se llevan a Peter a rastras del escenario y él examina al público frenéticamente. Me está

buscando.

La asamblea termina y todo el mundo empieza a salir, pero yo me quedo hundida en mi asiento. Chris viene a buscarme, con el rostro iluminado. Me agarra por los hombros y dice:

—¡Ha sido increíble! ¡Ha soltado dos tacos delante de todos!

Sigo en estado de *shock*. Han proyectado delante de todo el mundo un vídeo subido de tono en el que aparecemos Peter y yo. La señora Vasquez, y el señor Glebe, que tiene setenta años y no sabe ni qué es Instagram. El único beso apasionado de mi vida, y todo el mundo lo ha visto.

Chris me sacude los hombros.

—¡Lara Jean! ¿Estás bien?

Asiento en silencio y me suelta.

—¿Le va a partir la cara al responsable? ¡Me gustaría verlo! — Resopla y echa la cabeza atrás como un caballo salvaje—. A ver, este tío es un idiota si cree por un solo segundo que no fue Gen quien colgó el vídeo. ¡Hay que estar ciego!

Chris se interrumpe de golpe y me examina el rostro.

—¿Seguro que estás bien?

—Nos han visto todos.

—Sí... Es un asco. Seguro que ha sido obra de Gen. Habrá conseguido que alguno de sus secuaces lo meta en la presentación de Reena. —Chris sacude

la cabeza, asqueada—. Es una zorra. Pero me alegro de que Peter lo haya aclarado. No me gusta reconocérselo, pero eso ha sido un acto de caballerosidad. Ningún chico lo ha hecho por mí.

Sé que está pensando en el chico de primero que le dijo a todo el mundo que Chris y él lo habían hecho en el vestuario. Pienso en lo que me dijo la señora Duvall. Metería a Chris en el mismo saco que a las fiesteras, las chicas que se acuestan con cualquiera, las chicas que no son «mejor que eso». Se equivocaría. Todas somos iguales.

Mi móvil suena cuando estoy

saliendo de clase. Es Peter.

Estoy en libertad condicional. Nos vemos en el coche!

Voy corriendo al aparcamiento, donde Peter me espera con la calefacción encendida. Con una sonrisa de oreja a oreja, me dice:

—¿No piensas besar a tu hombre? Acabo de salir de prisión.

—¡Peter! Esto no es cosa de broma. ¿Te han suspendido?

—No. He engatusado al director. Lochlan me adora. Pero si hubiese sido otro, me podrían haber expulsado... — dice con una mueca de suficiencia.

Peter...

—Por favor, ahora no me vengas alardeando.

—Cuando salí del despacho de Lochlan, había un grupo de chicas de segundo esperando para hacerme una ovación. Estaban en plan «Kavinsky, qué romántico eres».

Suelta un aullido y yo le lanzo una mala asesina. Me abraza de costado.

—Eh, saben que no estoy disponible. Solo hay una chica a la que quiera ver en un biquini amish.

Empiezo a reír. No puedo evitarlo. A Peter le encanta ser el centro de atención y no quiero ser una chica más que se lo permite, pero a veces me lo

pone muy difícil. Además, fue un poquito romántico.

Me planta un beso en la mejilla y me acaricia la cara.

—¿No te dije que cuidaría de ti, Covey?

—Sí —admito mientras le acaricio el pelo.

—¿Lo he hecho bien?

—Sí.

Eso es lo único que necesita para ser feliz, que le diga que ha hecho un buen trabajo. La sonrisa no le desaparece de la cara en todo el viaje. Pero yo sigo dándole vueltas.

Doy una excusa para no ir a la fiesta del equipo de *lacrosse* a la que tenía que acompañar a Peter esta noche. Digo

que quiero prepararme la entrevista de mañana con Janette, pero los dos sabemos que es más que eso. Peter podría señalarlo, recordarme que nos prometimos que siempre diríamos la verdad, pero no lo hace. Me conoce lo bastante bien como para saber que necesito agazaparme en mi pequeño agujero hobbit y que, cuando esté lista, saldré y estaré bien.

Esa noche, horneo galletas de *chai* con glaseado de ponche de huevo; son como un abrazo comestible. Hornear me calma y me da estabilidad. Es lo que hago cuando no quiero pensar en nada complicado. Es una actividad que no requiere que pongas mucho de tu parte:



solo tienes que seguir las instrucciones, pero al final has creado algo. De los ingredientes al postre. Es mágico. Puf, una delicia.

Pasada la medianoche, he dejado las galletas fuera para que se enfríen, me he puesto el pijama de gatos y estoy a punto de meterme a la cama para leer cuando llaman a la ventana. Creo que es Chris y me acerco para comprobar si el pestillo está puesto. Pero no es Chris: ¡es Peter! Abro la ventana.

—¡Dios mío, Peter! ¿Qué haces aquí? ¡Mi padre está en casa! —susurro con el corazón a cien.

Peter entra. Lleva un gorro de lana azul marino y una camiseta térmica con un chaleco abultado. Se quita el gorro,

sonríe y dice:

—Shhh, que vas despertarlo.

Corro a la puerta y cierro el pestillo.

—¡Peter! ¡No puedes estar aquí!

Estoy excitada y aterrada a partes iguales. No sé si algún chico ha estado antes en mi habitación, no desde que estuvo Josh, y de eso hace una eternidad.

Ya se está quitando los zapatos.

—Deja que me quede un ratito.

Me cruzo de brazos porque no llevo sujetador y digo:

—Si solo es un ratito, ¿por qué te quitas los zapatos?

Peter evita la pregunta. Dejándose caer sobre mi cama, dice:

—Eh, ¿cómo es que no llevas tu

biquini amish? Es muy *sexy*.

Hago ademán de darle una colleja, pero me agarra de la cintura y me abraza. Esconde la cabeza en mi estómago como un niño pequeño. Su voz suena amortiguada cuando dice:

—Siento mucho que esté pasando todo esto por mi culpa.

Le acaricio la cabeza. Siento su pelo suave y sedoso entre mis dedos.

—No pasa nada, Peter. Sé que no tienes la culpa. —Le echo un vistazo a mi despertador *vintage*—. Puedes quedarte un cuarto de hora, pero después tendrás que marcharte.

Peter asiente y me suelta. Me tumbo en la cama a su lado y apoyo la cabeza en su hombro. Espero que los minutos

transcurran con lentitud.

—¿Qué tal la fiesta?

—Aburrida sin ti.

—Mentiroso.

Suelta una risa relajada.

—¿Qué has horneado esta noche?

—¿Cómo sabes que he estado horneando?

Peter me olfatea.

—Hueles a azúcar y a mantequilla.

—Galletas de *chai* con glaseado de ponche de huevo.

—¿Puedo llevarme unas cuantas?

Asiento y nos apoyamos en la pared.

Me rodea con el brazo. Me siento segura y a salvo.

—Doce minutos —digo

reclinándome contra su hombro, y siento más que veo su sonrisa.

—Entonces aprovechémoslos.

Nos besamos, y nunca he besado a ningún chico en mi cama. Esto es completamente nuevo. Entre besos, pregunta:

—¿Cuánto nos queda?

Miro el reloj de reojo.

—Siete minutos.

Quizá debería añadir cinco más...

—¿Podemos tumbarnos? —sugiere.

Le doy un empujón.

—¡Peter!

—¡Solo quiero abrazarte un poco! Si fuese a intentar algo más, necesitaría más de siete minutos, créeme.

Así que nos tumbamos, mi espalda

contra su pecho, él curvado en torno a mí, y sus brazos en torno a los míos. Esconde la barbilla en el espacio que hay entre mi cuello y mi hombro. Creo que es mi gesto favorito del mundo entero. Me gusta tanto que tengo que recordarme una y otra vez de que debo permanecer alerta para que no nos durmamos. Quiero cerrar los ojos, pero los mantengo fijos en el reloj.

—Abrazarse así es lo mejor —suspira, y deseo que no lo hubiese dicho porque me hace pensar en todas las veces que habrá abrazado a Genevieve de la misma forma.

Cuando se cumple el cuarto de hora, me enderezo tan rápido que le provoco

un sobresalto. Le doy una palmada en el hombro.

—Hora de irse, colega.

Su boca forma un puchero.

—¡Venga ya, Covey!

Sacudo la cabeza, resuelta.

Si no me hubieses hecho pensar en Genevieve, te habría concedido cinco minutos más.

Después de despachar a Peter con una bolsa de galletas, me acuesto en la cama y cierro los ojos e imagino que sigue allí, abrazándome, y es así como me duermo.

Al día siguiente voy al despacho de Janette en Belleview armada con mi cuaderno y mi boli.

—Tengo una idea para una clase de manualidades llamada «Álbumes de recortes con los clásicos». —Janette asiente y prosigo—. Puedo enseñar a los residentes cómo hacer un álbum de recortes y repasaremos sus fotos antiguas y sus recuerdos y escucharemos a los clásicos.

—Suenan genial —dice.



—¿Podría ocuparme de esa clase y también de la hora del cóctel del viernes por la noche?

Janette toma un mordisco de su sándwich de atún y se lo traga.

—Es posible que cancelemos la hora del cóctel.

—¿Cancelarla? —repito, incrédula.  
Se encoge de hombros.

—La asistencia está cayendo desde que empezamos a ofrecer una clase de informática. Los residentes han descubierto Netflix. Se les ha abierto un nuevo mundo.

—¿Y si la convertimos en un evento? Podría ser algo más especial.

—No tenemos presupuesto para

extravagancias, Lara Jean. Seguro que Margot te ha explicado cómo nos las arreglamos por aquí. Nuestro presupuesto es diminuto.

—No, no, podrían ser cosas sencillas. Apenas unos toques que lo cambiarían todo. Podríamos hacer obligatorio el uso de americana para los hombres. Además, ¿podríamos pedir prestada la cristalería del comedor en lugar de usar vasos de plástico? —Janette está escuchando, así que sigo adelante—. ¿Por qué servir cacahuets directamente de la lata cuando podemos servirlos en un cuenco de cristal?

—Los cacahuets saben a cacahuets con independencia del receptáculo.

—Saben más elegantes servidos en

un cuenco de cristal.

He hablado demasiado. Janette está pensando que implica demasiado trabajo. Se le nota.

—No tenemos cuencos de cristal, Lara Jean.

—Seguro que puedo encontrar algo en casa —le aseguro.

—Parece mucho trabajo para todos los viernes.

—Bueno, tal vez podría ser una vez al mes. Así parecería aún más especial. ¿Por qué no hacemos una pausa y la recuperamos en todo su esplendor dentro de un mes o así? Les daremos la oportunidad de echarla de menos. Generaremos expectativa, y lo haremos

como hay que hacerlo.

Janette asiente de mala gana y, antes de que pueda cambiar de opinión, añade:

—Piensa en mí como tu ayudante, Janette. Déjame a mí. Me ocuparé de todo.

Se encoge de hombros.

—Adelante.

Chris y yo estamos en mi habitación cuando Peter llama:

—Voy a pasar por delante de tu casa. ¿Quieres hacer algo? —pregunta.

—¡No! ¡Está ocupada! —grita Chris al teléfono.

Peter me gruñe al oído.

—Lo siento, pero Chris está en casa.

Dice que me llamará luego y, nada más soltar el móvil, Chris rezonga:

—Por favor, no te conviertas en una de esas chicas que encuentra pareja y desaparece de la faz de la Tierra.

Tengo mucha experiencia con este tipo de chicas porque Chris desaparece cada vez que conoce a un chico nuevo. Antes de que pueda recordárselo, prosigue:

—Ni tampoco te conviertas en una *groupie*. Odio a las putas *groupies*. ¿No tienen nada mejor que hacer que ser fans? ¿Por qué no forman una banda? Dios mío, qué bien se me daría ser una *groupie* de una banda de verdad,

importante. Sería como su musa, ¿sabes?

—¿Qué ha pasado con tu idea de crear tu propia banda?

Chris se encoge de hombros.

—El tío que toca el bajo se jodió la mano con el monopatín, y se les cortó el rollo a todos. Eh, ¿quieres ir a Washington mañana a ver a una banda llamada Felt Tip? El padre de Frank le prestará su furgoneta, así que seguro que habrá espacio.

No tengo ni idea de quién es Frank, y Chris probablemente lo conoce desde hace dos minutos. Siempre habla de la gente como si tuviera que saber quiénes son.

—No puedo, mañana tengo clases.

Pone una mueca.

—¿Ves?, esto es justo lo que decía. Ya te estás convirtiendo en una de esas chicas.

—Eso no tiene nada que ver, Chris. A, mi padre nunca me dejaría ir a Washington en una noche cuando al otro día tengo clases. B, no conozco a Frank y no voy a montarme en su furgoneta. Y C, tengo el presentimiento de que Felt Tip no es mi estilo de música. ¿Es mi estilo de música?

—No —admite—. Pero la próxima vez que te invite a hacer algo tienes que decir que sí. Nada de esta mierda de A, B y C.

—De acuerdo —convengo, aunque el estómago me da un pequeño vuelco,

porque con Chris nunca sabes dónde te estás metiendo. Aunque, conociendo a Chris, es posible que ya se haya olvidado del asunto.

Nos sentamos en el suelo y empezamos con las manicuras. Chris coge uno de mis bolígrafos para uñas dorado y empieza a dibujarse estrellitas doradas en la uña del pulgar. Yo estoy aplicando una base lavanda y dibujando flores púrpuras con el centro amarillo.

—Chris, ¿escribes mis iniciales en mi mano derecha? Empezando por el anular hasta el pulgar. *LJSC* —le digo, alzando la mano.

—¿Letra especial o simple?

Le lanzo una mirada incrédula.

—Venga ya, ¿con quién crees que



estás hablando?

A la vez, las dos decimos:

—Especial.

Esto se le da bien. Tanto que, mientras admiro su obra, digo:

—Eh, tengo una idea. ¿Y si hacemos manicuras en Belleview? A los residentes les encantaría.

—¿Por cuánto?

—¡Gratis! Podrías considerarlo como un servicio comunitario, pero sin ser obligatorio. Por la bondad de tu corazón. Algunos de sus residentes tienen problemas para cortarse las uñas. Sus manos se vuelven muy nudosas. Los dedos de los pies, también. Las uñas se vuelven gruesas y... —Mi voz se va

apagando a medida que veo su cara de asco—. A lo mejor, podríamos poner una hucha para las propinas.

—No voy a cortar las uñas de los pies a los viejos gratis. No pienso hacerlo por menos de cincuenta pavos, como poco. Le he visto los pies a mi abuelo, sus uñas son como las garras de un águila.

Se concentra en mi pulgar, dibujando una bonita C en cursiva con una floritura.

—Hecho. Mira que soy buena. ¡Kitty, arrastra el culo hasta aquí! —chilla mientras echa la cabeza para atrás.

Kitty entra corriendo en mi habitación.

—¿Qué? Estoy ocupada.

—Estoy ocupada, estoy ocupada —  
la imita Chris—. Si me traes una Coca-  
Cola light, te pintaré las uñas igual que a  
Lara Jean.

Se las muestro con gestos  
exagerados, como si fuese una modelo  
de manos. Mientras tanto, Chris cuenta  
con los dedos:

—Kitty Covey encaja a la  
perfección.

Kitty se marcha dando brincos y le  
digo:

—¡Tráeme un refresco a mí también!

—¡Con hielo! —grita Chris, y suelta  
un suspiro melancólico—. Ojalá tuviese  
una hermana pequeña. Qué bien se me

daría mangonearla.

—Kitty no suele hacer tanto caso. Solo lo hace porque te admira.

—Sí, ¿verdad? —Chris juega con los hilos sueltos de su calcetín, sonriendo para sí.

Kitty también admiraba a Genevieve. La tenía fascinada.

—Eh, ¿cómo está tu abuela? —digo de repente.

—Está bien. Es muy fuerte.

—Y... ¿Cómo está el resto de tu familia? ¿Todo bien?

Chris se encoge de hombros.

—Sí, todo bien.

Mmm. Si Chris no lo sabe, eso es que las cosas no pueden ir tan mal con la familia de Genevieve. O no están tan

mal o, lo que es más probable, se trata de otro de los engaños de Genevieve. Incluso de niñas, mentía mucho, tanto para no meterse en líos con su madre, en cuyo caso me echaba la culpa a mí, como para ganarse la simpatía de los adultos.

Chris me observa con atención.

—¿En qué piensas así de concentrada? ¿Sigues pensando en el vídeo sexual?

—¡No es un vídeo sexual si no hay sexo en él!

—Cálmate, Lara Jean. Seguro que la fanfarronada de Peter funcionó y la gente se olvidará de ello. Pasarán al siguiente tema.

—Espero que tengas razón.

—Confía en mí. Habrá alguien o algo nuevo sobre lo que obsesionarse para la semana que viene.

Resulta que Chris tiene razón: la gente ha pasado página. El martes pillan a un chico de segundo, llamado Clark, masturbándose en el vestuario de chicos, y es el único tema de conversación. ¡Qué suerte la mía!

Según Stormy, hay dos clases de chicas en este mundo: las que rompen corazones y las que acaban con el corazón roto. Adivina a qué clase pertenece Stormy.

Estoy sentada de piernas cruzadas en la *chaise longue* de terciopelo de Stormy, repasando una gran caja de zapatos llena de fotos en blanco y negro. Ha accedido a unirse a mi clase de álbumes de recortes y estamos adelantando trabajo con la organización.

Tengo varias pilas en marcha: la infancia de Stormy; su adolescencia; y su primera, segunda y cuarta bodas. (No hay fotos de la tercera porque se fugaron.)

—Yo soy una rompecorazones, pero tú, Lara Jean, eres la chica que acaba con el corazón roto.

Arquea las cejas para darse énfasis, creo que hoy se olvidó de dibujárselas.

Le doy vueltas al asunto. No quiero ser la chica que acaba con el corazón roto, pero tampoco quiero romper los corazones de los chicos.

—Stormy, ¿tuviste muchos novios en el instituto?

—Sí, claro. Docenas. Así eran las cosas en mis tiempos. Al autocine los



viernes con Burt, y al cotillón con Sam el sábado. Manteníamos nuestras opciones abiertas. Una chica no sentaba la cabeza hasta que estaba total y completamente segura.

—¿Segura de que le gustaba?

—Segura de que quería casarse con él. De lo contrario, ¿qué sentido tenía poner fin a la diversión?

Examino una foto de Stormy con un vestido formal de color verde mar, sin tirantes y con una amplia falda. Parece la prima pícara de Grace Kelly, con su pelo rubio pálido y la ceja arqueada. Hay un chico a su lado. No es muy alto, ni especialmente apuesto, pero tiene algo especial. Una chispa que brilla en

sus ojos.

—Stormy, ¿qué edad tenías cuando te hicieron esta foto?

Stormy la estudia.

—Dieciséis o diecisiete años, más o menos tu edad.

—¿Quién es el chico?

Stormy la mira de cerca, la cara arrugada como un albaricoque seco. Hace tamborilear su uña roja sobre la foto.

—¡Walter! Lo llamábamos Walt. Era todo un encanto.

—¿Era tu novio?

—No, solo era un chico al que veía de vez en cuando. —Menea sus cejas pálidas de manera significativa—. Fuimos a bañarnos desnudos al lago y

nos pilló la policía. Fue todo un *scandale*. Regresé a casa en el coche de policía con solo una manta encima.

—¿Y... la gente cotilleaba sobre ti?

—*Bien sûr*.

—Yo también he tenido un *scandale* —digo. Y le cuento lo del jacuzzi, el vídeo y sus consecuencias. Tengo que aclararle lo que es un meme. Está encantada, prácticamente vibra con la inmoralidad que destila todo el asunto.

—¡Excelente —cacarea—. Es un alivio saber que tienes un poco de garra. Una chica con reputación es mucho más interesante que una mojigata.

—Stormy, está en internet. Internet es para siempre. No son solo

chismorreos en clase. Y además, sí que soy un poco mojigata.

—No, tu hermana Margaret es la mojigata.

—Margot —corrijo.

—Bueno, la verdad es que parece una Margaret. Hay que ver, ¡todos los viernes por la noche en una residencia de ancianos! Me habría cortado las venas si fuese una adolescente que echa a perder sus años de belleza en una maldita residencia de ancianos. Perdona mi vocabulario, querida. Los hijos mayores siempre son unos pelmazos ambiciosos. Mi hijo Stanley es un pelmazo insoportable. Es lo peor. ¡Es podólogo, por Dios bendito! Supongo que yo tengo la culpa por haberlo

bautizado Stanley. Tampoco es que tuviese elección. Mi suegra insistió en que le pusiésemos el nombre de su marido muerto. ¡Señor! Era una vieja bruja. —Stormy toma un sorbo de su té helado—. Los hijos medianos tienen que divertirse, ¿sabes? Tú y yo tenemos eso en común. Me alegró ver que no venías tan a menudo. Esperaba que te estuvieses metiendo en algún lío. Al parecer, tenía razón. Aunque podrías haber venido un *poco* más.

A Stormy se le da de maravilla hacerte sentir culpable. Domina el arte del gesto dolido.

—Ahora que trabajo aquí de verdad, vendré más a menudo.

—Bueno, pero sin pasarse. Pero la próxima vez, trae a tu chico. Nos iría bien un poco de sangre fresca por aquí. Para animar un poco el local. ¿Es guapo? —pregunta, reavivándose un poco.

—Sí, es muy guapo.

El más guapo de entre todos los chicos guapos.

Stormy da una palmada.

—Entonces tienes que traerlo. Avísame con tiempo para que pueda ponerme mis mejores galas. ¿A quién más tienes en la lista de espera?

—¡A nadie! Ya te lo he dicho, tengo novio —respondo entre risas.

—Mmm. —Es lo único que dice,

solo «mmm». Después añade—: Tengo un nieto que debe de rondar tu edad. Va al instituto, en cualquier caso. Quizá le diga que se pase a verte. Es bueno que una chica tenga opciones.

Me pregunto cómo puede ser un nieto de Stormy; seguramente todo un donjuán, como Stormy. Abro la boca para decir «No, gracias», pero me hace callar con un «Shhh».

—Cuando terminemos mi álbum de recortes, transcribiré mis memorias y tú las pasarás a máquina con el ordenador. Estoy pensando en titularlas *Eye of the Storm*. O *Stormy Weather*.

Stormy empieza a tararear *Stormy Weather*.

—*Since my man and I ain't*

*together keeps rainin' all the time....*  
—canta, pero frena en seco—.  
¡Deberíamos celebrar una noche de cabaret, Lara Jean! Tú de esmoquin, y yo con un vestido rojo ajustado, tumbada sobre el piano. Le provocaría un infarto al señor Morales.

Se me escapa la risa.

—Mejor no le provoquemos un infarto al señor Morales. Bastará con una convulsión.

Se encoge de hombros y sigue cantando, y le añade un contoneo a sus caderas.

—*Stormy weather...*

Seguirá de parranda si no reconduzco la conversación.



—Stormy, dime dónde estabas cuando mataron a Kennedy.

—Era un viernes. Estaba preparando una tarta de piña para mi club de bridge. Lo metí en el horno y entonces vi las noticias y me olvidé completamente de la tarta y casi incendio la casa hasta los cimientos. Tuvimos que repintar la cocina por culpa del hollín. —Juguetea con su pelo—. Era un santo ese hombre. Un príncipe. Si lo hubiese conocido en mis buenos tiempos, nos podríamos haber divertido mucho. Coqueteé una vez con un Kennedy en un aeropuerto, ¿sabes? Se sentó a mi lado en el bar y me invitó a un gin Martini muy seco. Los aeropuertos eran mucho más glamurosos

por aquel entonces. La gente se ponía elegante para viajar. Hoy en día, la juventud se pone esas horribles botas de piel de oveja y pantalones de pijama y es una monstruosidad. No saldría ni a por el correo con eso puesto.

—¿Qué Kennedy?

—¿Eh? Ah, no lo sé. Tenía la barbilla de los Kennedy.

Me muerdo el labio para no sonreír. Stormy y sus correrías.

—¿Me das tu receta de la tarta de piña?

—Desde luego, querida. Es una tarta de las que venden ya preparadas con piñas Del Monte, azúcar moreno y una cereza de marrasquino encima. Pero asegúrate de que la piña no esté cortada

en trozos, sino en aros.

Suena horrible. Intento asentir de la manera más diplomática posible, pero Stormy me caza al vuelo.

—¿Crees que tenía tiempo de pasarme el día preparando pasteles como una aburrida ama de casa?

—Tú nunca podrías ser aburrida — digo a propósito, porque es verdad y porque sé que es lo que quiere oír.

—Te iría bien cocinar menos y vivir más tu vida.

Está quisquillosa, y nunca se muestra así conmigo.

—Los jóvenes desaprovechan la juventud. —Frunce el ceño—. Me duelen las piernas. Tráeme un

analgésico, ¿quieres?

Me levanto de un salto, dispuesta a ganarme su aprobación de nuevo.

—¿Dónde lo guardas?

—En el cajón de la cocina, junto al fregadero.

Rebusco por el cajón, pero no lo veo. Solo pilas, polvos de talco, un montón de servilletas del McDonald's, sobres de azúcar, y un plátano negro. Tiro el plátano a la basura con disimulo.

—Stormy, no encuentro tu analgésico. ¿Podría estar en otra parte?

—Olvídalo —espeta, y aparece a mi espalda y me empuja a un lado—. Ya lo busco yo.

—¿Quieres que prepare un poco de té?

Stormy es mayor, por eso actúa de esta manera. No quiere ser arisca. Sé que no lo hace con mala intención.

—El té es para las viejas. Quiero un cóctel.

—Marchando —digo.

Mi clase de «Álbumes de recortes con los clásicos» ha empezado oficialmente. No negaré que estoy un poco decepcionada con la asistencia. Hasta el momento, solo son Stormy, Alicia Ito, que es vivaz y aseada (uñas cortas y brillantes, y pelo corto) y el astuto señor Morales, quien me da la impresión de que está enamorado de Stormy. O de Alicia. Es difícil saberlo porque coquetea con todo el mundo y tiene páginas completas dedicadas a

ambas en el álbum de recortes que está componiendo. Ha decidido titularlo «Los buenos tiempos». Ha decorado la página de Stormy con notas musicales y teclas de piano y una foto de ambos bailando en la Noche Disco del año pasado. Todavía está trabajando en la página de Alicia, y está entretenido con una foto de ella sentada en un banco en el patio, con la mirada perdida. Ha puesto unas pegatinas de flores alrededor. Todo muy romántico.

No dispongo de mucho presupuesto, así que he traído mi propio material. También les he indicado que recopilen recortes de revistas y demás chucherías y botones. Stormy es como yo, lo guarda todo y tiene toda clase de tesoros.

Encaje de los vestidos de bautizo de sus hijos. Una caja de cerillas del motel donde conoció a su marido. («No preguntes», dijo.) Trozos de entradas de un cabaret al que fue cuando visitó París. («¿El París de los años veinte? ¿Conociste a Hemingway», comenté, y me calló con una mirada y dijo que obviamente no era *tan* vieja y que necesitaba lecciones de historia.) El estilo de Alicia es más minimalista y limpio. Usa mi rotulador para caligrafía y escribe descripciones en japonés debajo de cada fotografía.

—¿Qué pone aquí? —pregunto mientras señalo la descripción de una foto de Alicia y su marido, Phil, en las



cataratas del Niágara, de la mano y con impermeables amarillos.

Alicia sonríe.

—Dice :«Cuando nos pill  la lluvia».

Así que Alicia también es una romántica.

—Debes echarlo mucho de menos.

Phil murió hace años. Apenas lo vi un par de veces cuando ayudaba a Margot con el cóctel de los viernes. Padec a demencia y no hablaba mucho. Se sentaba en su silla de ruedas en la sala común y le sonreía a la gente. Alicia nunca se apartaba de su lado.

—Todos los días —dice llorosa.

Stormy se abre paso entre las dos, con un rotulador verde de purpurina

detrás de la oreja, y dice:

—Alicia, tienes que animar un poco estas páginas —comenta, y le tira una hoja de pegatinas con paraguas a Alicia.

—No, gracias —responde Alicia con frialdad, y se la devuelve a Stormy —. Tú y yo tenemos estilos diferentes.

Stormy entorna los ojos.

Me dirijo rápido a los altavoces y subo el volumen para relajar el ambiente. Stormy se me acerca bailando y canta:

—*Johnny Angel, Johnny Angel.  
You're an angel to me.*

Juntamos las cabezas y cantamos a coro:

—*I dream of him and me and how*

*it's gonna be...*

Cuando Alicia va al baño, Stormy dice:

—Uf, vaya pelma.

—A mí no me lo parece —contesto.

Stormy me señala con su uña fucsia.

—No te atrevas a convertirla en tu favorita solo porque las dos seais asiáticas.

Desde que trabajo en la residencia me he tenido que acostumbrar a los comentarios vagamente racistas de los ancianos. Al menos, Stormy ya no utiliza la palabra «oriental».

—Me gustáis las dos por igual —le digo.

—Eso es imposible. A nadie le gustan dos personas por igual —resopla.

—¿No quieres a tus hijos lo mismo?

—Claro que no.

—Pensaba que los padres no tenían favoritos.

—Desde luego que los tenemos. Mi favorito es el más pequeño, Kent, porque es el niño de mamá. Me visita todos los domingos.

—Bueno, no creo que mis padres tuviesen favoritas —digo lealmente. Lo digo porque parece lo correcto, pero ¿es cierto? Si alguien me pusiera una pistola en la sien, ¿quién diría yo que es la favorita de mi padre? Probablemente Margot. Son los que más se parecen. Le gustan los documentales y observar aves, igual que a él. Kitty es la pequeña,

lo que le concede una ventaja automática. ¿Dónde quedo yo, la chica Song mediana? Tal vez era la favorita de mamá. Ojalá pudiese estar segura. Se lo preguntaría a papá, pero dudo que dijese la verdad. Quizá Margot sí lo haría.

No sería capaz de escoger entre Margot y Kitty. Pero si, por ejemplo, las dos se estuviesen ahogando y solo pudiese lanzar un chaleco salvavidas, probablemente sería para Kitty. De lo contrario, Margot no me lo perdonaría nunca. La responsabilidad de cuidar de Kitty es de las dos.

La idea de perder a Kitty me pone de

un humor más amable y contemplativo, y esa noche, cuando ya se ha dormido, le preparo una bandeja de *snickerdoodles*, su galleta favorita. Tengo bolsas de masa de galleta en el congelador, congeladas en forma de perfectas bolas cilíndricas para que, cuando nos apetezcan galletas, las tengamos hechas en veinte minutos. Se llevará una sorpresa agradable cuando abra mañana la bolsa de la comida.

Dejo que *Jamie* también se coma una galleta. Sé que no debería, pero no deja de mirarme con esos ojitos de pena y soy incapaz de resistirme.

—¿En qué piensas? —Peter me toca la frente con su cuchara para llamarme la atención. Estamos haciendo los deberes en un Starbucks después de clase.

Vierto dos paquetes de azúcar en un vaso de plástico y lo remuevo con la pajita. Me tomo un buen sorbo y los granitos de azúcar crujen satisfactoriamente entre mis dientes.

—Estaba pensando en lo genial que sería que la gente de nuestra edad se

enamorase como en los años cincuenta.

Nada más decirlo deseo no haber dicho «enamorar», porque Peter nunca ha dicho que esté enamorado de mí. Pero ya es demasiado tarde, las palabras ya han salido de mi boca, así que sigo adelante con la esperanza de que no lo haya captado.

—En los años cincuenta, la gente se limitaba a salir. Así de fácil. Una noche, Burt podía llevarte al autocine, y a la noche siguiente, Walter podía llevarte a un guateque o algo por el estilo.

—¿Qué narices es un guateque? —pregunta Peter, confundido.

—Es un baile, como en *Grease*. —Peter me mira sin comprender—. ¿No has visto *Grease*? Lo dieron en la tele



anoche. Da igual. La cuestión es que no eras la chica de alguien hasta que tenías una insignia.

—¿Una insignia? —repite Peter.

—Sí, el chico le daba a la chica la insignia de su fraternidad, y eso significaba que iban en serio. No era oficial hasta que tenías una insignia.

—Pero no formo parte de ninguna fraternidad, ni tampoco sé qué aspecto tiene la insignia de una fraternidad.

—Exactamente.

—Espera, ¿estás diciendo que quieres una insignia o que no?

—Ninguna de las dos cosas. Lo que intento decir es que ¿no crees que esa forma de hacer las cosas era muy chula?

Es anticuada, pero es casi... —¿Qué es lo que dice siempre Margot?—. Posfeminista.

—Un momento. ¿Quieres salir con otros chicos? —No suena necesariamente molesto, solo confundido.

—¡No! Solo estoy haciendo una observación. Creo que sería guay recuperar las citas informales. Es bonito, ¿no crees? Mi hermana me dijo que deseaba que las cosas no se hubiesen puesto tan serias con Josh. Tú mismo me dijiste que no te gustaba lo serias que iban las cosas con Genevieve. Si rompemos, no quiero que las cosas se pongan tan feas que no podamos ni estar juntos en la misma

habitación. Quiero que sigamos siendo amigos pase lo que pase.

Peter desecha la idea.

—Con Gen y conmigo es complicado por la forma de ser de ella. No es como entre tú y yo. Tú eres... diferente.

Siento el rubor que me sube por las mejillas. Intento no sonar demasiado ansiosa al decir:

—¿Diferente en qué sentido? —Sé que estoy buscando un cumplido, pero me da igual.

—Estar contigo es fácil. No haces que me vuelva loco ni que me acelere, eres... —La voz de Peter se va apagando al ver mi expresión—. ¿Qué?

¿Qué es lo que he dicho?

Todo mi cuerpo se tensa y se agarrota. Ninguna chica quiere escuchar lo que acaba de decir. Ninguna. Las chicas quieren que los chicos se vuelvan locos y se aceleren. ¿Acaso no forma parte de estar enamorado?

—Lo digo en el buen sentido, Lara Jean. ¿Estás enfadada? No te enfades. —  
Se restriega la cara con aire cansado.

Titubeo. Peter y yo nos decimos la verdad. Así es desde el principio. Y así me gustaría que siguiese por ambas partes. Pero entonces capto la preocupación repentina en su mirada, la inseguridad. No estoy acostumbrada a esta faceta suya. No me gusta verlo. Apenas llevamos dos semanas juntos, y

no quiero empezar otra pelea cuando sé que no lo decía con mala intención. Me oigo a mí misma decir:

—No estoy enfadada.

Y, de repente, ya no lo estoy. Al fin y al cabo, era a mí a quien le preocupaba ir demasiado deprisa con Peter. A lo mejor es positivo que no se vuelva loco ni se acelere por mí.

Las nubes que ensombrecen su expresión se desvanecen al instante, y esta vuelve a ser soleada y alegre.

Se bebe su té de un solo trago.

—¿Ves? A esto me refería, Lara Jean. Por eso me gustas. Tú me entiendes.

—Gracias.

—De nada.

Acaba de amanecer y salgo a por mi coche. Josh está limpiando el hielo de su parabrisas. Papá ya ha quitado el hielo del mío y ha arrancado el motor y encendido la calefacción. A juzgar por el aspecto del coche de Josh, no llegará a tiempo a clase.

Apenas hemos visto a Josh desde la Navidad. Entre las tiranteces que hubo entre Josh y yo y la ruptura con Margot, ha sido como un fantasma en esta casa. Se marcha un poco antes para ir a clase,

y regresa a casa un poco más tarde. No me tendió la mano cuando lo del vídeo, aunque una parte de mí se sintió aliviada. No quería escuchar un te lo dije por parte de Josh, o que me dijese que tenía razón con respecto a Peter.

Retrocedo por la entrada y, en el último momento, abro la ventana y saco la cabeza.

—¿Quieres que te lleve?

Abre los ojos de par en par, sorprendido.

—Sí, claro.

Tira el rascador de hielo al interior del coche, coge la mochila y viene corriendo.

—Gracias, Lara Jean —dice al entrar, mientras se calienta las manos



con la calefacción.

Cruzamos el vecindario y conduzco con mucho cuidado porque el pavimento está helado de la noche anterior.

—Conduces mucho mejor — comenta Josh.

—Gracias.

He estado practicando a solas y con Peter. Todavía me pongo nerviosa en ocasiones, pero un poco menos cada vez que me meto en el coche y conduzco, porque ahora sé que puedo hacerlo. Solo comprendes que eres capaz de hacer algo si lo haces.

Ya casi estamos llegando al instituto.

—¿Cuándo volveremos a hablar? —

pregunta Josh—. Dímelo para que me haga una idea aproximada.

—Estamos hablando ahora, ¿no?

—Ya sabes a qué me refiero. Lo que ocurrió entre Margot y yo queda entre los dos. ¿Tú y yo no podemos ser amigos como antes?

—Josh, claro que somos amigos. Pero no hace ni un mes que Margot y tú rompisteis.

—No, rompimos en agosto. Margot decidió que quería volver conmigo hace tres semanas y yo dije que no.

Se me escapa un suspiro.

—Pero ¿por qué dijiste que no? ¿Fue solo por la distancia?

Josh también suspira.

—Las relaciones requieren esfuerzo.

Ya lo verás. Cuando hayas estado más tiempo con Kavinsky, lo comprenderás.

—Dios mío, eres un sabihondo. El mayor sabihondo que haya conocido aparte de mi hermana.

—¿Cuál de ellas?

Siento que me sube la risa por la garganta, pero la reprimo.

—Ambas. Ambas son unas sabihondas.

—Una cosa más. —Vacila un momento, pero al final prosigue—. Me equivoqué con Kavinsky. Por su forma de lidiar con lo del vídeo, se nota que es un buen tío.

—Gracias, Joshy. Lo es de verdad.

Asiente y nos sumimos en un

silenció cómodo. Me alegro de que hiciera mal tiempo anoche, y de que hubiera hielo en su parabrisas esta mañana.

Al día siguiente, después de clase, estoy sentada en un banco esperando a Peter. Genevieve sale por las puertas dobles hablando por el móvil.

—Si no se lo cuentas, lo haré yo. Te lo juro.

Me quedo paralizada. ¿Con quién está hablando? No es Peter.

Sus amigas Emily y Judith salen por las puertas, e interrumpe la llamada de golpe.

—¿Dónde demonios estabais,

perras? —espeta.

Intercambian una mirada.

—Gen, cálmate —dice Emily, y sé que está caminando por la cuerda floja, con un poco de descaro, pero con mucho cuidado de no incurrir en su furia—. Tenemos tiempo de sobra para ir a comprar.

Genevieve me ve y su expresión de enfado desaparece. Me saluda con la mano.

—Hola, Lara Jean —dice—. ¿Esperando a Kavinsky?

Asiento y me soplo sobre los dedos. Hace frío.

—Ese chico siempre llega tarde. Dile que lo llamaré esta noche, ¿vale?

Asiento sin pensar, y las chicas se

alejan cogidas del brazo.

¿Por qué habré dicho que sí? Pero ¿qué me pasa? ¿Por qué no se me ocurre nunca una buena respuesta? Me sigo reprendiendo a mí misma cuando Peter aparece. Se sienta a mi lado en el banco y me rodea los hombros con el brazo. Después me alborota el pelo como hace con Kitty.

—¿Qué hay, Covey?

—Gracias por hacerme esperar aquí fuera con este frío —digo, y aprieto mis dedos helados contra su cuello.

Peter chilla y se aparta de un salto.

—¡Podías haber esperado dentro!

Tiene razón. No estoy enfadada por eso.

—Gen dice que te diga que te llamará esta noche.

Pone los ojos en blanco.

—Mira que le gusta meter cizaña. No dejes que te afecte, Covey. Está celosa. —Se levanta y me ofrece la mano y la acepto de mala gana—. Deja que te invite a chocolate caliente para calentar tu pobre cuerpo congelado.

—Ya veremos —digo.

En el coche, me mira de reojo para comprobar si aún estoy enfadada. Pero no me mantengo distante por mucho rato. Requiere demasiada energía. Dejo que me invite a chocolate caliente e incluso lo comparto con él. Pero le digo que no puede comerse ninguna de mis nubes.



Esa noche me suena el móvil desde la mesilla de noche, y sé sin mirar que es Peter, y que busca que calme su inseguridad. Me quito los auriculares y contesto.

—Hola.

—¿Qué haces? —Su voz es grave. Se nota que está tumbado.

—Deberes. ¿Y tú?

—Estoy en la cama. Solo llamaba para darte las buenas noches. — Sobreviene una pausa—. Eh, ¿cómo es que tú nunca llamas para darme las buenas noches?

—No sé. Supongo que nunca se me

había ocurrido. ¿Quieres que lo haga?

—Bueno, no tienes que hacerlo. Solo me preguntaba por qué no.

—Pensaba que no soportabas lo de la última llamada del día. ¿Te acuerdas? Lo añadiste al contrato. Dijiste que Genevieve insistía en ser tu última llamada cada noche, y que era un rollo.

—¿Podemos no hablar de ella? ¿Y cómo es que tienes tan buena memoria? Te acuerdas de todo —rezonga.

—Es un don y una maldición. — Subrayo un párrafo e intento aguantar el móvil sobre el hombro, pero se resbala —. Espera un momento, ¿quieres que te llame cada noche o no?

—Uf, olvídalo.

—Uf, vale —digo, y oigo su sonrisa

a través del teléfono.

—Adiós.

—Adiós.

—Espera, ¿me traes una de esas bebidas de yogur para comer?

—Pídelo por favor.

—Porfa.

—Adiós.

—Adiósos.

Tardo dos horas más en terminar mis deberes, pero, cuando me duermo esa noche, lo hago con una sonrisa.

Creo que mi padre está en una cita. Esta noche dijo que tenía planes con una amiga y se afeitó y se puso una camisa buena y no uno de sus suéteres raídos. Tenía prisa por irse, así que no pregunté quién era la amiga. Alguien del hospital, seguramente. Papá no tiene un círculo social precisamente amplio. Sea quien sea, será algo positivo.

En cuanto se marcha, miro a Kitty. Está echada en el sofá viendo la tele y comiendo gominolas ácidas. *Jamie* está

dormido a su lado.

—Kitty, ¿crees que papá...?

—¿Tiene una cita? Pues claro.

—¿Y te parece bien?

—Claro. Aunque preferiría que fuese con alguien conocido que ya me gustase.

—¿Y si se volviese a casar? ¿Te parecería bien?

—Sí. Así que ya puedes borrar de tu cara la expresión de hermana mayor preocupada, ¿vale?

Intento borrar toda expresión de mi rostro. Serenamente, pregunto:

—O sea que te parece bien que papá se vuelva a casar.

—Solo es una cita, Lara Jean. La gente no se casa por una triste cita.

—Pero sí que lo hacen después de muchas citas.

Un destello de preocupación le cruza el rostro, y añade:

—Ya veremos. No tiene sentido empezar a preocuparse.

Yo no diría que esté preocupada, pero siento curiosidad. Cuando le dije a la abuela que no me importaría que papá saliese con alguien, lo dije en serio, pero también quiero estar segura de que es lo bastante buena para él.

—¿Qué quieres para tu cumpleaños?  
—le pregunto.

—Tengo una lista. Un collar nuevo para *Jamie*. De cuero. Con pinchos. Una cinta para correr.

—¡Una cinta de correr!

—Sí, quiero enseñar a *Jamie* a caminar encima.

—No creo que papá te compre una cinta de correr. Son muy caras. Y además, ¿dónde la meteríamos?

—Bueno, vale. Borra la cinta de correr. También quiero unas gafas de visión nocturna.

—Deberías enviarle la lista a Margot.

—¿Qué cosas podría conseguir solo en Escocia? —pregunta.

—Galletas de manteca escocesa auténticas. Un *kilt* de tela escocesa. Qué más... Pelotas de golf. Parafernalia del monstruo del lago Ness.

—¿Qué significa parafernalia?

—Un monstruo del lago Ness de peluche. Una camiseta del lago Ness. Puede que un póster que brille en la oscuridad.

—Alto ahí. Es una buena idea. Lo añadiré a la lista.

Cuando Kitty se va a la cama, limpio la cocina, incluso friego los fogones en profundidad y organizo la nevera para poder interrogar a mi padre en cuanto llegue a casa. Estoy rellenando el bote de la harina cuando papá entra por la puerta.

—¿Qué tal la cita? —pregunto como



si nada.

Arruga la frente, confundido.

—¿Qué cita? He ido a un concierto sinfónico con mi colega Marjorie. Su marido está con gripe y no quería desaprovechar la entrada.

Me desinflo.

—Ah.

Canturreando, se sirve un vaso de agua y dice:

—Debería ir más a menudo. ¿Estás interesada, Lara Jean?

—Mmm... Quizá sí —digo.

Me preparo una pila de *snickerdoodles*, subo a mi habitación y me siento en el escritorio. Mientras

mastico, abro el ordenador y escribo «citas para padres» y, tachán, encuentro una web de citas para padres solteros.

Empiezo a rellenar su perfil. Para empezar, necesitaré una foto de perfil. Empiezo a repasar las fotos de él que tengo en el ordenador. En casi ninguna aparece solo. Al final me decido por dos que guardo para luego: una del verano pasado en la playa (una foto de cuerpo entero, porque eso es lo que aconsejan en la web) y otra de las Navidades pasadas en la que lleva el suéter escandinavo que le compramos. Está trinchando un pollo asado, y tiene un aspecto de padre saludable en plan anuncio de café. La suave luz del

comedor hace que casi ni se vean sus arrugas, solo algún surco alrededor de los ojos. Eso me recuerda que debería hacer que se ponga protector solar todos los días. Un kit de productos de belleza masculina también sería un buen regalo del Día del Padre. Lo anoto en mis recordatorios.

Papá solo tiene cuarenta y pocos años. Es lo bastante joven como para conocer a alguien y enamorarse, puede que incluso dos o tres veces.

Cuando nació Kitty, dije que parecía más una gatita que una Katherine, así que con ese nombre se quedó. Cuando regresamos a casa de visitar a mamá en el hospital, Margot y yo hicimos una pancarta, para matar el tiempo. Ponía BIENVENIDA A CASA, GATITA. Sacamos todas las pinturas y todo el material de manualidades, y la abuela se enfadó porque ensuciamos toda la cocina con pintura goteando por el suelo y huellas de pintura por todas partes.

Conservamos una foto de mamá de pie debajo de la pancarta con Kitty en brazos ese mismo día, con los ojos cansados, pero luminosos. Feliz.

Tenemos la tradición de colgar la pancarta en la puerta de Kitty para que sea lo primero que vea cuando se despierte. Me levanto muy temprano y cuelgo el cartel con cuidado para que las esquinas no se doblen ni se rasguen. Para desayunar, le preparo una tortilla de queso Muenster. Con una botella de ketchup, le dibujo la cara de un gato encima con un corazón alrededor. Tenemos un cajón de celebraciones lleno de velas de cumpleaños, sombreros de papel, manteles y felicitaciones de cumpleaños para

emergencias. Saco los sombreros de papel y me pongo uno en la cabeza, un poco ladeado, con desenfado. De-jo uno junto al plato de Kitty y otro junto al de papá, y también le pongo uno a *Jamie Fox-Pickle*. No le gusta mucho, pero consigo sacarle una foto antes de que se lo quite.

Papá ha preparado la comida favorita de Kitty para que se la lleve a la escuela. Un sándwich de brie con patatas chip y un *cupcake Red Velvet* con glaseado de queso. Kitty se deleita con la decoración y con la tortilla de cara de gato. Aplau-de y ríe como una hiena cuando se rompe la goma del sombrero de papá y el sombrero le salta

de la cabeza. No hay cumpleañosera más feliz que nuestra Kitty.

—¿Puedo ponerme tu suéter de las margaritas? —me pregunta con la boca llena de tortilla.

Le echo un vistazo al reloj.

—Iré a por él, pero tienes que darte prisa en comer.

Llegará en cualquier momento.

Cuando llega la hora de irse, nos ponemos los zapatos, le damos un beso de despedida a papá y salimos disparadas por la puerta. Peter nos espera en la calle, delante de su coche, con un ramo de claveles rosas envuelto en celofán.

—¡Feliz cumpleaños! —dice Peter.

A Kitty se le ponen los ojos como

platos.

—¿Son para mí?

—¿Para quién si no? Sube en el coche de una vez —añade, y se ríe.

Kitty se da la vuelta para mirarme, los ojos relucientes, la sonrisa tan amplia que le ocupa toda la cara. Yo también estoy sonriendo.

—¿Tú también vienes, Lara Jean?

Sacudo la cabeza.

—No, solo hay espacio para dos.

—Hoy eres mi única chica, Kitty —dice Peter, y Kitty sale corriendo y le quita las flores de la mano. Peter le abre la puerta con galantería. La cierra, se gira y me guiña el ojo—. No te pongas celosa, Covey.



Nunca me ha gustado más que en este momento.

Todavía faltan unas semanas para que Kitty celebre su fiesta de cumpleaños con todas sus amigas. Insistió en que fuese una fiesta de pijamas, y papá está de guardia todos los fines de semana de febrero. Esta noche lo celebraremos con una cena en familia.

Una de las cenas clásicas de papá es el pollo asado. Lo llama «la especialidad de la casa». Lo unta bien de mantequilla, mete una cebolla y una manzana dentro, lo adereza con hierbas

aromáticas y lo mete en el horno. Suele acompañarlo con algún tipo de patata. Hoy he preparado puré de boniato, he espolvoreado azúcar moreno y canela por encima, y luego lo he metido en el asador para quemar el azúcar, como se hace con la *crème brûlée*.

Kitty se encarga de poner la mesa y sacar los condimentos: salsa picante Texas Pete para papá, mostaza para Kitty, y mermelada de fresa para mí. Chutney para Margot si estuviese aquí.

—¿Qué clase de salsa le gustaba a mamá con el pollo? —me pregunta Kitty de repente.

—No..., no me acuerdo —reconozco. Las dos miramos a papá, que está inspeccionando el pollo.

—¿Le gustaba la mostaza como a mí? —pregunta.

Papá cierra la puerta del horno.

—Mmm —contesta—. Bueno, le gustaba el aceite balsámico. Mucho. Pero mucho, mucho.

—¿Solo con el pollo? —pregunta Kitty.

—Con todo. En los aguacates, las tostadas con mantequilla, los tomates y los filetes.

Lo archivo en la carpeta «Hechos varios sobre mamá».

—¿Listas para comer? Quiero sacar este pajarraco mientras siga bien jugoso —pregunta papá.

—Un minuto —dice Kitty, y,

literalmente, un minuto después suena el timbre. Kitty se lanza a la acción. Regresa con la señora Rothschild del otro lado de la calle. Lleva pantalones vaqueros estrechos, un suéter negro de cuello alto, botas de tacón, y un grueso collar negro y dorado al cuello. Su cabello castaño caoba está recogido en un moño bajo. Lleva un regalo envuelto en las manos. Las patas de cachorrito de *Jamie Fox-Pickle* no corren lo bastante rápido, resbala por todo el suelo, y meneas la cola como un loco.

—Hola, *Jamie* —lo saluda, con una sonrisa. Deja el regalo en la encimera, se arrodilla y lo acaricia—. ¿Qué hay, chicos?

—Hola, señora Rothschild —la

saludo.

—¡Trina! —exclama papá,  
sorprendido.

La señora Rothschild suelta una risita incómoda.

—Oh, ¿no sabíais que venía? Kitty me invitó cuando fue a verme con *Jamie*.

La señora Rothschild se sonroja y se dirige a Kitty en tono de reproche:

—Kitty...

—Se lo dije, lo que pasa es que papá es muy distraído —se justifica Kitty.

—Mmm, ¡gracias de todos modos! —dice la señora Rothschild y le lanza a Kitty una mirada que ella finge no haber visto.

*Jamie* empieza a saltarle encima: es otro de sus malos hábitos. La señora Rothschild saca un poco la rodilla y *Jamie* se calma de inmediato.

—Siéntate, *Jamie*.

¡Y se sienta! Papá y yo intercambiamos miradas impresionadas. Está claro que *Jamie* necesita la tutela permanente de la señora Rothschild.

—Trina, ¿puedo ofrecerte algo de beber? —pregunta papá.

—Tomaré de lo que tengas abierto —responde.

—No tengo nada abierto, pero estaré encantado de abrir lo que tú...

—A la señora Rothschild le gusta el pinot gris. Con un cubito de hielo —dice

Kitty.

La señora Rothschild se sonroja aún más.

—Cielos, Kitty, ¡no soy una beoda!

Se dirige a nosotros y añade:

—Me tomo una copita después del trabajo, pero no todas las noches.

Papá ríe.

—He metido vino blanco en el congelador. Se enfriará enseguida.

Kitty parece feliz como una perdiz y, cuando papá y la señora Rothschild entran en el salón, la agarro del cuello del suéter y susurro:

—¿Qué estás tramando?

—Nada —se defiende, intentando zafarse.

—¿Esto es una trampa? —bufo.

—¿Y qué pasa si lo es? Hacen buena pareja.

¡Eh!

—¿Por qué lo dices?

Kitty levanta los dedos uno a uno.

—Le gustan los animales, es guapa, se gana su propio dinero y me gusta.

Mmm. Todo eso suena bien. Además, vive justo al lado, lo que resulta conveniente.

—¿Crees que a la señora Rothschild le gustan los documentales?

—¿A quién le importan los viejos documentales? Puede verlos contigo o con Margot. Lo que importa es la química. —Kitty intenta zafarse de un tirón—. ¡Suéltame para que pueda



comprobar si hay química entre ellos!

La suelto.

—No entres todavía.

Kitty resopla y se aleja con grandes aspavientos, así que añado de manera significativa:

—Dejemos que hierva un poco.

Kitty frena en seco, y asiente, admirada.

—Dejemos que hierva —repite, saboreando las palabras.

Kitty está cortando un trozo de carne blanca, la única que come. Le gusta cortada muy fina como en la charcutería, y papá lo intenta, pero siempre acaba triturada y tristoná. Personalmente, me

gusta el muslo. Si he de ser sincera, no sé por qué debería nadie molestarse en comer nada más si tuviese la opción.

Cuando la señora Rothschild vierte un poco de salsa picante en su pollo, los ojos de Kitty brillan como los de una luciérnaga. También valoro lo mucho que le entusiasman mis *snickerdoodles*. Metí unos cuantos congelados en el horno cuando papá servía el café.

—Me encanta que la galleta sea crujiente a la vez que tierna. ¿De verdad la has preparado de cero?

—Siempre —le digo.

—Bueno, pues dame la receta, chica.  
—Y se ríe—. Espera, mejor no. Conozco mis puntos fuertes, y los

postres no se cuentan entre ellos.

—Podemos compartirlos cuando quiera. Siempre tenemos pasteles y galletas —dice Kitty.

Tiene guasa que lo diga Kitty, porque nunca ayuda. Solo aparece durante las partes divertidas: decorar y comer.

Miro de reojo a papá. Está sorbiendo su café tan tranquilo. Suspiro. Permanece completamente ajeno a todo.

Limpiamos y envolvemos las sobras todos juntos, y parece algo completamente natural. Sin que nadie se lo diga, la señora Rothschild sabe que hay que lavar a mano las copas de vino en vez de meterlas en el lavaplatos, y encuentra el papel de aluminio y el

papel film transparente a la primera. Cosa que quizá diga más sobre la capacidad de organización de Margot que sobre la intuición de la señora Rothschild, pero bueno. Creo que podría encajar con nosotros sin muchos problemas. Y como ya he dicho, vive justo al lado de casa, lo que resulta conveniente. Dicen que la ausencia alimenta el amor, pero creo que se equivocan: la *proximidad* alimenta el amor.

En cuanto la señora Rothschild se marcha y papá se mete en su estudio, Kitty se me echa encima en mi habitación, donde estoy preparando la ropa para mañana. Un suéter azul marino

con un zorro que he estado guardando, una falda amarillo mostaza, y calcetines hasta la rodilla.

—¿Y bien? —reclama. Tiene a *Jamie Fox-Pickle* en brazos.

—Me ha gustado cómo ha empezado a envolver las cosas con papel transparente. Eso demuestra capacidad de iniciativa —comento, mientras me prendo un lazo de carey en el pelo y me miro al espejo—. También ha alabado mis *snickerdoodles*, lo que es de agradecer. Pero no sé si he visto saltar chispas con papá. ¿Tú crees que parecía interesado?

—Creo que podría estarlo si ella le diera una oportunidad. Estaba saliendo con un hombre de su oficina, pero no

funcionó porque le recordaba mucho a su exmarido.

Arqueo las cejas.

—Parece que habéis tenido unas charlas muy serias.

—No me trata como a una niña pequeña —dice Kitty con orgullo.

Si Kitty está así de loca por ella, ya es mucho.

—Bueno, quizá no sea el tipo de papá, pero si seguimos juntándolos, *¿quién sabe?*

—¿Qué quieres decir con que no podría ser el tipo de papá?

—Tiene un estilo muy diferente del de mamá. ¿No fuma? Papá no soporta el tabaco.

—Está intentando dejarlo. Ahora tiene un cigarrillo electrónico.

—Sigamos invitándola a hacer cosas, y a ver qué pasa —digo, cogiendo el cepillo del pelo—. Eh, ¿crees que, si miras un tutorial, podrás hacerme una trenza africana de lado?

—Puedo intentarlo. Rízate las puntas y ven a buscarme cuando terminen mis series.

—Hecho.

En mi siguiente videochat con Margot, le doy la noticia. Está sentada en su escritorio, lleva un suéter de Fair Isle de color azul claro y verde oscuro y tiene el pelo húmedo. Está bebiendo té de una taza de Saint Andrews.

—Me gusta tu suéter —le digo, apoyando el portátil sobre mis piernas y acomodándome sobre mis cojines—. Adivina con quién está intentando emparejar Kitty a papá.

—¿Con quién?!



—Con la señora Rothschild.

Margot casi se atraganta con el té.

—¿La que vive al lado? Tiene que ser una broma. Es la locura más grande que he oído en mi vida.

—¿Tú crees?

—¡Sí! ¿Tú no?

—No lo sé. Kitty pasa mucho tiempo con ella porque le está enseñando a adiestrar a *Jamie*. Parece muy agradable.

—Sí, claro que lo es, pero lleva demasiado maquillaje y siempre derrama café sobre su escote y grita como una *banshee*. ¿Te acuerdas de cómo se peleaba a gritos con su marido en el jardín? —Margot se estremece—.

¿De qué iba a hablar con papá? Es como una de las protagonistas de *¿Quién vive ahí? Beverly Hills*, excepto que ella está divorciada.

—Es cierto que mencionó que *¿Quién vive ahí? Beverly Hills* era su programa favorito. ¡Pero dijo que era un placer culpable! —admito, sintiéndome como una chivata.

—¿La temporada de qué ciudad?

—Creo que todas.

—Lara Jean, prométeme que no permitirás que le eche el guante a papá. No tiene ni idea de cómo funcionan las relaciones en el siglo xxi y se lo comerá vivo. Necesita a alguien maduro, con sabiduría en la mirada.

—¿Como quién? ¿Una abuela? En tal

caso, conozco a unas cuantas en Belleview con quienes podría emparejarlo —resoplo.

—¡No, pero alguien que al menos sea de su edad! Debería ser sofisticada y amante de la naturaleza, y hacer senderismo y ese tipo de cosas.

—¿Cuándo fue la última vez que papá hizo senderismo?

—Hace años, pero de eso se trata: necesita a una mujer que lo anime a hacer ese tipo de cosas. Que lo mantenga activo, física y mentalmente.

Río por lo bajini y replico:

—¿Y... sexualmente? —No puedo evitarlo: tengo que aprovechar la oportunidad de asquear a Margot.

—¡Puaj! ¡Eres una depravada! —  
chilla.

—¡Es una broma!

—Voy a colgar ahora mismo.

—No cuelgues. Si la señora Rothschild no es la apropiada, creo que debería probar con una web de citas. Ya he encontrado una. Es un hombre apuesto. Y en Acción de Gracias la abuela lo estuvo chinchando para que saliese más. Dice que no es bueno que un hombre esté solo.

—Papá es completamente feliz... —  
Margot hace una pausa—. ¿O no?

—Creo que está completamente...  
¿satisfecho? Pero eso no es lo mismo  
que ser feliz, ¿verdad? Gogo, no soporto

la idea de que se sienta solo... Y Kitty está tan empeñada en emparejarlo con la señora Rothschild que me hace pensar que anhela una figura materna.

Margot suspira y toma un sorbo de té.

—Muy bien, trabaja en su perfil y envíame la información de acceso para que pueda darte mi opinión. Escogeremos a algunas y le presentaremos una selección bien cuidada para que no se sienta abrumado.

—¿Por qué no esperamos a ver cómo salen las cosas con la señora Rothschild? Deberíamos darle una oportunidad, ¿no crees? Por el bien de Kitty —digo, impulsivamente.

Margot vuelve a suspirar.

—¿Cuántos años crees que tiene?

—¿*Treinta y nueve*? ¿Cuarenta?

—Pues viste muy juvenil.

—No deberías tenérselo en cuenta

—comento, aunque admito que me sentí un poco incómoda cuando dijo que comprábamos en las mismas tiendas. ¿Eso significa que ella viste con estilo demasiado juvenil o que mi estilo es muy viejuno? Chris ha descrito mi estilo como «abuela mezclada con niña pequeña chic» y «Lolita fue a la biblioteca». Hablando de lo cual...

—Eh, ¿has visto algún *kilt* bonito para mí, a cuadros rojos con un gran imperdible que sirva de botón?

—Estaré al tanto —promete—.

Quizá pueda encontrar tres a juego para las tres. O cuatro. Podría ser la foto de la felicitación de Navidad del año próximo.

—¡Papá con un *kilt*! —resoplo.

—Nunca se sabe, a lo mejor le gusta. Siempre dice que tiene una cuarta parte de sangre escocesa. Es hora de demostrarlo. —Rodea la taza con las manos y toma un sorbo de té—. *¿Sabes qué?* He conocido a un chico. Se llama Samuel y está en mi clase de cultura popular británica.

—Oooh. *¿Tiene un acento pijo?*

—Indudablemente —dice con acento británico. A las dos nos da la risa—. Hemos quedado esta noche en el *pub*. Deséame suerte.

—¡Suerte!

Me gusta ver a Margot así, tan relajada, feliz y desenfadada. Creo que eso significa que ya ha superado lo de Josh.



—Me estás tapando la tele —espeta Kitty.

Estoy desempolvando la estantería de los libros con un nuevo plumero que compré online. No sé cuándo fue la última vez que alguien quitó el polvo. Me doy la vuelta y digo:

—¿Por qué estás hoy tan gruñona?

—Estoy de mal humor —musita, y estira sus piernas de jilguero—. Shanae tenía que venir hoy, pero no vendrá.

—Pues no lo pagues conmigo.

Kitty se rasca la rodilla.

—Eh, ¿qué te parece si le envío una tarjeta de San Valentín a la señora Rothschild en nombre de papá?

—¡Ni se te ocurra! Tienes que dejar de entrometerte, Katherine. Es una mala costumbre —le digo, y agito el plumero en su dirección.

Kitty pone los ojos en blanco.

—Uf, no tendría que habértelo dicho.

—Demasiado tarde. Mira, si dos personas están destinadas a estar juntas, encontrarán la forma de hacerlo.

—¿Peter y tú habríais encontrado la forma de estar juntos si no hubieses enviado las cartas? —replica.

Punto para Kitty.

—Seguramente no —admito.

—Ni por asomo. Necesitabas mi empujoncito.

—No finjas que enviaste las cartas por motivos altruistas. Sabes que lo hiciste por resentimiento.

Kitty no hace el menor caso de la última parte y pregunta:

—¿Qué significa «altruista»?

—Desinteresado, caritativo, de espíritu generoso... En otras palabras, lo opuesto a ti.

Kitty aúlla y se me echa encima y forcejeamos un poco. Las dos estamos sin aliento, riendo y chocando con las estanterías. Antes podía desarmarla sin

mucho esfuerzo, pero me está ganando terreno. Tiene las piernas fuertes y se le da bien retorcerse para escapar, como si fuera un gusano. Al final, consigo sujetarle ambos brazos a la espalda y grita:

—¡Me rindo, me rindo!

En cuanto la suelto, salta y me ataca de nuevo, haciéndome cosquillas bajo los brazos y en el cuello.

—¡En el cuello no, en el cuello no! —chillo. El cuello es mi punto débil y toda mi familia lo sabe. Caigo de rodillas. Me río tan fuerte que me duele el pecho—. ¡Para, para! ¡Por favor!

Kitty deja de hacerme cosquillas.

—Y esta soy yo siendo altru... altruista. Por mi altruicidad —dice.

—Altruismo —resuello.

—Creo que altruicidad también vale.

Si Kitty no hubiese enviado esas cartas, ¿Peter y yo habríamos acabado juntos? Mi primer impulso es decir que no, pero quizá habríamos seguido sendas diferentes y nos habríamos juntado en otro cruce del camino. O quizá no. Sea como sea, ahora estamos aquí.

—Cuéntame más sobre tu mozo —  
dice Stormy.

Estamos sentadas con las piernas cruzadas en el suelo, separando fotos y recuerdos para su *álbum* de recortes. Es la única que se ha presentado hoy a «Álbumes de recortes con los clásicos», así que nos hemos trasladado a su apartamento. Me preocupaba que Janette se fijara en la baja asistencia, pero no da señales de vida desde que empecé el voluntariado. Mucho mejor.

—¿Qué quieres saber?

—¿Practica algún deporte?

—Juega al *lacrosse*.

—¿A l *lacrosse*? —repite—. ¿No

juega ni al fútbol americano ni al baloncesto?

—Es muy bueno. Varias universidades van detrás de él.

—¿Me enseñas una foto?

Saco el móvil y le enseño una foto de los dos en su coche. Lleva un suéter verde oscuro que le da un toque muy apuesto. Me gusta cuando lleva puesto un suéter. Siento el impulso de abrazarlo y acariciarlo como si fuese un muñeco de peluche.

Stormy la observa de cerca.

—Ah. Sí que es muy apuesto. Pero no sé si es tan apuesto como mi nieto. Mi nieto parece un joven Robert Redford.

Guau.

—Si no me crees, te lo enseñaré — dice, y se levanta para buscar la foto. Abre cajones, y mueve papeles. Cualquiera otra abuela de Belleview tendría la foto de su querido nieto a la vista. Enmarcada encima del televisor o de la repisa de la chimenea. Pero Stormy no. Las únicas fotos que tiene enmarcadas son las suyas. En la entrada hay un enorme retrato en blanco y negro de su boda; ocupa casi toda la pared. Supongo que si yo hubiese sido una



belleza en el pasado también querría lucirlo.

—Vaya, no la encuentro.

—Me la puedes enseñar la próxima vez —sugiero, y Stormy se sienta en el sofá.

Apoya las piernas en la otomana.

—¿Qué hacen los jóvenes hoy en día para estar solos? ¿No hay algún lugar tipo Lookout Point?

Está indagando, es obvio que está indagando. Stormy es como un sabueso cuando se trata de sacar a relucir la información interesante, pero no pienso revelar nada. Y tampoco es que tenga nada interesante que ofrecerle.

—Mmm, no sé... Creo que no.

Me mantengo ocupada limpiando la

pila de recortes.

Stormy empieza a recortar unos adornos.

—Me acuerdo del primer chico con el que aparqué en Lookout Point. Ken Newbery. Conducía un Chevy Impala. Cielos, la emoción de que un chico te toque por primera vez. No hay nada parecido, ¿verdad, querida?

—Ajá. ¿Dónde está la pila de carteles antiguos de Broadway que tenías? Habría que hacer algo con ellos.

—Estarán en mi arcón del ajuar.

«La emoción de que un chico te toque por primera vez».

Siento un estremecimiento en el estómago. Conozco esa emoción. La

recuerdo perfectamente y la recordaría incluso si no la hubiesen grabado en vídeo. Es agradable pensar en ello como un recuerdo independiente, separado del vídeo y de todo lo que siguió.

Stormy se arrima a mí y dice:

—Lara Jean, recuerda, la chica siempre debe ser la que controla hasta dónde llegan las cosas. Los chicos piensan con tú ya sabes qué. Depende de ti el mantener la mente clara y proteger lo que es tuyo.

—No sé, Stormy, ¿eso no te parece un poco sexista?

—La vida es sexista. Si te quedas embarazada, es tu vida la que cambia. Para el chico no se producen cambios significativos. Eres tú el centro de los

cuchicheos. He visto el programa *Embarazada a los 16*. Qué chicos más despreciables. ¡Basura!

—¿Estás diciendo que no debería tener relaciones sexuales?

Durante todo este tiempo, Stormy me ha estado diciendo que debería dejar de ser tan carca, que viva la vida y que ame. ¿Y ahora me viene con estas?

—Estoy diciendo que debes tener cuidado. Como si te fuese la vida en ello, porque eso es lo que te estás jugando. —Me lanza una mirada significativa—. Y nunca confíes en que el chico traiga el condón. Una dama siempre trae el suyo.

Me atraganto y empiezo a toser.

—Tu cuerpo es tuyo, tanto para protegerlo como para disfrutarlo. Tú decides quién participa de ese placer, es tu elección, pero elige con criterio. A todos los hombres que me han tocado, se les ha brindado un *honor*. Un privilegio.

Stormy me señala con la mano.

—¿Ves todo esto? Es un privilegio rendir culto en este templo, ¿entiendes lo que digo? Un necio cualquiera no puede aproximarse al trono. Recuerda mis palabras, Lara Jean. Tú decides con quién, hasta dónde y cuán a menudo. O nunca.

—No tenía ni idea de que fueras tan feminista.

—¿Feminista? No soy feminista.

¡Hay que ver, Lara Jean! —resopla Stormy con un gesto de enojo.

—Stormy, no te alteres. Solo significa que crees que los hombres y las mujeres son iguales y que deberían tener los mismos derechos.

—No creo que ningún hombre sea mi igual. Las mujeres son muy superiores, y que no se te olvide. No olvides las cosas que acabo de decirte. De hecho, deberías estar tomando notas para mis memorias.

Empieza a tararear *Stormy Weather*.

Nunca hubo peligro de que las cosas fueran demasiado lejos cuando nuestra relación era falsa. Pero ahora sé lo rápido que pueden ir las cosas sin que te des ni cuenta. Puedes pasar de un beso a

las manos bajo la blusa en dos segundos y es tan febril, tan frenético. Es como montar en un tren de alta velocidad que se dirige rápido a algún lugar y me gusta, de verdad, pero también me gusta el tren lento que me permite mirar por la ventana y apreciar el paisaje, los edificios y las montañas. No quiero perderme los pequeños pasos; quiero que dure. Y al momento siguiente quiero crecer deprisa, más, ahora. Estar tan preparada como los demás. ¿Cómo es posible que todo el mundo esté tan preparado?

Me sigue sorprendiendo tener a un chico en mi espacio personal. Me pone nerviosa cuando me abraza la cintura o

me toma de la mano. Creo que no sé cómo salir con un chico en el siglo xxi. Me confunde. No quiero el mismo tipo de relación que tenían Josh y Margot, o Peter y Genevieve. Quiero algo distinto.

Supongo que puede decirse que he madurado tarde, pero eso implica que todos tenemos un calendario predeterminado de maduración, que hay formas correctas e incorrectas de tener dieciséis años y estar enamorada de un chico.

«Mi cuerpo es un templo y no cualquier chico tiene derecho a rendir culto en él.

No iré más allá donde yo quiera».



Peter y yo estamos en un Starbucks, sentados uno al lado del otro, estudiando para nuestro examen de química. Me rodea con el brazo como quien no quiere la cosa y empieza a enredar mi pelo alrededor de su lápiz y a soltarlo como si fuese una cinta. No le hago caso. Se acerca a mi silla y me planta un beso cálido en el cuello que hace que se me escape la risa. Me aparto de él.

—Si haces eso, no me puedo concentrar.

—Me dijiste que te gusta que juegue con tu pelo.

—Y me gusta, pero estoy intentando estudiar. Además, estamos en público —susurro, y miro alrededor.

—¡No hay prácticamente nadie!

—Están el camarero y el tipo que hay junto a la puerta.

Intento señalarlo discretamente con mi lápiz. Las cosas se han calmado en clase, y lo último que necesitamos es que estalle otro meme.

—Lara Jean, nadie nos va a grabar, si eso es lo que te preocupa. No estamos haciendo nada.

—Te dije desde el principio que no me gustan las muestra de afecto en

público —le recuerdo.

Peter hace una mueca de satisfacción.

—¿Ah, sí? No olvidemos quién me besó en el pasillo. Te me echaste encima, Covey. Literalmente.

Me sonrojo.

—Tenía un propósito, y lo sabes.

—Ahora también hay un propósito.

El propósito es que estoy aburrido y me apetece besarte. ¿Es un crimen? —refunfuña.

—Eres como un niño pequeño —le digo pellizcándole la nariz con fuerza—. Si estudias en silencio tres cuartos de hora más, te dejaré besarme en la intimidad de tu coche.

A Peter se le ilumina la cara.

—Trato hecho.

Le suena el móvil y lo mira. Frunce el ceño y envía un mensaje. Sus dedos se mueven a toda velocidad.

—¿Todo bien? —pregunto.

Asiente, pero parece distraído y no para de enviar mensajes, a pesar de que deberíamos estar estudiando. Y ahora yo también estoy distraída preguntándome de qué se trata. O de quién.

Estoy empujando el carro del supermercado, buscando la leche condensada para mi tarta de lima, cuando veo a Josh en el pasillo de los cereales. Me acerco a él y hago chocar mi carrito con el suyo.

—Hola, vecino.

—Hola, ¡¿adivina qué?! Me han admitido por anticipado en la Universidad de Virginia —dice con una sonrisa satisfecha y orgullosa.

Suelto un grito agudo y me

desprendo del carrito.

—¡Josh! ¡Es increíble! —Lo abrazo y salto arriba y abajo. Le sacudo los hombros—. ¡Emociónate un poco, pirado!

Ríe y salta un par de veces antes de soltarme.

—Estoy emocionado. Mis padres están por las nubes porque no tienen que pagar la matrícula de otro estado. Llevan días sin pelear. ¿Se lo dirás a Margot? Siento que no debo llamarla, pero merece saberlo. Es la que siempre me ayudaba a estudiar. Esto está ocurriendo en parte gracias a ella — dice con timidez.

—Se lo diré. Sé que se alegrará mucho por ti, Josh. Papá y Kitty también.

Levanto la mano y me la choca. No me lo puedo creer: Josh se marcha a la universidad y pronto dejará de ser mi vecino. Ya no será como antes.

Ahora que se graduará y se marchará de la ciudad, quizá sus padres se divorcien al fin y vendan la casa. Entonces, ya no será ni mi vecino ocasional. Las cosas están un poco raras entre nosotros desde hace meses, incluso desde antes de la ruptura con Margot y hace una eternidad que no quedamos... pero me gustaba saber que estaba ahí mismo, justo en la casa de al lado, si lo necesitaba.

—Cuando pase un poco de tiempo y tengamos el permiso de Margot,

¿vendrás a cenar como hacías antes? Todos te echamos de menos. Sé que Kitty se muere por mostrarte los trucos nuevos de *Jamie*. Eso sí, no son nada del otro mundo, de modo que no te emociones.

Una sonrisa le ilumina el rostro, esa sonrisa lenta que tan bien conozco.

—Muy bien —dice.



Las chicas Song nos tomamos muy en serio lo de hacer felicitaciones de San Valentín. Una felicitación de San Valentín modesta, dulce, sincera y chapada a la antigua. Así pues, las hechas a mano son las mejores. Tengo materiales de sobra de mis álbumes de recortes, pero además he ido guardando trozos de encaje, cintas y blondas. Tengo una lata con cuentas, perlas y diamantes de imitación, y también tengo sellos de goma, un Cupido, corazones de

toda clase y flores.

Papá siempre ha recibido una tarjeta de parte de las tres. Este año será el primero en el que Margot envíe una por su cuenta. Josh también recibirá una, pero dejo a Kitty que se ocupe de ella, y me limitaré a firmar con mi nombre debajo del suyo.

He pasado la mayor parte de la tarde con la de Peter. Es un corazón blanco bordeado de encaje. En el centro, he bordado ERES MÍO, PETER K. con hilo rosa. Sé que le arrancará una sonrisa. Es desenfadado, simpático y no sé toma muy en serio a sí mismo, como Peter. Sin embargo, también señala el día y el hecho de que nosotros, Peter Kavinsky y Lara Jean Song Convey,

mantenemos una relación. Tenía pensada una felicitación mucho más extravagante, grande y cubierta de cuentas y de encaje, pero Kitty dijo que sería excesiva.

—No uses todas mis perlas. He tardado años en reunir mi colección. Literalmente —le digo a Kitty.

Tan pragmática como siempre, Kitty responde:

—¿Qué sentido tiene coleccionarlas si no las utilizas? ¿Tanto trabajo para que vivan en una caja de latón donde nadie puede verlas?

—Bueno, vale. Solo digo que pongas perlas en las tarjetas de la gente que te guste de verdad. —Lo admito: el caso es que tiene razón.

—¿Qué hay de los diamantes falsos de color púrpura?

—Utiliza tantos como quieras — digo en tono indulgente, como si fuese una terrateniente adinerada dirigiéndose a una vecina mucho menos afortunada. Aspiro a un *look* victoriano, y los diamantes púrpuras son más carnavalescos, pero no se lo pienso decir a Kitty. El carácter de Kitty es tal que si descubre que no valoras algo, empieza a sospechar de ello y pierde todo su atractivo. Durante mucho tiempo estuvo convencida de que las uvas pasas eran mis favoritas y que no debía comer más que las que le tocaban cuando en realidad odio las pasas y estaba

agradecida de que otra persona se las comiera. Kitty acostumbraba a acaparar las pasas; seguramente era la niña con el tránsito intestinal más regular de la guardería.

Estoy pegando chucherías en torno al corazón mientras me pregunto en voz alta:

—¿Deberíamos preparar un desayuno especial para papá? Podríamos comprar uno de esos exprimidores en el centro comercial y prepararle zumo de pomelo recién exprimido. He visto una gofrera en forma de corazón online que no era muy cara.

—A papá no le gusta el pomelo, y casi nunca utilizamos la gofrera. ¿Por

qué no cortamos el gofre en forma de corazón?

—Parecerá muy cutre —resoplo. Pero tiene razón. No tiene sentido comprar algo que solo utilizaríamos una vez al año, aunque solo cueste 19,99 dólares. A medida que crece Kitty, me doy cuenta de que se parece más a Margot que a mí. Pero entonces dice:

—¿Y si utilizamos el molde de galletas para preparar tortitas con forma de corazón? Podemos añadir colorante rojo.

Le ofrezco una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Bien pensado!

A lo mejor también tiene un poco de

mí.

—También podríamos añadir colorante rojo al sirope para que parezca sangre. ¡Un corazón sangriento!

No, da igual. Kitty es ella misma.

La víspera de San Valentín se me mete en la cabeza que con la felicitación de Peter no es suficiente, y que preparar tartas de cereza sería una idea fantástica. Así pues, me levanto antes del amanecer para hornearlas y ahora la cocina parece la escena de un crimen. Jugo de cereza por todas las encimeras y los azulejos. Es un baño de sangre, un baño de sangre de jugo de cereza. Peor que cuando hice pastel de terciopelo rojo y manché de colorante rojo los azulejos



antisalpicaduras. Tuve que limpiar las juntas con un cepillo de dientes.

Pero mis tartas salen perfectas, como si las hubiera sacado de un dibujo animado, doradas y tiernas, con los bordes marcados con tenedor y pequeños agujeritos por los que escapa el vapor. Mi plan es sacarlas a la hora de comer. Sé que a Peter, Gabe y Darrell les gustarán. También le daré una a Lucas. Y a Chris, si aparece por clase.

Le envió un mensaje a Peter diciéndole que no necesito que me lleve porque quiero llegar pronto y meter la felicitación en su taquilla. Una felicitación en la taquilla tiene algo de adorable, cuando te paras a pensarlo.

Una taquilla es casi como un buzón, y todo el mundo sabe que las cartas que se envían por correo son mucho más románticas que las que te entregan en persona sin contemplaciones.

Kitty baja hacia las siete, y las dos ponemos una bonita mesa de San Valentín para papá con las felicitaciones de Margot y la de Kitty y la mía colocadas en torno a su plato. Le dejo dos tartas, pero me pierdo su reacción porque no quiero llegar al instituto después de Peter. Siempre llega a la hora en punto, así que calculo que basta con llegar a menos cinco.

Cuando llego al instituto, deslizo la felicitación en la taquilla de Peter y

después me dirijo a la cafetería a esperarlo.

Pero cuando entro, ya está allí, de pie junto a las máquinas expendedoras con... Genevieve. Tiene las manos sobre sus hombros y le habla con seriedad. Ella asiente, con la mirada baja. ¿Qué puede ser eso que la tiene tan triste? ¿O tan solo está actuando para mantener cerca a Peter?

Aquí estoy, en el día de San Valentín y me siento como si estuviese interrumpiendo a mi novio y a su exnovia. ¿De verdad está siendo solo un buen amigo, o hay algo más? ¿Han intercambiado regalos de San Valentín por los viejos tiempos? ¿Estoy paranoica o esto es algo que hacen los

ex?

Ella me ve, le dice algo a Peter y se marcha de la cafetería. Él se me acerca a grandes zancadas.

—Feliz San Valentín, Covey.

Me pone las manos en la cintura y me levanta en brazos como si no pesara nada. Dejándome en el suelo, dice:

—¿Podemos besarnos en público ya que es un día especial?

—Antes de nada, ¿dónde está mi felicitación? —le reclamo, y tiendo la mano.

Peter ríe.

—Maldición, está en mi mochila. Mira que eres codiciosa.

Sea lo que sea, se nota que está

impaciente por dármela, lo que en consecuencia hace que yo también lo esté. Me da la mano y me conduce hasta su mochila.

—Primero, siéntate —obedezco y se sienta a mi lado—. Cierra los ojos y abre la mano.

Lo hago y oigo cómo abre la cremallera de su mochila y me pone algo en la mano, un trozo de papel. Abro los ojos.

—Es un poema —dice—. Para ti.

*La luna no luce sin traerme sueños  
de la hermosa Lara Jean;  
ni brilla una estrella sin que vea  
los ojos brillantes  
de la hermosa Lara Jean.*

Me toco los labios con la mano.  
«¡La hermosa Lara Jean!» No me lo puedo creer.

—Es lo más bonito que han hecho nunca por mí. Podría estrujarte hasta dejarte sin respiración de lo feliz que soy.

Imaginármelo en su escritorio en casa, garabateando con lápiz y papel consigue que se gane completamente mi cariño. Me provoca estremecimientos. Corrientes de electricidad desde el cuero cabelludo hasta los pies.

—¿De verdad? ¿Te gusta?

—¡Me encanta!

Me lanzo a sus brazos y lo estrujo

con todas mis fuerzas. Guardaré esta felicitación en mi sombrerera y, cuando sea mayor como Stormy, la sacaré y la miraré y recordaré este preciso momento. Olvídate de Genevieve; olvídate de todo. Peter Kavinsky me ha escrito un poema.

—No es el único regalo que te he traído. Ni siquiera es el mejor.

Se despega de mi abrazo y saca una cajita de terciopelo de la mochila. Me quedo sin aire.

—Ábrela de una vez —dice, satisfecho.

—¿Es una insignia?

—Mejor que eso.

Me quedo boquiabierta. Es mi collar, el relicario con forma de corazón

de la tienda de antigüedades de su madre, el mismo collar que estuve admirando durante meses. En Navidad, cuando papá dijo que el collar se había vendido, creí que había desaparecido para siempre de mi vida.

—No me lo puedo creer —susurro, mientras toco el fragmento de diamante del centro.

—Dame, deja que te lo ponga.

Me levanto el pelo y Peter se levanta y me abrocha el collar en torno al cuello.

—¿Puedo aceptarlo? —me pregunto en voz alta—. ¡Era muy caro, Peter! Pero que muy muy caro.

—Sé lo que cuesta —dice con una



sonrisa—. No te preocupes, hice un buen trato con mi madre. Tuve que comprometerme a recoger muebles para la tienda con la furgoneta durante unas cuantas semanas. No es nada. Siempre y cuando te guste.

Acaricio el collar.

—¡Me gusta! Me gusta mucho. — Echo un vistazo por la cafetería de la manera más disimulada posible. Es un poco mezquino, pero desearía que Genevieve estuviese aquí para ver esto.

—Espera un momento, ¿dónde está mi felicitación? —pregunta Peter.

—Está en tu taquilla —respondo. Ahora desearía no haber escuchado a Kitty y haber tirado la casa por la ventana en mi primer San Valentín con

un novio. Con Peter. Qué le vamos a hacer. Al menos, me quedan las tartas de cereza aún calentitas en mi mochila. Se las daré todas a él. Lo siento por Chris, Lucas y Gabe.

No puedo dejar de mirarme con el collar. En clase, lo llevo por encima del suéter para que la gente lo vea y lo admire. Por la noche, se lo muestro a papá y a Kitty, y luego a Margot por videochat. Bromeando, también se lo enseño a *Jamie Fox-Pickle*. Todos están impresionados. No me lo quito para nada: lo llevo en la ducha y en la cama.

Es como en *La casa del bosque*,

cuando Laura recibe una muñeca de trapo por Navidad. Tiene dos botones negros por ojos, y labios y mejillas encarnadas. Medias rojas de franela y un vestido de percal azul y rosa. Laura no podía apartar la mirada de la muñeca. La abrazaba con fuerza y perdía de vista el resto del mundo. Su madre tenía que recordarle que debía permitir que las otras chicas la tocasen.

Así es como me siento yo. Cuando Kitty me pregunta si puede probárselo, vacilo un segundo y después me siento culpable por ser tan mezquina.

—Ten cuidado —le digo mientras me lo desabrocho.

Kitty finge que suelta el colgante y se me escapa un chillido.

—Era broma —dice, y se ríe. Busca un espejo y se mira, la cabeza ladeada, el cuello arqueado.

—No está mal. ¿No te alegras de que pusiera en marcha lo tuyo con Peter? Le lanzo una almohada.

—¿Me lo prestarás para una ocasión especial?

—¡No! —Entonces vuelvo a pensar en Laura y en su muñeca—. Sí. Si se trata de una ocasión muy especial.

—Gracias —dice Kitty, después inclina la cabeza y me mira toda seria—. Lara Jean, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Puedes preguntarme cualquier cosa.

—Es sobre chicos.

Intento no parecer demasiado ansiosa cuando asiento. ¡Chicos! Así que ya hemos llegado a este punto. Muy bien.

—Te escucho.

—¿Me prometes que contestarás con sinceridad? Una promesa de hermana.

—Por supuesto. Siéntate conmigo, Kitty.

Se sienta a mi lado en el suelo y la rodeo con el brazo. Me siento generosa, cariñosa y maternal. Kitty está creciendo.

Me mira con sus ojos de corderito.

—¿Peter y tú lo estáis haciendo?

—¿Qué? —La aparto de un empujón

—. ¡Kitty!

—¡Me prometiste que contestarías!

—alega con regocijo.

—Bueno, pues la respuesta es que no, pequeña traidora escurridiza. ¡Dios! Sal de mi habitación.

Kitty se marcha dando saltitos y riendo como una hiena. La oigo desde el otro lado del pasillo.

Justo cuando pienso que el suplicio del vídeo del jacuzzi al fin se ha terminado de una vez por todas, aparece una nueva versión, y me recuerda que mi pesadilla particular no se va a acabar en la vida. Nada muere en internet, ¿no es eso lo que se dice? Esta vez estoy en la biblioteca y por el rabillo del ojo veo a dos chicas de segundo que comparten auriculares, están viendo el vídeo y se ríen por lo bajo. Ahí estoy yo, con mi camisón, sobre el regazo de Peter como

si fuese una manta. Durante unos segundos me quedo ahí sentada, paralizada por la indecisión. Enfrentarme o no enfrentarme. Recuerdo las palabras de Margot: hay que estar por encima de todo y actuar como si no te importara. Y luego pienso «A hacer puñetas».

Me levanto, me acerco a ellas dando zancadas y arranco los auriculares del portátil. Por los altavoces empieza a sonar *Parte de tu mundo* a todo volumen.

—¡Eh! —dice la chica, mientras se da la vuelta de un bandazo.

Entonces se da cuenta de que soy yo, intercambia una mirada de pánico con su amiga y cierra el portátil de un golpe.



—Adelante, ponlo —le digo, cruzándome de brazos.

—No gracias —responde.

Alargo la mano, lo abro y pulso «Play». Quien haya editado el vídeo, lo ha empalmado con escenas de *La sirenita*.

*Cuándo me iré,  
quiero explorar,  
sin importarme cuándo volver...*

Cierro el ordenador.

—Que sepas que ver este vídeo equivale a ver pornografía infantil, y que os podría denunciar por ello. Vuestra dirección IP ya está en el sistema.

Piensa en eso antes de compartirlo. Eso es distribución.

La chica pelirroja se queda boquiabierta.

—¿Cómo va a ser pornografía infantil?

—Soy menor de edad, y Peter, también.

La otra chica sonríe con suficiencia y dice:

—¿No habías dicho que no os estabais acostando?

Ahí me ha pillado.

—Bueno, dejaremos que el Departamento de Justicia lo decida. Pero, primero, se lo notificará al director Lochlan.

—  Tampoco es que seamos las

únicas que lo han visto! —exclama la chica pelirroja.

—Piensa en cómo te sentirías si aparecieras en ese vídeo.

—Me sentiría genial —masculla la chica—. Tienes suerte. Kavinsky está bueno.

Suerte. Claro.

Me sorprende cuánto se molesta Peter cuando le enseño el vídeo de *La sirenita*: nada le afecta nunca, todo le resbala. Creo que por eso es tan popular: es dueño de sí mismo. Hace que los demás se sienta cómodos

Pero el vídeo de *La sirenita* lo

descompone. Lo vemos en su coche, en su móvil, y está tan enfadado que temo que tire el teléfono por la ventana.

—¡Cabrones! ¡Cómo se atreven!

Peter da un puñetazo al volante y suena la bocina. Doy un respingo. Nunca lo había visto tan afectado. No sé qué decir ni cómo calmarlo. He crecido en una casa llena de mujeres y con un padre de carácter plácido. No sé nada sobre el temperamento de los chicos adolescentes.

—¡Mierda! No soporto no poder protegerte de eso —grita.

—No tienes que hacerlo —le respondo, y me doy cuenta de que es cierto. Lo estoy sobrellevando perfectamente bien por mi cuenta.

Peter fija la mirada hacia delante.

—Pero quiero hacerlo. Pensaba que lo había solucionado, pero aquí está otra vez. Es como un puto herpes.

Quiero consolarlo, que sonría y olvide.

—Peter, ¿tienes herpes? —pregunto en tono burlón.

—No tiene gracia, Lara Jean.

—Lo siento. —Le pongo la mano sobre el brazo—. Salgamos de aquí.

Peter arranca el coche.

—¿Adónde quieres ir?

—Adonde sea. A ninguna parte.

Conduce y ya está.

No quiero encontrarme con nadie, no quiero miradas cómplices ni susurros.

Quiero esconderme. El Audi de Peter, nuestro pequeño refugio. Quiero esconder mis pensamientos sombríos, y le ofrezco una sonrisa brillante, lo suficiente como para que me la devuelva.

Peter se relaja conduciendo y, para cuando llegamos a casa, parece que ha recuperado el buen humor. Le pregunto si quiere entrar a comer pizza; al fin y al cabo es noche de pizza. Le digo que puede pedir toda la guarnición que quiera. Pero sacude la cabeza y me responde que tiene que irse a casa. Por primera vez, no me da un beso de despedida, y me hace sentir culpable de que se sienta tan mal. En parte es culpa mía, sé que lo es. Siente que debe

arreglar las cosas por mí, y sabe que no puede, y eso lo está matando.

Cuando entro en casa, papá me está esperando a la mesa de la cocina. Tan solo está sentado y esperando, con el ceño fruncido.

—¿Por qué no has contestado al teléfono?

—Lo siento, me he quedado sin batería. ¿Ha pasado algo?

A juzgar por su gesto serio, está claro que ha pasado algo.

—Tenemos que hablar, Lara Jean. Siéntate.

El miedo me golpea como un maremoto.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Dónde

está Kitty?

—Está en su habitación.

Dejo mi bolsa y me abro paso hasta la mesa de la cocina, moviendo los pies lo más lento que puedo. Me siento a su lado y papá suspira pesadamente, con las manos entrelazadas.

Justo cuando digo:

—¿Es por el perfil de la web de citas que he creado? Porque aún no lo he activado.

Él dice:

—¿Por qué no me has contado lo que estaba pasando en el instituto?

El corazón me cae a los pies.

—¿A qué te refieres? —Sigo esperando que sea otra cosa. Que me diga que he suspendido un examen de



química... Cualquier cosa menos el vídeo del jacuzzi.

—El vídeo en el que sales con Peter.

—¿Cómo te has enterado? —musito.

—Tu consejera me ha llamado, Lara Jean. Estaba preocupada por ti. ¿Por qué no me dijiste lo que pasaba, Lara Jean?

Está muy serio y muy decepcionado, y eso es lo que más odio. Siento que la presión se acumula detrás de mis ojos.

—Porque... estaba avergonzada. No quería que me vieras de esa forma. Papá, te juro que solo nos estábamos besando. Eso es todo.

—No he visto el vídeo, y no pienso hacerlo. Eso es algo privado entre Peter y tú. Pero desearía que hubieses tomado

decisiones más acertadas aquel día, Lara Jean. Tus acciones tendrán consecuencias a largo plazo.

—Lo sé. —Una lágrima se desliza por mi mejilla.

Papá me saca la mano del regazo, donde la tenía escondida, y me la estrecha.

—Me duele que no acudieses a mí cuando lo estabas pasando mal en clase. Sabía que te pasaba algo, pero no quería presionarte demasiado. Siempre intento pensar en lo que haría tu madre si estuviese aquí. Sé que no es fácil tener solo un padre con el que hablar... —Se le quiebra la voz, y lloro con más fuerza—. Pero lo intento. Lo intento de verdad.

Me levanto de un salto y lo abrazo.

—Sé que lo intentas —exclamo.

Me devuelve el abrazo.

—Que sepas que puedes acudir a mí, Lara Jean. Pase lo que pase. He hablado con el director Lochlan, y mañana anunciará que va a expulsar a todos los que vean o distribuyan el vídeo.

Siento una oleada de alivio. Tendría que haber acudido a mi padre desde el principio. Me pongo derecha y él alarga la mano y me seca las mejillas.

—Y bien, ¿qué es eso de un perfil?

—Ah. Bueno... Te creé uno en [Padresolteroconexionromantica.com](http://Padresolteroconexionromantica.com) — digo mientras me siento.

Empieza a arrugar la frente, así que

añado deprisa:

—La abuela no cree que sea bueno que un hombre esté solo tanto tiempo, y estoy de acuerdo con ella. Pensé que una web de citas podría ayudarte a empezar a salir de nuevo.

—¡Lara Jean, me puedo ocupar solo de mi propia vida romántica! No necesito que mi hija gestione mis citas.

—Pero.. nunca sales con nadie.

—Ese es mi problema, no el tuyo. Quiero que elimines el perfil esta misma noche.

—Ni siquiera estaba activado. Lo abrí por si acaso. Ahí fuera hay todo un mundo nuevo, papá.

—Ahora estamos hablando de tu vida romántica, no de la mía, Lara Jean.

La mía la dejaremos para otro día.  
Ahora quiero saber de la tuya.

—Muy bien. —Con un gesto remilgado, cruzo las manos encima de la mesa—. ¿Qué quieres saber?

Se rasca el cuello.

—Bueno... ¿Peter y tú vais en serio?

—No lo sé. Creo que puedo estar enamorada de él, pero es pronto para saberlo. Y estamos en el instituto, tampoco puede ser tan serio. Mira a Margot y a Josh y cómo han acabado.

—Josh ya no viene nunca a casa — dice papá con tono melancólico.

—Exactamente. No quiero ser la chica que llora por un chico en su habitación de la residencia de

estudiantes —freno en seco—. Eso se lo dijo mamá a Margot. Le dijo que no fuese la chica que va a la universidad teniendo novio y se lo pierde todo.

—Así era ella —dice papá, con una sonrisa de reconocimiento.

—¿Quién fue su novio del instituto? ¿Se querían mucho? ¿Llegaste a conocerlo?

—Tu madre no tenía novio en el instituto. Se refería a su compañera de habitación. Robyn. Volvía loca a tu madre —explica papá riendo entre dientes.

Apoyo la espalda en la silla. Durante todo este tiempo había creído que mamá hablaba de sí misma.

—Me acuerdo de la primera vez que

vi a tu madre. Estaba celebrando una cena en su residencia titulada Acción de Falsas, y un colega y yo fuimos. Era una gran de cena de Acción de Gracias en mayo. Llevaba un vestido rojo, y por aquel entonces tenía el pelo largo. Ya lo sabes, has visto las fotos. —Hace una pausa, y una sonrisa se le insinúa en el rostro—. Me echó la bronca porque no llevé judías verdes frescas, sino de lata. Así es como podías saber si le gustaba alguien, si se burlaba de él. Claro que yo entonces no lo sabía. En aquella época, no tenía ni idea de cómo eran las chicas.

¡Ja! En aquella época.

—Creía que os conocisteis en clase

de psicología.

—Según tu madre, asistimos a la misma clase durante un semestre, pero no recuerdo haberla visto. Era una de esas aulas con cientos de personas.

—Pero se fijó en ti.

Esto ya lo había oído. Decía que le gustaba que prestase tanta atención en clase y que llevase el pelo un poco demasiado largo por detrás, como el de un profesor chiflado.

—Gracias a Dios. ¿Dónde estaría yo sin ella?

Eso me da que pensar. ¿Dónde estaría? Sin nosotras, por supuesto, pero seguramente tampoco sería viudo. ¿Habría sido más feliz si se hubiera casado con otra chica, si hubiera



seguido otro camino?

Papá me alza la barbilla.

—No estaría en ninguna parte sin ella, porque no tendría a mis chicas — dice con firmeza.

Llamo a Peter y le cuento que la señora Duvall llamó a mi padre y que sabe lo del vídeo, pero que ha hablado con el director Lochlan y que todo está solucionado. Espero que se sienta aliviado, pero sigue sonando alicaído.

—Ahora seguro que tu padre me odia —dice.

—Claro que no —le aseguro.

—¿Crees que debería hablar con él?

No sé, disculparme de hombre a hombre.

Me estremezco.

—Decididamente, no. Mi padre se sentirá súper incómodo.

—Sí, pero...

—No te preocupes más, Peter. Ya te lo he dicho, mi padre lo ha solucionado. El director Lochlan lo anunciará mañana y nos dejarán en paz. Además, no tienes nada de lo que disculparte. Yo estaba allí igual que tú. No me obligaste a hacer nada que no quisiera hacer.

Colgamos poco después y, aunque me siento mejor por lo del vídeo, Peter me sigue preocupando. Sé que está disgustado por no haber sido capaz de protegerme, pero también sé que en

parte también está molesto por su orgullo herido, y eso no tiene nada que ver conmigo. ¿De verdad el ego de un chico es algo tan frágil y quebradizo? Supongo que sí.

La carta llega el martes, pero no la veo hasta el miércoles por la mañana antes de ir a clase. Estoy en el asiento empotrado de la ventana de la cocina, comiendo una manzana y repasando el correo mientras espero a que Peter venga a buscarme. Las facturas de la electricidad, la de la televisión por cable, un catálogo de Victoria's Secret, y la edición de este mes de *Amantes de los perros* (*¡para niños!*) de Kitty. Y la carta, un sobre blanco dirigido a mi

atención. Letra de chico. Una dirección del remitente que no reconozco.

Querida Lara Jean:

La semana pasada cayó un árbol en nuestra entrada y el señor Barber de Paisajismos Barber vino a sacarlo. Los Barber son la familia que se mudó a nuestra antigua casa en Meadowridge, y no quiero alardear, pero son los dueños de una empresa de paisajismo. El señor Barber trajo la carta. Según el matasellos, la enviaste en septiembre, pero yo la he recibido esta semana porque la enviaron a mi antigua casa. Por eso he tardado tanto en responder.

Tu carta me trajo a la memoria todo tipo de cosas que creía haber olvidado. Como cuando tu hermana mayor preparó guirlache de cacahuetes en el microondas y decidisteis que teníamos que celebrar una competición de breakdance para dilucidar quién se quedaba con el trozo más grande. O la vez que me quedé encerrado fuera de casa y fui a la casa del árbol, y tú y yo nos quedamos leyendo hasta que oscureció, y tuvimos que usar una linterna. Recuerdo que tu vecino estaba asando hamburguesas a la parrilla

y me desafiaste a que le pidiese una para que la compartiésemos, pero no me atreví. Cuando volví a casa, me cayó una gorda porque nadie sabía dónde estaba, pero valió la pena.

Dejo de leer. ¡Me acuerdo del día en el que los dos nos quedamos encerrados fuera de casa! Estábamos Chris, John y yo, pero Chris tuvo que irse y solo quedamos John y yo. Mi padre estaba en un seminario, y no me acuerdo de dónde se habían metido Margot y Kitty. Nos entró tanta hambre que devoramos una bolsa de Skittles que Trevor había escondido bajo una tabla del suelo. Supongo que podría haber ido a casa de Josh en busca de comida y refugio, pero la idea de ser una vagabunda con John

Ambrose McClaren tenía algo de divertido. Éramos como dos fugitivos.

Tengo que confesarte que tu carta me dejó alucinado, porque cuando tenía trece años aún era como un niño pequeño y, en cambio, tú eras una persona de verdad con emociones y pensamientos complejos. Mi madre aún me cortaba una manzana en trocitos como tentempié de media tarde. Si te hubiese escrito una carta en octavo, habría dicho: «Tu pelo es bonito». Eso es todo. «Tu pelo es bonito.» No me enteraba de nada. No tenía ni idea de que te gustaba por aquel entonces.

Te vi hace unos meses en las Naciones Unidas en miniatura en el Thomas Jefferson. Dudo mucho que me reconocieras, pero estaba representando a la República Popular de China. Me dejaste una nota y grité tu nombre, pero seguiste andando. Intenté encontrarte más tarde, pero ya no estabas. ¿Me viste?

Supongo que lo me despierta más curiosidad es saber por qué decidiste enviarme la carta después de tanto tiempo. Así que si quieres llamarme, enviarme un email o escribirme, hazlo por favor.

Saludos,

John

P. D.: Ya que preguntas, las únicas que me llaman Johnny son mi madre y mi abuela, pero no te cortes.

Suelto un largo suspiro.

John Ambrose McClaren y yo tuvimos dos encuentros románticos en el colegio, el beso del juego de la botella (que, sinceramente, no fue nada romántico) y el día de lluvia en clase de educación física que fue el momento más romántico de mi vida hasta este año. Seguro que John no lo recuerda igual. Dudo que lo recuerde siquiera. Recibir una carta suya después de tanto tiempo es como si hubiese regresado de entre



los muertos. No es como cuando lo vi durante unos segundos en las Naciones Unidas en miniatura en diciembre. Eso fue como ver un fantasma. Es una persona real, viva, a la que conocía y que me conocía.

John era listo, tenía las mejores notas de entre todos los chicos y yo tenía las mejores notas de entre todas las chicas. Estábamos juntos en las clases avanzadas. Su asignatura favorita era historia (siempre hacía sus lecturas), pero también se le daban bien las mates y las ciencias. Seguro que eso no ha cambiado.

Si Peter fue el último chico de nuestra clase en crecer, John fue el primero. Me gustaba su pelo amarillo,

luminoso y claro como el maíz en verano. Era inocente y dulce, tenía el rostro de un chico que nunca se ha metido en líos y era el favorito de las madres del vecindario. Tenía algo especial. Eso lo convertía en un cómplice perfecto. Peter y él hacían todo tipo de diabluras juntos. John era el listo, y tenía las grandes ideas, pero le daba vergüenza hablar porque tartamudeaba un poco.

Le gustaba interpretar el papel de secundario, mientras que Peter prefería ser la estrella. Así que todo el mundo culpaba a Peter porque era el travieso y ¿cómo podía un ángel como John Ambrose McClaren ser el culpable de

algo? Tampoco es que cargaran con mucha culpa. La gente se deja embaucar por los chicos guapos. Los chicos guapos se llevan un gesto indulgente y un «Oh, Peter», ni siquiera un pequeño tirón de orejas. Nuestra maestra de lengua solía referirse a ellos como Butch Cassidy y The Sundance Kid, aunque ninguno de nosotros sabía quiénes eran ésos. Peter la convenció de que proyectase la película en clase, y se pasaron el resto del curso discutiendo sobre quién era Butch y quién The Sundance Kid, pese a que todos sabíamos perfectamente quién era quién.

Seguro que les gusta a todas las chicas de su escuela. Cuando lo vi en las Naciones Unidas en miniatura parecía

tan seguro de sí mismo, con esa forma de sentarse erguido en la silla, los hombros rectos y completamente concentrado. Si yo estuviera en el instituto de John, seguro que me sentaría al frente de la manada, con unos prismáticos y una barra de cereales, acampada delante de su taquilla. Me sabría de memoria su horario, y también su hora de comer. ¿Sigue comiendo bocadillos dobles de mantequilla de cacahuete y mermelada con pan blanco? Hay tantas cosas que no sé...

La bocina del coche de Peter me saca de mi ensoñación. Doy un salto

culpable al escuchar el sonido. Siento el impulso ridículo de esconder la carta, de guardarla en mi sombrerera y no volver a pensar en ella. Pero entonces pienso que eso sería una locura. Por supuesto que responderé a John Ambrose McClaren. Sería una grosería no hacerlo.

Así que meto la carta en mi mochila, me pongo el anorak blanco y salgo corriendo de casa. Todavía hay un poco de nieve en el suelo por la última tormenta, pero se ve deslucida, como una alfombra deshilachada. En cuanto al tiempo, soy de las que prefieren o todo o nada, o bien que se funda por completo, o bien que haya centímetros y centímetros de nieve y te hundas en ella

hasta las rodillas.

Cuando entro en el coche, Peter está enviando un mensaje.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada. Es Gen. Quería que la llevase a clase, pero le he dicho que no podemos.

Eso me mosquea. Me exaspera que aún se envíen tantos mensajes, que mantengan el contacto con tanta naturalidad hasta el punto de pedirse favores. Pero son amigos, solo amigos. Eso es lo que no dejo de repetirme. Y me está contando la verdad, tal y como prometió.

—Adivina quién me ha enviado una carta.

Retrocede por la entrada.

—¿Quién?

—Adivina.

—Mmm, ¿Margot?

—¡Eso no sería una sorpresa! No ha sido Margot, sino ¡John Ambrose McClaren!

Peter parece confundido.

—¿McClaren? ¿Por qué te ha enviado una carta?

—Porque yo le envié una, ¿te acuerdas? Igual que a ti. Había cinco cartas de amor, y la suya fue la única que no me devolvieron. Pensaba que se había perdido para siempre, pero entonces un árbol cayó en la entrada de la casa de John después de la última

helada y el señor Barber lo sacó y le llevó la carta.

—¿Quién es el señor Barber?

—Es el hombre que compró la antigua casa de John. Es el dueño de una empresa de paisajismo... Da igual. La cuestión es que John recibió mi carta la semana pasada y por eso tardó tanto en responder.

—Mmm. ¿Así que te ha escrito una carta de verdad? ¿No un email? — comenta Peter mientras manosea la salida del aire caliente.

—No, era una carta de verdad que llegó por correo.

Lo observo para ver si se pone celoso, si esta novedad lo afecta aunque sea solo un poco.



—Mmm —repite Peter. Este segundo «mmm» suena aburrido, indiferente. Ni pizca de celos.

—¿Y cómo le va al Sundance Kid? McClaren no soportaba que lo llamase así —comenta Peter riendo por lo bajo.

—Ya me acuerdo. —Nos hemos parado en un semáforo. Hay cola para entrar en el instituto.

—¿Qué decía en la carta?

—Bueno..., ya sabes. Que cómo estaba..., lo típico.

Miro por la ventana. No me apetece compartir información extra porque no se la ha ganado con su reacción indiferente. ¿No debería tener al menos la decencia de fingir que le importa?

Peter hace tamborilear los dedos sobre el volante.

—Deberíamos quedar con él.

La idea de que Peter y John Ambrose McClaren estén juntos en el mismo espacio resulta turbadora. ¿Adónde miraría?

—Mmm, supongo —respondo con vaguedad. Quizá lo de mencionar la carta no haya sido tan buena idea.

—Creo que aún tiene mi viejo guante de béisbol —musita—. Eh, ¿te ha dicho algo de mí?

—¿Como qué?

—No sé. ¿Te ha preguntado cómo me iba?

—No.

—Mmm. ¿Qué le has respondido?

—Las comisuras de los labios de Peter caen, y adopta una expresión irritada.

—¡Acabo de recibirla! No he tenido tiempo de responder.

—Dile hola de mi parte cuando lo hagas.

—Vale.

Rebusco dentro de mi mochila para asegurarme de que la carta sigue ahí.

—Espera un momento. Si nos enviaste una carta de amor a los cinco, ¿eso significa que te gustábamos lo mismo?

Me mira expectante y sé que piensa que voy a decir que él era el que más me gustaba, pero no sería verdad.

—Sí, me gustabais exactamente lo mismo —le respondo.

—¡Mentira! ¿Quién te gustaba más? Yo, ¿verdad?

—Es una pregunta imposible de contestar, Peter. Todo es relativo. Podría decirte que Josh era el que más me gustaba porque fue el que me gustó durante más tiempo, pero no puedes decidir a quién quieres más basándote solo en cuanto tiempo los has querido.

—¿Querido?

—Gustado.

—Has dicho querido.

—Bueno, quería decir gustado.

—¿Y qué me dices de McClaren? ¿Cuánto te gustaba en comparación con

el resto de nosotros? —pregunta.

¡Por fin algo de celos!

—Me gustaba...

Estoy a punto de decir «igual», pero titubeo. Según Stormy, dos personas no pueden gustarte exactamente lo mismo. Pero ¿cómo puedes cuantificar cuánto te gusta una persona, y mucho menos dos? A Peter siempre le ha gustado ser el mejor. Lo espera. Así que respondo:

—Es imposible saberlo. Pero ahora eres el que más me gusta.

Peter sacude la cabeza.

—Para ser alguien que nunca ha tenido novio, se te da bien provocar a los chicos.

Arqueo las cejas. ¿Que se me da bien provocar a los chicos? Es la

primera vez que oigo algo así.  
Genevieve y Chris saben provocar a los  
chicos. Yo no. Yo nunca.

Querido John(ny):

En primer lugar, gracias por responderme, ha sido una sorpresa muy agradable. En segundo lugar... La historia que hay detrás de la carta. Te escribí esa carta en octavo, pero nunca entró en mis planes que la vieses. Parece de

locos, pero es algo que hacía cuando me gustaba un chico. Le escribía una carta y la escondía en mi sombrerera. Las cartas eran solo para mí. Pero mi hermana pequeña Kitty (¿te acuerdas de ella? Era flacucha y tozuda) las envió todas en septiembre, incluida la tuya.

Me acuerdo de la competición de breakdance. Creó que Peter ganó. ¡Pero se



habría quedado con el trozo más grande de guirlache igualmente! Sé que no viene a cuento, pero ¿te acuerdas de que siempre se quedaba con el último trozo de pizza? Era muy irritante. ¿Te acuerdas de que Trevor y Peter se peleaban por él y acababan dejando caer la pizza al suelo y nadie se la podía comer? ¿Te acuerdas de cuando fuimos todos a tu casa a

despedirnos cuando te mudaste? Preparé un pastel de chocolate con glaseado de mantequilla de cacahuete y llevé un cuchillo, pero todos tus platos y tus tenedores estaban empaquetados, así que nos lo comimos en el porche con las manos. Cuando llegué a casa, me di cuenta que tenía las comisuras de los labios manchadas de chocolate. Cuánta vergüenza

me dio. Parece que fue hace mucho tiempo.

No participo en las Naciones Unidas en miniatura, pero estuve allí ese día y te vi. De hecho, tenía el presentimiento de que estarías allí porque en la escuela te gustaban mucho las Naciones Unidas en miniatura. Siento no haberme quedado para ponerme al día. Creo que me sorprendí al darme cuenta de

cuánto tiempo había pasado.  
Tú tenías el mismo aspecto.  
Aunque estás mucho más alto.

Tengo que pedirte un favor.  
¿Te importaría enviarme mi  
carta? Las demás me han sido  
devueltas y, aunque estoy  
segura de que será  
bochornoso, me encantaría  
saber lo que dije.

Tu amiga,

Lara Jean

Es tarde y todas las luces de mi casa están apagadas. Papá está en el hospital y Kitty en una fiesta de pijamas. Sé que Peter quiere entrar, pero mi padre llegará pronto a casa, y podría molestarse si llega y nos ve a los dos solos tan tarde. Papá no ha dicho nada al respecto, pero las cosas han cambiado ligeramente desde que pasó lo del vídeo. Ahora, cuando salgo con Peter, papá me pregunta como quien no quiere la cosa a qué hora llegaré a casa, y

dónde estaré. Antes nunca preguntaba este tipo de cosas, aunque supongo que tampoco tenía motivos para hacerlo.

Miro a Peter, que ha apagado el motor, y le suelto de repente:

—¿Por qué no vamos a la vieja casa del árbol de Carolyn Pearce?

—Venga —acepta Peter de inmediato.

Está oscuro. Nunca había estado aquí arriba tan a oscuras. Siempre había alguna luz encendida: la de la cocina de los Pearce o la de su garaje o la de nuestra casa. Peter sube primero y enciende la linterna del móvil para ayudarme a subir.

Se sorprende de que nada haya cambiado. Está como la dejamos. A

Kitty nunca le ha interesado demasiado. Está medio abandonada desde que nosotros dejamos de usarla en octavo. «Nosotros» éramos los niños de mi edad que vivíamos en el vecindario: Genevieve, Allie Feldman, a veces Chris, y a veces los chicos (Peter, John Ambrose McClaren y Trevor). No era más que un lugar privado, no hacíamos nada malo como fumar o beber. Nos sentábamos ahí arriba y charlábamos.

Genevieve siempre se estaba inventando juegos en plan «¿A quién elegirías?». Si estuviésemos en una isla desierta, ¿a quién elegirías? Peter escogió a Genevieve sin dudarle porque era su novia. Chris dijo que escogería a

Trevor porque era el que tenía más carne y también el más insoportable, y quién sabe si en algún momento tendría que recurrir al canibalismo. Yo dije que escogería a Chris porque así no me aburriría nunca. A Chris le gustó mi respuesta; Genevieve me frunció el ceño, pero ya la habían elegido una vez. Además, era verdad. Chris sería una compañera mucho más divertida y, probablemente, más útil en la isla. Dudo que Genevieve fuese a buscar leña o supiese pescar. John se pensó mucho su respuesta. Le dio muchas vueltas, sopesando nuestros méritos. Peter corría muy rápido, Trevor era fuerte, Genevieve era astuta, Chris sabía defenderse en una pelea y, en cuanto a



mí, yo nunca perdería la esperanza de que me rescatasen. Así que me escogió a mí.

Ese fue el último verano que pasamos fuera. Fuera todos los días. A medida que creces, pasas menos tiempo fuera. Ya nadie te dice: «Ve a jugar fuera». Pero ese verano lo hicimos. Se dijo que fue el verano más caluroso de los últimos cien años. Nos lo pasamos yendo en bici, y a la piscina. Jugando.

Peter se sienta en el suelo, se quita el abrigo y lo extiende como si fuese una manta.

—Puedes sentarte aquí.

Me siento y tira de mí hacia él por los tobillos; me atrae hacia sí con mucho

cuidado, como si fuese un pez intentando escapar del sedal. Cuando nuestras rodillas se tocan, me besa: besos suaves de «tenemos todo el tiempo del mundo». Estoy temblando, pero no de frío. Me siento nerviosa, agitada, con el corazón palpitante. Peter inclina la cabeza y me besa el cuello, y se abre paso hasta la clavícula. Estoy tan nerviosa que ni siquiera me hace cosquillas como suele suceder cuando me tocan el cuello. Sus labios son cálidos y la sensación es agradable. Me echo hacia atrás apoyándome sobre las manos y él avanza sobre mí. ¿Ha llegado el momento? ¿Es ahora cuando tiene que pasar? ¿En el suelo de la casa del árbol de Carolyn Pearce?

Cuando siento su mano bajo mi blusa, me asalta una idea neurótica que no había tenido hasta ahora: Genevieve tiene el pecho más grande. ¿Peter se sentirá decepcionado?

Para mi sorpresa, suelto:

—No estoy lista para acostarme contigo.

Peter levanta la cabeza, alarmado.

—¡Dios, Lara Jean! Me has asustado.

—Perdona. Solo quería dejarlo bien claro, por si no lo estaba.

—Estaba claro. ¡No soy un puto cavernícola! —exclama, con un gesto dolido, y se endereza, la espalda recta como un palo.

—Lo sé —replico. Me pongo derecha y me coloco bien el collar, encima del corazón—. Solo... Espero que no pensaras que porque me has regalado este collar precioso...

Dejo de hablar porque me está mirando furioso.

—Lo siento... Pero... ¿echas de menos el sexo? Genevieve y tú no parabais de hacerlo...

Todo el mundo ha escuchado historias sobre la vida sexual de Kavinsky y Genevieve: que si lo hicieron en el dormitorio de los padres de Steve Bledell en la fiesta para celebrar el final de las clases, que si Gen empezó a tomar la píldora en

noveno... ¿Cómo es posible que alguien que está acostumbrado a practicar el sexo durante veinticuatro horas al día esté satisfecho con alguien como yo, una virgen que apenas ha llegado a la segunda base con él? No satisfecho. Satisfecho no es la palabra: feliz. Feliz.

—¡No parábamos de hacerlo! Y no quiero hablar de esto contigo. Es demasiado raro.

—Solo digo que, como yo no lo he hecho y tú lo has hecho mucho, ¿hay como una especie de vacío en tu vida? ¿Sientes que te estás perdiendo algo? Es como si nunca has probado el helado y no sabes lo bueno que es, pero luego lo pruebas y te apetece todo el tiempo. ¿Te... apetece todo el tiempo? —

concluyo, mordiéndome el labio.

—¡No!

—¡Sé sincero!

—¿Si me gustaría que nos acostáramos? Pues, sí, claro. Pero no quiero presionarte. ¡Ni siquiera he sacado el tema! Y tampoco es que los tíos no tengamos otras maneras de... de aliviar tensión —dice, enrojeciendo.

—Así que... ¿ves porno?

—¡Lara Jean!

—¡Tengo una personalidad inquisitiva! Ya lo sabes. Antes me respondías a todas las preguntas.

—Eso era antes. Ahora es diferente.

A veces Peter dice las cosas más profundas sin darse cuenta siquiera. Las

cosas son diferentes. Antes eran más sencillas. Antes de que el sexo formase parte de la conversación.

—El contrato decía que siempre nos contaríamos la verdad —comento con voz vacilante.

—Vale, pero no pienso hablar contigo de porno. —Empiezo a plantear otra pregunta, pero Peter añade—: Yo solo digo que si un tío te dice que no ve porno, te está mintiendo.

—O sea que lo haces —asiento para mis adentros. Muy bien. Bueno es saberlo—. ¿Has visto esas estadísticas que dicen que los chicos adolescentes piensan en el sexo cada siete segundos? ¿Eso es verdad?

—No. Y solo quiero señalar que

eres tú la que siempre saca el tema del sexo. Creo que las chicas adolescentes están más obsesionadas que los chicos.

—Puede ser.

Peter abre los ojos de par en par, totalmente excitado, así que añado a toda prisa:

—A ver, tengo curiosidad por el tema. Es un pensamiento. Pero no me veo a mí misma haciéndolo dentro de poco. Con nadie. Incluyéndote a ti.

Se nota que Peter está avergonzado por su forma de apresurarse a decir:

—Vale, vale, lo pillo. Cambiemos de tema. —Por lo bajo, musita—. Tampoco quería hablar de ello.

Me entenece que se sienta



avergonzado. No esperaba que lo estuviese siendo tan experto. Le tiro de la manga del suéter:

—En algún momento, cuando esté lista, si lo estoy, te lo haré saber.

Y luego tiro de él hacia mí y aprieto mis labios contra los suyos con suavidad. Su boca se abre y la mía también y pienso: «Me podría pasar horas besando a este chico».

A medio beso, dice:

—Espera un momento. O sea, ¿que no nos vamos acostar? ¿Nunca?

—No he dicho que nunca; pero ahora mismo, no. No, hasta que esté completamente segura. ¿Vale?

Peter deja escapar una carcajada.

—Claro. Tú conduces el bus. Lo has

hecho desde el principio. Y yo sigo intentando ponerme al día. —Se arrima a mí un poco más y me huele el pelo—. ¿De qué es el champú nuevo que llevas?

—Se lo robé a Margot. Es pera jugosa. Está bien, ¿verdad?

—No está mal, pero ¿puedes volver al de antes? ¿El de coco? Me encanta como huele. —Una expresión soñadora le cruza el rostro, como la niebla del atardecer cuando se asienta sobre la ciudad.

—Si me apetece —respondo, y él hace un puchero. Ya estoy pensando en que también debería comprar la botella de máscara de coco, pero me gusta mantenerlo en ascuas. Como él mismo

ha dicho, soy yo la que conduce este bus. Peter me abraza y se curva en torno a mí como si fuese su refugio. Dejo descansar la cabeza en su hombro, y los brazos en sus rodillas. Es agradable. Íntimo. Él y yo solos durante un rato, apartados del resto del mundo.

Seguimos ahí sentados cuando de repente me viene algo a la memoria, algo importante: la cápsula del tiempo. La abuela de John Ambrose McClaren se la regaló por su cumpleaños en séptimo. Él pidió un videojuego, pero lo que recibió fue la cápsula del tiempo. Dijo que iba a tirarla, pero luego pensó que alguna de las chicas podría

quererla. Yo dije que la quería y luego Genevieve dijo que también y, claro, Chris también se apuntó. Y entonces tuve la idea de enterrarla allí mismo, en el patio de los Pearce, bajo la casa del árbol. Me entusiasmé mucho y dije que todos debíamos meter algo que llevásemos encima en ese mismo momento y que volveríamos el día que nos graduásemos del instituto para abrirla y recordar.

—¿Te acuerdas de la cápsula del tiempo que enterramos? —le pregunto.

—¡Ah, sí! La de McClaren. ¡Desenterrémosla!

—No podemos abrirla sin los demás. ¿Te acuerdas de que íbamos a

abrirla después de la graduación? — Esto ocurrió cuando aún creía que seríamos amigos—. Tú, yo, John, Trevor, Chris, Allie.

No menciono el nombre de Genevieve.

Peter no parece darse cuenta.

—Muy bien, esperaremos. Lo que diga mi chica.

Querida Lara Jean:

Te la devolveré con una condición. Tienes que hacer el juramento solemne e inquebrantable de que me la devolverás cuando termines de leerla. Necesito una prueba física de que le gustaba a una chica en la escuela o, de lo contrario, ¿quién se lo iba a creer?

Y por cierto, el pastel de chocolate y mantequilla de cacahuete que preparaste es el mejor que me he comido en mi vida. Nunca he tenido otro igual, con mi nombre escrito en lacasitos. A veces todavía lo recuerdo. Un chico no se olvida de un pastel como ese.

Déjame que te pregunte una cosa: ¿cuántas cartas escribiste? Solo para saber lo especial que debería sentirme.

Querido John:

Por la presente, yo, Lara Jean, realizo un juramento solemne..., no, inquebrantable, por el que me comprometo a devolverte mi carta intacta y en perfecto estado. Y ahora ¡devuélvemela!

Además, eres un mentiroso. Sabes que le gustabas a un

montón de chicas en la escuela. En las fiestas de pijamas, las chicas iban en plan «¿Y tú de quién eres, de Peter o de John?». ¡No finjas que no lo sabías, Johnny!

Y respondiendo a tu pregunta, había cinco cartas. Cinco chicos importantes en la historia de mi vida. Aunque, ahora que lo escribo, cinco parecen demasiados dado que solo tengo dieciséis años. ¡Me



pregunto cuántos serán cuando tenga veinte! En la residencia de ancianos donde trabajo de voluntaria hay una señora que ha tenido muchos maridos y ha vivido muchas vidas. La miro y pienso: «Seguro que no se arrepiente de nada porque ha hecho y visto de todo».

¿Te conté que mi hermana mayor Margot está en Escocia, en Saint Andrew's?

Allí fue donde se conocieron el príncipe Guillermo y Kate Middleton. ¡Puede que también conozca a un príncipe, jajaja! ¿A qué universidad quieres ir? ¿Sabes lo que quieres estudiar? Yo creo que prefiero no salir del estado. Virginia tiene universidades públicas fantásticas y será mucho más barato, pero supongo que el argumento principal es que

estoy muy unida a mi familia y no quiero estar demasiado lejos de ella. Antes pensaba en ir a la Universidad de Virginia y vivir en casa, pero ahora pienso que la residencia de estudiantes es ideal para vivir una verdadera experiencia universitaria.

No te olvides de enviarme la carta,

Lara Jean

Papá está en el hospital, pero ha preparado una gran olla de gachas de avena, una cuba como las que se ven en los comedores populares. A estas alturas ya está gomosa y tengo que añadir media botella de sirope de arce y cerezas secas para que sea comestible, y ni por esas estoy segura de que me gusten las gachas. Preparo un bol para mí con nueces por encima y otro con miel para Kitty.

—Toma tus gachas —le digo desde la cocina. Kitty está pegada a la tele, por supuesto.

Nos sentamos en los taburetes de la encimera y nos comemos las gachas. Debo admitir que la manera en que se te

pegan a la boca, como si fuesen pegamento, resulta extrañamente satisfactoria.

Kitty hace chascar los dedos delante de mi cara.

—¡Hola! Te acabo de preguntar una cosa.

—¿Ha llegado ya el correo? —pregunto.

—Los sábados el cartero no viene hasta las doce —responde Kitty sin dejar de lamer la miel de su cuchara y observándome con atención—. ¿Por qué llevas toda la semana tan obsesionada con el correo?

—Estoy esperando una carta.

—¿De quién?

—De... nadie importante.

Error de principiante. Debí haberme inventado algún nombre porque Kitty entorna los ojos. Ahora sí que está interesada.

—Si no fuese de alguien importante, no estarías embobada mirando por la ventana. ¿De quién es?

—Ya que tanto te importa, en realidad es mía. Una de esas cartas de amor mías que *tú* enviaste. —Alargo la mano y le pellizco el brazo—. Me la van a devolver.

—Del chico con el nombre raro. Ambrose. ¿Qué tipo de nombre es Ambrose?

—¿Te acuerdas de él? Antes vivía en nuestra calle.

—Era muy rubio. Y tenía un monopatín. Una vez me lo prestó.

—Así era —respondo, y recuerdo. De entre todos los chicos, John era el más paciente con Kitty aunque era una pesada.

—Deja de sonreír. Ya tienes novio. No necesitas dos —ordena Kitty.

Me desaparece la sonrisa.

—Solo nos escribimos cartas, Kitty. Y no me enseñes los dientes. —Me inclino para pellizcarla otra vez, pero se aparta a tiempo—. ¿Qué piensas hacer hoy?

—La señora Rothschild dijo que nos llevaría a *Jamie* y a mí al parque para perros. Iré a verla para recordárselo —

dice Kitty, y deja su bol sucio en el fregadero.

—Últimamente pasas mucho tiempo con ella. —Kitty se encoge de hombros y añade—: No te pongas pesada, ¿vale? Tiene como cuarenta años, y a lo mejor quiere dedicar el sábado a otras cosas. Como visitar una bodega o un *spa*. No necesita que la persigas hablándole de salir con papá.

—A la señora Rothschild le encanta estar conmigo, así que guárdate tus opiniones para ti.

Arrugo las cejas.

—Tienes unos modales horribles, Kitty.

—La culpa es tuya, de Margot y de papá. Vosotros me criasteis así.



—Entonces, supongo que nada será nunca culpa tuya sino de la forma tan lamentable en que te criamos.

—Supongo que no.

Suelto un grito de frustración, y Kitty se marcha dando saltitos y tarareando para sí, más contenta que unas pascuas porque ha conseguido enojarme.

Querida Lara Jean:

Que quede claro, las chicas solo me prestaban atención porque era el mejor amigo de Peter. ¡Por eso Sabrina Fox me invitó a ser su pareja en el baile de gala de octavo! Hasta intentó sentarse al lado de Peter en el Red Lobster antes del baile. En cuanto a la universidad, mi padre fue a la Universidad de Carolina del Norte y me está presionando para que vaya. Dice que lo llevo en la sangre. Mi madre quiere que me quede en el estado. No se lo he dicho a nadie, pero me gustaría ir a Georgetown. Toca madera. Estoy

estudiando para la selectividad mientras hablamos.

Bueno..., aquí tienes tu carta. No olvides tu promesa. Me gusta esto de escribirnos, pero ¿me puedes dar tu número de teléfono? Eres bastante difícil de encontrar por internet.

Lo primero que pienso es que no ha visto el vídeo. ¡No puede haberlo visto! No, si dice que soy difícil de encontrar por internet. Supongo que en el fondo me preocupaba porque me siento aliviada ahora que estoy segura de que no lo ha visto. Es un consuelo saber que aún tiene cierto concepto de mí, igual que yo lo tengo de él. Y la verdad es que John Ambrose McClaren no es el tipo de chico que sigue a Anonybitch. No el John Ambrose McClaren que recuerdo.

Vuelvo a mirar la carta y ahí, al

final, está su número de teléfono.

Parpadeo. Las cartas eran inofensivas, pero si John y yo empezamos a hablar por teléfono, ¿será una especie de infidelidad? ¿Hay alguna diferencia entre enviar mensajes de texto y escribirse cartas? Uno es más inmediato. Pero el acto de escribir una carta, de escoger lápiz y papel, escribir la dirección en el sobre, encontrar el sello y sobre todo empezar a escribir... es mucho más deliberado. El calor me sube por las mejillas. Es más... romántico. Una carta es algo que se guarda.

Hablando del tema... Desdoblo el segundo folio. Está arrugado, un papel de carta que reconozco a la perfección.

Un grueso papel de color crema con las letras «LJSC» grabadas en azul marino en la parte de arriba. Un regalo de cumpleaños de mi padre dado lo mucho que me entusiasma cualquier cosa que lleve monogramas.

Querido John Ambrose McClaren:

Sé el día exacto en que todo comenzó. Otoño, en octavo. Nos pilló la lluvia cuando estábamos guardando los bates de softball después

de educación física. Nos pusimos a correr hacia el edificio y yo no podía correr tan rápido como tú, así que te detuviste y cogiste mi bolsa. Todavía recuerdo tu aspecto: tenías la camiseta pegada a la espalda, el pelo mojado como si acabases de salir de la ducha. Cuando empezó a llover a mares, gritaste de alegría y aullaste como un niño. Hubo un momento en

que me miraste, y tu sonrisa era tan amplia como tu cara. Dijiste: «¡Vamos, LJ!».

Fue entonces. Entonces lo supe, hasta la punta de mis zapatillas empapadas. Te quiero, John Ambrose McClaren. Te quiero de verdad. Podría haberte querido durante todo el instituto. Creo que tú también podrías haberme querido. ¡Ojalá no te mudaras! Qué

injusto es que la gente se mude. Los padres deciden una cosa y nadie más tiene derecho a dar su opinión. No es que yo merezca tener una opinión, no soy tu novia ni nada. Pero al menos tú mereces tenerla.

Esperaba poder llamarte Johnny algún día. Tu madre vino a buscarte un día, después de clase, y estábamos en la entrada. Y no viste su

coche, así que tocó la bocina y gritó: «¡Johnny!». Me encantó cómo sonaba. Johnny. Será seguro que tu novia te llama Johnny. Es muy afortunada. A lo mejor ya tienes novia. Si la tienes, recuerda esto: hubo una vez una chica en Virginia que te quiso.

Solo lo diré una vez, ya que nunca lo vas a oír. Adiós, Johnny.

Con amor,



# Lara Jean

Suelto un grito tan alto y penetrante que *Jamie* ladra alarmado.

—Perdona —musito, y me dejo caer sobre las almohadas.

No puedo creer que John Ambrose McClaren leyese esta carta. No la recordaba tan... desnuda. Tan... anhelante. Dios mío, ¿por qué tengo que ser el tipo de persona que anhela tanto? Es horrible. Perfectamente horrible. Nunca he estado desnuda delante de un chico, pero ahora me siento como si lo hubiese estado. No soporto mirarla, ni siquiera pensar en ella. Me levanto de la

cama de un salto, la meto en el sobre y la escondo debajo de la cama para que deje de existir. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Obviamente, John no recuperará su carta. De hecho, no sé si debería volver a escribirle. Las cosas parecen haberse... alterado, de alguna manera.

Me había olvidado de esa carta. De lo apasionado que era mi deseo. De lo segura que estaba, lo completamente segura que estaba de que estábamos destinados el uno para el otro. El recuerdo de esa creencia me sacude; me hace sentir inestable e insegura. A la deriva. Me pregunto qué tenía ese chico que me hacía sentir tan segura.

Curiosamente, no menciono a Peter

en la carta. En la carta digo que empezó a gustarme en otoño de octavo. Peter también me gustaba en octavo, así que sin duda se solaparon. ¿Cuándo empezó uno y acabó el otro?

La única persona que lo sabría es la única persona a la que nunca podría preguntar.

Es la que predijo que me gustaría John.

Ese verano, Genevieve durmió en mi casa casi todas las noches. Allie solo tenía permiso para quedarse a dormir en ocasiones especiales, así que normalmente estábamos las dos solas. Repasábamos lo que había pasado ese día con los chicos, hasta el último

detalle. «Esta será nuestra pandilla», me dijo una noche, casi sin mover los labios. Nos estábamos aplicando las mascarillas faciales coreanas que había enviado la abuela, las que parecen pasamontañas y rezuman «esencias» y vitaminas y cosas como de *spa*.

—Así es como será el instituto. Seremos Peter y yo, y McClaren y tú, y Chrissy y Allie pueden compartir a Trevor. Seremos las parejas más populares.

—Pero John y yo no nos gustamos —repliqué, con los dientes apretados para evitar que la máscara facial se moviera.

—Os gustaréis. —Lo dijo como si fuese un hecho prestablecido, y la creí.

Siempre la creía.

Pero nada de eso se hizo realidad.  
Excepto la parte de Gen y Peter.

Lucas y yo estamos sentados con las piernas cruzadas en el pasillo, compartiendo una barra de helado de fresa.

—Quédate en tu lado —me ordena cuando inclino la cabeza para tomar otro bocado.

—¡La he comprado yo! —le recuerdo—. Lucas..., ¿crees que escribirle cartas a alguien es una infidelidad? No lo pregunto por mí, es por una amiga.

—No —responde Lucas, y arquea ambas cejas—. Espera, ¿son cartas sexis?

—¡No!

—¿Son como la que me escribiste?

Un tímido «no» de mi parte. Me mira escéptico. No se traga lo que le estoy contando.

—Entonces, no pasa nada. Técnicamente, eres inocente. ¿A quién le estás escribiendo?

Titubeo.

—¿Te acuerdas de John Ambrose McClaren?

Pone los ojos en blanco.

—Claro que me acuerdo de John Ambrose McClaren. Estaba enamorado

de él en séptimo.

—¡Y yo en octavo!

—Obviamente. Como todos. En la escuela, o te gustaba John o te gustaba Peter. Eran las dos opciones principales. Como Betty y Veronica. Está claro que John es Betty y Peter es Veronica. ¿Te acuerdas de que John tenía ese tartamudeo tan adorable?

—¡Sí! Lamenté que lo perdiera. Era de lo más tierno. De lo más juvenil. ¿Y te acuerdas de que su pelo era del color de la mantequilla? Del color de la mantequilla recién hecha.

—A mí me parecía más del color de la seda del maíz a la luz de la luna, pero sí. ¿Cómo es ahora?

—No lo sé... Es raro, porque por un



lado está el chico que recuerdo de la escuela, y eso es solo un recuerdo, y por otro está el chico de ahora.

—¿Habíais salido?

—¡No! Nunca.

—Seguro que por eso sientes curiosidad por él.

—No he dicho que tuviese curiosidad.

Lucas me mira con gesto incrédulo.

—Básicamente lo has dicho. No te culpo. Yo también tendría curiosidad.

—Es divertido pensar en ello.

—Tienes suerte.

—¿Por qué?

—Tienes suerte de tener... opciones. A ver, no estoy oficialmente

«fuera», pero, aunque lo estuviera, hay como dos chicos gais en el instituto. Mark Weinberger, que es un cara cráter, y Leon Butler.

Lucas se estremece.

—¿Qué le pasa a Leon?

—No seas condescendiente. Ojalá nuestro instituto fuese más grande. Aquí no hay nadie para mí.

Lucas tiene la mirada perdida. A veces, lo veo y olvido durante un momento que es gay, y deseo que vuelva a gustarme.

Le toco la mano.

—Algún día estarás ahí fuera, en el mundo, y tendrás tantas opciones que no sabrás qué hacer. Todo el mundo se enamorará de ti porque eres guapo y

encantador, y recordarás el instituto y no será más que un parpadeo.

Lucas sonríe y su mal humor se evapora.

—Pero no me olvidaré de ti.

—Los Pearce han vendido su casa por fin —comenta papá mientras amontona más espinacas en el plato de Kitty—. Dentro de un mes tendremos vecinos nuevos.

Kitty se espabila.

—¿Tienen hijos?

—Donnie dice que están jubilados.

Kitty hace como que le dan arcadas.

—Viejos. ¡Qué rollo! ¿Al menos tienen nietos?

—No lo ha mencionado, pero no lo

creo. Seguramente derribarán la vieja casa del árbol.

Me paro a medio bocado.

—¿Van a derribar nuestra casa del árbol?

Papá asiente.

—Creo que van a instalar una glorieta.

—¡Una glorieta! Con lo bien que lo pasábamos ahí arriba. Genevieve y yo jugábamos a Rapunzel durante horas. Ella siempre hacía de Rapunzel, y yo tenía que quedarme abajo y gritar «Rapunzel, Rapunzel, échame el pelo» —digo, con mi mejor acento británico.

—¿Qué acento es ese? —me pregunta Kitty.

—*Cockney*, creo. ¿Por qué? ¿No

está bien?

—La verdad es que no.

—¿Cuándo la van a derribar? —le pregunto a papá.

—No estoy seguro. Supongo que antes de mudarse, pero nunca se sabe.

En una ocasión miré por la ventana y vi que John McClaren estaba solo en la casa del árbol. Estaba sentado leyendo. Así que salí con un par de refrescos y un libro, y nos pasamos toda la tarde leyendo. Peter y Trevor Pike aparecieron unas horas después y dejamos los libros y jugamos a las cartas. En ese momento estaba en el apogeo de mi amor por Peter, así que no fue romántico en lo más mínimo, de eso

estoy segura. Lo que sí recuerdo es sentir que nos habían interrumpido una tarde tranquila, que habría preferido seguir leyendo sumida en un silencio acogedor.

—Enterramos una cápsula del tiempo debajo de la casa del árbol —le explico a Kitty mientras extiendo la pasta de dientes sobre mi cepillo—. Genevieve, Peter, Chris, Allie, Trevor, John Ambrose McClaren y yo. Íbamos a desenterrarla cuando nos graduásemos del instituto.

—Deberías celebrar una fiesta para desenterrarla antes de que la derriben —dice Kitty desde el váter. Ella está

haciendo pis y yo me cepillo los dientes —. Podrías enviar invitaciones. Tal vez sea divertido, como una ceremonia para desvelarla.

Escupo pasta de dientes.

—Sí, en teoría. Pero Allie se mudó, y Genevieve es...

—Una porra con z —sugiere.

Se me escapa la risa.

—Decididamente, una porra con z.

—Da miedo. ¡Una vez, cuando yo era pequeña, me encerró en el armario de las toallas! —Kitty tira de la cadena y se levanta—. Puedes celebrar la fiesta de todos modos, pero no invites a Genevieve. Tampoco tiene sentido invitar a la exnovia de tu novio a una



fiesta para desenterrar una cápsula del tiempo.

¡Como si se siguiera algún tipo de protocolo para ese tipo de fiestas!

—Te saqué del armario enseguida —le recuerdo mientras guardo mi cepillo de dientes—. Lávate las manos.

—Iba a hacerlo.

—Y cepíllate los dientes.

Antes de que Kitty pueda abrir la boca, añado:

—No digas que ibas a hacerlo porque sabes que no es verdad.

Kitty es capaz de hacer cualquier cosa con tal de no tener que cepillarse los dientes.

No podemos permitir que la casa del árbol desaparezca sin una despedida en condiciones. No sería correcto. Siempre dijimos que regresaríamos. Celebraré una fiesta y será temática. Genevieve se burlaría de ello diciendo que es infantil, pero no pienso invitarla, así que ¿a quién le importa su opinión? Estaremos Peter, Chris, Trevor y... John. Tendré que invitar a John. Como amigos, solo amigos.

¿Qué comimos ese verano? Gusanitos. Sándwiches de helado medio fundidos: la galleta de chocolate se nos pegaba a los dedos. El ponche hawaiano tibio fluía a discreción. Los zumos Capri Sun cuando los conseguíamos. John

siempre tenía un sándwich doble de mantequilla de cacahuete y mermelada que su madre le guardaba en una bolsa de plástico. Me aseguraré de servir todos esos tentempiés en la fiesta.

¿Qué más? Trevor tenía unos altavoces portátiles que siempre llevaba a todas partes. A su padre le gustaba el *rock* sureño, y ese verano Trevor hizo sonar *Sweet Home Alabama* tantas veces que Peter tiró sus altavoces de la casa del árbol y Trevor se pasó unos cuantos días sin dirigirle la palabra. Trevor Pike tenía un cabello castaño que se rizaba cuando se mojaba, y estaba rechoncho (en las mejillas y el abdomen), como es típico de los preadolescentes hasta que experimentan su primer estirón y todo se

pone en su sitio. Siempre tenía hambre y rebuscaba en los armarios de los demás. Iba a hacer pis y regresaba con un plátano o con unas galletas saladas, lo que pudiese conseguir. Trevor era el tercero de Peter. Estaban John y Peter, y luego Trevor. Ahora ya no se ven mucho. Trevor sale más con los chicos de atletismo. No compartimos ninguna clase, pues yo estoy en todas las clases avanzadas y a Trevor nunca le han interesado mucho los estudios. Aunque era un tipo divertido.

Me acuerdo del día en que Genevieve apareció en mi casa llorando, diciendo que se iba a mudar. No muy lejos, seguiría yendo a la

escuela con nosotros, pero ya no podría ir a vernos ni en bici ni caminando. Peter estaba triste y la consoló y la abrazó. Recuerdo que pensé lo adultos que parecían en aquel momento, como verdaderos adolescentes enamorados. Y entonces Gen y Chris se pelearon. Fue una pelea peor de lo habitual. Ni siquiera recuerdo la razón. Creo que tenía algo que ver con sus padres. Cuando sus padres se enfadaban, la disputa llegaba hasta ellas como la basura que flota por un río.

Gen se mudó y seguimos siendo amigas y, entonces, más o menos cuando el baile de octavo, me dejó tirada. Supongo que ya no había espacio en su vida para mí. Creía que siempre

conocería a Genevieve. Una de esas personas importantes de tu vida a las que siempre conoces, pase lo que pase. Pero no es así. Aquí estamos, tres años después, y somos peor que desconocidas. Sé que grabó ese vídeo; sé que se lo envió a Anonybitch. ¿Cómo podría perdonárselo?

Josh tiene una nueva novia: Liza Booker, una chica de su club de lectura de cómics. Tiene el pelo castaño encrespado, ojos bonitos, tetas grandes y ortodoncia. Va al último curso, como Josh, y es lista, como Josh. No me puedo creer que esté con una chica que no sea Margot. Al lado de mi hermana, los ojos bonitos y las tetas grandes de Liza Booker no son nada.

Había visto varias veces un coche que no reconocía en la entrada de la

casa de Josh, y hoy, cuando recogía el correo, ella y Josh han salido, él la ha acompañado a su coche y la ha besado. Como besaba a Margot.

Espero hasta que se aleja en el coche y él está a punto de entrar a su casa. Y entonces lo llamo.

—Así que Liza y tú estáis juntos, ¿eh?

Se da la vuelta y, por lo menos, parece avergonzado.

—Nos estamos viendo. No es nada serio, pero me gusta.

Josh se acerca un poco, y ya no estamos tan alejados.

No puedo resistir decir:

—Sobre gustos no hay nada escrito. Pero ¿la escogerías a ella antes que a



Margot?

Suelto una risa malhumorada que me sorprende incluso a mí, porque Josh y yo estamos bien, no como antes, pero bien. Es un comentario cruel. Pero no lo digo para ser cruel con Liza Booker, a la que ni conozco. Lo digo por mi hermana. Por lo que Josh y ella han sido el uno para el otro.

—No la he escogido por delante de Margot, y lo sabes. Liza y yo apenas nos conocíamos en enero —susurra Josh.

—Muy bien. Entonces, ¿por qué no Margot?

—No iba a funcionar. Me sigue importando. La querré siempre. Pero tenía razón cuando rompió conmigo

antes de irse. Habría sido peor si hubiésemos seguido.

—¿No habría valido la pena averiguarlo y asegurarse?

—Habría acabado igual aunque no se hubiese ido a Escocia.

Su expresión es terca, y la barbilla hundida se mantiene firme. Sé que no piensa decir nada más: no es asunto mío. Es suyo y de Margot, y quizá ni siquiera él lo sabe a ciencia cierta.

Chris aparece en mi casa con el pelo *ombré* de color lavanda. Se quita la capucha de la chaqueta y me pregunta:

—¿Qué te parece?

—Es bonito —respondo.

—Como un huevo de Pascua —dice Kitty por lo bajo.

—Lo he hecho más que nada para cabrear a mi madre.

Su voz revela una diminuta gota de incertidumbre que se esfuerza por ocultar.

—Te hace parecer sofisticada —le digo. Alargo la mano y le toco las puntas, y su pelo tiene un tacto sintético, como el del pelo recién lavado de una Barbie.

—Como una abuela —musita Kitty, y le dirijo una mirada reprobatoria.

—¿Es una mierda? —pregunta Chris, mientras se mordisquea el labio nerviosa.

—¡No digas palabrotas delante de mi hermana! ¡Tiene diez años!

—Perdón. ¿Es una caca?

—Sí —admite Kitty. Gracias a Dios de que exista Kitty: siempre puedes contar con ella para soltar las verdades incómodas—. ¿Por qué no has ido a la

peluquería para que te lo hagan?

Chris se pasa las dedos por el pelo.

—Lo hice. Mie... Quiero decir, caca. Quizá sea mejor que me corte la parte de abajo.

—Siempre he pensado que te sentaría bien el pelo corto. Pero, para serte sincera, no creo que el lavanda te siente mal. En realidad es bonito. Como el interior de una caracola.

Si tuviese tantas agallas como Chris, me cortaría el pelo a lo Audrey Hepburn en *Sabrina*. Pero no soy tan valiente, y además estoy segura de que enseguida echaría de menos las colas de caballo, las trenzas y los rizos.

—Vale. Lo conservaré una temporada.

—Hazte un tratamiento acondicionador a fondo a ver si ayuda —sugiere Kitty, y Chris le lanza una mirada asesina.

—Tengo una máscara de pelo coreana que me regaló mi abuela —digo, mientras la rodeo con el brazo.

Subimos las escaleras, y Chris entra en mi habitación mientras yo busco la máscara en el baño. Cuando regreso con el bote, Chris está sentada con las piernas cruzadas en el suelo hurgando en mi sombrerera.

—¡Chris! ¡Eso es privado!

—¡Estaba abierta! —Levanta el poema que Peter me escribió—. ¿Qué es esto?

—Es el poema que me escribió Peter por San Valentín —respondo, con orgullo.

—¿Dice que lo escribió? Es un mentiroso. Es de un poema de Edgar Allan Poe.

—No, lo escribió Peter.

—¡Es de un poema que se titula «Annabel Lee»! Lo estudiamos en clase de repaso de literatura. Me acuerdo porque fuimos al museo de Edgar Allan Poe y después fuimos en un barco que se llamaba *Annabel Lee*. ¡El poema estaba enmarcado en la pared!

No me lo puedo creer.

—Pero... dijo que lo había escrito para mí.

—Típico de Kavinsky —se carcajea Chris.

Cuando se da cuenta de que no estoy riendo con ella, dice:

—Pero no importa. La intención es lo que cuenta, ¿no?

—Pero no fue idea suya.

Con lo feliz que me puse al recibir el poema. Nadie me había escrito un poema de amor, y ahora resulta que es un plagio. Una copia.

—No te enfades. ¡A mí me parece gracioso! Está claro que intentaba impresionarte.

Debí haberlo supuesto. Casi nunca lee en su tiempo libre, por no hablar de escribir poesía.



—Bueno, al menos el collar es de verdad —digo.

—¿Estás segura?

Le lanzo una mirada furiosa.

Esa noche, cuando Peter y yo hablamos por teléfono, estoy decidida a hablarle de lo del poema o, al menos, de burlarme un poco de él. Pero entonces empezamos a hablar de su partido del viernes en otro instituto.

—Vas a ir, ¿no?

—Quiero ir, pero le prometí a Stormy que le teñiría el pelo el viernes por la noche.

—¿No puedes hacerlo el sábado?

—No puedo, porque la fiesta de la cápsula del tiempo es el sábado y tiene una cita esa noche. Por eso necesita arreglarse el pelo el viernes.

Suena a excusa barata, lo sé. Pero se lo prometí. Y además... No podría ir en el autobús con Peter, y no me siento cómoda conduciendo tres cuartos de hora hasta un instituto al que nunca he ido. Tampoco necesita que vaya. No como Stormy.

Peter se mantiene en silencio.

—Iré al siguiente, te lo prometo.

—La novia de Gabe va a todos los partidos y se pinta su número en la cara. ¡Y ni siquiera está en nuestro instituto!  
—explota Peter.

—¡Solo ha habido dos partidos, y he ido a los dos!

Ahora me he enfadado. Sé que el *lacrosse* es importante para él, pero mi compromiso con Belleview no es menos importante.

—¿Y sabes qué? Sé que no me escribiste el poema de San Valentín. ¡Lo copiaste de Edgar Allan Poe!

—Nunca dije que lo hubiese escrito —objeta.

—Sí que lo hiciste. Te comportaste como si lo hubieras escrito.

—No iba a hacerlo, ¡pero se te veía tan feliz...! ¡Discúlpame por intentar hacerte feliz!

—¿Sabes qué? Iba a prepararte

galletas de limón para el día del partido, pero ahora no estoy segura.

—Pues vale, entonces yo no sé si podré ir a la fiesta de la casa del árbol del sábado. A lo mejor estoy demasiado cansado después del partido.

Suelto un grito ahogado.

—¡Más te vale venir!

La fiesta ya es pequeña de por sí, y Chris no es una persona muy de fiar. No podemos ser solo Trevor, John y yo. Tres personas no constituyen una fiesta.

Peter suelta un gruñido.

—Bueno, entonces mejor será que encuentre galletas de limón en mi taquilla el día del partido.

—Vale.

—Vale.

El viernes le llevo galletas de limón y me escribo su número en la mejilla y Peter está encantado. Me agarra y me levanta y tiene una sonrisa enorme. Hace que me sienta culpable de no haberlo hecho antes. ¡Qué poco esfuerzo requiere hacerle feliz! Ahora comprendo que lo que mantiene una relación son las pequeñas cosas, los pequeños esfuerzos. Y ahora sé también que, hasta cierto punto, tengo el poder de lastimarlo y el poder de hacer que se sienta mejor. Es un descubrimiento que me deja con un extraño sentimiento de inquietud en el pecho, por razones que no sabría

explicar.

Me preocupaba que hiciese demasiado frío como para quedarnos mucho rato en la casa del árbol, pero el tiempo es sorprendentemente cálido para esta época, hasta el punto de que papá se lanza a uno de sus discursos sobre el cambio climático. Esto hace que Kitty y yo desconectemos por completo.

Después de su discurso, saco una pala del garaje y empiezo a cavar debajo del árbol. La tierra está dura y

tardo un rato en coger un buen ritmo, pero finalmente golpeo el metal a medio metro de profundidad. La cápsula del tiempo es del tamaño de una neverita y parece un termo de café futurista. El metal se ha deteriorado a causa de la lluvia, la nieve y la tierra, pero no tanto como era de esperar si se tiene en cuenta que han pasado casi cuatro años. La llevo a casa y la lavo en el fregadero hasta que el metal vuelve a relucir.

A mediodía, cargo un carrito de la compra con sándwiches de helado, ponche hawaiano y gusanitos, y lo subo todo a la casa del árbol. Estoy cruzando de mi patio al de los Pearce, haciendo malabarismos con la bolsa, los altavoces portátiles y mi teléfono



cuando veo a John Ambrose McClaren de pie delante de la casa del árbol mirándola de brazos cruzados. Reconocería su cabeza rubia en cualquier parte.

Me quedo helada, y de repente me siento nerviosa e insegura. Pensaba que Peter o Chris estarían aquí cuando llegase y que limarían cualquier aspereza. Pero no ha habido suerte.

Lo dejo todo en el suelo y avanzo un paso para darle un toque en el hombro, pero se da la vuelta antes de que pueda hacerlo. Retrocedo un paso.

—¡Eh! ¡Hola! —digo.

—¡Hola! ¿Eres tú de verdad? —Y me mira de arriba abajo.

—Soy yo.

—¿Mi amiga por correspondencia, la escurridiza Lara Jean Covey que aparece por las Naciones Unidas en miniatura y se escapa sin decir ni hola?

Me muerdo la mejilla.

—Estoy bastante segura de que dije hola.

—No, estoy bastante seguro de que no lo hiciste —replica en tono de broma.

Tiene razón: no lo hice. Estaba demasiado azorada. Más o menos como ahora. Debe de ser por la distancia que media entre conocer a alguien cuando eras pequeña y verlo ahora cuando los dos habéis crecido, pero no del todo, y

median todos estos años y cartas entre vosotros y no sabes cómo comportarte.

—Bueno... estás... más alto.

No solo está más alto. Ahora que me puedo tomar un tiempo para mirarlo, me doy cuenta de más cosas. Con su cabello dorado, piel clara y mejillas sonrojadas podría ser el hijo de un granjero inglés. Pero está delgado, así que quizá sería el hijo sensible del granjero que se esconde en el granero para leer. La idea me hace sonreír, y John me ofrece una sonrisa llena de curiosidad, pero no pregunta por qué.

—Tú estás... exactamente igual — dice mientras asiente.

Vaya. ¿Eso es bueno o malo?

—¿Ah, sí? Creo que he crecido al

menos tres centímetros desde octavo — digo, y me pongo de puntillas. Y mis tetas también son un poco más grandes. No mucho. Y tampoco es que quiera que John se fije.

—No, estás... justo como te recordaba.

John Ambrose extiende el brazo y me da la impresión de que está intentando abrazarme, pero solo intenta cogermela bolsa y se sucede un breve, aunque extraño baile que me mortifica, pero en el que John no parece reparar.

—Bueno, gracias por invitarme.

—Gracias por venir.

—¿Quieres que te suba esto?

—Sí.

John coge la bolsa y mira dentro.

—Vaya, ¡nuestras antiguas chucherías! ¿Por qué no subes primero y te lo voy pasando?

Y eso es lo que hago. Subo por la escalera y él sube detrás. Estoy agachada, con los brazos extendidos, esperando que me pase la bolsa.

Cuando llega a la mitad de la escalera, se detiene, me mira y dice:

—Sigues recogíéndote el pelo con esas trenzas tan refinadas.

Me toco la trenza. Con la de cosas que podría recordar de mí. Por aquel entonces era Margot la que me trenzaba el pelo:

—¿Te parece refinada?

—Sí, como... el pan caro.

Suelto una carcajada.

—¡Pan! —Sí. O... Rapunzel.

Me tumbo bocabajo, saco la cabeza y finjo que le echo el pelo para que trepe por él. John sube hasta arriba, me pasa la bolsa y entonces sonrío y me tira con suavidad de la trenza. Sigo tumbada, pero siento una carga eléctrica, como si me hubiese pasado electricidad. De repente siento inquietud ante los mundos que pueden colisionar, el pasado y el presente, un amigo por correspondencia y un novio, todos en esta casa del árbol. Seguramente tendría que habérmelo pensado un poco mejor. Pero estaba emperrada en la cápsula del tiempo, la

comida y mi idea: unos viejos amigos que vuelven a reunirse para hacer lo que dijeron que iban a hacer. Y aquí estamos.

—¿Todo bien? —pregunta John, mientras me ofrece la mano para levantarme.

No se la acepto: no quiero otra descarga.

—Todo genial —respondo con alegría.

—Eh, no me devolviste la carta. Rompiste un juramento irrompible —dice John.

Suelto una risita incómoda. Tenía la esperanza de que no lo mencionara.

—Me daba mucha vergüenza. Las cosas que escribí. No soportaba la idea

de que lo viese otra persona.

—Pero yo ya lo he visto —me recuerda.

Por suerte, Chris y Trevor Pike aparecen e interrumpen la conversación sobre la carta. Atacan la comida de inmediato. Mientras tanto, Peter llega tarde. Le envió un mensaje severo:

Más te vale estar de camino.

Y luego:

No respondas si estás conduciendo. Es peligroso.

Justo cuando le estoy escribiendo



otro mensaje, la cabeza de Peter aparece por la puerta y entra en la casa. Estoy a punto de darle un abrazo, pero justo detrás de él aparece Genevieve. Me quedo de piedra.

Paseo la mirada del uno al otro. Genevieve me pasa de largo y envuelve a John en un abrazo.

—¡Johnny! —chilla, y John ríe. Siento una punzada afilada de envidia en el estómago. ¿Cómo consigue cautivar a todo el mundo?

Mientras abraza a John, Peter me mira con ojos suplicantes. Articula en silencio las palabras «No te enfades», y junta las manos en plegaria. Le respondo «¿Qué narices», y él hace una mueca. Nunca dije explícitamente que no

estuviera invitada, pero creo que quedaba bastante claro. Y luego pienso: «Espera un momento». Han venido juntos. Estaba con ella y no me dijo ni una palabra, y entonces la trajo aquí, aquí, a mi casa. En concreto, a la casa del árbol de mi vecino. Esta chica que me ha hecho daño, que nos ha hecho daño a los dos.

Peter y John se están abrazando, chocándose las manos y dándose palmadas en la espalda, como viejos camaradas de guerra, como compañeros de armas que no se han visto en años.

—Demasiado tiempo sin vernos, tío —dice Peter.

Gen ya se está bajando la cremallera

de su bomber blanca y poniéndose cómoda. La pequeña ventana de oportunidad que habría podido aprovechar para echarla a ella y a Peter de la casa del árbol de mi vecino ha desaparecido.

—Hola, Chrissy —dice con una sonrisa mientras se acomoda en el suelo—. Bonito pelo.

Chris le lanza una mirada asesina.

—¿Qué haces tú aquí? —Quiero a Chris por decirlo. La quiero.

—Peter y yo estábamos juntos y me dijo lo que ibais a hacer hoy. Supongo que el cartero extravió mi invitación —me dice, y se quita la chaqueta.

No respondo. Porque... ¿qué puedo decir delante de toda esta gente? Me

abrazo las rodillas al pecho. Ahora que estoy sentada a su lado, me doy cuenta de lo pequeña que se ha hecho la casa del árbol. Casi no hay espacio para todos los brazos y las piernas, y los chicos son muy grandes ahora. Antes, los chicos y las chicas medíamos más o menos lo mismo.

—Dios, ¿este sitio siempre ha sido siempre tan pequeño? —comenta Genevieve a nadie en particular—. ¿O es que nosotros hemos crecido mucho? Excepto tú, Lara Jean. Tú sigues siendo pequeñita, de bolsillo.

Lo dice con dulzura. Dulce como la leche condensada y edulcorada. Dulce y condescendiente. Súper espesa.

Le sigo el juego: sonrío. No permitiré que me provoque.

John pone los ojos en blanco.

—La misma Gen de siempre.

Lo dice con sequedad, con cariño cansado, y ella le lanza su adorable sonrisa con la nariz arrugada como si le hubiese hecho un cumplido. Pero entonces John me mira y alza una ceja con gesto sardónico y me siento mucho mejor, así de fácil. En cierto modo, su presencia aquí completa el círculo. Que se lleve lo que sea que le pertenezca de la cápsula del tiempo, y nuestra historia se habrá acabado.

—Trev, pásame un sándwich de helado —ruega Peter, y se hace un hueco

entre Genevieve y yo. Estira las piernas hacia el centro del círculo, y todo el mundo se recoloca para dejar espacio para sus largas piernas.

Se las aparto para poder colocar la cápsula del tiempo en el centro.

—Aquí está. Nuestros tesoros de séptimo.

Intento sacar la tapa de aluminio con una floritura, pero está clavada. Me esfuerzo por sacarla utilizando las uñas. Miro a Peter y está devorando el helado, completamente ajeno a todo, así que es John quien se levanta y me ayuda a desenroscarla. Huele a jabón de pino. Añado esto a la lista de cosas nuevas que he descubierto sobre él.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? ¿Lo

vertemos todo? —me pregunta Peter con la boca llena de helado.

He meditado al respecto.

—Creo que deberíamos ir sacando las cosas por turnos. Hagamos que dure, como cuando se abren los regalos en Navidad.

Genevieve se inclina hacia delante, impaciente. Sin mirar, meto la mano en el cilindro y saco lo primero que toco con los dedos. Es curioso: había olvidado lo que metí dentro, pero al instante sé lo que es. No tengo ni que mirar. Es una pulsera de la amistad que me tejió Genevieve en quinto, cuando nos obsesionaba tejer. Blanca, rosa y azul claro. Yo también le hice una. Lila

y amarilla. Seguramente ni se acuerda. La miro, y tiene el rostro inexpresivo. Ningún gesto de reconocimiento.

—¿Qué es? —pregunta Trevor.

—Es mía. Es una pulsera que llevaba.

Peter me da un toque en el pie con el suyo.

—¿Ese trozo de hilo era tu mayor tesoro? —bromea.

John me está observando.

—Lo llevabas siempre —dice, y me enternece que aún se acuerde.

Una vez te lo pones, se supone que no debes quitártelo, pero lo sacrifiqué en la cápsula del tiempo porque la quería mucho. A lo mejor esta es la razón de que mi amistad con Gen se



fuese al garete. La maldición de la pulsera de la amistad.

—Te toca —le digo a John.

Mete la mano en la caja y saca una pelota de béisbol.

—Es mía —exclama Peter—. De cuando hice un *home run* en el Claremont Park.

John le lanza la pelota y Peter la atrapa. La examina, y dice:

—¿Ves? ¡La firmé y escribí la fecha!

—Me acuerdo de ese día —dice Genevieve, ladeando la cabeza—. Viniste corriendo del campo y me besaste delante de tu madre. ¿Te acuerdas?

—Eh... No —balbucea Peter. Está

mirando fijamente la pelota, dándole vueltas en la mano como si le fascinase. No me lo puedo creer. De verdad que no.

—Incómodo —dice Trevor, sofocando su risa.

En voz baja, como si no hubiese nadie más, Gen le dice:

—¿Puedo quedármela?

A Peter se le están poniendo rojas las orejas. Me mira, alarmado.

—Covey, ¿la quieres?

—No —digo, y mantengo la cabeza apartada de ambos. Cojo la bolsa de gusanitos y me meto un puñado en la boca. Estoy tan enfadada que lo único que puedo hacer es comer gusanitos, o de lo contrario empezaré a chillarle.

—Vale. Entonces, me la quedará. —

Peter se guarda la pelota en el bolsillo del abrigo—. A lo mejor Owen la quiere. Lo siento, Gen.

Levanta la cápsula del tiempo y empieza a hurgar dentro. Saca una vieja gorra raída. De los Orioles.

—McClaren, mira lo que tengo — dice en tono agudo.

Una sonrisa se extiende por el rostro de John como un lento amanecer. La coge y se la pone en la cabeza, ajustando el cierre.

—Esta era de verdad tu posesión más preciada —observo. La llevó hasta bien entrado el otoño. Le pedí a mi padre que me comprara una camiseta de

los Orioles porque pensé que así impresionaría a John McClaren. Me la puse dos veces, pero no creo que se diese cuenta. Mi sonrisa desaparece cuando veo que Genevieve me observa. Nuestras miradas se cruzan. Su mirada es deliberada, como si supiese algo, y me hace sentir inquieta. Aparta la vista. Ahora es ella la que sonrío para sí.

—Los Orioles son un asco —dice Peter, y se apoya en la pared. Coge la caja de sándwiches de helado y saca uno.

—Pásame uno —le ruega Trevor.

—Lo siento, es el último —responde Peter, y le da un mordisco.

John me mira y guiña un ojo.

—El mismo Kavinsky de siempre —

dice, y río. Sé que está pensando en nuestras cartas.

Peter le sonrío.

—Eh, ya no tartamudeas.

Me quedo helada. ¿Cómo puede sacar el tema tan a la ligera? En el colegio no mencionábamos nunca el tartamudeo de John. Le daba mucho vergüenza. Pero ahora John se limita a sonreír, se encoge de hombros y dice:

—Le pasaré el cumplido a mi logopeda de octavo, Elaine.

¡Es tan seguro de sí mismo!

Peter parpadea. Se nota que lo ha pillado desprevenido. No conoce a este John McClaren. Antes Peter era el que mandaba, no John. Seguía los pasos de

Peter. Quizá Peter sea el mismo, pero John ha cambiado. Ahora es Peter quien no se siente tan seguro.

Es el turno de Chris. Saca un anillo con una diminuta perla en el centro. El regalo de confirmación de Allie de su tía. Adoraba ese anillo, tendré que mandárselo. Trevor saca su propio tesoro, un cromo de béisbol autografiado.

Genevieve saca el de Chris, un sobre con un billete de veinte.

—¡Sí! Era una mini genio —exclama Chris, y nos chocamos de manos.

—¿Y el tuyo, Gen? —pregunta Trevor.

—Supongo que no metí nada en la cápsula —responde con un encogimiento

de hombros.

—Claro que sí —replico, y me limpio el polvo de los gusanitos de los dedos—. Ese día estuviste con nosotros.

Recuerdo que dudaba entre meter una foto suya con Peter o la rosa que le regaló por su cumpleaños. No me acuerdo de por cuál se decidió.

—Bueno, no hay nada, así que supongo que no lo hice. Da igual.

—Miro dentro de la cápsula para asegurarme. Está vacía.

—¿Os acordáis de cuando jugábamos a Asesinos? —pregunta Trevor, bebiéndose las últimas gotas de

zumo de su Capri Sun.

¡Oh, me encantaba ese juego! Se parecía al pilla pilla: cada uno sacaba un nombre de un sombrero y tenías que pillar a esa persona. Cuando la atrapabas, tenías que pillar al que le hubiera tocado. Implicaba ir mucho a hurtadillas y esconderse. Una partida podía durar varios días.

—Yo era la Viuda Negra —dice Genevieve, contoneando los hombros delante de Peter—. Ganaba más que nadie.

—Venga ya. Yo ganaba muchas veces —resopla Peter.

—Y yo —dice Chris.

Trevor me señala.

—Mini J era la peor. Creo que no



ganaste ni una vez.

Hago una mueca. *Mini J.* Me había olvidado de que me llamaba así.

Y tiene razón: no gané nunca. Ni una sola vez. La única ocasión en que estuve a punto, Chris me pilló en un encuentro de natación de Kitty. Pensaba que estaba a salvo porque era tarde. Estaba tan cerca de la victoria que casi podía saborearla.

Chris me mira, y sé que ella también se acuerda. Me guiña el ojo y yo le lanzo una mirada malhumorada.

—A Lara Jean le falta el instinto asesino —dice Genevieve, sin dejar de mirarse las uñas.

—No todas podemos ser viudas

negras —respondo.

—Cierto —replica, y aprieto los dientes.

John le dice a Peter:

—¿Te acuerdas de cuando tenía que pillarte y me escondí detrás del coche de tu padre antes de clase, pero quien salió no fuiste tú sino tu padre? Lo asusté y los dos nos pusimos a chillar.

—Y después tuvimos que dejarlo porque Trevor fue a la tienda de mi madre con su careta de esquí —se carcajea Peter.

Todos ríen, menos yo. El comentario de Genevieve sobre el «instinto asesino» aún me escuece.

Trevor ríe tanto que no puede ni hablar.

—¡Estuvo a punto de llamar a la policía! —consigue balbucear.

Peter me da un toque en el pie con la punta de su zapatilla.

—Deberíamos volver a jugar.

Está intentando caerme en gracia otra vez, pero no estoy preparada para permitirselo, así que me encojo de hombros con frialdad. Ojalá no estuviese enfadada con él porque me encantaría volver a jugar. Quiero demostrar que también tengo instinto asesino, que no soy una perdedora.

—Deberíamos hacerlo. Por los viejos tiempos —dice John, llamándome la atención—. Una última oportunidad, Lara Jean.

Sonrío.

Chris arquea una ceja.

—¿El ganador qué saca?

—Bueno... Nada. Sería por diversión —digo, y Trevor hace una mueca.

—Tendría que haber un premio. De lo contrario ¿qué sentido tiene? —comenta Genevieve.

Intento pensar deprisa. ¿Qué sería un buen premio?

—¿Entradas para el cine? ¿Un pastel a elección del ganador? —sugiero.

—Podríamos poner veinte cada uno —ofrece John. Le lanzo una mirada agradecida y me sonrío.

—El dinero es aburrido —opina

Genevieve, y se estira como un gato.

Pongo los ojos en blanco. ¿Quién le ha pedido la opinión? No le pedí que viniese.

—¿Y si el ganador se lleva un desayuno en la cama todos los días durante una semana? Podrían ser tortitas el lunes, tortilla el martes, gofres el miércoles, y cosas así. Somos seis, así que...

—Yo no desayuno —objeta Genevieve, con un estremecimiento.

Todos gruñimos.

—¿Por qué no sugieres algo en vez de echar por tierra las ideas de los demás? —le reprocha Peter, y escondo la cara detrás de mi trenza para que no me vean sonreír.

—Vale.

Genevieve se pasa un rato pensando, y una sonrisa se le extiende por la cara. Es su cara de Gran Idea, y me pone nerviosa. Lenta y deliberadamente, dice:

—El ganador obtiene un deseo.

—¿De quién? ¿De todos? —pregunta Trevor.

—De cualquiera de los que están jugando.

—Espera un momento, ¿a qué estamos accediendo? —interviene Peter.

Genevieve parece muy satisfecha consigo misma.

—Un deseo y tienes que concederlo. Parece una reina malvada.

A Chris le brillan los ojos cuando

dice:

—¿Cualquier cosa?

—Dentro de lo razonable —me apresuro a responder. Esto no se parece en nada a lo que tenía pensado, pero al menos están dispuestos a jugar.

—Eso es subjetivo —señala John.

—Básicamente, Gen no puede obligar a Peter a acostarse con ella una última vez. Es lo que todos estábamos pensando, ¿verdad? —dice Chris.

Me pongo rígida. Eso no es ni por asomo lo que estaba pensando. Pero ahora sí.

Trevor se desternilla y Peter le da un empujón. Genevieve sacude la cabeza.

—Eres asquerosa, Chrissy.

—¡Solo he dicho lo que estaba

pensando todo el mundo!

A estas alturas ya no estoy ni escuchando. En lo único que puedo pensar es en que quiero jugar a este juego, y quiero ganar. Por una vez, quiero ganar a Genevieve en algo.

Solo tengo un boli pero no hay papel, así que John desgarró la caja del helado y escribimos nuestros nombres por turnos en los trozos de cartón. Después, todos metemos nuestros nombres en la cápsula del tiempo vacía y la agitamos. Nos la vamos pasando y a mí me toca la última. Saco un pedazo de cartón, lo sujeto cerca del pecho y lo abro.

JOHN.



Vaya, eso complica las cosas. Lo miro de reajo. Está guardando el trozo de cartón en el bolsillo de sus pantalones vaqueros. Lo siento, amigo (por correspondencia), pero vas a caer. Les echo un vistazo a los demás en busca de pistas sobre quién puede haber sacado mi nombre, pero todos han puesto cara de póquer.

He aquí las reglas. Tu casa es una zona segura. El instituto es una zona segura. Pero el aparcamiento, no. En cuanto sales por la puerta, te conviertes en un blanco. Estás fuera si te tocan con las dos manos.

Si incumples tu deseo, renuncias a tu vida. A Genevieve se le ocurre la última parte y me provoca escalofríos. Trevor Pike se estremece y dice:

—Las chicas dan miedo.

—No, las chicas de *su* familia dan

miedo —dice Peter, y señala a Chris y a Genevieve. Las dos sonrían, y en sus sonrisas veo el parecido familiar.

Peter me mira de reojo y añade, esperanzado:

—Pero tú no das miedo. Tú eres dulce, ¿verdad?

Me viene a la mente algo que me dijo Stormy: «No permitas que esté demasiado seguro de ti». Peter está muy seguro de mí, tanto como puede estarlo alguien.

—Yo también puedo dar miedo —le susurro, y Peter palidece—. Lo importante es que nos divirtamos —les digo a los demás.

—Oh, será divertido —me asegura John. Se pone la gorra de los Orioles, se

baja la visera y me mira—. A jugar. Si te parecí bueno en las Naciones Unidas en miniatura, espera a ver mis habilidades de súper espía.

Acompaño a los demás a sus coches y escucho a Peter decirle a Genevieve que se vaya con Chris. Ambas se resisten.

—Arreglaos entre vosotras. Yo me quedo con mi novia —dice Peter.

Genevieve pone los ojos en blanco y Chris gruñe:

—Uf, vale. Sube al coche.

Chris está retrocediendo por la entrada cuando John le pregunta a Peter:

—¿Quién es tu novia?

El estómago me da un vuelco.

—Covey. —Peter lo mira extrañado —. ¿No lo sabías? Qué raro.

Ahora los dos me están mirando. Peter está confundido, pero John lo comprende, sea lo que sea lo que haya que comprender.

Tendría que habérselo dicho. ¿Por qué no se lo dije?

Todos se marchan poco después, salvo Peter.

—¿Vamos a hablar del tema? — pregunta, y me sigue a la cocina. Tengo la bolsa de basura con los envoltorios de helado y los Capri Suns, y he rechazado su ayuda para bajarla. Casi

me caigo bajando la escalera, pero me da igual.

—Claro, hablemos.

Me doy la vuelta y avanzo hacia él, con la bolsa de basura balanceándose en mi mano. Peter levanta las manos alarmado.

—¿Por qué has traído a Genevieve?

Peter hace una mueca.

—Uf, Covey, lo siento.

—¿Estabas con ella? ¿Por eso no has venido temprano a ayudarme?

Peter titubea.

—Sí, estaba con ella. Me ha llamado llorando, así que he ido a su casa y luego no he podido dejarla sola... así que la he traído aquí.

¿Llorando? Nunca la he visto llorar.

Ni siquiera lloró cuando su gata *Reina Elizabeth* murió. Debía de estar fingiendo para que Peter se quedase.

—¿No podías dejarla?

—No. Está pasando por un marrón. Solo estoy intentando estar a su lado. Como un amigo. ¡Eso es todo!

—Cielos, ¡sabe manipularte a la perfección, Peter!

—No es eso.

—Siempre lo es. Tira de los hilos y tú... —Meneo los brazos y la cabeza como una marioneta.

Peter frunce el ceño.

—Eso es cruel.

—Bueno, me siento cruel ahora mismo. Así que ten cuidado.

—Pero no lo eres. Normalmente, no.

—¿Por qué no me lo puedes contar?

Sabes que no se lo diré a nadie. Quiero entenderlo, Peter.

—Porque no tengo derecho a explicarlo. No intentes obligarme a contártelo porque no puedo.

—Lo está haciendo para manipularte. Es lo que hace siempre.

Oigo los celos en mi voz y lo odio, lo odio. Yo no soy así.

Peter suspira.

—No hay nada entre nosotros. Solo necesita a un amigo.

—Tiene muchos amigos.

—Necesita a un viejo amigo.

Sacudo la cabeza. No lo comprende.



Las chicas nos comprendemos entre nosotras de maneras en que los chicos nunca nos comprenderán. Aparecer en mi casa ha sido solo otra forma de ejercer su dominio sobre mí.

—Hablando de viejos amigos, no sabía que McClaren y tú fueseis tan coleguitas —dice Peter.

Me sonrojo.

—Te dije que éramos amigos por correo.

Alza una ceja, y dice:

—O sea, que sois amigos por correo pero ¿no sabe que estamos juntos?

—¡No surgió el tema!

Espera un momento. Se supone que soy yo quien está enfadada con él, y no al revés. No sé cómo, pero la

conversación ha dado un giro, y ahora soy yo la que se está defendiendo.

—Y el día en que fuiste a las Naciones Unidas en miniatura hace unos meses, te pregunté si habías visto a McClaren y me dijiste que no. Pero hoy ha hablado de las Naciones Unidas y está claro que lo viste. ¿Sí o no?

Trago saliva.

—¿Cuándo te has convertido en fiscal? Buff. Lo vi, pero no hablamos, solo le pasé una nota...

—¿Una nota? ¿Le diste una nota?

—No era mía, era de otro país, para las Naciones Unidas.

Peter abre la boca para hacer otra pregunta, y me apresuro a añadir:

—No lo mencioné porque no tuvo importancia.

—¿Así que quieres que sea sincero contigo, pero no quieres ser sincera conmigo? —pregunta Peter, incrédulo.

—¡No es eso! —chillo.

¿Qué está pasando? ¿Cómo ha podido esto convertirse en una pelea tan grande tan rápido?

Ninguno de los dos dice nada durante un momento. Entonces, en voz baja, pregunta:

—¿Quieres que cortemos?

¿Que cortemos?

—No. —Me siento débil de repente, como si estuviese a punto de llorar—. ¿Y tú?

—¡No!

—¡Tú has preguntado primero!

—Pues ya está. Ninguno de los dos quiere cortar, así que pasamos página.

Peter se deja caer sobre una silla de la cocina y descansa la cabeza sobre la mesa.

Me siento delante de él. Parece estar muy lejos de mí. Mi mano ansía tocarle el pelo, alisarlo, hacer que termine esta pelea y podamos verla por el retrovisor.

Levanta la cabeza. Tiene los ojos tristes y enormes.

—¿Podemos abrazarnos?

Asiento tambaleante, y los dos nos levantamos y le rodeo el abdomen con los brazos. Me sujeta con fuerza. Su voz

suenan amortiguada contra mi hombro al decir:

—¿Podemos no pelearnos nunca más?

Suelto una risa temblorosa; temblorosa y aliviada.

—Sí, por favor.

Y entonces me está besando; su boca urgente contra la mía, como si buscara algún tipo de confirmación, de promesa que solo yo puedo darle. En respuesta, le devuelvo el beso, sí, lo prometo, lo prometo, lo prometo, no nos peleemos nunca más. Empiezo a perder el equilibrio y sus brazos me inmovilizan y me besa hasta que pierdo el aliento.

Esa noche, al teléfono, Chris me pregunta:

—Escupe, ¿quién te ha tocado?

—No te lo voy a contar.

Ya cometí ese error en el pasado, contarle demasiado a Chris solo para que después se hiciera con la victoria.

—¡Venga! Si me ayudas, te ayudo. ¡Quiero mi deseo!

La ventaja de Chris en este juego es lo mucho que lo desea, pero también es su punto débil. Tienes que jugar a

Asesinos con frialdad, no calentarte demasiado de prisa. Pero claro, digo esto sabedora de que he observado todos los matices del juego, pero nunca lo he ganado.

—Podría haberte tocado yo. Además, yo también quiero ganar.

—Ayudémonos durante la primera ronda. Te juro que no me has tocado — insiste Chris.

—Júralo por la mantita que no dejas que tu madre tire.

—Lo juro por mi mantita *Frederick* y por mi nueva chaqueta de cuero, que cuesta más que mi puñetero coche. ¿Te he tocado yo?

—No.

—Júralo por tu colección de boinas

feas.

Suelto un grito indignado.

—¡Lo juro por mi *encantadora* y *adorable* colección de boinas! Entonces ¿quién te ha tocado?

—Trevor.

—Yo tengo a John McClaren.

—Formemos equipo para acabar con ellos. Nuestra alianza puede durar hasta el final de la primera ronda, y luego cada una por su cuenta.

Mmm. ¿Va en serio o es una estrategia?

—¿Y si estás mintiendo para que salga de casa?

—¡Lo juro por *Frederick*!

Titubeo un momento y digo:



—Envíame una foto del cartón con el nombre y te creeré.

—¡Vale! Envíame una foto tú también.

—Vale. Adiós.

—Espera. Dime la verdad. ¿Mi pelo es una mierda? No, ¿verdad? Gen es un trol repugnante, ¿verdad?

Vacilo durante unos segundos.

—Verdad.

Chris y yo estamos agachadas en su coche. Estamos en el vecindario contiguo al mío. Trevor atajará por aquí con el coche para ir a su entrenamiento de atletismo. Hemos aparcado en la

entrada de un desconocido.

—Dime cuál será tu deseo si ganas —me ruega Chris.

Por su manera de expresarlo, sé que piensa que no voy a ganar.

Pensé en el deseo anoche cuando intentaba dormirme.

—Hay una expo de manualidades en junio en Carolina del Norte. Peter podría llevarme. Es la única manera de que me lleve. Podríamos llevarnos la furgoneta de su madre, y habría espacio de sobra para todo el material que quiero comprar.

—¿Una expo de manualidades? —Chris me está mirando como si fuese una cucaracha que se ha metido en su coche —. ¿Malgastarías tu deseo con una expo

de manualidades?

—Solo era una idea —miento—. Y si eres tan lista, ¿qué desearías en mi lugar?

—Haría que Peter no volviese a hablar nunca más con Gen. ¿Sí o no? ¿Soy un genio del mal o no?

—Malvada, sí; genio, no tanto.

Chris me da un empujón y empiezo a reír. Las dos nos estamos empujando cuando Chris para de golpe y dice:

—Es la hora.

Chris abre la puerta, sale y se esconde detrás de un roble en el jardín.

La adrenalina fluye por mis venas cuando salgo del coche de Chris, saco del maletero la bicicleta de Kitty y la

empujo varias casas más allá. La dejo en el suelo y me echo encima con grandes aspavientos. Entonces saco una botella de sangre falsa que compré a propósito para hacer esto y la rocío por mis vaqueros, unos vaqueros viejos que estaba pensando donar. En cuanto veo el coche de Trevor, empiezo a fingir que sollozo. Desde detrás del árbol, Chris susurra:

—¡No exageres tanto!

Dejo de sollozar de inmediato y empiezo a gemir.

El coche de Trevor se detiene a mi lado. Baja la ventanilla.

—¿Lara Jean? ¿Estás bien?

—No... Creo que me he torcido el tobillo. Me duuele mucho. ¿Me puedes

llevar a casa? —gimoteo.

Estoy intentando obligarme a llorar, pero es más difícil de lo que creía. Intento pensar en cosas tristes: *Titanic*, ancianos con alzhéimer o *Jamie Fox-Pickle* muriendo, pero no puedo concentrarme.

Trevor me observa con suspicacia.

—¿Por qué vas en bici por este vecindario?

¡Oh no, lo estoy perdiendo! Empiezo a hablar, pero no demasiado deprisa.

—No es mi bici, es de mi hermana pequeña. Es amiga de Sara Healey. ¿La conoces? Es la hermana pequeña de Dan Healey. Viven ahí. Se la estaba llevando. Dios mío, Trevor. ¿No me

crees? ¿En serio no piensas llevarme?

Trevor echa un vistazo alrededor.

—¿Me juras que no es un truco?

¡Te tengo!

—¡Sí! Juro que no me has tocado tú, ¿vale? Ayúdame, por favor. Duele mucho.

—Pero primero enséñame el tobillo.

—¡Trevor! Un tobillo torcido no se ve. —Gimo e intento levantarme con grandes aspavientos hasta que Trevor apaga el motor y sale. Se agacha y me levanta e intento hacer que mi cuerpo sea pesado.

—Ten cuidado. ¿Ves? Te dije que no me habías tocado.

Trevor me levanta por las axilas y Chris se le acerca por detrás, sigilosa

como una *ninja*. Se lanza hacia delante, las dos manos extendidas y las hace chocar con la espalda.

—¡Te pillé! —grita.

Trevor chilla y me suelta, y casi me caigo de verdad.

—¡Maldita sea! —brama.

—¡Se acabó, pringado! —se regodea Chris. Ella y yo nos chocamos de manos.

—¿Podéis no celebrarlo delante de mí? —masculla Trevor.

Chris extiende la mano.

—Dame, dame, dame.

Suspirando, Trevor sacude la cabeza y dice:

—No me puedo creer que haya

picado, Lara Jean.

Le doy una palmadita en la espalda.

—Lo siento, Trevor.

—¿Y si te hubiese tocado yo? ¿Qué habrías hecho? —me pregunta.

¿Eh? No se me había ocurrido. Le lanzo una mirada acusadora a Chris.

—¡Espera un momento! ¿Y si te hubiese tocado yo?

—Era un riesgo que estábamos dispuestas a asumir —responde diplomáticamente—. Y bien, Trev, ¿cuál iba ser tu deseo?

—No tienes que decirlo si no quieres —le aseguro.

—Iba a pedir entradas para un partido de fútbol americano de la Universidad de Virginia. ¡El padre de



McClaren tiene pases de temporada!  
Maldita seas, Chris.

Me siento mal.

—A lo mejor te lleva de todas formas. Deberías preguntar...

Se mete la mano en el bolsillo, saca la cartera y le entrega un trozo de cartón doblado. Antes de que Chris lo abra, me apresuro a decir:

—No lo olvides, si ahí está mi nombre, no me pilles. Esta es una zona desmilitarizada.

Chris asiente, abre el cartón y sonrío de oreja a oreja.

Ya no aguanto más.

—¿Soy yo?

Chris se lo mete en el bolsillo.

—¡Si soy yo, no puedes atraparme!  
—le recuerdo, y empiezo a retroceder  
—. Acordamos que seríamos aliadas durante la primera ronda y aún no me has ayudado con el mío.

—Lo sé, lo sé. Pero no sé quién te ha tocado.

No estoy del todo convencida. Así fue como me derrotó la última vez. No puedes fiarte de ella, no en este juego. Tendría que haberme acordado. Por eso siempre pierdo: no soy capaz de ver más allá del presente.

—¡Lara Jean! ¡Te acabo de decir que no me has tocado tú!

Niego con la cabeza.

—Sube al coche, Chris. Iré a casa en

la bici de Kitty.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Esta vez juego para ganar.

Chris se encoge de hombros.

—Como quieras. Pero si no confías en mí, no te ayudaré con tu objetivo.

—Me parece bien —replico, y me monto en la bicicleta de Kitty.

Peter y yo solo hablamos por teléfono y en el instituto hasta que uno de nosotros sea eliminado. No seré yo. He sido súper cuidadosa. Conduzco sola de casa a la escuela. Miro a uno y otro lado antes de salir del coche y corro como el viento hasta la puerta principal. He reclutado a Kitty de exploradora. Siempre sale del coche o de casa la primera y se asegura de que no haya moros en la costa. Ya le he prometido que, si gano, recibirá una parte de mi

deseo.

Pero hasta el momento he estado jugando a la defensiva. Aún no he intentado pillar a McClaren. No es porque tenga miedo, o al menos no del juego. Es que no sé qué voy a decirle. Estoy avergonzada. Quizá no sea necesario decir nada, quizá es arrogante pensar que yo podría interesarle.

Después de comer, Chris cruza el pasillo a toda velocidad y se detiene derrapando cuando nos ve a mí y a Lucas sentados delante de nuestras taquillas. Hoy estamos compartiendo un polo de uva. Chris se deja caer en el suelo.

—Estoy fuera —dice.

Se me escapa un grito entrecortado.

—¿Quién te ha pillado?

—¡El puñetero John McClaren!

Arranca el polo de las manos de

Lucas y se lo termina de un bocado.

—Grosera —le reprende Lucas.

—Cuéntanoslo todo —le ruego.

—John me ha seguido hasta clase esta mañana. Me he parado a poner gasolina y ha saltado del coche en cuanto le he dado la espalda. ¡No sabía ni que me estaba siguiendo!

—Espera, ¿cómo sabía que ibas a parar a poner gasolina? —pregunta Lucas. Sabe todo lo relativo al juego, lo que puede resultar útil si al final se reduce a Genevieve y a mí porque vive en el mismo vecindario.

—¡Me ha vaciado el depósito!

—Guau.

Me conmueve que John se lo esté tomando tan en serio. Me preocupaba que no lo hicieran, pero parece que sí. Me pregunto cuál será el deseo de John. Muy bueno debe de ser si se está tomando tantas molestias.

—Alucinante —dice Lucas, y asiente con la cabeza.

—Es tan *hardcore* que casi no puedo ni enfadarme. Pero me cabrea un montón no poder obligar a Genevieve a que me dé el coche de la abuela —se queja Chris, y sopla para apartarse el pelo de la cara.

A Lucas se le salen los ojos de las

órbitas.

—¿Eso es lo que ibas a pedir? ¿Un *coche*?

—El coche tiene un gran valor sentimental para mí. La abuela me llevaba al salón de belleza en él los sábados por la tarde. Lo justo sería que fuese mío. ¡Gen ha envenenado la mente de la abuela en mi contra!

—¿Qué tipo de coche es? — pregunta Lucas.

—Un viejo Jaguar.

—¿De qué color?

—Negro.

Si no conociese a Chris, pensaría que se estaba formando una lágrima en su ojo. La rodeo con el brazo.

—¿Quieres que te compre otro polo?



Chris sacude la cabeza.

—Me quiero poner un *crop top* esta noche. No quiero que se me vea tripa.

—Si tú estás fuera, ¿a quién tiene John? —pregunta Lucas.

—A Kavinsky. No he podido pillarlo porque siempre está con la puñetera Gen y estaba segura de que Gen me tenía a mí. —Me mira de reojo —. Lo siento, LJ.

Lucas y Chris me miran con cara de pena.

Si Chris tenía a Peter y John la ha eliminado, eso significa que John ahora tiene a Peter. Lo que significa que o Peter o Gen me tienen a mí. Y como yo tengo a John, eso significa que uno de

ellos tiene al otro. Por lo tanto, deben de haber formado una alianza. En consecuencia, se han confesado sus objetivos, se han dicho el uno al otro quién les ha tocado.

Tragando con fuerza, digo:

—Sabía desde el principio que seguían siendo amigos. Y está pasando por un mal momento, ¿sabéis?

—¿Qué le pasa? —pregunta Chris, con una ceja arqueada.

—Peter dijo que eran cosas de familia. —Su rostro permanece inexpresivo—. ¿No has oído nada?

—Bueno, estaba un poco rara en la cena de cumpleaños de la tía Wendy la semana pasada. Más bruja de lo habitual. Prácticamente no le dijo ni una

palabra a nadie. Así que algo debe de pasar, pero no sé qué. —Chris se encoge de hombros y se sopla el pelo de la cara —. Maldita sea. No me puedo creer que me vaya a quedar sin el coche.

—Eliminaré a John McClaren en tu nombre. Tu muerte no será en vano — prometo.

Chris me mira de lado.

—Si lo hubieses pillado antes, esto no habría ocurrido.

—¡Vive a media hora de distancia!  
¡No sé ni cómo llegar a su casa!

—Lo que tú digas. Sigues teniendo parte de la culpa. —Suena el timbre y Chris se pone de pie—. Hasta luego, nenas.

Se dirige pasillo abajo, en dirección contraria a su próxima clase.

—Acaba de llamarme nena. ¿Le has dicho que soy gay? —me pregunta Lucas, y me frunce el ceño.

—¡No!

—Vale, pero te lo dije en confianza, ¿te acuerdas?

—¡Lucas, claro que me acuerdo!

Ahora estoy nerviosa. ¿Le dije algo a Chris? Estoy casi completamente segura de que no, pero ahora me ha hecho dudar.

—Bien —responde con un suspiro—. Da igual.

Se levanta y me ofrece la mano para ayudarme. Tan caballeroso como

siempre.

Es mi primera hora del cóctel oficial en Belleview y la noche no está yendo... tan bien como esperaba. Llevamos aquí media hora y solo están Stormy, el señor Morales, Alicia y Nelson, que tiene Alzheimer y cuya enfermera lo ha traído aquí para cambiar de aires. Aunque eso sí, lleva una elegante chaqueta azul marino con botones de cobre. Tampoco venía mucha gente cuando Margot estaba al cargo. La señora Maguire era una habitual, pero la trasladaron a otra

residencia el mes pasado, y la señora Montero falleció durante las fiestas. Tanto que le insistí a Janette en que daría nueva vida a la hora del cóctel, y ahora mírame. Siento un nudo de pavor en el estómago porque si Janette se entera de la baja asistencia, podría cancelar la noche de los viernes y he tenido una idea fantástica para la próxima: una fiesta inspirada en la USO, una organización de las Fuerzas Armadas. Si lo de hoy es un fiasco, no me dejará celebrarla. Además, celebrar una fiesta y que solo aparezcan cuatro personas, una de las cuales está cabeceando, es un gran fracaso. Stormy no parece darse cuenta o no le importa: se dedica a cantar y tocar el piano. El

espectáculo debe continuar, como se dice.

Intento mantenerme ocupada, con una sonrisa en la cara: *La la laaa, todo es maravilloso*. He alineado la cristalería en filas como en los bares de verdad y he traído un montón de cosas de casa: nuestro mantel bueno (sin manchas de salsa, recién planchado), un pequeño jarrón que he puesto al lado del plato de las galletas de mantequilla de cacahuete (al principio dudaba con la mantequilla de cacahuete por las alergias alimentarias y eso, pero después he recordado que los ancianos no tienen tantas alergias), la hielera de plata de mamá y papá con sus iniciales, y un bol



a conjunto con limas y limones cortados en trocitos.

Ya he llamado a las puertas de los residentes más activos, pero la mayoría no estaban en casa. Supongo que si eres activo, no te quedas en tu apartamento un viernes por la noche.

Estoy sirviendo cacahuetes salados en un bol de cristal en forma de corazón (una contribución de Alicia, que lo ha sacado de donde lo tenía almacenado, junto a las pinzas para el hielo) ¡cuando John Ambrose McClaren entra en la habitación con una camisa azul claro estilo Oxford y una chaqueta de color marino parecida a la de Nelson! Casi suelto un chillido. Me llevo las manos a los labios y me dejo caer al suelo,

detrás de la mesa. Si me ve, podría escapar. No sé qué está haciendo aquí, pero es la oportunidad perfecta para eliminarlo. Me agacho detrás de la mesa, mientras recapitulo acerca de mis opciones.

Y entonces la música de piano se detiene y oigo a Stormy gritar:

—¿Lara Jean? ¿Lara Jean, dónde estás? Sal de detrás de la mesa. Quiero presentarte a alguien.

Me pongo en pie lentamente. John McClaren me está mirando con fijeza.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, y se tira del cuello de la camisa como si lo estuviera estrangulando.

—Trabajo de voluntaria —

respondo, mientras mantengo una distancia segura. No quiero espantarlo.

Stormy da una palmada.

—¿Os conocéis?

—Somos amigos, abuela. Antes vivíamos en el mismo vecindario — responde John.

—¿Stormy es tu abuela?

Estoy flipando. ¡John es el nieto con el que quería emparejarme! ¡Con la de residencias que hay en todas las ciudades de todo el mundo! «Mi nieto se parece a un joven Robert Redford». Es verdad, se le parece.

—Es mi bisabuela —objeta John.

Los ojos de Stormy echan un vistazo rápido por la habitación.

—¡Shh! No quiero que se enteren de

que eres mi bis-nada.

John baja la voz.

—Es la segunda esposa de mi bisabuelo.

—Mi marido favorito. Que descanse en paz, el viejo buitre. Johnny, sé bueno y tráeme un vodka con soda con mucho limón —le ruega Stormy, y se sienta al piano y empieza a tocar *When I Fall in Love*.

John se me aproxima y lo señalo.

—Alto ahí, John Ambrose McClaren. ¿Te he tocado yo?

—¡No! Te juro que no. Me ha tocado... No, no te lo voy a decir. —Hace una pausa—. Espera un momento: ¿te he tocado yo?

Niego con la cabeza, inocente como un corderito. Parece que sospecha, así que me mantengo ocupada preparando la bebida de Stormy. Sé cómo le gusta. Añado tres cubitos de hielo, un buen chorro de vodka y un poco de soda. Después exprimo tres rodajas de limón y las dejo caer en el vaso.

—Toma —digo, y le ofrezco el vaso.

—Puedes dejarlo encima de la mesa.

—¡John, no me has tocado tú!

Sacude la cabeza.

—Mesa.

Pongo el vaso en la mesa.

—No me puedo creer que no me creas. Te recordaba como a alguien

confiado que siempre veía el lado bueno de la gente.

Serio como un juez, John dice:

—Quédate en tu lado de la mesa.

Vaya. ¿Cómo voy a eliminarlo si me obliga a quedarme a tres metros de distancia toda la noche?

—Por mí vale. ¡Tampoco sé si te creo! Además, esto es demasiada casualidad —digo con indiferencia.

—¡Stormy me ha obligado a venir!

Miro a Stormy. Aún está tocando el piano, y nos observa con una sonrisa de oreja a oreja.

El señor Morales se acerca al bar y me pregunta:

—¿Me permites este baile, Lara Jean?

—Será un placer. John, ni se te ocurra acercarte.

John levanta las manos como si estuviese conjurando un espíritu.

—¡No te acerques tú!

Mientras el señor Morales me guía en un baile lento, aprieto el rostro contra su hombro para esconder una sonrisa. Esto del espionaje se me da bastante bien. John McClaren está sentado en el sofá de dos plazas, mirando cómo Stormy toca el piano y charlando con Alicia. Lo tengo justo donde lo quiero. No me puedo creer la suerte que tengo. Planeaba ir a su reunión de las Naciones Unidas en miniatura, pero esto es mucho mejor.

Estoy pensando en aproximarme por detrás y pillarlo por sorpresa cuando Stormy se levanta y declara que necesita un descanso del piano, pues quiere bailar con su nieto. Enciendo el estéreo y pongo el CD que acordamos para su descanso.

John está protestando:

—Stormy, ya te dije que yo no bailo.

Fingía estar enfermo cuando bailábamos en clase de educación física. No soporta bailar.

Stormy no hace caso, claro. Lo levanta del sofá e intenta enseñarle el foxtrot.

—Ponme las manos en la cintura — ordena—. No me he puesto tacones para



sentarme delante del piano toda la noche.

Stormy está intentando enseñarle los pasos y él no deja de pisarla.

—¡Ay! —espeta.

No puedo contener la risa. El señor Morales tampoco y nos guía hasta ellos.

—¿Puedo? —pregunta.

—¡Por favor! —John prácticamente empuja a Stormy a los brazos del señor Morales.

—Johnny, sé un caballero e invita a Lara Jean a bailar —dice Stormy mientras el señor Morales la hace girar.

John me lanza una mirada escrutadora y tengo la sensación de que aún sospecha de mí en lo relativo al juego.

Me encojo de hombros con un gesto triste. Melancólica. La perfecta imagen de una chica que espera a que la inviten a bailar.

—¡Quiero ver bailar a los jóvenes!  
—grita Norman.

John McClaren me mira con una ceja arqueada.

—Si oscilamos de un lado a otro, quizá no te pise.

Finjo que dudo y entonces asiento. Tengo el pulso acelerado. Objetivo logrado.

Damos un paso hacia el otro y le envuelvo los brazos alrededor del cuello y él pone los suyos en mi cintura y nos mecemos a contratiempo. Soy

baja, no llego al metro sesenta y él debe de medir un metro ochenta, pero mis tacones hacen que nuestras alturas sean las adecuadas para una pareja de baile. Desde el otro lado de la habitación, Stormy me ofrece una sonrisa cómplice que finjo no ver. Debería eliminarlo ya, antes de que me atrape, pero los residentes están disfrutando de nuestro baile. No pasa nada por retrasarlo unos minutos.

Mientras nos movemos, me acuerdo del baile de gala de octavo. Todos se emparejaron y nadie me invitó. Yo pensaba que Genevieve y yo iríamos juntas, y entonces dijo que la madre de Peter los llevaría y que iban a un restaurante primero, como en una cita de

verdad y que sería raro que me acoplase. Así que fueron ella y Peter y Sabrina Fox y John. Había esperado que John McClaren me invitase a bailar lento, pero no lo hizo; no bailó con nadie. El único chico que bailó fue Peter. Siempre estaba en el centro del círculo de baile de la gente guapa.

La mano de John me aprieta la espalda, guiándome, y creo que se ha olvidado del juego. Lo tengo en el punto de mira.

—No se te da tan mal —le digo. La canción está a punto de terminar. Será mejor que me dé maña. «Serás mío en cinco, cuatro, tres...»

—¿Así que tú y Kavinsky, eh?

Ha conseguido distraerme del todo. Por un momento me olvido de todo lo referente al juego.

—Sí...

—Me sorprendió bastante que estuvieseis juntos —dice, con un carraspeo.

—¿Por qué? ¿Porque no soy su tipo? —Lo digo como quien no quiere la cosa, pero en realidad duele como un guijarro arrojado directamente a mi corazón.

—No, sí que lo eres.

—Entonces, ¿por qué? —Estoy casi segura de que John dirá «porque no pensaba que fuese tu tipo», igual que Josh.

No responde enseguida.

—El día que viniste a las Naciones Unidas, intenté seguirte al aparcamiento, pero ya te habías ido. Entonces, recibí tu carta y yo te respondí y luego tú a mí, y después me invitaste a lo de la casa del árbol. Supongo que no sabía qué pensar. ¿Sabes a qué me refiero?

Me mira a la expectativa, y siento que es importante que diga que sí.

Toda la sangre me sube a la cara y los oídos me retumban y me doy cuenta demasiado tarde de que es el sonido de mi corazón latiendo muy rápido. Aunque mi cuerpo sigue bailando.

John prosigue:

—A lo mejor fue una tontería pensarlo, porque todo ocurrió hace

mucho tiempo.

¿Qué ocurrió? Quiero saberlo, pero no sería correcto preguntar.

—¿Quieres saber de qué me acuerdo? —pregunto de improviso.

—¿De qué?

—De cuando los pantalones de Trevor se rasgaron por la mitad cuando estabais jugando al baloncesto. Y todo el mundo se partió tanto de risa que Trevor empezó a enfadarse. Pero tú no. Te montaste en tu bici, fuiste a casa y le llevaste un par de pantalones. Me quedé muy impresionada.

Tiene una sonrisa apenas visible en la cara.

—Gracias.

Los dos nos sumimos en silencio y

seguimos bailando. Es una persona con la que resulta sencillo estar en silencio.

—¿John?

—¿Mmm?

Le miro a los ojos.

—Tengo algo que decirte.

—¿Qué?

—Me has tocado... Quiero decir que me has tocado. En el juego, me refiero.

—¿En serio? —La decepción de John parece sincera, y me hace sentir culpable.

—En serio. Lo siento. —Presiono las manos contra sus hombros—. Pillado.

—Bueno, ahora tienes a Kavinsky.



Estaba deseando pillarlo. Tenía un plan y todo.

—¿Qué plan tenías? —pregunto con entusiasmo.

—¿Por qué debería decírselo a la chica que me acaba de eliminar? —aduce, pero protesta como por obligación, y ambos sabemos que me lo dirá.

Le sigo el juego.

—Venga, Johnny. No soy solo la chica que te ha eliminado. Además soy tu amiga por correspondencia.

—Vale, vale, te ayudaré —dice John, y se ríe.

La canción termina y nos separamos.

—Gracias por el baile.

Después de todo este tiempo, por fin

sé cómo es bailar con John Ambrose McClaren.

—¿Qué habrías pedido si hubieses ganado?

No duda ni un segundo.

—Tu pastel de chocolate y mantequilla de cacahuete con mi nombre escrito en lacasitos.

Me lo quedo mirando, sorprendida.

¿Eso es lo que habría pedido? ¿Podría tener cualquier cosa y quiere mi pastel? Le hago una reverencia.

—Es un honor.

—Bueno, el pastel estaba muy rico —dice.

Al teléfono, unas noches después.

—Te he tocado yo, ¿verdad? —me suelta Peter de repente.

—¡No!

No le he dicho que eliminé a John durante el fin de semana. No quiero que él ni Genevieve tengan información adicional. Ahora solo quedamos nosotros tres.

—¡Así que te he tocado yo! Ya no quiero seguir jugando. Me hace sentir solo y muy... frustrado. ¡Llevo una

semana sin verte fuera de clase!  
¿Cuándo se acabará esto? —se queja.

—Peter, no me has tocado. Me ha tocado John.

Me siento un poco culpable por mentir, pero es así como juegan los ganadores. No puedes dudar de ti mismo.

Peter se queda callado un momento, y después dice:

—¿Y vas a conducir hasta su casa para eliminarlo? Vive en medio de la nada. Si quieres, puedo llevarte.

—Aún no he decidido qué estrategia seguiré. ¿Quién te ha tocado a ti? Sé que tenemos que ser o yo o Genevieve.

Vuelve a callarse.

—No te lo voy a decir.

—Bueno, ¿se lo has dicho a alguien más? —Como, por ejemplo, a Genevieve.

—No.

Mmm.

—Vale, pero yo te lo he dicho, así que me debes la misma gentileza.

—No te he obligado, me has ofrecido esa información por tu cuenta, y mira, si es mentira y me has pillado, ¡por favor, elimíname de una puñetera vez! Te lo suplico. Ven a mi casa ahora mismo y dejaré que te cueles en mi habitación. Seré un blanco fácil si eso significa que puedo volver a verte.

—No.

—¿No?

—No, no quiero ganar así. Cuando sepa quién te ha tocado, quiero tener la satisfacción de saber que mi victoria ha sido limpia. Mi primera victoria en Asesinos no puede verse mancillada. Y además, tu casa es una zona segura.

Peter suelta un suspiro exasperado.

—¿Al menos irás a mi partido de *lacrosse* del viernes?

¡El partido de *lacrosse*! El sitio perfecto para eliminarlo. Intento mantener la calma mientras digo:

—No puedo ir. Mi padre tiene una cita y necesita que cuide de Kitty.

Es mentira, pero Peter no lo sabe.

—¿Y no puedes llevarla? Mira que te ha pedido que la lleves a uno de mis

partidos...

Piensa deprisa.

—No, porque tiene clase de piano después del cole.

—¿Desde cuándo toca el piano?

—Desde hace poco. La vecina le dijo que es útil para adiestrar a los cachorros, los calma. —Me muerdo el labio. ¿Se lo tragará?—. Te prometo que iré al próximo partido, pase lo que pase.

Peter vuelve a gemir, esta vez aún más alto.

—Me estás matando, Covey.

Pronto, mi querido Peter.

Lo sorprenderé en el partido, me vestiré de arriba abajo con los colores del instituto, e incluso me pintaré su número en la cara. ¡Estará tan feliz de

verme que no sospechará nada!

No soy capaz de explicar por qué es tan importante este juego para mí. Solo sé que cada día que pasa deseo la victoria más y más. Quiero derrotar a Genevieve, sí, pero es más que eso. Tal vez sea para demostrar que yo también he cambiado: no soy un débil corderito, soy capaz de luchar.

Después de colgar, le envió un mensaje a John con mi idea y se ofrece a llevarme al partido. Es en su instituto. Le pregunto si está seguro de que no le importa venir hasta aquí a buscarme, y dice que valdrá la pena hacerlo para ver la cara de Kavinsky cuando lo elimine. Es un alivio porque lo último que



necesito es perderme de camino a allí.

El viernes después de clase, corro a casa para prepararme. Me pongo los colores del instituto: una camiseta azul claro, pantaloncitos blancos, calcetines hasta la rodilla a rayas blancas y azules, y un lazo blanco en el pelo. Me pinto un gran 15 en la mejilla y lo repaso con lápiz de ojos blanco.

Salgo corriendo en cuanto John se detiene en la entrada. Lleva muy bajada la vieja gorra desteñida de los Orioles. Me observa cuando entro en el coche.

—Pareces una animadora —dice con una sonrisa.

Le doy un golpecito en la visera de

la gorra.

—La llevaste así todos los días de ese verano.

Mientras da marcha atrás por la entrada, John sonrío como si tuviese un secreto. Es contagioso. Ahora yo también estoy sonriendo y no sé ni por qué.

—¿Qué pasa? ¿Por qué sonrías? —pregunto, mientras me subo los calcetines.

—Nada.

Le doy una codazo en el costado.

—¡Venga!

—Mi madre me cortó el pelo fatal a principios del verano y me daba vergüenza. Después de eso, no dejé que

mi madre me volviese a cortar el pelo. ¿A qué hora dices que empieza el partido? ¿A las cinco? —dice, mientras comprueba la hora en el tablero de mandos.

—¡Sip! —Siento tal emoción que prácticamente estoy brincando en mi asiento. Peter estará muy orgulloso de mí por habérmelas ingeniado tan bien, sé que lo estará.

No tardamos ni media hora en llegar al instituto de John. Todavía no lo ha hecho el autobús del equipo, así que John entra para comprar algo de comer en la máquina expendedora. Regresa con dos latas de refresco y una bolsa de patatas con sal y vinagre para compartir.

Hace poco que ha regresado cuando

un chico alto y negro con un uniforme de *lacrosse* se acerca corriendo al coche.

—¡McClaren! —Se agacha y acerca la cara a la ventana, y John y él hacen chocar los puños—. ¿Vas a ir luego a casa de Danica?

John me mira y dice:

—No, no puedo.

Su amigo se fija en mí y abre los ojos sorprendido.

—¿Quién es?

—Soy Lara Jean. No estudio aquí —respondo, lo que es una estupidez porque seguramente ya lo sabe.

—¡Eres Lara Jean! —exclama con entusiasmo—. Me han hablado de ti. Eres la razón de que McClaren visite la

residencia de ancianos, ¿verdad?

Me sonrojo y John suelta una risa relajada.

—Sal de aquí, Avery.

Avery extiende el brazo por encima de John y me estrecha la mano.

—Encantado de conocerte, Lara Jean. Nos vemos.

Luego se marcha corriendo hacia el campo. Mientras esperamos, varias personas más se acercan al coche de John a saludar, y veo que es justo como pensaba: tiene muchos amigos, muchas chicas que le admiran. Un grupo de chicas pasa junto al coche, hacia el campo, y una en particular me mira fijamente, con una pregunta en la mirada. John no parece darse cuenta. Me está

preguntando qué series veo, y qué voy a hacer durante las vacaciones de Pascua en abril, y en las vacaciones de verano. Le cuento la idea de papá de ir a Corea.

—Tengo una historia graciosa sobre tu padre —dice John mirándome de lado.

Dejo escapar un gemido.

—Oh, no. ¿Qué hizo?

—No fue él. Fui yo —dice con un carraspeo—. Qué vergüenza.

Me froto las manos preparándome para oírlo.

—Fui a tu casa a invitarte al baile de gala de octavo. Tenía toda una estrategia extravagante.

—¡Pero no me invitaste al baile!

—Lo sé. Ahora llego a esa parte. ¿Vas a dejar que te cuente la historia o no?

—Tenías toda una estrategia extravagante.

John asiente.

—Recogí un montón de palos y flores y los dispuse para que formasen la palabra «¿BAILE?» delante de tu ventana. Pero tu padre llegó a casa mientras lo estaba haciendo y pensó que estaba limpiando los patios de los vecinos, me dio diez pavos y perdí el coraje y me marché a casa.

Se me escapa la risa.

—No me puedo creer que lo hicieras.

No me puedo creer lo cerca que esto estuvo de pasarme. ¿Qué sentiría si un chico hiciese algo así para mí? En toda la historia de mis cartas, de los chicos que me gustaban, ningún chico estuvo interesando en mí a la vez que yo. Siempre estaba yo sola, suspirando por ellos, y eso me parecía bien, era seguro. Pero esto es nuevo. O viejo. Viejo y nuevo, porque es la primera vez que lo oigo.

—Es de lo que más me arrepiento de octavo —dice John, y entonces me acuerdo. Peter me dijo una vez que John se arrepentía de no haberme invitado al baile. Qué eufórica me sentí cuando lo dijo, y qué rápido se echó atrás Peter y



dijo que solo había sido una broma.

Entonces llega el autobús.

—Hora del espectáculo —digo.

Estoy nerviosa mientras observamos a los jugadores bajar del autobús, veo a Gabe y a Darrell, pero aún no veo a Peter. Y entonces la última persona baja del autobús y sigue sin ser Peter.

—Qué raro...

—¿Es posible que haya venido en su coche? —pregunta John.

Niego con la cabeza.

—No lo hace nunca.

Saco el móvil de mi bolso y le envío un mensaje.

¿Dónde estás?

Sin respuesta. Algo va mal, lo sé. Peter nunca se pierde un partido. Jugó incluso cuando tenía la gripe.

—Ahora vuelvo —le digo a John, y bajo del coche y voy corriendo al campo. Los chicos están calentando. Me encuentro a Gabe en el lateral atándose las botas.

—¡Gabe!

Gabe levanta la vista, sorprendido.

—¡Larguirucha! ¿Qué hay?

—¿Dónde está Peter? —pregunto de manera entrecortada.

—No lo sé —dice, rascándose la nuca—. Le dijo al entrenador que tenía una emergencia familiar. Sonaba bastante serio. Kavinsky no se perdería

un partido si no fuese importante.

Ya estoy corriendo de regreso al coche. En cuanto entro, jadeo:

—¿Puedes llevarme a casa de Peter?

Lo primero que veo es su coche. Aparcado delante de la casa de Peter. Y después los veo a los dos, juntos y de pie en la calle, a la vista de todos. Él la envuelve en un abrazo, y ella se apoya en él como si no pudiese mantenerse de pie sola. Esconde el rostro en el pecho de él. Le está diciendo algo al oído, y le acaricia el pelo con ternura.

Todo sucede en cuestión de segundos, pero siento como si fuese a cámara lenta, como si estuviese bajo el

agua. Creo que dejo de respirar, mi mente está borrosa, y todo se empaña a mi alrededor. ¿Cuántas veces los he visto así? Demasiadas como para contarlas.

—Sigue conduciendo —consigo decir, y John obedece. Pasa por delante de la casa de Peter. Ni siquiera levantan la vista. Gracias a Dios que no levantan la vista.

En voz baja, digo:

—¿Puedes llevarme a casa? —No puedo ni mirarlo. No soporto que él también lo haya visto.

John empieza a hablar:

—Puede que no sea... —Se detiene—. Solo ha sido un abrazo, Lara Jean.

—Lo sé.

Sea lo que sea, se ha perdido el partido por ella.

Estamos llegando a mi casa, y entonces pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

He pensado en ello durante todo el trayecto.

—Le diré a Peter que venga esta noche y después voy a eliminarlo.

—¿Vas a seguir jugando? —sueno sorprendido.

Miro por la ventana, a todos los lugares que me resultan familiares.

—Sí. Voy a eliminarlo, y después a Genevieve, y voy a ganar.

—¿Por qué deseas tanto ganar? ¿Es

por el premio? —pregunta.

No le respondo. Si abro la boca, lloraré.

Estamos en mi casa.

—Gracias por traerme —balbuceo, y salgo del coche antes de que John pueda contestar. Entro corriendo en casa, me quito los zapatos y subo corriendo a mi habitación, donde me tumbo y miro el techo. Hace años pegué unas estrellas que brillan en la oscuridad, y luego las arranqué todas menos una que quedó tan enganchada como una estalactita. Estrellita dónde estás, me pregunto quién serás. Estrellita dónde estás, me pregunto quién serás. Concédeme mi deseo. Deseo no llorar.

Le envió un mensaje a Peter.

Ven cuando acabes con Genevieve.

Responde con una sola palabra.

Vale.

Solo «vale». Sin negativas, sin explicaciones ni aclaraciones. Durante todo este tiempo lo he estado justificando. He confiado en Peter sin confiar en mi intuición. ¿Por qué soy yo la que hace todas las concesiones, fingiendo que algo me parece bien cuando no es así? ¿Para conservarlo?

En el contrato, declaramos que nos diríamos la verdad. Declaramos que

nunca nos romperíamos el corazón.  
Supongo que ya ha roto su palabra dos  
veces.



Peter y yo estamos sentados en el porche de mi casa. Desde aquí oigo la tele del salón. Kitty está viendo una película. Hay un silencio interminable entre nosotros. Solo se oye el canto de los grillos.

Él habla primero.

—No es lo que crees, Lara Jean, de verdad que no.

Me tomo un momento para poner en orden mis ideas, para expresarlas de manera que tengan algún sentido.

—Cuando empezamos con esto, yo era feliz quedándome en casa con mis hermanas y mi padre. Era cómodo. Y entonces empezamos a salir y fue como... fue como si me sacaras al mundo. —Al decir esto, su mirada se suaviza—. Al principio me asustaba, pero después empezó a gustarme. Una parte de mí quiere quedarse a tu lado para siempre. Sería fácil. Podría amarte para siempre.

—Entonces, hazlo —dice, intentando que su tono suene ligero.

—No puedo. Os he visto. La estabas abrazando, estaba en tus brazos. Lo he visto todo —replico con voz temblorosa.

—Si lo hubieses visto todo, sabrías que no fue como crees. —Empieza, pero me lo quedo mirando y su rostro se desploma—. Vamos, no me mires así.

—No puedo evitarlo. Es la única manera en que puedo mirarte ahora mismo.

—Gen me necesitaba, así que he estado a su lado, pero solo como un amigo.

—Es inútil, Peter. Gen te hizo suyo hace mucho, y aquí no hay espacio para mí. —Las lágrimas me hacen verlo todo borroso. Me seco los ojos con la manga de la chaqueta. No puedo seguir aquí, con él. Me duele demasiado mirarlo a la cara—. Me merezco algo mejor, ¿sabes?

Me merezco... ser la chica número uno de alguien.

—Lo eres.

—No, no lo soy. Es ella. La sigues protegiendo, su secreto, sea cual sea. ¿De qué? ¿De mí? ¿Qué le he hecho yo?

Se abre de brazos con impotencia.

—Me apartaste de ella. Te convertiste en la persona más importante para mí.

—Pero no lo soy. Ese es el problema, lo es ella.

Balbucea e intenta negarlo, pero es inútil. ¿Cómo puedo creerle cuando tengo la verdad justo enfrente?

—¿Quieres saber cómo sé que ella es la persona más importante para ti? Siempre la escoges a ella.

—¡Eso son chorradas! —explota—.

Cuando descubrí que ella grabó el vídeo, le dije que si volvía a hacerte daño habríamos terminado.

Peter sigue hablando, pero no oigo ni una palabra más de las que salen de su boca.

*Lo sabía.*

Sabía que fue Genevieve la que colgó el vídeo. Lo sabía y no me lo dijo.

Peter ya no habla. Me está mirando.

—¿Lara Jean? ¿Qué pasa?

—¿Lo sabías?

Se pone pálido.

—¡No! No es lo que crees. No lo he sabido durante todo este tiempo.

Me humedezco los labios y los

aprieto.

—Así que en algún momento descubriste la verdad y no me lo dijiste.

—Me cuesta respirar—. Sabías lo dolida que estaba y aun así seguiste defendiéndola, y luego descubriste la verdad y no me lo dijiste.

Peter empieza a hablar muy rápido.

—Deja que me explique. Descubrí hace poco que Gen estaba detrás del vídeo. Le pregunté al respecto y se derrumbó y lo admitió todo. La noche del viaje de esquí nos vio en el jacuzzi y grabó el vídeo. Ella lo envió a Anonybitch y lo reprodujo en la asamblea.

Lo sabía y me permití seguirle la corriente a Peter y fingir que no sabía lo

que sabía. ¿Y para qué? ¿Por él?

—Ha estado muy jodida por varias cosas que están pasando con su familia y está celosa y se desquitó contigo y conmigo...

—¿Como qué? ¿Qué le está pasando?

No pregunto a la espera de una respuesta. Sé que no me lo va a contar. Lo pregunto para demostrar algo.

Parece acongojado.

—Sabes que no te lo puedo contar. ¿Por qué me pones en esta tesitura cuando sabes que tengo que decirte que no?

—Tú solito te has puesto en esa posición. Te ha tocado ella, ¿verdad? En

el juego, te ha tocado ella, y yo le he tocado a ella.

—¿A quién le importa un estúpido juego? Covey, estamos hablando de nosotros.

—A mí me importa el estúpido juego.

Peter es leal a ella, en primer lugar, y luego a mí. Primero va Genevieve, y después, yo. Así son las cosas. Así han sido siempre las cosas. Y estoy harta. Algo hace clic en mi cabeza y pregunto de repente:

—¿Por qué estaba Genevieve fuera esa noche del viaje de esquí? Todas sus amigas estaban en el refugio.

Peter cierra los ojos por un momento.



—¿Qué importa?

Pienso en esa noche en el bosque. Lo sorprendido que parecía de verme. Sobresaltado incluso. No me estaba esperando a mí. La esperaba a *ella*. Y lo sigue haciendo.

—Si no hubiese salido a disculparme esa noche, ¿la habrías besado?

No responde enseguida.

—No lo sé.

Esas tres palabras me lo confirman todo. Me dejan sin respiración.

—Si gano... ¿sabes lo que desearía?

—No lo digas, no lo digas. No digas algo que no puedas retirar—. Desearía que no hubiésemos empezado nada de

esto.

Las palabras resuenan en mi cabeza, en el aire.

Peter deja de respirar. Entorna los ojos, y la boca también. Le he hecho daño. ¿No es lo que quería? Eso creía, pero ahora, viendo su cara, no estoy tan segura.

—No tienes que ganar el juego para conseguirlo, Covey. Puedes conseguirlo ahora, si quieres.

Extiendo los brazos y apoyo ambas manos en su pecho. Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Estás eliminado. ¿A quién tienes?  
Ya sé la respuesta.

—A Genevieve.

Me pongo de pie.

—Adiós, Peter.

Y entro en casa y cierro la puerta.

No miro atrás ni una sola vez.

Qué fácil ha sido cortar. Como si no fuese nada. Como si nosotros no hubiésemos sido nada. ¿Significa que no estábamos hechos el uno para el otro? ¿Que fuimos un accidente del destino? Si lo hubiésemos estado, ¿podríamos habernos separado así?

Supongo que la respuesta es que no estábamos hechos el uno para el otro.

Peter y yo..., nuestra ruptura... Todo es tan de instituto... Me refiero a que es algo efímero. Incluso este dolor será fugaz, finito. Incluso la afilada punzada de esta traición. Debería aferrarme a ella, recordarla y apreciarla porque esta es mi primera ruptura. Todo forma parte de lo mismo, del proceso de enamorarse. Y tampoco pensaba que íbamos a estar juntos para siempre, solo tenemos dieciséis y diecisiete años. Algún día lo recordaré todo con cariño.

Esto es lo que no paro de repetirme mientras mis ojos se llenan de lágrimas, mientras yazgo en la cama esa noche, llorando hasta caer rendida. Lloro hasta que me escuecen las mejillas de secarme las lágrimas. Este pozo de tristeza empieza con Peter, pero no acaba ahí.

Porque una y otra vez me viene un pensamiento a la cabeza como un bucle: «Echo de menos a mi madre. Echo de menos a mi madre. Cuánto la echo de menos». Si estuviese aquí, me traería una taza de té de buenas noches, y se sentaría a los pies de mi cama. Apoyaría mi cabeza en su regazo y me acariciaría el pelo y me susurraría al oído: *Todo se arreglará, Lara Jean. Todo se*

*arreglará*. Y yo la creería porque sus palabras eran siempre ciertas.

«Mamá, cuánto te echo de menos. ¿Por qué no estás aquí cuando te necesito más que nunca?»

Hasta el momento, he guardado una servilleta en la que Peter dibujó un bosquejo de mi cara, la entrada de la primera vez que fuimos al cine, y el poema que me regaló en San Valentín. El collar. El collar, por supuesto. Aún no he conseguido obligarme a quitármelo. Todavía no.

Me paso el sábado tumbada en la cama. Solo me levanto para comer y sacar a *Jamie* a hacer pis en el patio

trasero. Paso rápido las partes tristes de las comedias románticas. Lo que debería estar haciendo es pensar en un plan para eliminar a Genevieve, pero no puedo. Me duele pensar en ella, en el juego y, sobre todo, en Peter. Decido no pensar en ello hasta que pueda concentrarme.

John me envía un mensaje para comprobar si estoy bien, pero no soy capaz de responder. También lo dejo para luego.

Solo salgo de la casa el domingo por la tarde para asistir en Belleview a una reunión de la comisión de festejos. Los esfuerzos de Stormy consiguieron convencer a Janette. Ha accedido a la idea de mi fiesta inspirada en la USO, y

el espectáculo debe continuar, malditas sean las rupturas.

Stormy dice que toda la comunidad de jubilados es un hervidero. Ella está especialmente entusiasmada porque se ha dicho que Ferncliff, la otra gran residencia de ancianos de la ciudad, podría traer a algunos de sus residentes en autobús. Stormy dice que tienen al menos un viudo disponible al que conoce del club de lectura para mayores de la biblioteca local. Esto causa revuelo entre el resto de las mujeres residentes.

—Tiene un cabello cano muy distinguido. ¡Y aún conduce! —le repite a todo el mundo.

Yo también me aseguro de difundir



la información. Cualquier cosa con tal de despertar interés.

En la fiesta todo el mundo recibirá cinco «bonos de guerra» que podrán intercambiarse por una copa de ponche de whisky, una insignia de la bandera o un baile. Fue idea del señor Morales. En realidad, su idea exacta fue un bono de guerra a cambio de un baile con una dama, pero todos le dimos un buen repaso por ser sexista y dijimos que debería ser un baile con un caballero o con una dama. Alicia, tan pragmática como siempre, dijo:

—Habrá más mujeres que hombres, así que serán las mujeres las que manden.

He ido de apartamento en apartamento para pedirles que me dejen fotos de los años cuarenta si las tienen, sobre todo en uniforme o en alguna fiesta de la USO. Una residente resopló y dijo:

—Disculpa, ¡pero tenía seis años en 1945!

Me apresuré a decirle que las fotos de sus padres también serían bienvenidas, por supuesto, pero ya me había cerrado la puerta en la cara.

«Álbumes de recortes con los clásicos» se ha convertido en un comité de planificación del baile. Imprimí

bonos de guerra y el señor Morales está utilizando un cúter para cortarlos. Maude, que es nueva en el grupo y es una experta en internet, está recortando artículos de la época para decorar la mesa de los refrigerios. Su amiga Claudia está trabajando en una lista de reproducción.

Alicia tendrá su propia mesita. Está haciendo una guirnalda de grullas de papel, todas de colores diferentes: lila, melocotón, turquesa y floral. Stormy se resistió a la idea de desviarse de la paleta de rojo, blanco y azul, pero Alicia se mantuvo firme y yo la apoyé. Tan elegante como siempre, sus fotos de americano-japoneses en campos de internamiento son sofisticadas en sus

marcos de plata.

—Esas fotos echarán a perder el buen ambiente —me susurra Stormy.

Alicia se da la vuelta al momento.

—Esas fotos son para educar a los ignorantes.

Stormy endereza su metro sesenta y dos de altura, metro sesenta y nueve con tacones.

—Alicia, ¿acabas de llamarme ignorante?

Me encojo. Stormy le ha dedicado mucho esfuerzo a esta fiesta, y últimamente está siendo más Stormy de lo habitual.

No puedo soportar otra pelea entre las dos ahora mismo. Estoy a punto de

suplicar que haya un poco de paz cuando Alicia le ofrece una mirada de acero y dice:

—Si te das por aludida...

Stormy y yo nos quedamos boquiabiertas. Entonces Stormy se acerca a grandes pasos a la mesa de Alicia y tira las grullas de papel al suelo con gesto ostentoso. Alicia chilla y yo vuelvo a quedarme boquiabierta. Todo el mundo levanta la vista.

—¡Stormy!

—¿Te pones de su lado? ¡Acaba de llamarme ignorante! Stormy Sinclair puede ser muchas cosas, pero no soy una ignorante.

—No estoy del lado de nadie — digo, y me agacho para recoger las

grullas de papel.

—Tendría que estar de mi lado. Se cree una gran dama, pero es una niña con una rabieta —dice Alicia, mientras señala a Stormy con la barbilla.

—¡Una niña! —chilla Stormy.

—¿Podéis dejar de pelear? —Para mi humillación, se me empiezan a escapar las lágrimas y me tiembla la voz —. Hoy no puedo soportarlo. De verdad que no.

Intercambian una mirada y las dos salen corriendo a mi vera.

—¿Qué te pasa, querida? Tiene que ser un chico —murmura.

—Siéntate —dice Alicia.

Me conducen hasta el sofá y se

sientan a mi lado.

—¡Todo el mundo fuera! —grita Stormy, y el gentío se desperdiga—. Ahora dínos qué ha pasado.

Me seco los ojos con la manga de la camisa.

—Peter y yo hemos cortado.

Es la primera vez que pronuncio las palabras en voz alta.

Stormy hace un gesto de sorpresa.

—¡Don Apuesto y tú habéis cortado! ¿Había otro chico? —Parece esperanzada, y sé que está pensando en John.

—No fue por otro chico. Es complicado.

—Cariño, nunca lo es. En mis tiempos... —dice Stormy.

Alicia le lanza una mirada furiosa.

—¿Por qué no la dejas hablar?

—Peter no se ha olvidado de su exnovia, Genevieve. Fue ella la que colgó el vídeo del jacuzzi, y Peter se enteró y no me lo contó —explico, y me sorbo los mocos.

—Quizá lo hizo para ahorrarte un mal trago —sugiere Alicia.

Stormy sacude la cabeza con tal vehemencia que le silban los pendientes.

—Ese chico es un canalla, así de claro. Debería tratarte como a una reina, no a esa tal Genevieve.

—Tú solo quieres que Lara Jean salga con tu nieto —acusa Alicia.

—¡Y qué! Dime, Lara Jean, ¿tienes



planes para esta noche? —dice, con una chispa en la mirada.

Las tres nos echamos a reír.

—Ahora mismo no puedo pensar en nadie que no sea Peter. ¿Aún os acordáis de vuestro primer amor?

Stormy ha tenido tantos que parece imposible, pero asiente con la cabeza.

—Garrett O'Leary. Yo tenía quince años y él dieciocho, y solo compartimos un baile, pero cuando me miraba, sentía... —Se estremece.

Miro a Alicia.

—¿Y el tuyo fue tu marido Phillip, verdad?

Para mi sorpresa, sacude la cabeza.

—Mi primer amor se llamaba Albert. Era el mejor amigo de mi

hermano mayor. Pensaba que me casaría con él. Pero no fue así. Conocí a mi Phillip. —Alicia sonrío—. Phillip fue el amor de mi vida, y aun así nunca me olvidé de Albert. ¡Y pensar que fui tan joven! Stormy, ¿puedes creer que alguna vez fuimos jóvenes?

Stormy no ofrece su típica respuesta despreocupada. Sus ojos están húmedos y, con el tono de voz más bajo que le escuchado nunca, dice:

—Fue hace un millón de vidas. Y aun así.

—Y aun así —repite Alicia.

Ambas me sonrían con cariño, con un afecto tan sincero y genuino que se me vuelven a escapar las lágrimas.

—¿Qué voy a hacer ahora que Peter ya no es mi novio? —me pregunto en voz alta.

—Harás lo mismo que hacías antes de que fuese tu novio. Seguirás con tu día a día y, al principio, lo echarás de menos, pero con el tiempo tu añoranza se calmará. Menguará —dice Alicia, extendiendo el brazo y tocándome la mejilla con su mano de piel apergaminada, una sonrisa en sus labios —. Lo único que necesitas es tiempo, y tú, pequeña, tienes todo el tiempo del mundo.

Es un pensamiento que me consuela, pero no sé si me lo creo, o al menos no del todo. Creo que el tiempo quizá sea

distinto para los jóvenes. Los minutos son más largos, más fuertes, más vibrantes. Lo único que sé es que cada minuto sin él me parece interminable, como si estuviese esperando, simplemente esperando a que regrese junto a mí. Yo, Lara Jean, sé que no lo hará, pero mi corazón no parece comprender que se ha terminado.

Luego, con energías renovadas y las lágrimas secas, estoy con Janette en su despacho repasando los detalles de la fiesta. Cuando menciona como de paso la sala de estar, me quedo de piedra.

—Janette, la sala de estar no es lo suficientemente grande.

—No sé qué decirte. La sala de actividades principal está reservada para el bingo. Tienen los viernes por la noche reservados permanentemente.

—¡Pero esta fiesta es un gran evento! ¿No pueden quedarse en la sala de estar por una noche?

—Lara Jean, no puedo trasladar el bingo. Personas de toda la comunidad vienen expresamente para eso, incluyendo la madre del arrendador. Hay mucha política en juego. Tengo las manos atadas.

—¿Y qué me dices del comedor? Podríamos mover las mesas y situar la pista de baile en el centro de la habitación y poner los refrigerios en una

mesa larga contra la pared. Podría funcionar.

Janette me mira en plan *Venga ya*.

—Y quién moverá las mesas y las sillas. ¿Tú?

—Bueno, yo, y estoy segura de que podríamos reunir a unos cuantos voluntarios...

—¿Y que uno de los residentes se lesione la espalda y nos denuncie? No, gracias.

—No tendríamos que mover todas las mesas, solo la mitad. ¿El personal no podría ayudar? —Janette ya está negando con la cabeza cuando me llega la inspiración—. Janette, tengo entendido que Ferncliff podría enviar un autobús con algunos de sus residentes.

Ferncliff. Ya se hacen llamar la comunidad de retirados número uno de las montañas Blue Ridge.

—Por Dios, Ferncliff es un vertedero. La gente que trabaja ahí es basura. Yo tengo un máster. ¿La comunidad de jubilados número uno de las montañas Blue Ridge? ¡Ja! Lo llevan claro.

Es el momento de cerrar el trato.

—Hazme caso, Janette, si este baile no es perfecto, quedaremos como idiotas. No podemos permitirlo. ¡Quiero que esos residentes de Ferncliff salgan de aquí, tanto si es andando como sobre ruedas, deseando vivir en Belleview!

—Muy bien, muy bien. Los

conserjes te ayudarán a preparar el comedor. —Janette me señala con el dedo—. Eres tenaz como una sabueso, chica.

—No te arrepentirás. Aunque solo sea por las fotos. Las colgaremos por toda la página web. ¡Todo el mundo querrá ser nosotros! —le prometo.

Al escuchar esto, los ojos de Janette se entornan de satisfacción. Suelto el aire que he estado reteniendo. Esta fiesta tiene que ir bien. Es lo único bueno que hay en mi vida.



El domingo por la noche me rizo el pelo. Rizarte el pelo es intrínsecamente un acto de esperanza. Me gusta rizármelo por la noche y pensar en todas las cosas que podrían ocurrir mañana. Además, queda mucho mejor después de dormir, y no es tan voluminoso.

Tengo la mitad del pelo recogido y casi he terminado con una mitad cuando Chris entra por la ventana. —Se supone que estoy castigada, así que tengo que esperar a que mi madre se duerma antes

de volver a casa —dice mientras se quita la chaqueta de motorista—. ¿Sigues deprimida por lo de Kavinsky?

Enredo otra sección de pelo en torno al rizador.

—Sí, bueno, aún no han pasado ni cuarenta y ocho horas.

Chris me rodea con el brazo.

—Odio decirlo, pero ha sido un desastre desde el principio.

La miro dolida.

—Muchas gracias.

—Bueno, es verdad. La forma en que empezasteis fue rara y después todo eso del vídeo del jacuzzi. —Me quita el rizador y se pone a rizarse el pelo—. Aunque te diré que seguramente ha sido positivo para ti pasar por todo esto.

Vivías muy aislada, nena. A veces puedes ser muy sentenciosa.

Le arrebató el rizador y hago amago de darle en la cabeza con él.

—¿Has venido a animarme o a repasar todos mis defectos?

—¡Perdón! Solo era un comentario. —Me ofrece una sonrisa alegre—. No estés triste mucho tiempo, no es tu estilo. Hay más chicos aparte de Kavinsky. Chicos que no son las sobras de mi prima. Chicos como John McClaren. Está bueno. Yo misma iría a por él si no estuviese tan interesado en ti.

—Ahora mismo no puedo pensar en nadie más. Peter y yo acabamos de romper —digo en voz baja.

—Hay química entre Johnny y tú. Lo vi con mis propios ojos el día de la cápsula del tiempo. Te desea. Antes te gustaba, a lo mejor sigue habiendo algo —dice, haciendo chocar su hombro con el mío.

La ignoro y sigo rizándome el pelo, mechón de pelo a mechón de pelo.

Peter sigue sentándose delante de mí en clase de química. No sabía que pudieses echar de menos tanto a alguien cuando solo está a unos centímetros de distancia. Quizá sea porque no me mira ni una sola vez. Hasta ahora no había comprendido del todo el papel tan

grande que ha adquirido en mi vida. Se ha hecho tan... familiar. Y ahora ha desaparecido. No desaparecido, sigue aquí, pero ya no puedo acceder a él, lo que probablemente sea aun peor. Durante un tiempo, fue bueno. Muy muy bueno. ¿No lo fue? Tal vez las cosas muy muy buenas no estén destinadas a durar mucho, tal vez eso es lo que las hace mucho más dulces, su transitoriedad. Tal vez esté intentando sentirme mejor. Funciona, pero apenas. Por ahora, apenas es suficiente.

Después de clase, Peter permanece en su pupitre y luego se da la vuelta y dice:

—Hola.

El corazón me da un salto.

—Hola. —Me viene a la cabeza el pensamiento súbito, irrefrenable de que si quiere recuperarme, diré que sí. Me olvidaré de mi orgullo, y de Genevieve. Me olvidaré de todo.

—Quiero que me devuelvas el collar —dice—. Obviamente.

Mis dedos vuelan hasta el relicario en forma de corazón que está en torno a mi cuello. Quería quitármelo esta mañana, pero no he sido capaz.

¿Tengo que devolverlo ahora? Stormy tiene toda una caja de chucherías y de recuerdos de antiguos novios. No creí que tuviera que devolver el mío. Pero era caro y Peter es práctico. Podría recuperar su dinero y su madre podría

revenderlo.

—Por supuesto —digo, mientras me peleo con el cierre.

—No tienes que devolvérmelo ahora mismo. —Y mi mano se detiene. Quizá deje que me lo quede un poco más o para siempre—. Pero me lo llevaré.

No puedo abrir el cierre, y estoy tardando una eternidad, y es horroroso porque él está ahí de pie. Al final se acerca por detrás y me aparta el pelo del cuello de modo que este descansa sobre mi hombro. Quizá sea mi imaginación, pero creo oír el latido de su corazón. El suyo está latiendo, y el mío se está partiendo.

Kitty entra corriendo en mi habitación. Estoy sentada en mi escritorio haciendo los deberes. Llevo un montón de tiempo sin sentarme aquí a hacer los deberes. Peter y yo solíamos ir a Starbucks después de clase. La soledad ya ha comenzado.

—¿Has cortado con Peter? — exclama Kitty.

—¿Quién te lo ha contado?

—Eso no importa. Contesta a la pregunta.



—Bueno... Sí.

—No te lo merecías —escupe.

Me tambaleo en mi silla.

—¿Qué? Eres mi hermana, no es justo que te pongas del lado de Peter. Ni siquiera has escuchado mi versión de la historia. Y tampoco tendría que ser necesario. ¿No sabes que nunca debes ponerte en contra de tu hermana?

Kitty frunce los labios.

—Cuéntame tu versión de la historia.

—Mi versión de la historia es complicada. Peter aún siente algo por Genevieve...

—Peter ya no siente nada por ella. No pongas excusas.

—¿No viste lo que yo vi, Kitty! —  
espeto.

—¿Qué es lo que viste? Dime —  
cuestiona, la barbilla alzada en señal de  
desafío.

—No es solo lo que vi. Es lo que  
sabía desde el principio. Da igual.  
Tampoco lo entenderías, Kitty.

—¿Lo viste besarla? ¿Lo viste?

—No, pero...

—Pero nada. ¿Tiene algo que ver  
con el chico del nombre raro? ¿John  
Amberton McClaren o lo que sea? —me  
pregunta con los ojos entornados.

—¿No! ¿Por qué lo dices? ¡Espera  
un momento! ¿Has vuelto a leer mis  
cartas?

Frunce el ceño y sé que lo ha hecho, el monstruito.

—¡No cambies de tema! ¿Te gusta o no?

—Esto no tiene nada de que ver con John McClaren. Se trata de Peter y yo.

Quiero decirle que Peter sabía que fue Genevieve la que grabó el vídeo y lo dejó correr. Lo sabía y la protegió. Pero no puedo ensuciar su imagen infantil de quién es Peter. Sería demasiado cruel.

—Kitty, no importa. Peter aún siente algo por Genevieve, y yo lo he sabido siempre. Además, ¿qué sentido tiene ir en serio con Peter cuando romperemos igual que Margot y Josh? Los amores de instituto casi nunca duran, ¿sabes? Y con

razón. Somos demasiado jóvenes para ir en serio.

Las lágrimas se me escapan incluso mientras digo eso.

Kitty se ablanda y me rodea con el brazo.

—No llores.

—No estoy llorando, solo lagrimeo un poco.

Con un hondo suspiro, dice:

—Si esto es el amor, gracias, pero no. No quiero nada de esto. Cuando crezca, iré a mi rollo.

—¿Eso qué significa? —le pregunto.

Kitty se encoge de hombros.

—Si me gusta un chico, pues vale, saldré con él, pero no me quedaré en casa llorando por él.

—No actúes como si no llorases nunca.

—Lloro por cosas importantes.

—¡Anoche lloraste porque papá no te dejó quedarte a ver la tele!

—Sí, bueno, era importante para mí. Me sorbo las lágrimas.

—No sé por qué me molesto en discutir estas cosas contigo.

Es demasiado pequeña para entenderlo. Una parte de mí desea que no lo haga nunca. Las cosas iban mejor cuando yo no lo entendía.

Esa noche, papá y yo estamos lavando los platos. Cuando carraspea y

dice:

—Kitty me ha contado lo de tu ruptura. ¿Cómo lo llevas?

Aclaro un vaso y lo meto en el lavavajillas.

—Kitty es una bocazas. Iba a contártelo más adelante.

Pero en el fondo deseaba no tener que hacerlo.

—¿Quieres que hablemos? Puedo prepararte un té de buenas noches. No tan rico como el de mamá, pero bueno.

—Tal vez luego —respondo con amabilidad. Su versión del té de buenas noches no es de las mejores.

Me abraza los hombros.

—Las cosas irán a mejor. Peter Kavinsky no es el único chico que hay

en el mundo.

—No quiero volver a sufrir así —  
digo con un suspiro.

—Es imposible protegerse contra la  
pena, Lara Jean. Forma parte de la vida.  
—Me besa la coronilla—. Sube arriba y  
descansa. Yo terminaré aquí.

—Gracias, papá.

Lo deajo en la cocina, canturreando  
para sí mientras seca una sartén con un  
trapo.

Mi padre dice que Peter no es el  
único chico que hay en el mundo. Sé que  
es verdad, por supuesto que lo es. Pero  
mira a papá. Mi madre fue la única  
chica del mundo para él. De no haberlo  
sido, ya habría encontrado a otra

persona. Quizá también ha estado intentando protegerse de la pena. Quizá nos parezcamos más de lo que creía.



Está lloviendo otra vez. Pensaba llevar a Kitty y a *Jamie* al parque después de clase, pero ahora está descartado. En lugar de eso, me siento en la cama, me rizo el pelo y observo la lluvia caer como bolitas de plata. El tiempo acompaña mi humor, supongo.

Con la ruptura, me olvidé del juego. Bueno, pues ahora me acuerdo. Ganaré. La eliminaré. No puede quedarse a Peter y ganar el juego. Es demasiado injusto. Y se me ocurrirá el deseo perfecto, algo

perfecto que arrebatarle. ¡Si al menos supiera qué desear!

Necesito ayuda. Llamo a Chris, pero no responde. Estoy a punto de llamar otra vez, pero en el último momento le envío un mensaje a John:

¿Me ayudas a eliminar a Genevieve?

Tarda unos minutos en responder:

Será un honor.

John se acomoda en el sofá, se inclina hacia delante y me mira fijamente.

—Y bien, ¿cómo quieres hacerlo? ¿Quieres que la haga salir?

¿Organizamos una operación encubierta?

Coloco un vaso de té helado delante de él. Sentándome a su lado, digo:

—Creo que primero debemos organizar un dispositivo de vigilancia. No sé ni su horario.

Y... si gano el juego y descubro su gran secreto, sería un buen extra.

—Me gusta cómo piensas —dice John, mientras echa la cabeza hacia atrás y se bebe el té.

—Sé dónde guardan la llave de emergencia. Una vez Chris y yo tuvimos que recoger una aspiradora de su casa. Y si... ¿y si intento ponerla nerviosa? Podría dejar una nota en su almohada que diga *Te estoy observando*. Eso

seguro que le pondría los pelos de punta.

John casi se atraganta con su té.

—Espera, ¿qué conseguirías con eso?

—No sé. ¡Tú eres el experto!

—¿Experto? ¿Experto en qué? Si fuese bueno, seguiría en el juego.

—Era imposible que supieras que estaría en Belleview ese día. Fue mala suerte —señalo.

—Tenemos muchas casualidades. Belleview. El día que estuviste en las Naciones Unidas en miniatura.

Me miro las manos.

—Eso no fue... una casualidad del todo. De hecho, no fue una casualidad en absoluto. Fui a buscarte. Quería saber

cómo eras. Sabía que estarías en las Naciones Unidas. Me acordaba de lo mucho que te gustaba en la escuela.

—Solo me apunté para coger práctica hablando en público. Por mi tartamudeo. Espera. ¿Dices que fuiste para buscarme? ¿Para ver cómo era?

—Sí... Siempre me lo había preguntado.

John no dice nada. Se limita a mirarme fijamente. Deja su vaso en la mesa con brusquedad. Después lo vuelve a levantar y pone un posavasos debajo.

—No me has dicho lo que pasó con Kavinsky esa noche después de que me marchara.

—Ah. Cortamos.

—Cortasteis —repite, con el rostro inexpresivo.

Entonces me doy cuenta de que Kitty está merodeando en la entrada como una pequeña espía.

—¿Qué quieres, Kitty?

—Mmm... ¿queda *hummus* de pimiento rojo?

—No sé, ve a mirar.

John está boquiabierto.

—¿Esta es tu hermana pequeña? La última vez que te vi, eras una niña.

—Sí, he crecido —responde, sin el menor asomo de educación.

Le lanzo una mirada elocuente.

—Sé amable con nuestro invitado.

—Kitty se da la vuelta y corre escaleras arriba—. Siento lo de mi hermana. Está muy unida a Peter y se le ocurren ideas alocadas...

—¿Ideas alocadas? —repite John.  
Debería darme una bofetada.

—Sí, bueno, cree que hay algo entre nosotros. Está claro que no, y que yo no... no te gusto, o sea de locos.

¿Por qué estoy hablando? ¿Por qué me dio Dios una boca si la voy a usar para decir estupideces?

Sobreviene tal silencio que abro la boca para soltar más estupideces, pero entonces dice:

—Bueno, no son *tan* alocadas.

—¡Claro! No quería decir alocadas... —Cierro la boca de golpe y

mantengo la mirada fija al frente.

—¿Te acuerdas de cuando jugamos a girar la botella en mi sótano?

Asiento.

—Estaba muy nervioso al besarte porque nunca había besado a una chica —dice, y levanta el vaso de té. Toma un trago, pero ya no hay té, solo hielo. Nuestras miradas se encuentran y sonrío—. Los chicos se burlaron de mí por meter la pata.

—No metiste la pata.

—Creo que fue cuando el hermano mayor de Trevor nos explicó que había conseguido que una chica... —John titubea, y yo asiento impaciente—. Nos aseguró que había conseguido que una



chica tuviese un orgasmo con solo besarla.

Suelto una risa aguda y me tapo la boca con las manos.

—¡Es la mentira más grande que he escuchado! Nunca le vi hablar con ninguna chica. Además, no creo ni que sea posible. Y si lo fuera, dudo mucho de que Sean Pike fuese capaz de ello.

John también ríe.

—Bueno, ahora sé que es mentira, pero por entonces todos le creímos.

—A ver, ¿fue un beso fantástico? No, no lo fue. —John se encoge, así que me apresuro—. Pero no fue para nada terrible. Te lo juro. Y, además, no soy ninguna experta en besos. ¿Quién soy yo para hablar?

—Vale, vale, puedes dejar de intentar que me sienta mejor. He mejorado mucho. Eso es lo que me dicen las chicas.

Esta conversación ha tomado un giro extraño, lleno de confesiones. Y estoy nerviosa, pero no en plan mal. Me gusta compartir secretos, que conspiremos juntos.

—Ah, conque has besado a muchas, ¿eh?

John vuelve a reír.

—Un número respetable. Aunque me sorprende que te acuerdes de ese día. Te gustaba tanto Kavinsky que no pensaba que te hubieses fijado en quién más estaba allí.

Le doy un empujón en el hombro.

—¡No me gustaba Kavinsky!

—Sí, te gustaba. Mantuviste la mirada fija en la botella durante todo el juego, así. —John levanta la botella y la mira fijamente como un láser—. A la espera de tu oportunidad.

Estoy roja como un tomate, lo sé.

—Cállate.

—Como un halcón a su presa — dice, y se ríe.

—¡Cállate! —Ahora yo también me río—. ¿Cómo es que te acuerdas de eso?

—Porque yo estaba haciendo lo mismo.

—¿También estabas mirando a Peter?

Lo digo en plan de broma, burlona, porque es divertido. Es la primera vez que me divierto en días.

Me mira directamente, sus ojos azul marino seguros y firmes, y contengo la respiración.

—No. Te estaba mirando a ti.

Algo ruge en mis oídos, y es el sonido de mi corazón latiendo a triple velocidad. «En el recuerdo, todo parece ocurrir al son de la música». Una de mis frases favoritas de *El zoo de cristal*. Si cierro los ojos, casi puedo escucharla, ese día en el sótano de John Ambrose McClaren. Dentro de unos años, cuando recuerde ese momento, ¿qué música oiré?

Sus ojos se mantienen sobre los míos y siento un aleteo que comienza en mi garganta y se me extiende por el pecho y la clavícula.

—Me gustas, Lara Jean. Me gustabas entonces y ahora me gustas incluso más. Sé que Kavinsky y tú acabáis de cortar y que aún estás triste, pero quiero dejarlo inequívocamente claro.

—Mmm... Vale —musito. Sus palabras me llegan con claridad, no se pierden en ninguna dirección. Ni rastro de tartamudeo. Inequívocamente claras.

—Muy bien, pues. Vamos a ganarte un deseo. —Saca su móvil y abre Google Maps—. He buscado la dirección de Gen antes de venir. Creo

que tienes razón. Deberíamos tomarnos nuestro tiempo, y evaluar la situación, no lanzarnos sin pensar.

—Ajá.

Estoy en estado de ensueño, me cuesta concentrarme. John Ambrose McClaren quiere dejarlo inequívocamente claro.

Kitty entra en el salón con un refresco de naranja, un bote de *hummus* de pimiento rojo y una bolsa de tostadas de pan de pita. Se abre paso hasta el sofá y se deja caer justo entre los dos.

—¿Queréis? —Nos ofrece, abriendo la bolsa.

—Sí —dice John cogiendo una tostadita—. Eh, tengo entendido que se te dan bastante bien las estratagemas.

¿Es cierto?

—¿Por qué lo dices? —pregunta con cautela.

—Fuiste tú la que envió las cartas de Lara Jean, ¿no? —Kitty asiente—. Entonces, seguro que se te dan bien las estratagemas.

—Bueno, sí. Supongo.

—Genial. Necesitamos tu ayuda.

Las ideas de Kitty son un poco extremas, como rajar los neumáticos de Genevieve, o lanzar una bomba fétida dentro de su casa para obligarla a salir, pero John anota todas y cada una de sus sugerencias. Detalle que no se le escapa a Kitty. Se le escapan muy pocas cosas.

La mañana siguiente, Kitty está perdiendo el tiempo delante de su tostada de mantequilla de cacahuete y, desde detrás del periódico, papá dice:

—Si no te das prisa, perderás el autobús.

Se limita a encogerse de hombros y se toma su tiempo yendo arriba a buscar su mochila. Seguro que piensa que puede ir conmigo si pierde el autobús, pero yo también voy tarde. Me he levantado tarde y no encontraba mis



vaqueros favoritos, así que he tenido que conformarme con mis segundos favoritos.

Mientras aclaro mi bol de cereales, miro por la ventana y veo pasar el autobús escolar de Kitty.

—¡Has perdido el bus! —grito.

Sin respuesta.

Meto mi comida en la bolsa y digo:

—Si vienes conmigo, ¡date prisa!

¡Adiós, papá!

Me estoy poniendo los zapatos junto a la puerta de entrada cuando Kitty pasa corriendo a mi lado y por la puerta, la mochila rebotando contra su hombro. La sigo y cierro la puerta a mi espalda. Y allí, al otro lado de la calle, apoyado contra su Audi negro, está Peter. Le

ofrece una sonrisa enorme a Kitty y yo me quedo ahí de pie, completamente anonadada. Lo primero que pienso es: «¿Ha venido a verme?». No, no puedo ser. Mi segundo pensamiento es: «¿Podría ser una trampa?». Miro alrededor, en busca de algún rastro de Genevieve. No hay ninguno y me siento culpable por pensar que podría ser tan cruel.

Kitty lo saluda con la mano como una loca y corre hacia él.

—¡Hola!

—¿Lista para irnos? —le pregunta a Kitty.

—Sí. —Kitty se vuelve para mirarme—. Lara Jean, puedes venir con

nosotros. Me sentaré en tu regazo.

Peter está mirando su teléfono y la pequeña esperanza de que podría estar aquí en parte para verme se extingue.

—No, solo hay espacio para dos.

Abre la puerta del acompañante para ella, y Kitty sube.

—Ve rápido —le dice.

Apenas me mira de reojo antes de irse. Bueno. Supongo que eso es todo.

—¿Qué tipo de pastel me estás preparando? —Kitty está sentada en el taburete y me observa.

Estoy preparando un pastel esta noche para que esté listo para la fiesta de mañana. Se me ha metido en la

cabeza la idea de que la fiesta de pijamas de Kitty tiene que ser la mejor de la historia, en parte porque llega con tanto retraso y debería ser digna de la espera, y en parte porque los diez años son una edad importante en la vida de una chica. Puede que Kitty no tenga madre, pero si de mí depende tendrá una fiesta de cumpleaños espectacular.

—Te he dicho que es una sorpresa.  
—Vierito la harina en el bol—. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien. He sacado un sobresaliente en un control de mates.

—¡Muy bien! ¿Ha ocurrido algo más interesante?

Kitty se encoge de hombros.

—Creo que la señora Bertoli se ha tirado un pedo por accidente cuando estaba pasando lista. Todo el mundo se ha reído.

Levadura en polvo, sal.

—Muy bien. Mmm, ¿Peter te ha llevado directamente a clase, u os habéis parado en algún sitio?

—Me ha llevado a por donuts.  
Me mordisqueo el labio.

—Qué amable. ¿Te ha dicho algo?

—¿Sobre qué?

—No sé. Sobre su vida.

Kitty pone los ojos en blanco.

—No ha dicho nada de ti, si eso es lo que te estás preguntando.

Eso duele.

—No me lo estaba preguntando —  
miento.

Kitty y yo tenemos toda la fiesta de pijamas planeada al detalle. Maquillaje de zombis. Cabina fotográfica con accesorios. Manicuras.

Elijo el pastel de Kitty con el mayor cuidado. Es de chocolate con mermelada de frambuesa y glaseado de chocolate blanco. He preparado tres salsas para picar. Crema agria con cebolla, *hummus* de pimiento rojo y *dip* de espinacas frío. *Crudités*. Cruasanes rellenos de salchichas. Palomitas de caramelo saladas para la película. Ponche de

sorbete de lima, al que le añades *ginger ale*. Incluso he encontrado en el ático un viejo bol de ponche de cristal que también será ideal para la fiesta de Belleview. Para desayunar a la mañana siguiente prepararé tortitas con trocitos de chocolate. Sé que todos estos detalles también son importantes para Kitty. Ya ha mencionado que en el cumpleaños de Brielle, su madre preparó *smoothies* de fresa, ¿y quién podría olvidar que la madre de Alicia Bernard preparó crepes cuando lo menciona cada dos por tres?

Esta noche, papá está relegado a su habitación, lo que parece ser un alivio para él, pero antes le obligo a bajar la cómoda *vintage* que tengo en mi habitación. Ordeno con mucho celo mi

colección de camisones, pijamas, peúcos y zapatillas peludas. Entre Kitty, Margot y yo hemos reunido un montón de zapatillas peludas.

Todas se ponen el pijama enseguida, riendo, chillando y discutiendo sobre quién se queda con qué.

Yo llevo un salto de cama rosa pálido que encontré con la etiqueta puesta en una tienda de segunda mano. Me siento como Doris Day en *Juego de pijamas*. Lo único que me falta son las zapatillas peludas con tacones. Intenté convencer a Kitty de que deberíamos celebrar una noche de pelis antiguas, pero tumbó la idea al instante. Para arrancarles una sonrisa, me pongo rulos



en el pelo. Me ofrezco a ponérselos a ellas, pero todas chillan y dicen que no.

Son tan chillonas que a cada rato tengo que decir:

—¡Chicas, chicas!

A mitad de la sesión de manicura, me doy cuenta de que Kitty está un poco apartada. Pensaba que se encontraría en su elemento, la más guapa del baile, pero está incómoda y jugando con *Jamie*.

Cuando todas las chicas suben corriendo a mi habitación para ponerse las mascarillas faciales de barro que he preparado, agarro a Kitty del codo.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto. Asiente e intenta salir disparada, pero le lanzo una mirada

severa—. ¿Juramento de hermanas?

Kitty titubea.

—Shanae se ha hecho muy amiga de Sophie —dice, con los ojos llenos de lágrimas—. Más amiga que ella y yo. ¿Has visto cómo se han hecho manicuras a juego? No me han preguntado si quería hacerme una manicura a juego.

—No creo que quisieran excluirte —digo.

Encoge sus hombros huesudos.

La abrazo y se queda rígida, así que apoyo su cabeza en mi hombro.

—A veces las mejores amistades pueden ser difíciles. Las dos estáis creciendo y cambiando, y es complicado crecer y cambiar al mismo ritmo.

Levanta la cabeza de golpe y vuelvo a empujarla sobre mi hombro.

—¿Es lo que pasó con Genevieve?

—Para serte sincera, no sé lo que pasó con Genevieve. Se mudó y seguíamos siendo amigas, y entonces dejamos de serlo. —Reparo demasiado tarde en que mis palabras no son precisamente reconfortantes para alguien que se siente excluida por sus amigas—. Pero estoy segura de que eso no te pasará nunca.

Kitty suelta un suspiro derrotista.

—¿Por qué las cosas no pueden seguir siendo como antes?

—Entonces, nada cambiaría nunca y no crecerías. Habrías tenido nueve años

para siempre y no habrías cumplido los diez.

Se limpia la nariz con el antebrazo.

—A lo mejor no me importaría.

—Nunca podrías conducir o ir a la universidad o comprarte una casa y adoptar a un montón de perros. Sé que quieres hacer todas esas cosas. Tienes un espíritu aventurero, y ser una niña puede interponerse en tu camino porque necesitas el permiso de los demás. Cuando seas mayor, podrás hacer lo que quieras y no tendrás que pedirle permiso a nadie.

—Sí, eso es cierto —dice con un suspiro.

Le aparto el pelo de la frente.

—¿Quieres que os ponga una peli?

—¿Una de terror?

—Vale.

Se está animando, entrando en su modo de negociación como la mujer de negocios que es.

—Tiene que ser para mayores. No de niños.

—Bueno, pero si os asustáis, no dormiréis en mi habitación. La última vez me tuvisteis despierta toda la noche. Y si alguno de los padres se queja, diré que pusisteis la película sin mi permiso.

—Ningún problema.

La observo subir las escaleras como una flecha. Por imposible que sea a veces, Kitty me gusta tal como es. No me habría importado que tuviese nueve

años para siempre. Las preocupaciones de Kitty son manejables, me caben en la palma de la mano. Me gusta que siga dependiendo de mí para algunas cosas. Sus preocupaciones y sus necesidades hacen que me olvide de las mías. Me gusta sentir que me necesitan, que tengo obligaciones con alguien. La ruptura con Peter no es tan importante como el hecho de que Katherine Song Covey cumpla diez años. Ha crecido como una mala hierba, sin una madre, solo dos hermanas y un padre. No es poco. Es algo extraordinario.

Pero diez años, caramba. A los diez ya no es una niña. Está justo a medio camino. La idea de que crezca, deje sus juguetes atrás y su set de pintura... me

hace sentir melancolía. Crecer es algo verdaderamente agridulce.

Me suena el teléfono y es un mensaje lastimero de mi padre:

¿Es seguro bajar? Tengo mucha sed.

Todo despejado.

Recibido.

Seguir a Genevieve me resulta extrañamente familiar. Pequeñas observaciones inconsecuentes me vuelven a la mente. Es una combinación embriagadora de cosas que sé y cosas que ignoro sobre ella. Pasa por la recogida desde el coche de Wendy's y sé, sin mirar, qué hay en la bolsa. Un Frosty pequeño, patatas fritas pequeñas para mojar y seis *nuggets* de pollo, también para mojar.

John y yo seguimos a Genevieve por



la ciudad, pero la perdemos en un semáforo, así que nos dirigimos a Belleview. Hay un comité de planificación al que tengo que asistir. La fiesta está a la vuelta de la esquina, y todos estamos redoblando nuestros esfuerzos para tenerlo todo listo a tiempo. Belleview se ha convertido en mi consuelo, un lugar seguro durante los momentos difíciles. En parte porque Genevieve no lo conoce, así que no puede eliminarme, pero también porque es el único lugar donde no me encontraré con ella y con Peter, libres de hacer lo que quieran juntos ahora que él vuelve a estar soltero.

Empieza a nevar al principio de la reunión. Todos se amontonan en torno a

las ventanas, sacuden la cabeza y exclaman:

—¡Nieve en abril! ¿Te lo puedes creer?

Para cuando terminamos, hay varios centímetros de nieve en el suelo y la nieve se ha convertido en hielo.

—Johnny, no puedes conducir con este tiempo. Te lo prohíbo terminantemente —ordena Stormy.

—No pasa nada, abuela. Soy un buen conductor —objeta John.

Stormy le da un buen tortazo en el brazo.

—¡Te he dicho que no me llames abuela! Solo Stormy. Y la respuesta es no, no lo voy a permitir. Los dos os

quedareis en Belleview esta noche. Es demasiado peligroso. —Me dedica una mirada severa—. Lara Jean, llama a tu padre ahora mismo y dile que no pienso permitir que salgas con este tiempo.

—Puede venir a buscarnos —sugiero.

—¿Y que ese pobre viudo sufra un accidente de coche de camino aquí? No, no lo voy a consentir. Dame tu teléfono, lo llamaré yo misma.

—Pero... mañana tenemos escuela.

—Cancelada —dice Stormy con una sonrisa—. Lo acaban de anunciar por la tele.

—¡No tengo mis cosas! ¡Ni cepillo de dientes ni pijama ni nada! —protesto. Me rodea con el brazo.

—Tranquilízate y deja que Stormy se ocupe de todo. No te preocupes por nada.

Y así es como John Ambrose McClaren y yo acabamos pasando la noche juntos en la residencia de ancianos.

Una tormenta de nieve en abril es algo mágico. Aunque sea a causa del cambio climático. Algunas florecillas rosas ya han brotado en los jardines junto a la ventana del salón de Stormy y la nieve la está golpeando, como cuando Kitty espolvorea azúcar glas sobre las tortitas: rápido y en grandes cantidades.

Pronto ya ni se ve el rosa de las flores; todo está recubierto de blanco.

Estamos jugando a las damas en el salón de Stormy, las damas grandotas que puedes comprar en Cracker Barrel. John me ha derrotado dos veces y no para de preguntar si lo estoy timando. Doy rienda suelta a mi falsa modestia, pero la respuesta es no, lo que pasa es que John es mejor que yo jugando a las damas. Stormy nos sirve piñas coladas que prepara en la licuadora con «solo una gotita de ron para entrar en calor» y calienta *spanakopitas* congeladas, unas empanadillas griegas, en el microondas que nadie toca. Bing Crosby suena en el estéreo. Son las nueve y media, y Stormy está bostezando y diciendo que necesita

su sueño reparador. John y yo intercambiamos miradas. Es muy temprano y no me acuerdo de la última vez que fui a dormir antes de medianoche.

Stormy insiste en que me quede con ella y en que John duerma en la habitación de invitados del señor Morales. Se nota que a John no le gusta la idea porque pregunta:

—¿No puedo dormir en el suelo?

Me sorprende que Stormy niegue con la cabeza.

—¡Dudo que al padre de Lara Jean le hiciese ninguna gracia!

—No creo que a mi padre le importase. Puedo llamarlo si quieres.

Pero la respuesta es un no firme y atronador: John tiene que dormir con el señor Morales. Para ser una dama que siempre me está diciendo que sea atrevida, tenga aventuras y lleve un condón encima, es más anticuada de lo que creía.

Stormy le entrega a John una toalla y un par de tapones de oídos.

—El señor Morales ronca —dice, y le da un beso de buenas noches.

John arquea una ceja.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ya te gustaría saberlo! —dice, y entra contoneándose en la cocina como la gran dama que es.

En voz baja, John me dice:

—¿Sabes qué? No me gustaría nada de nada.

Me muerdo la mejilla para que no se me escape la risa.

—Mantén el móvil en modo de vibración. Te enviaré un mensaje —dice John antes de salir por la puerta.

Oigo los ronquidos de Stormy y el susurro de los copos de nieve golpeando el alféizar de la ventana. Estoy dando vueltas en el saco de dormir de Stormy, pasando calor y deseando que Stormy no tuviese la calefacción tan alta. Los ancianos siempre se quejan del frío que hace en Belleview, de lo «pésima» que



es la calefacción, como dice Danny, del edificio Azalea. Pero para mí hace calor de sobra. El camisón de cuello alto de color melocotón que Stormy ha insistido en que me ponga tampoco ayuda. Estoy tumbada de lado, jugando al Candy Crush en mi móvil, preguntándome cuándo me enviará John su mensaje de una vez.

¿Quieres salir a jugar con la nieve?

Le respondo enseguida.

¡Sí! Aquí hace mucho calor.

¿Nos vemos en el pasillo dentro de dos minutos?

OK.

Me levanto tan deprisa que casi tropiezo. Uso el móvil para encontrar el abrigo y las botas. Stormy sigue roncando. No encuentro la bufanda, pero no quiero hacer esperar a John, así que salgo sin ella.

Ya está en el pasillo esperándome. Tiene el pelo de punta por detrás y, basándome solo en eso, creo que podría enamorarme de él si me lo permitiera. Cuando me ve, alarga la mano y canta:

—Hazme un muñeco de nieve.

Y me desternillo tanto de risa que John dice:

—Shhh, ¡que vas a despertar a los residentes! —Cosa que aún me hace reír más.

—¡Son solo las diez y media!

Corremos por el pasillo enmoquetado, riendo tan bajo como podemos. Pero cuanto menos quieres reír, más difícil resulta parar.

—No puedo parar de reír —jadeo mientras cruzamos las puertas correderas y salimos al patio.

Ambos estamos sin aliento; ambos paramos en seco.

El suelo está cubierto de un grueso manto de nieve blanca como la lana de una oveja. Es tan bello y silencioso que casi me duele el corazón de puro placer.

Me siento muy feliz en este momento, y me doy cuenta de que ello se debe a que no he pensado en Peter ni una sola vez. Me vuelvo para mirar a John, y él ya me está mirando con una media sonrisa en el rostro. Me provoca un aleteo nervioso en el pecho.

Doy vueltas en círculo y canto:

—Hazme un muñeco de nieve. —Y los dos rompemos a reír otra vez.

—Conseguirás que nos echen de aquí —me advierte.

Le cojo la mano y lo hago girar conmigo lo más rápido posible.

—¡Deja de comportarte como si vivieses en una residencia de ancianos, vejestorio! —grito.

John me suelta la mano y los dos

damos un traspié. A continuación toma un puñado de nieve y le da forma de bola.

—Conque vejestorio, ¿eh? ¡Ya te daré yo vejestorio!

Me alejo de él como una flecha, tropezando y resbalando por la nieve.

—¡Ni te atrevas John Ambrose McClaren!

Me persigue riendo y respirando con fuerza. Consigue agarrarme por la cintura y levanta el brazo como si estuviese a punto de meterme la bola de nieve por la espalda, pero en el último momento me suelta. Pone los ojos como platos.

—Dios mío, ¿llevas el camisón de

mi abuela debajo del abrigo?

—¿Quieres verlo? Es muy descocado —digo entre risas y empiezo a desabrocharme el abrigo—. Espera un momento, date la vuelta.

Sacudiendo la cabeza, John dice:

—Esto es muy raro. —Pero obedece.

En cuanto se gira, cojo un puñado de nieve, formo una bola y me la meto en el bolsillo del abrigo.

—Vale, gírate.

John se gira y le lanzo la bola de nieve directamente a la cabeza. Le da en el ojo.

—¡Ay! —aúlla, y se lo limpia con la manga del abrigo.

Suelto un chillido y me acerco a él.

—Cielos, lo siento mucho. Estás bien...

John ya está recogiendo más nieve y lanzándose sobre mí. Y así empieza nuestra guerra de bolas de nieve. Nos perseguimos y consigo darle otro buen golpe en la espalda. Pedimos tregua cuando estoy a punto de resbalar y caerme de culo. Por suerte, John me atrapa justo a tiempo. No me suelta enseguida. Nos miramos fijamente durante un segundo, su brazo en torno a mi cintura. Hay un copo de nieve en sus pestañas.

—Si no supiera que aún estás colgada de Kavinsky, te besaría ahora mismo.

Me estremezco. Hasta Peter, lo más romántico que me había pasado fue con John Ambrose McClaren, bajo la lluvia, con las pelotas de fútbol. Ahora esto. Qué raro es que nunca haya salido con John, aparece en dos de mis momentos más románticos.

John me suelta.

—Estás congelada. Regresemos.

Vamos a la recepción del piso de Stormy para sentarnos y descongelarnos. Solo hay una luz encendida, y el ambiente es umbrío y tranquilo. Por lo que parece todos los residentes están en sus apartamentos. Se me hace raro estar aquí sin Stormy y los demás, como estar en la escuela de noche. Nos sentamos en



el elegante sofá de estilo francés y me quito las botas para que los pies me entren en calor. Muevo los dedos para recuperar la sensación.

—Lástima que no podamos encender un fuego —dice John mientras estira los brazos y mira la chimenea.

—Sí, es falsa. Debe de haber alguna normativa sobre las chimeneas en las residencias de ancianos, seguro que...

—Mi voz se apaga al ver a Stormy con su quimono de seda, saliendo de puntillas de su apartamento y cruzando el pasillo. Hasta el apartamento del señor Morales. Oh, Dios mío.

—¿Qué? —pregunta John, y me tapo la boca con la mano. Me agacho en mi asiento y me deslizo hasta el suelo. Tiro

de él para que se siente a mi lado. Permanecemos agachados hasta que escuchamos cómo se cierra la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? — susurra.

—No sé si querrás saberlo — respondo enderezándome.

—Por Dios bendito, ¿qué pasa? Dímelo de una vez.

—He visto a Stormy con su quimono rojo colándose en el apartamento del señor Morales.

John se atraganta.

—Oh, Dios mío. Eso es...

Le dirijo una mirada compasiva.

—Lo sé, y lo siento.

Sacudiendo la cabeza, apoya la

espalda en el sofá, las piernas estiradas delante de sí.

—Vaya, tiene guasa. Mi bisabuela tiene una vida sexual mucho más activa que yo.

No puedo resistirme a preguntar.

—Entonces..., ¿supongo que no te has acostado con muchas chicas? Perdona, soy una persona muy inquisitiva —añado al final, y me rasco la mejilla—. Hay quienes dirían que soy entrometida. No tienes que responder si no quieres.

—No, responderé. Nunca me he acostado con nadie.

—¿¡Qué!?

No me lo puedo creer. ¿Cómo es posible?

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No sé, supongo que pensaba que todos los chicos lo hacían.

—Bueno, solo he tenido una novia y era religiosa, así que nunca lo hicimos, lo que me parecía bien. Además, confía en mí, no todos los chicos tienen relaciones sexuales. Diría que la mayoría no las tienen —John hace una pausa—. ¿Y tú?

—Yo tampoco lo he hecho.

Frunce el ceño, confundido.

—Espera, pensaba que Kavinsky y tú...

—No. ¿Por qué piensas eso? —Ah, el vídeo. Trago saliva. Pensaba que a lo mejor era la única persona que no lo

había visto—. Conque has visto el vídeo del jacuzzi.

John vacila un momento y dice:

—Sí, al principio no sabía que eras tú, no hasta la fiesta de la cápsula del tiempo, cuando supe que estabais juntos. Un chico me lo enseñó en clase, pero no me fijé mucho.

—Solo nos estábamos besando. Ojalá no lo hubieras visto —respondo, y agacho la cabeza.

—¿Por qué? Sinceramente, no me importa en absoluto.

—Supongo que me gustaba la idea de que me vieras de cierta manera. Siento que ahora la gente me ve diferente, pero tú me seguías viendo como la antigua Lara Jean. ¿Sabes lo

que quiero decir?

—Así es como te veo. Para mí, sigues siendo la misma. Siempre te veré así, Lara Jean.

Sus palabras y su forma de mirarme hacen que la calidez se extienda por mi cuerpo, una calidez dorada hasta la punta de mis dedos congelados. Quiero que me bese. Quiero saber si será diferente de Peter, si hará desaparecer la pena. Si me ayudará a olvidarlo, aunque sea solo un ratito. Pero tal vez lo nota, que Peter está aquí con nosotros, en mis pensamientos, que no quedaría solo entre él y yo, porque John no se mueve.

En lugar de eso, me hace una

pregunta:

—¿Por qué me llamas siempre por mi nombre completo?

—No sé. Supongo que es como pienso en ti.

—Ah, o sea que piensas mucho en mí...

Riendo, respondo:

—No, lo que digo es que cuando pienso en ti, que no es muy a menudo, es como lo hago. El primer día de clase, siempre tengo que explicarles a los profesores que me llamo Lara Jean y no solo Lara. ¿Y te acuerdas de cuando el señor Chudney empezó a llamarte John Ambrose por culpa de eso? «Señor John Ambrose.»

—Señor John Ambrose McClaren

III, *milady* —dice John con falso acento británico.

Se me escapa la risa. Nunca he conocido a un tercero.

—¿De verdad?

—Sí, es un rollo. Mi padre es júnior, así que lo llaman JJ, pero mis parientes lejanos aún me llaman Pequeño John. Preferiría John Ambrose antes que Pequeño John. Suena como un rapero o como ese personaje de Robin Hood —dice, y pone una mueca.

—Qué sofisticada es tu familia.

Solo veía a la madre de John cuando lo iba a recoger. Parecía más joven que el resto de las madres, ella y John tenían la misma piel clara y su pelo también



era más largo que el de otras madres, de color paja.

—No. Mi familia no es nada sofisticada. Anoche mi madre preparó ensalada de gelatina de postre. Y mi padre solo se come el filete si está bien hecho. Y solo vamos de vacaciones a lugares adonde podemos ir conduciendo.

—Pensaba que tu familia era..., bueno, rica.

Me avergüenzo al instante de haber dicho «rica». Hablar del dinero de los demás es una hortería.

—Mi padre es muy tacaño. Su empresa de construcción le va bastante bien, pero se enorgullece de ser un hombre hecho a sí mismo. No fue a la universidad ni mis abuelos tampoco.

Mis hermanas fueron las primeras de la familia.

—No sabía eso de ti —digo.

¡Estoy aprendiendo muchas cosas nuevas sobre John Ambrose McClaren!

—Ahora es tu turno de contarme algo que no sepa de ti —me invita John.

—Ya sabes más que la mayoría. Mi carta de amor se aseguró de ello — respondo, y me río.

A la mañana siguiente estornudo mientras me pongo el abrigo, y Stormy arquea una de sus delicadas cejas.

—¿Pillaste un resfriado jugando en la nieve con John?

Me remuevo incómoda en el sitio. Tenía la esperanza de que no sacase el tema. ¡Lo último que quiero hacer es discutir acerca de sus escapadas nocturnas con el señor Morales! Vimos a Stormy regresar a su apartamento y después esperamos media hora antes de que John volviera al del señor Morales.

—Perdón por escabullirnos. Era muy temprano y no podíamos dormir, así que pensamos en salir a jugar con la nieve —respondo de manera poco convincente.

Stormy sacude la mano con indiferencia.

—Es justo lo que esperaba que ocurriera. Por eso hice que Johnny se

quedara con el señor Morales, claro. ¿Qué gracia tendría si no hubiera algunos obstáculos para animar las cosas? —se ufana, y me guiña un ojo.

—¡Qué astuta eres! —me admiro.

—Gracias, querida. —Se nota que está satisfecha de sí misma—. ¿Sabes qué? Mi Johnny sería un primer marido maravilloso. Dime, ¿lo besaste con lengua anoche?

La cara me arde.

—¡No!

—Me lo puedes contar, cielo.

—Stormy, no nos besamos y, aunque lo hubiésemos hecho, no lo discutiría contigo.

Stormy alza la nariz en un gesto altivo.

—¡Vaya, qué egoísta por tu parte!

—Tengo que irme, Stormy, mi padre me espera en la entrada. ¡Nos vemos!

Mientras me apresuro a salir, grita:

—No te preocupes, ¡se lo sacaré a Johnny! ¡Os veré a los dos en la fiesta, Lara Jean!

Cuando salgo, el sol brilla con fuerza y buena parte de la nieve se ha derretido. Es casi como si lo de anoche hubiese sido un sueño.

La noche antes de la fiesta, llamo a Chris con el manos libres mientras hago rodar masa de galletas por el azúcar.

—¿Chris, me prestas tu póster de Rosie la Remachadora?

—Sí, pero ¿para qué lo quieres?

—Para la fiesta de los años cuarenta que organizo mañana en Belleview...

—Para ya, estoy aburrida. ¡Dios, solo hablas de Belleview!

—¡Es mi trabajo!

—Oh, ¿crees que debería buscar

trabajo?

Pongo los ojos en blanco. Todas las conversaciones acaban volviendo a Chris y a las preocupaciones de Chris.

—Ah, y hablando de trabajos divertidos, ¿quieres hacer de cigarrera para la fiesta? Llevarías un conjunto bonito y un sombrerito.

—¿Con cigarros de verdad?

—No, de chocolate. Los cigarros no son buenos para la gente mayor.

—¿Habrá alcohol?

Estoy a punto de decir que sí, solo para los residentes, pero al final me lo pienso.

—No lo creo. Podría ser una mezcla peligrosa con su medicación y sus andadores.

—¿Cuándo es?

—¡Mañana!

—Ah, lo siento. No puedo renunciar a mi viernes noche por esto. Sin duda me saldrá un plan mucho mejor para el viernes. Un martes, puede. ¿Puedes cambiarlo al martes que viene?

—¡No! ¿Puedes traer el póster mañana a clase?

—Sí, pero envíame un recordatorio.

—Vale.

Me soplo el pelo fuera de la cara y empiezo cortar la masa de galleta. Aún tengo que cortar las zanahorias y el apio para las *crudités*, y también verter el merengue. Estoy preparando besos de merengue a rayas azules, rojas y



blancas, y me preocupa que los colores se mezclen. Bueno, qué le vamos a hacer, tendrán que conformarse con besos de merengue púrpuras. Hay cosas peores. Hablando de cosas peores...

—¿Sabes algo de Gen? He tenido mucho cuidado, pero parece que no esté ni jugando.

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

—Seguramente está demasiado ocupada practicando vudú sexual con Peter —digo con la esperanza de que Chris meta baza. Siempre es la primera en criticar a Gen.

Pero no lo hace. Lo único que dice es:

—Tengo que irme, mi madre me está

dando la vara para que saque al perro.

—¡No te olvides del póster!

Después de clase, Kitty y yo nos instalamos en la cocina, donde hay mejor luz. Bajo los altavoces y escuchamos a las Andrew Sisters para ponernos en situación. Kitty extiende una toalla y dispone todo mi maquillaje encima, además de los pasadores y la laca.

Levanto un paquete de pestañas falsas.

—¿De dónde las has sacado?

—Brielle se las robó a su hermana y

me dio un paquete.

—¡Kitty!

—No lo notará. ¡Tiene un montón!

—No puedes llevarte las cosas de los demás por la cara.

—No fui yo, fue Brielle. Además, ya no puedo devolverlas. ¿Quieres que te las ponga o no?

Titubeo un momento.

—¿Sabes hacerlo?

—Sí, he visto a su hermana muchas veces —dice Kitty, y me quita las pestañas de la mano—. Si no quieres que las use contigo, las guardaré para mí.

—Vale, de acuerdo, pero nada de seguir robando. —Frunzo el ceño—. Eh, ¿os habéis llevado mis cosas? Ahora

que lo pienso, hace meses que no he visto mi gorro de lana con orejas de gato.

—Shh, no hables más.

El pelo es lo que nos lleva más tiempo. Kitty y yo hemos mirado montones de tutoriales para desentrañar la logística de los rollitos estilo *pin-up*. Requieren cardar mucho el pelo, además de mucha laca y muchos rulos. Y pasadores. Muchos pasadores.

Me miro en el espejo.

—¿No te parece que mi pelo parece un poco... severo?

—¿Qué quieres decir con severo?

—Parece que tenga un bollito de canela en la cabeza.

Kitty me pone el iPad en la cara.

—Sí, igual que esta chica. Ese es el *look*. Tiene que ser auténtico. Si lo suavizamos, no será auténtico, y nadie sabrá quién se supone que eres. — Asiento con lentitud: tiene razón—. Además, me voy a casa de la señora Rothschild para una sesión de adiestramiento con *Jamie*. No tengo tiempo de empezar de cero.

Para mi pintalabios, conseguimos el tono perfecto de rojo cereza mezclando dos rojos distintos (rojo ladrillo y rojo camión de bomberos) con polvos rosa eléctrico.

Me estoy quitando el exceso de pintalabios, cuando Kitty pregunta:

—¿El chico guapito de John Amber McAndrews vendrá a recogerte u os encontraréis en la residencia?

Ondeo el pañuelo en su cara en señal de advertencia.

—Viene a recogerme, y más te vale ser amable. Y no es un chico guapito.

—Lo es comparado con Peter — asegura Kitty.

—Seamos sinceras, los dos son guapos. Y tampoco es que Peter tenga tatuajes ni una gran musculatura. De hecho, es muy vanidoso.

Nunca pasábamos por delante de una ventana o puerta de vidrio en los que no se mirase.

—Bueno, ¿y John es vanidoso?

—No lo creo.

—Mmm.

—Kitty, deja de convertirlo en una competición entre John y Peter. No importa cuál sea más guapo.

Kitty sigue adelante como si no me hubiese escuchado.

—El coche de Peter es mejor. ¿Qué conduce John, un aburrido todoterreno? ¿A quién le importan los todoterrenos? Lo único que hacen es engullir gasolina.

—Creo que es un híbrido.

—Mira que te gusta defenderlo.

—¡Es mi amigo!

—Bueno, y Peter el mío.



Vestirme es un proceso intrincado, y disfruto de cada paso. Es la expectación, la esperanza para la noche. Me pongo lentamente las medias con costura para evitar las carreras. Tardo una eternidad en colocar la costura recta por detrás de mis piernas. Después el vestido, azul marino con espigas blancas y una baya de acebo y mangas anchas. Al final, los zapatos, rojos y de tacón ancho, un lazo en el dedo y una hebilla en el tobillo.

Todo junto combina a la perfección y debo admitir que Kitty tenía razón sobre el rollo estilo *pin-up*. No habría bastado con menos.

Cuando salgo, papá monta un revuelo exclamando lo guapa que estoy

y hace un millón de fotos que le envía a Margot al instante. De inmediato, Margot hace una llamada de vídeo para poder verlo por sí misma.

—Hazte una foto con Stormy. Quiero ver el conjunto tan atractivo que se pondrá —dice Margot.

—Tampoco es tan atractivo. Lo cosió ella misma con un patrón de los años cuarenta —replico.

—Seguro que encontrará la forma de que parezca atractivo. ¿Qué se pondrá John McClaren?

—No tengo ni idea. Dice que es una sorpresa.

—Mmm —dice. Es un *Mmm* muy sugestivo, pero le hago caso omiso.

Papá está tomándome una última foto

en el porche cuando aparece la señora Rothschild.

—Estás preciosa, Lara Jean —me piropea.

—¿Verdad que sí? —tercia papá afectuosamente.

—Cielos, me encantan los años cuarenta.

—¿Has visto el documental de Ken Burns titulado *La guerra*? —le pregunta papá—. Si te interesa la segunda guerra mundial, es de visión obligada.

—Deberíais verlo juntos —señala Kitty, y la señora Rothschild le lanza una mirada de advertencia.

—¿Lo tienes en DVD? —pregunta a papá. Kitty resplandece de entusiasmo.

—Sí, te lo presto cuando quieras — dice papá, tan atento como siempre, y Kitty se enfurruña y a continuación se queda boquiabierta.

Me vuelvo para ver qué esta mirando y es un Mustang descapotable rojo que circula por nuestra calle con la capota bajada y John McClaren al volante.

Se me desencaja la mandíbula al verle. Va vestido con uniforme completo: camisa beis con corbata beis, pantalones de vestir beis y cinturón y gorra beis. Lleva la raya del pelo a un lado. Está tan apuesto como un soldado de verdad. Me sonrío y saluda con la mano.

—Vaya —musito.

—«Vaya» es la palabra justa —dice la señora Rothschild con los ojos como platos. Papá y sus DVD de Ken Burns quedan olvidados; todos estamos mirando a John con su uniforme, en ese coche. Es como si lo hubiese soñado. Aparca el coche delante de casa y todos nos acercamos corriendo.

—¿De quién es el coche? —pregunta Kitty.

—Es de mi padre. Se lo he tomado prestado. Pero tuve que prometerle que lo aparcaría muy muy lejos de cualquier otro coche, así que espero que lleves zapatos cómodos, Lara Jean... —Se interrumpe y me mira de arriba abajo—.

Vaya, estás increíble. Tu pelo es tan... realista.

—¡Es real! —Me lo toco con mucho cuidado, y de repente me siento incómoda con mi cabeza de bollito de canela y el pintalabios rojo.

—Lo sé. Quiero decir que parece auténtico.

—Y tú también —le digo.

—¿Puedo sentarme en el coche? —tercia Kitty, su mano sobre la puerta del pasajero.

—Claro —responde John y sale del coche—. Pero ¿no quieres sentarte en el asiento del conductor?

Kitty asiente. La señora Rothschild entra también, y papá les hace una foto juntas. Kitty posa con un brazo apoyado

despreocupadamente sobre el volante.

John y yo nos apartamos un poco de los demás y le pregunto:

—¿De dónde has sacado el uniforme?

—Lo compré por eBay. ¿Llevo la gorra bien? ¿Crees que es demasiado pequeña para mi cabeza? —me pregunta, y frunce el ceño.

—Para nada. Creo es perfecto. — Me conmueve que se haya tomado la molestia de comprarse el uniforme. No conozco a muchos chicos dispuestos a hacer algo así—. Stormy flipará cuando lo vea.

John me examina el rostro.

—¿Y tú qué dices? ¿Te gusta?

Me sonrojo.

—Sí. Creo que estás... súper.

Resulta que Margot, como siempre, tenía razón. Stormy ha acortado el dobladillo del vestido y le va muy por encima de la rodilla.

—Aún conservo mis ancas — presume mientras da una vuelta—. Mi mejor rasgo, de lo mucho que monté a caballo de pequeña.

También muestra un poco de escote.

Una hombre de cabello blanco que vino en la furgoneta de Ferncliff la está observando con admiración, y Stormy finge no darse cuenta mientras hace



ojitos y se pavonea con una mano en la cintura. Debe de ser el caballero atractivo que Stormy me mencionó.

Le hago una foto sentada al piano y se la envío directamente a Margot, que me contesta con un *emoji* sonriente y dos pulgares hacia arriba.

Estoy colocando el centro de mesa con la bandera estadounidense, observando a John acarrear una mesa al centro de la habitación tal como ha ordenado Stormy. Alicia se me acerca y se lo queda mirando.

—Deberías salir con él.

—Alicia, ya te lo he dicho, acabo de salir de una relación —susurro.

No puedo quitarle los ojos de encima con ese uniforme y esa raya al

lado.

—Pues métete en otra. A vivir, que son dos días.

Por una vez, Alicia y Stormy están en la misma onda.

Ahora Stormy está enderezando la corbata de Johnny y su gorra. Incluso se lame el dedo e intenta alisarle el pelo, pero John se aparta. Nuestras miradas se cruzan y tiene un gesto agitado, como si dijera: *Ayúdame*.

—Ve a rescatarlo. Yo terminaré la mesa, mi exposición sobre los campos de internamiento ya está acabada —se ofrece Alicia. La ha colocado junto a la puerta, de modo que es lo primero que ves al entrar.

Me apresuro hacia John y Stormy, y Stormy me ofrece una sonrisa resplandeciente.

—¿A que está hecho todo un muñeco? —pregunta Stormy, y desaparece.

Con una expresión completamente seria, John dice:

—Lara Jean, estás hecha toda una muñeca.

Se me escapa la risa y me toco la cabeza.

—Una muñeca con cabeza de bollito de canela.

Está empezando a entrar gente a pesar de no son ni las siete. He observado que la gente mayor, por

norma, tiende a aparecer temprano por los sitios. Aún tengo que preparar la música. Según Stormy, cuando celebras una fiesta, la música debe ser la máxima prioridad porque establece el ambiente en cuanto el invitado pone un pie dentro. Se me están poniendo los nervios de punta. Aún queda mucho por hacer.

—Tengo que terminar de montar cosas.

—Dime lo que necesitas. Soy tu segundo al mando en este guateque. ¿La gente decía «guateque» en los años cuarenta? —pregunta John.

—¡Probablemente! —respondo con una risa—. ¿Puedes colocar los altavoces y el iPod? Están en una bolsa junto a la mesa de los refrigerios. ¿Y

puedes ir a recoger a la señora Taylor del 5A? Le prometí un acompañante.

John me hace un saludo militar y se va corriendo. Los escalofríos me recorren la espalda como agua con gas. ¡Esta será una noche digna de recordar!

Llevamos una hora y media de fiesta y Crystal Clemons, una señora de la planta de Stormy, está ofreciendo una clase de *swing*. Como no podía ser de otra manera, Stormy está en primera fila, bailando como si no hubiese un mañana. Yo sigo los pasos desde la mesa de refrigerios: uno-dos, tres-cuatro, cinco-seis. Antes bailé con el señor Morales,

pero solo una vez, porque las mujeres me lanzaban miradas asesinas por sacar a un hombre en buenas condiciones físicas y disponible del circuito. La oferta de hombres en las residencias de ancianos escasea, así que no hay, ni de lejos, suficientes parejas de baile. He escuchado a algunas señoras murmurando lo grosero que es que un caballero no baile cuando hay damas sin pareja y mirando sin piedad al pobre John.

John está de pie al otro lado de la mesa, bebiéndose un refresco y moviendo ligeramente la cabeza al ritmo de la música. He estado tan liada yendo de un lugar a otro que apenas hemos tenido oportunidad de hablar. Me

inclino por encima de la mesa y le pregunto:

—¿Te lo estás pasando bien?

Asiente con la cabeza. Entonces, de manera totalmente repentina, deja su vaso encima de la mesa con un golpe, tan fuerte que hace temblar la mesa.

—Muy bien. Ahora o nunca. El día D.

—¿Qué?

—Vamos a bailar —dice John.

—No tenemos que hacerlo si no quieres, John —respondo con timidez.

—No, sí que quiero. No tomé clases de *swing* con Stormy para nada.

Abro los ojos como platos.

—¿Cuándo tomaste clases de baile

con Stormy?

—No te preocupes por eso. Baila conmigo —me invita.

—Bueno... ¿Te quedan bonos de guerra? —bromeo.

John se saca uno del bolsillo de sus pantalones y lo planta en la mesa. Después me coge la mano y me conduce al centro de la pista de baile, como un soldado yendo al campo de batalla. Todo ceñuda concentración. Le hace una señal al señor Morales, quien se ocupa de la música porque es el único que sabe cómo funciona mi teléfono. *In the Mood*, de Glenn Miller, empieza a sonar por los altavoces.

John asiente con la cabeza, lleno de determinación.



—A por todas.

Y entonces estamos bailando. Paso de *rock*, de lado, juntos, de lado, repetir. Paso de *rock*, un-dos-tres, un-dos-tres. Nos pisamos los dedos como un millón de veces, pero me está moviendo de aquí para allá (giro, giro), y nuestros rostros están sonrojados y los dos estamos riendo. Cuando acaba la canción, tira de mí y me vuelve a soltar una última vez. Todo el mundo aplaude. El señor Morales grita:

—¡Por la juventud!

John me levanta en el aire como si fuésemos patinadores sobre hielo y el público estalla. Sonrío tanto que siento que mi cara podría romperse.

Después John me ayuda a quitar los adornos y a guardarlo todo. Sale al aparcamiento con dos cajas enormes y yo me quedo atrás para despedirme de todo el mundo y asegurarme de que lo tengo todo. Aún me siento embriagada. La fiesta ha ido muy bien y Janette estaba muy satisfecha. Se me acercó, me apretó el hombro y dijo:

—Estoy orgullosa de ti, Lara Jean.

Y después, el baile con John... Mi yo de trece años se habría *muerto*. Mi yo de dieciséis años está flotando por el pasillo de la residencia de ancianos como en un sueño.

Estoy flotando por la entrada principal cuando veo a Genevieve y a Peter entrando, cogidos del brazo, y es como si estuviésemos en una máquina del tiempo y el último año no hubiese ocurrido. *Nosotros* no hubiésemos ocurrido.

Se están acercando. Ahora están a tres metros de distancia, y yo estoy paralizada. ¿No hay forma de salir de esta, de esta humillación, de perder una vez más? Si me doy la vuelta y vuelvo a entrar, me esperará toda la noche en el aparcamiento. Y así de sencillo, vuelvo a ser un conejo bajo sus garras. Y así de sencillo, ella gana.

Y entonces ya es demasiado tarde.

Me han visto. Peter suelta el brazo de Genevieve.

—¿Qué haces aquí? ¿Y todo ese maquillaje? —me pregunta, señalando mis ojos y mis labios.

Me arden las mejillas. Hago caso omiso de su comentario y digo:

—Trabajo aquí, ¿te acuerdas? Ya sé por qué estás aquí, Genevieve. Peter, gracias por ayudarla a eliminarme. Eres un tipo admirable.

—Covey, no he venido aquí a ayudarla a eliminarte. Ni siquiera sabía que estarías aquí. Ya te lo dije, ¡el juego me importa una mierda!

Se gira hacia Genevieve con una mirada acusadora.

—¡Dijiste que tenías que venir a

buscar una cosa de una amiga de tu abuela!

—Así es. Se trata de una casualidad increíble. Supongo que gano yo, ¿no?

Se muestra de lo más engreída, muy segura de sí misma y de su victoria sobre mí.

—Aún no me has eliminado.

¿Debería regresar corriendo a la residencia? Stormy me dejaría pasar la noche con ella si hiciese falta.

Justo entonces, el Mustang descapotable rojo de John aparece rugiendo por el aparcamiento.

—Hola, chicos —dice John, y Peter y Gen se quedan boquiabiertos. Solo entonces pienso en los raros que

debemos parecer juntos, John con su uniforme de la segunda guerra mundial con su pequeña gorra, y yo con mis rollitos de *pin-up* y el pintalabios rojo.

Peter lo observa con atención.

—¿Qué haces *tú* aquí?

—Mi bisabuela vive aquí. Stormy. Quizá hayas oído hablar de ella. Es amiga de Lara Jean —responde John con aire despreocupado.

—Seguro que no se acuerda —añado.

Peter me frunce el ceño y sé que no se acuerda. Es típico de él.

—¿Y qué pasa con los disfraces? —pregunta en tono huraño.

—Fiesta de la USO. Muy exclusiva. Solo para vips... Lo siento, chicos —

dice John. Entonces saluda a Peter con el sombrero, cosa que hace enfadar a Peter y que en consecuencia me alegra.

—¿Qué es una fiesta de la USO? — me pregunta.

John apoya el brazo en el asiento del pasajero con gesto indulgente.

—Es de la segunda guerra mundial.

—No te lo estaba preguntando a ti, se lo preguntaba a ella —espeta Peter. Me mira a mí, inflexible—. ¿Esto es una cita? ¿Tienes una *cita* con él? ¿Y de quién demonios es el coche?

Antes de que pueda responder, Genevieve hace ademán de atraparme y la esquivo. Me escondo detrás de una columna.

—No seas tan infantil, Lara Jean. ¡Acepta que has perdido y que yo he ganado! —dice Gen.

Echo un vistazo desde detrás del pilar y John me lanza una mirada, una mirada que dice *Entra*. Asiento rápidamente. Entonces abre la puerta del pasajero y corro a toda velocidad hasta el coche. Apenas tengo tiempo de cerrar la puerta antes de que John arranque, dejando atrás a Peter y a Gen.

Me vuelvo para mirar. Peter nos está observando, la boca abierta. Está celoso y me alegro.

—Gracias por la ayuda —digo, e intento recuperar el aliento. El corazón me late con fuerza en el pecho.



John mantiene la mirada fija enfrente, una sonrisa enorme en la cara.

—Cuando quieras.

Nos detenemos en un semáforo y John vuelve la cabeza y me mira, y entonces nos estamos mirando y riendo como locos y vuelvo a quedarme sin aliento.

—¿Les has visto las caras? —jadea John, y apoya la cabeza en el volante.

—¡Un clásico!

—¡Como en el cine! —me sonrío, exultante, los ojos azules relucientes.

—Como en el cine —convengo, apoyando la cabeza en el asiento y abriendo bien los ojos a la luna, tan abiertos que duele y todo. Estoy en un

Mustang descapotable rojo sentada junto a un chico de uniforme y el aire nocturno es como satén sobre mi piel y las estrellas han salido y soy feliz. Y, a juzgar por la forma de sonreír de John, sé que él también lo es. Hemos vivido en un mundo de fantasía por una noche. Olvídate de Peter y de Genevieve. El semáforo cambia a verde y levanto los brazos al aire.

—¡Conduce rápido, Johnny! —grito, y John pisa el acelerador y yo suelto un chillido.

Vamos zumbando a toda velocidad un rato y en el siguiente semáforo aminora la marcha y me rodea con el brazo, arrimándome a él.

—¿No es así como lo hacían en los

años cincuenta? —pregunta, con una mano en el volante y la otra sobre mis hombros.

Mi corazón se acelera otra vez.

—Bueno, técnicamente estamos vestidos de años cuarenta...

Y entonces me besa. Sus labios son cálidos y firmes, y mis ojos se cierran solos.

Cuando se aparta solo una fracción de segundo, me mira y dice medio en serio y medio en broma:

—¿Mejor que la primera vez?

Estoy aturdida. Ahora tiene mi pintalabios en la cara. Alargo la mano y le limpio la boca. El semáforo se pone verde; no nos movemos; me sigue

mirando. Alguien toca la bocina.

—Está verde.

No se mueve; me sigue mirando.

—Contesta primero.

—Mejor.

John pisa el acelerador y volvemos a estar en marcha. Estoy sin aliento.

—¡Algún día me gustaría verte dando un discurso en las Naciones Unidas en miniatura! —le grito al viento.

John ríe.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Creo que sería digno de verse. Seguro que sería... excelente. Ya sabes que, de todos nosotros, tú eres el que más ha cambiado.

—¿Cómo?

—Eras callado. Siempre pensativo. Ahora eres todo seguridad.

—Me sigo poniendo nervioso, Lara Jean.

John tiene un remolino. Un pequeño mechón de pelo que no permanece en su sitio; es tozudo. Es ese mechón por encima de todo lo que hace que el corazón me dé un vuelco.

Después de que John me deje en casa, cruzo la calle corriendo para recoger a Kitty de casa de la señora Rothschild, y me invita a tomar una taza de té. Kitty está durmiendo en el sofá con la tele de fondo. Nos sentamos en el otro sofá con nuestras tazas de Lady Grey y me pregunta cómo ha ido la fiesta. Quizá porque aún estoy embriagada de esta noche, o quizá por los pasadores que me aprietan la cabeza hasta el punto de que me siento grogui, o

acaso porque sus ojos se iluminan con interés sincero cuando empiezo a hablar, el caso es que se lo explico todo. El baile con John, cómo nos vitorearon, Peter y Genevieve, e incluso el beso.

Se abanica con la mano cuando le hablo del beso.

—Cuando ese chico apareció con el uniforme... Nena... —Silba—. Me hizo sentir como una vieja pervertida porque lo conocí de pequeño. Pero, cielos, ¡mira que es guapo!

Se me escapa la risa mientras me quito los pasadores de la cabeza. Ella se inclina un poco y me ayuda. Mi bollito de canela se desenmaraña, y mi cuero cabelludo hormiguea de alivio. ¿Es esto lo que se siente al tener una madre?

¿Charlas nocturnas sobre chicos mientras te tomas una taza de té?

La voz de la señora Rothschild se torna tenue y confidencial.

—Mi único consejo es que te permitas vivir completamente el momento. Mantente bien despierta. ¿Sabes lo que quiero decir? Ve a por todas y aprovecha hasta la última gota de la experiencia.

—¿Así que no te arrepientes de nada? ¿Porque fuiste a por todas?

Estoy pensando en su divorcio, en que fue el tema de conversación de todo el vecindario.

—Oh, no. Me arrepiento de muchas cosas —suelta con una risa ronca, de



esas tan atractivas que solo tienes cuando eres fumador o estás resfriado —. No sé por qué estoy aquí sentada intentando darte consejos. Soy una divorciada desemparejada de cuarenta. Y dos. Cuarenta y dos años. ¿Qué sé yo de nada? Es una pregunta retórica, por cierto. Cuánto echo de menos los cigarrillos —dice mientras suelta un suspiro cargado de anhelo.

—Kitty te comprobará el aliento — le advierto, y vuelve a soltar su risa ronca.

—Me aterra enojar a esta niña.

—Y aunque sea menuda, es una fiera —entono—. Hace bien al tener miedo, señora Rothschild.

—Cielos, Lara Jean, ¿podrías hacer

el favor de llamarme Trina? Sé que soy vieja, pero no *tan* vieja.

Titubeo un momento.

—Muy bien. Trina..., ¿te gusta mi padre?

Se pone un poco colorada.

—Mmm. Sí, creo que es un tipo fantástico.

—¿Como pareja?

—Bueno, no es mi tipo habitual. Y tampoco me ha demostrado tener ningún interés especial, así que... ¡ja, ja!

—Seguro que sabes que Kitty está intentando emparejaros. Si te resulta desagradable, puedo hacerla parar. Bueno, puedo intentar hacerla parar. Pero quizá tenga razón. Creo que mi

padre y tú haríais buena pareja. Le encanta cocinar y encender fuegos, y no le importa ir de compras porque se lleva un libro. Y tú pareces divertida y espontánea y muy... desenfadada.

—Soy un desastre, eso es lo que soy —objeta, y me sonrío.

—Los desastres pueden ser buenos, especialmente para alguien como mi padre. Se merece al menos una cita, ¿no crees? ¿Qué tiene de malo intentarlo?

—Salir con vecinos es un problema. ¿Y si no sale bien y tenemos que seguir viviendo uno enfrente del otro?

—Es un riesgo diminuto comparado con lo que podríais ganar. Si no sale bien, os saludáis cortésmente cuando os veáis y después seguís a lo vuestro. No

pasa nada. Sé que soy parcial, pero mi padre lo vale. Es el mejor.

—Oh, eso ya lo sé. Os veo, chicas, y pienso: «Cielos, un hombre capaz de haber criado a esas chicas debe de ser algo especial». Nunca he visto a ningún hombre tan dedicado a su familia. Las tres sois las joyas de su corona, ¿sabes? Y así es como debería ser. La relación de una chica con su padre es la relación más importante que tendrá en su vida con un hombre.

—¿Y qué hay de la relación de una chica con su madre?

La señora Rothschild ladea la cabeza, meditando.

—Sí, diría que la relación de una

chica con su madre es su relación más importante con una mujer. Su madre o sus hermanas. Eres afortunada al tener dos. Sé que ya lo sabes, mejor que la mayoría, pero tus padres no siempre estarán ahí. Si todo va como tiene que ir, nos abandonan primero. Pero tus hermanas son tuyas de por vida.

—¿Tienes hermanas?

Asiente, y se le forma un amago de sonrisa en el rostro bronceado.

—Tengo una hermana mayor. Jeanie. Nos nos llevábamos tan bien como vosotras, pero cuanto más mayores nos hacemos, más y más se parece a mi madre. Y cuando echo de menos a mi madre y quiero ver otra vez su rostro, visito a Jeanie. —Arruga la nariz—.

Suena raro, ¿no?

—No. Creo que suena... bonito. —  
Titubeo un momento—. A veces, cuando escucho la voz de Margot, si está abajo y nos dice que nos demos prisa y subamos al coche o que la cena está lista, a veces suena tanto como mi madre que me engaña. Solo un momento.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

La señora Rothschild también tiene los ojos húmedos.

—Creo que ninguna chica supera la pérdida de su madre. Soy adulta, y es completamente normal y de esperar que mi madre esté muerta, pero a veces aún me siento huérfana. —Me sonrío—. Pero eso es inevitable, ¿no crees?

Cuando pierdes a alguien y te sigue doliendo es cuando sabes que el amor fue real.

Me seco los ojos. ¿Mi amor con Peter fue real? Porque aún duele.

—Bueno, solo para asegurarme: si mi padre te invita a salir, ¿le vas a decir que sí?

Suelta una carcajada y se tapa la boca cuando Kitty se revuelve en el sofá.

—Ahora ya sé de dónde le viene a Kitty.

—Trina, no has respondido a mi pregunta.

—La respuesta es que sí.

Sonríó para mis adentros. Sí.

Cuando termino de limpiarme la cara de maquillaje y me pongo el pijama son casi las tres de la madrugada. Pero no estoy cansada. Lo que deseo de verdad es hablar con Margot y repasar hasta el último detalle de la noche. En Escocia van con cinco horas de adelanto, lo que significa que allí son casi las ocho de la mañana. Es madrugadora, así que llego a la conclusión de que vale la pena intentarlo.

La pillo cuando se está preparando para ir a desayunar. Coloca el ordenador en su cómoda para que podamos charlar mientras se pone



protector solar, máscara y bálsamo labial.

Le hablo de la fiesta, de la aparición de Peter y Genevieve y, lo más importante, del beso con John.

—Margot, creo que soy el tipo de chica que se enamora de más de una persona a la vez.

Quizá sea el tipo de chica que se enamora mil veces. Me viene a la mente la imagen de una abeja sorbiendo néctar de una margarita, después a una rosa y luego a un lirio. Cada chico es dulce a su manera.

—¿Tú? —Se suelta la coleta que se está haciendo y tamborilea el dedo sobre la pantalla—. Lara Jean, creo que te medio enamoras de todas las personas

a las que conoces. Forma parte de tu encanto. Estás enamorada del amor.

Podría ser cierto. ¡Quizá esté enamorada del amor! No suena como una mala manera de ser.

La feria de primavera de la ciudad se celebra mañana, y Kitty le ha prometido en mi nombre a la asociación de padres y madres que hará un pastel para el juego de los pasteles. Es como las sillas musicales. La música suena mientras los niños dan vueltas alrededor de un círculo de números. Cuando la música se para, se escoge un número al azar y el niño que está de pie enfrente del número correspondiente gana el pastel. Siempre fue mi juego favorito de

la feria porque me gustaba observar todos los pasteles caseros, y también por el puro azar que implicaba. Ciertamente es que los niños se amontonan en la mesa de los pasteles y escogen el pastel que más les gusta e intentan caminar despacio cuando se acercan a su número, pero no pueden hacer mucho más al respecto. Es un juego que no requiere ni habilidades ni conocimientos: literalmente no paras de dar vueltas a un círculo al ritmo de música antigua. Claro que también podrías ir a la pastelería y escoger el pastel que te apetece, pero eso no tiene tanta emoción como no estar seguro del pastel que te tocará.

Mi pastel será de chocolate porque

los niños y la gente en general prefieren el chocolate a cualquier otro sabor. Lo más elaborado será el glaseado. Tal vez lo haga de caramelo salado, o fruta de la pasión, o puede que de moca. He barajado la idea de preparar un pastel *ombré* en el que el glaseado vaya de oscuro a claro. Tengo el presentimiento de que mi pastel tendrá mucha demanda.

Cuando recogí a Kitty de casa de Shanae esta mañana, le pregunté a su madre qué pastel iba a preparar para el juego porque la señora Rodgers es la vicepresidenta de la asociación de padres y madres de la escuela primaria. Soltó un gran suspiro y dijo:

—Prepararé lo que sea que

encontremos en mi despensa. Eso o vamos a comprar fuera.

Después me preguntó qué iba a preparar yo. Se lo conté y dijo:

—Voy a votarte para el título de madre adolescente del año.

Y eso me hizo reír y también me animó a preparar el mejor pastel para que todo el mundo sepa cómo es la familia de Kitty. Nunca se lo mencioné ni a papá ni a Margot, pero mi maestra de lengua de la escuela celebró un té de madres e hijas para celebrar el Día de la Madre. Era una actividad extraescolar y voluntaria, pero tenía muchas ganas de asistir y probar los sándwiches y los bizcochitos que dijo que iba a llevar. Pero solo era para madres e hijas.

Supongo que le podría haber pedido a la abuela que fuera conmigo, Margot ya lo había hecho en numerosas ocasiones, pero no habría sido lo mismo. Y no creo que sea el tipo de cosa que hubiese molestado a Kitty, pero todavía pienso en ello.

El juego de los pasteles se celebra en la sala de música de la escuela primaria. Me he presentado voluntaria para encargarme de la música y he preparado una lista de reproducción con canciones relacionadas con el azúcar. Por supuesto, el *Sugar*, *Sugar* de los Archies, y también *Sugar Shack*, *Sugar*

*Town y I Can't Help Myself (Sugar Pie, Honey Bunch)*. Cuando entro en la sala de música, la madre de Peter y otra madre están colocando los pasteles. Flaqueo, no estoy segura de qué hacer.

—Hola, Lara Jean —dice, pero su sonrisa no le acaba de llegar a los ojos y se me encoge el estómago. Es un alivio cuando se va.

Hay bastante público a lo largo del día, alguna gente juega más de una vez con la esperanza de conseguir el pastel de sus sueños. Intento guiar a la gente hasta mi pastel de caramelo, que sigue en rotación. Hay un pastel de chocolate alemán que tiene a la gente fascinada y estoy bastante segura de que es comprado, pero sobre gustos no hay



nada escrito. Yo misma nunca he sido muy aficionada a este tipo de pastel. ¿Quién quiere copos de coco húmedos? Me estremezco.

Kitty ha estado dando vueltas por ahí con sus amigas y se ha dignado a ayudarme con el juego durante una hora cuando entra Peter con su hermano pequeño, Owen. Está sonando *Pour Some Sugar on Me*. Kitty va a saludar mientras yo me entretengo mirando mi móvil y ella les enseña los pasteles. Tengo la cabeza baja, fingiendo que escribo un mensaje, cuando Peter se me acerca.

—¿Cuál es el tuyo? ¿El de coco?  
Levanto la cabeza de golpe.

—Nunca compraría un pastel para algo así.

—Era una broma, Covey. El tuyo es el de caramelo. Se nota por lo sofisticado del glaseado. —Se calla y hunde las manos en los bolsillos—. Solo para que lo sepas, no fui a la residencia a ayudar a Gen a eliminarte.

Me encojo de hombros.

—Por lo que sé, ya le habrás enviado un mensaje para decirle que estoy aquí.

—Ya te lo he dicho, el juego me importa una mierda. Me parece una bobada.

—Pues a mí, no. Sigo planeando ganar. —Pongo la siguiente canción para

el juego y los niños toman posiciones—. ¿Genevieve y tú volvéis a estar juntos?

Suelta un ruido grosero.

—¿Y a ti qué te importa?

Me vuelvo a encoger de hombros.

—Sabía que volveríais a estar juntos.

A Peter le escuece el comentario. Se da la vuelta como para marcharse, pero luego se detiene. Se frota la nuca y dice:

—No respondiste a mi pregunta sobre McClaren. ¿Era una cita?

—¿Y a ti qué te importa?

Suelta aire por la nariz.

—Me importa porque eras mi novia hasta hace unas semanas, joder. Ni me acuerdo de por qué cortamos.

—Si no te acuerdas, ya no sé qué

decirte.

—Di la verdad. No me jodas. —Su voz se quiebra al decir «jodas». En cualquier otro momento nos habríamos reído. Desearía que fuese así ahora—. ¿Qué hay entre McClaren y tú?

Tengo un nudo en la garganta que de repente me dificulta el habla.

—Nada. —Solo un beso—. Somos amigos. Me ha ayudado con el juego.

—Qué conveniente. Primero te escribe una carta y ahora te lleva por ahí en coche y se pasa el rato contigo en la residencia de ancianos.

—Dijiste que no te importaba lo de las cartas.

—Bueno, supongo que sí me

importaba.

—Entonces, deberías haberlo dicho.  
—Kitty nos está mirado con la frente arrugada—. No quiero hablar más del tema. Estoy aquí para trabajar.

Peter me observa.

—¿Le has besado?

¿Digo la verdad? ¿Tengo que hacerlo?

—Sí. Una vez.

Peter parpadea.

—¿Me estás diciendo que he estado viviendo en el celibato como un monje desde que empezamos este estúpido juego (e incluso antes) y, mientras tanto, tú estabas tonteando con McClaren?

—Hemos roto, Peter. Mientras tanto, cuando estábamos juntos, tú estabas con

Genevieve...

Echa la cabeza atrás y grita:

—¡No la besé!

Algunos de los adultos se giran para mirarnos.

—La tenías en tus brazos —medio susurro, medio grito—. ¡La estabas abrazando!

—La estaba consolando. ¡Dios! ¡Estaba llorando! ¡Ya te lo dije! ¿Lo hiciste para vengarte de mí?

Peter quiere que diga que sí. Quiere que sea por él. Pero no estaba pensando en Peter cuando besé a John. Lo besé porque quería.

—No.

El músculo de su mandíbula se

contrae.

—Cuando rompimos, dijiste que querías ser la chica número uno de alguien, pero mírate. No quieres tener un chico número uno. —Hace un ademán tosco hacia la mesa de los pasteles—. No puedes tener tu pastel y comértelo.

Sus palabras escuecen tanto como esperaba.

—No soporto ese dicho. Claro que lo quiero todo, quiero mi pastel y quiero comérmelo. De lo contrario, ¿qué sentido tendría?

Me frunce el ceño.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

La canción termina y los niños se acercan a buscar sus pasteles. Kitty y Owen también.

—Vamos —le dice Owen a Peter.

Tiene mi pastel de caramelo.

Peter le echa un vistazo y dice:

—No quiero ese pastel.

—¡Ese es el que me dijiste que ganara!

—Pues ya no lo quiero. Déjalo y ve a por el que tiene tantos colores del final.

—No te lo puedes quedar. El juego de los pasteles no funciona así. Te quedas el pastel con el número sobre el que estabas —le dice Kitty.

Peter se queda boquiabierto.

—Venga ya, nena.

Kitty se me arrima más.

—Nop.



Cuando Peter y su hermano se marchan, abrazo a Kitty por detrás. Al fin y al cabo, estaba de mi lado. Las chicas Song se mantienen unidas.

Kitty quería quedarse un rato más en la feria, así que estoy conduciendo sola cuando veo el coche de Genevieve en la carretera. Y así de fácil, empiezo a seguirla. Ha llegado la hora de abatir a esta chica.

Sigue siendo muy atrevida. Con su manera de acelerar delante de los semáforos, casi la pierdo varias veces. «No soy lo bastante buena conductora como para hacer esto», quiero gritarle.

Finalmente acabamos en un edificio

de oficinas que reconozco como el de su padre. Gen entra en el edificio y yo aparco en el mismo centro comercial, pero no demasiado cerca. Apago el motor y reclino mi asiento para que no pueda verme.

Pasan diez minutos, y nada. No sé ni por qué estará en la oficina de su padre durante el fin de semana. A lo mejor está ayudando a la secretaria de su padre. Quizá tenga que quedarme aquí un buen rato. Pero si hace falta, esperaré para siempre. Ganaré, pase lo que pase. Ni siquiera me importa el premio. Solo quiero la victoria.

Estoy empezando a cabecear cuando salen dos personas del edificio, su padre (con un traje y un abrigo beis) y una

chica. Me agacho en mi asiento. En un primer momento pienso que es Genevieve, pero esta chica es más alta. Entorno los ojos. La reconozco. Estaba en el mismo curso que Margot; creo que las dos eran voluntarias de servicios a la comunidad. Anna Hicks. Salen al aparcamiento juntos. Él la acompaña hasta su coche. Ella busca sus llaves. Él le agarra el brazo y gira la cara hacia sí. Y se besan. Apasionadamente. Con lengua. Manos por todas partes.

Oh, Dios mío. Es de la edad de Margot. Solo tiene dieciocho años. El padre de Genevieve la está besando como si fuese una mujer adulta. Él es un padre. Ella es la hija de alguien.

Me siento enferma. ¿Cómo puede hacerle esto a la madre de Genevieve? ¿A Gen? ¿Lo sabe ella? ¿Este es el mal momento por el que ha estado pasando? Si mi padre hiciese algo así, no volvería a mirarlo de la misma manera. No sé si podría ver mi propia vida de la misma manera. Sería una traición de enorme magnitud, no solo a nuestra familia, sino también a sí mismo, a la persona que es.

No quiero ver más. Agacho la cabeza hasta que los dos abandonan el aparcamiento y estoy a punto de arrancar el coche cuando Genevieve también sale, los brazos cruzados, los hombros tensos.

Dios mío. Me ha visto. Tiene los

ojos entrecerrados. Viene directa hacia mí. Quiero marcharme, pero no puedo. Está de pie delante de mí, y me hace un gesto enfadado para que baje la ventanilla. Lo hago, pero me resulta difícil mirarla a los ojos.

—¿Lo has visto? —espetta.

—No. No he visto nada... —digo, con poca convicción.

La cara de Genevieve se pone encarnada. Sabe que estoy mintiendo. Por un segundo me aterra la idea de que rompa llorar o de que me pegue. Preferiría que me pegara.

—Adelante. Elimíname. Para eso has venido —balbucea.

Sacudo la cabeza, pero ella me levanta las manos del volante y las hace

chocar contra su clavícula.

—Ya está. Tú ganas, Lara Jean. Fin del juego.

Y luego se marcha corriendo a su coche.

Hay una palabra coreana que me enseñó mi abuela. Se llama *jung*. Es un vínculo entre dos personas que no puede cortarse, incluso cuando el amor se convierte en odio. Sigues conservando esos antiguos sentimientos por esa persona; no puedes librarte de ellos por completo; siempre guardarás un poco de ternura en tu corazón por esa persona. Creo que eso es en parte lo que siento por Genevieve. *Jung* es la razón de que no pueda odiarla. Estamos ligadas.

Y *jung* es la razón de que Peter no pueda alejarse ella. Ellos también están ligados. Si mi padre hiciese lo que ha hecho el suyo, ¿acaso no buscaría refugio en la única persona que nunca me ha abandonado? En la que siempre estuvo ahí, la que me quiso más que nadie. Peter es esa persona para Genevieve. ¿Cómo puedo culparla?



Estamos en la cocina, limpiando después de un desayuno de tortitas, y papá dice:

—No me puedo creer que el cumpleaños de otra de las chicas Song esté a punto de llegar. —Y se pone a cantar—: Diecisiete cumplirás siendo así...

Siento una poderosa oleada de amor por él, mi padre, a quien tengo la inmensa fortuna de tener.

—¿Qué estás cantando? —

interrumpe Kitty.

Tomo la mano de Kitty y la hago girar por la cocina conmigo.

—Diecisiete cumpliré, a vivir. Ya sé que no aprendí. Han de venir los hombres a mí y a todos habré de oír.

Papá se echa el trapo sobre el hombro y hace ver que desfila. Con una profunda voz de barítono, canta:

—Te hace falta que alguien más viejo guíe tu juventud...

—Esta canción es sexista —dice Kitty mientras la hago reclinar.

—Sin duda lo es —conviene mi padre, y le da con el trapo—. Y el chico en cuestión no era más viejo. Era un nazi en proceso de formación.

Kitty se zafa de los dos.

—Pero ¿de qué estáis hablando?

—Es de *Sonrisas y lágrimas* —le explico.

—¿La película sobre la monja? No la he visto.

—¿Has visto *Los Soprano*, pero no *Sonrisas y lágrimas*?

—¿Kitty ve *Los Soprano*? — exclama papá, alarmado.

—Solo los anuncios —se apresura a decir Kitty.

Yo sigo cantando para mí, girando en círculos como Liesl en la glorieta.

—Tengo dieciséis para diecisiete, hay cosas que aún no sé, los chicos dicen que soy muy dulce y me parece bien.

—¿Por qué vas a creer lo que te dicen unos tipos cualesquiera?

—¡Es la canción, Kitty, no yo! ¡Cielos! —Dejo de girar—. Aunque Liesl era bastante boba. Básicamente tuvo la culpa de que los nazis estuvieran a punto de atraparlos.

—Me atrevería a decir que la culpa fue del capitán Von Trapp. Rolfe no era más que un niño, iba a dejarlos marchar, pero Georg tenía que contrariarlo —dice papá mientras sacude la cabeza—. Georg von Trapp tenía un ego enorme. ¡Ya sé, deberíamos celebrar una noche de *Sonrisas y lágrimas!*

—Vale —digo yo.

—Esta película suena fatal. ¿Qué

nombre es Georg? —se queja Kitty.

No le hacemos ningún caso. ¿Esta noche? ¡Prepararé tacos al pastor!

—No puedo. Tengo que ir a Belleview.

—¿Y tú, Kitty?

—La madre de Sophie nos enseñará a preparar *latkes* de patata. ¿Sabías que puedes añadirles compota de manzana y quedan deliciosos? —dice Kitty.

Papá hunde los hombros.

—Sí, ya lo sabía. Tendré que empezar a pedir cita con un mes de adelanto.

—O podrías invitar a la señora Rothschild. Ella también está muy sola los fines de semana —sugiere Kitty.

Papá la mira extrañado.

—Seguro que tiene mejores cosas que hacer que ver *Sonrisas y lágrimas* con su vecino.

—¡No te olvides de los tacos al pastor! Son un gran aliciente. Y tú, claro. Tú también eres un aliciente.

—Sin duda eres un aliciente —tercia Kitty.

—Chicas... —empieza papá.

—Espera. Déjame decirte una cosa. Deberías salir más, papá.

—¡Ya salgo!

—Has tenido como dos citas —digo, y papá se mantiene callado—. ¿Por qué no invitas a salir a la señora Rothschild? Es guapa, tiene un buen trabajo, Kitty la aprecia. Y vive muy cerca.

—¿Ves? Por eso no debería invitarla a salir. Nunca debes salir con vecinos ni con compañeros de trabajo porque, si las cosas no funcionan, tendrás que seguir viéndolos.

—¿Como en el refrán «No se come donde se caga»? —Papá frunce el ceño, y Kitty se corrige—. Quiero decir: «No se come donde se hace caca».

—Sí, supongo que es lo que quiero decir, pero, Kitty, no me gusta que uses palabrotas.

—Lo siento. Pero sigo pensando que deberías darle una oportunidad a la señora Rothschild. Si no sale bien, pues no sale bien —insiste Kitty con tono arrepentido.

—No quiero que te hagas ilusiones  
—dice papá.

—La vida es así. Las cosas no siempre salen bien. Mira a Lara Jean y a Peter.

Le lanzo una mirada asesina.

—Vaya, muchas gracias.

—Solo intento explicarme —dice Kitty antes de acercarse a papá y abrazarlo por la cintura. Esta niña va a por todas—. Piénsatelo, papá. Tacos. Monjas. Nazis. Y la señora Rothschild

—Seguro que tiene planes —dice papá con un suspiro.

—Me dijo que si la invitabas a salir, diría que sí —suelto.

Papá se sorprende.



—¿En serio? ¿Estás segura?

—Completamente.

—Bueno... Entonces quizá la invite

a salir. A tomar un café o una copa.

*Sonrisas y lágrimas* es un poco larga para una primera cita.

Kitty y yo soltamos un hurra y nos chocamos de manos.

El desayuno de cumpleaños en la cafetería era una tradición que celebrábamos Margot, Josh y yo. Si mi cumpleaños era entre semana, nos levantábamos temprano y, antes de ir a clase, pedía tortitas de arándanos y Margot les ponía una vela encima y entonces cantaban.

El día de mi decimoséptimo cumpleaños, Josh me envía un mensaje de feliz cumpleaños, pero comprendo que no iremos a la cafetería. Ahora tiene

novia y sería raro, sobre todo sin Margot. Con el mensaje basta y sobra.

Papá prepara huevos revueltos con chorizo para desayunar, y Kitty me ha hecho una gran felicitación con montones de fotos de *Jamie*. Margot me desea un feliz cumpleaños por videochat y me dice que mi regalo debería llegar esta tarde o mañana.

En clase, Chris y Lucas encienden una vela en los donuts que han comprado en la máquina expendedora y me cantan «Cumpleaños feliz» en el pasillo. Chris me regala un nuevo pintalabios. Es rojo, para cuando quiera ser mala, dice. Peter no me dice nada en clase de química; dudo que sepa que es mi cumpleaños, y además ¿qué puedo esperar de él

teniendo en cuenta la manera en que acabaron las cosas? Pero es un buen día; tranquilo, pero bueno.

Pero cuando salgo de clase, veo a John con el coche aparcado en la entrada.

Está de pie delante de su coche. Aún no me ha visto. Con esta luz brillante de la tarde, el sol ilumina el cabello rubio de John como un halo y, de repente, me golpea el recuerdo visceral de haberlo amado a lo lejos, de manera estudiada, con ardor. Cuánto admiraba sus manos delicadas y la curva de sus pómulos. Hace mucho tiempo me sabía sus facciones de memoria. Lo tenía memorizado.

Aprieto el paso.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? ¿No tienes clase? —le digo, y lo saludo con la mano.

—He salido pronto.

—¿Tú? ¿John Ambrose McClaren haciendo pellas?

—Te he traído una cosa —responde con una risa, y saca una caja del bolsillo de su abrigo—. Toma.

La tomo en mis manos. La siento pesada, llena de sustancia.

—¿La... la abro ahora?

—Si quieres...

Siento su mirada sobre mí mientras rasgo el papel, y abro la caja blanca. Está nervioso. Preparo mi sonrisa para

que sepa que me gusta, sea lo que sea. El mero hecho de que haya pensado en comprarme un regalo es tan... de agradecer.

Acurrucado en el papel de seda blanco, hay un globo de nieve del tamaño de una naranja con el pie de latón. Dentro hay un chico y una chica patinando sobre el hielo. Ella lleva un suéter rojo y orejeras y está dibujando un ocho, y él la está admirando. Es un momento atrapado en ámbar. Un momento perfecto, preservado en el cristal. Como la noche de nieve en abril.

—Me encanta —le digo, y me gusta un montón. Solo una persona que me conociese de verdad podría hacerme este regalo. Sentir que alguien me

entiende tan bien. Es un sentimiento tan maravilloso que podría llorar.

Es algo que conservaré para siempre. Este momento, y este globo de nieve.

Me pongo de puntillas y lo abrazo, y él me envuelve con más y más fuerza en sus brazos.

—Feliz cumpleaños, Lara Jean.

Estoy a punto de entrar en su coche cuando veo que Peter se acerca dando grandes zancadas.

—Espera un momento —dice con una media sonrisa simpática en la cara.

—Hola —respondo con cautela.

—Hola, Kavinsky —dice John.

Peter lo saluda con la cabeza.

—No he tenido oportunidad de desearte feliz cumpleaños, Covey.

—Pero... me viste en clase de química...

—Pero has salido a toda prisa. Tengo una cosa para ti. Abre las manos.

—Me quita el globo de nieve de la mano y se lo da a John—. Toma, ¿puedes sujetarlo un momento?

Miro a Peter y a John. Ahora estoy nerviosa.

—Tiende la mano —ordena Peter. Miro a John una vez más antes de obedecer, y Peter se saca algo del bolsillo y lo deja caer sobre mis palmas. Mi relicario con forma de corazón—. Es tuyo.



—Pensaba que habías devuelto el collar a la tienda de tu madre.

—Nop. No estaría bien en el cuello de otra chica.

Parpadeo.

—Peter, no puedo aceptarlo. — Intento devolverlo, pero sacude la cabeza: no piensa cogerlo—. Peter, por favor.

—No. Cuando te recupere, volveré a poner ese collar en tu cuello y añadiré una insignia. Como en los años cincuenta. ¿Te acuerdas, Lara Jean? — dice, y mantiene la mirada fija en mí.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla.

—No creo que una insignia signifique lo que tú crees que significa

—le digo, y le ofrezco el collar—.  
Quédatelo, por favor.

—Dime cuál es tu deseo —insiste—.  
—Desea cualquier cosa y te la daré,  
Lara Jean. Solo tienes que pedirlo.

Siento vértigo. A mi alrededor, la gente está saliendo del edificio, y entrando en sus coches. John está a mi lado y Peter me mira como si no hubiera nadie más aquí. Ni en todo el mundo.

Es la voz de John lo que me despierta.

—¿Qué estás haciendo, Kavinsky?  
—le pregunta John sacudiendo la cabeza—.  
—Esto es patético. La trataste como si fuese basura ¿y ahora quieres recuperarla?

—No te metas, Sundance Kid —le

espeta Peter, pero luego se dirige a mí con ternura—. Prometiste que no me romperías el corazón. En el contrato dijiste que no lo harías, pero lo hiciste, Covey.

Nunca le había escuchado tan sincero, tan honrado.

—Lo siento —respondo, con la voz frágil como un susurro—. Pero no puedo.

No miro a Peter al entrar en el coche, pero su collar aún cuelga de mi puño. En el último instante, me doy la vuelta, pero estamos demasiado lejos; no veo si Peter sigue allí o no. El

corazón me late a toda velocidad. ¿Qué me arrepentiría más de perder? ¿La realidad de Peter o el sueño de John? ¿Sin cuál de ellos no puedo vivir?

Pienso en la mano de John sobre la mía. Tumbados uno al lado del otro en la nieve. El modo en que sus ojos parecían aún más azules cuando reía. No quiero renunciar a eso. Pero tampoco quiero renunciar a Peter. Hay muchos motivos por los que quererlos a ambos. La confianza juvenil de Peter, el optimismo con que afronta la vida, y su amabilidad con Kitty. El modo en que mi corazón da un vuelco cada vez que veo su coche delante de mi casa.

Conducimos en silencio durante unos minutos, y entonces, sin apartar la

mirada de delante, John me pregunta:

—¿Tuve siquiera una oportunidad?

—Habría sido muy fácil enamorarme de ti —susurro—. Ya estaba a medio camino.

John traga con fuerza.

—Te recuerdo todo perfecto, y ahora también lo eres. Es como si te hubiese soñado. De entre todos los chicos, es a ti a quien hubiese elegido.

—¿Pero?

—Pero... sigo queriendo a Peter. No puedo evitarlo. Llegó aquí primero y... no desaparece.

Suelta un suspiro derrotado que me duele en el corazón.

—Maldita sea, Kavinsky.

—Lo siento. Tú también me gustas, John, de verdad. Desearía... desearía que hubiésemos podido ir al baile de gala de octavo.

Y entonces John Ambrose McClaren dice una última cosa que me llega al corazón.

—No creo que fuese nuestro momento. Y supongo que ahora tampoco —John me observa, con la mirada firme —. Pero algún día quizá lo sea.

Estoy en el lavabo de chicas, ajustándome el lazo de cola, cuando Genevieve entra. Se me seca la boca. Se queda helada un momento y después se da la vuelta para entrar en un cubículo.

—Tú y yo siempre nos encontramos en el baño —le digo, pero no contesta—. Gen..., siento lo del otro día.

Gen se gira de golpe y avanza hacia mí.

—No quiero tus disculpas. —Me agarra del brazo—. Pero si se lo cuentas

a alguien, te juro por Dios...

—¡No lo haré! ¡No lo haría nunca!  
—chillo.

Me suelta el brazo.

—Porque te compadeces de mí, ¿no?  
—Genevieve ríe con amargura—. Qué falsa eres. Tu papel de niña dulce como la miel me da ganas de vomitar, ¿lo sabías? Tienes engañado a todo el mundo, pero yo sé cómo eres en realidad.

El veneno de su voz me deja atónita.

—Pero ¿yo qué te he hecho? ¿Por qué me odias tanto?

—¡Dios mío! Déjalo ya. Deja de actuar como si no lo supieras. Admite de una vez lo que me hiciste.

—¡Un momento! ¿Lo que yo te hice?



¡Fuiste tú la que colgó un vídeo mío en internet! No tienes derecho a cambiar la historia solo porque te apetezca. ¡Yo soy Éponine; tú eres Cosette! ¡No me pintes como si yo fuera Cosette!

—¿De qué coño estás hablando? — dice mientras arruga los labios.

—*¡Los miserables!*

—No veo musicales. —Se da la vuelta como si fuese a marcharse, pero se detiene y dice—: Os vi en séptimo. Te vi besarlo.

¿Estaba ahí?

Detecta mi sorpresa y se regodea en ella.

—Olvidé mi chaqueta y, cuando regresé a por ella, os vi besándoos en el

sofá. Rompiste la regla más básica del código de las chicas, Lara Jean. De alguna manera, en tu fuero interno me has convertido en la malvada, pero lo que deberías saber es que no estaba siendo una zorra por el mero placer de serlo. Te lo merecías.

La cabeza me da vueltas.

—Si lo sabías, ¿por qué seguiste siendo mi amiga? No dejaste de ser mi amiga hasta más adelante.

Genevieve se encoge de hombros.

—Porque me gustaba echártelo en cara. Yo le tenía y tú no. Créeme, a partir de ese momento dejamos de ser amigas.

Resulta curioso que, de todas las cosas que me ha dicho, esta sea la que

más duele.

—Para que lo sepas, yo no lo besé. Me besó él. Ni siquiera lo veía de esa manera, no antes del beso.

—Ese día te besó porque yo no le dejé. Eras su segunda opción. —Se pasa la mano por el pelo—. Si entonces lo hubieses admitido, quizá te habría perdonado. Quizá. Pero no lo hiciste.

—Quería hacerlo. Pero fue mi primer beso, y fue con el chico equivocado, y sabía que yo no le gustaba —respondo tragando con fuerza.

Ahora todo encaja. Por qué se esforzó tanto en mantenernos separados a Peter y a mí.

Abrazándolo, haciéndole demostrar

que ella seguía siendo su primera opción. Eso no justifica ninguna de sus acciones, pero ahora veo el papel que desempeñé en todo este asunto. Tendría que haberle contado lo del beso enseguida, en séptimo. Sabía a la perfección lo mucho que le gustaba Peter.

—Lo siento, Genevieve. Lo siento de verdad. Si pudiese cambiarlo, lo haría. —Le tiembla la ceja y comprendo que no le es indiferente—. Hace tiempo fuimos amigas. ¿Podemos..., crees que podremos volver a serlo?

Me mira con un desdén total y absoluto, como si fuese una niña que le ha pedido la luna.

—Madura un poco, Lara Jean.

En muchos sentidos, siento que lo he hecho.

Estoy tumbada boca arriba en la casa del árbol, mirando por la ventana. La luna está tan delgada que parece una uña cortada en el cielo. Mañana ya no habrá casa del árbol. Apenas he pensado en este lugar, pero, ahora que va a desaparecer, estoy triste. Supongo que es como todos los juguetes de infancia. No es importante hasta que ya no los tienes. Pero es más que una casa del árbol. Es una despedida, y siento como si fuese el fin de todo.

Lo veo al incorporarme, un hilo púrpura que sobresale del suelo de madera, sacando la cabeza como un brote de hierba. Tiro de la punta y lo saco. Es la pulsera de la amistad de Genevieve, la que yo le di.

«Créeme, a partir de ese momento dejamos de ser amigas.»

No es cierto. Todavía celebrábamos fiestas de pijamas y cumpleaños. Y lloró conmigo cuando creyó que sus padres se iban a divorciar. No es posible que me odiase durante todo ese tiempo. No me lo puedo creer. Esta pulsera de la amistad lo demuestra.

Porque es lo que metió en la cápsula del tiempo, su bien máspreciado, igual

que el mío. Y en la fiesta, lo sacó y lo escondió. No quería que yo lo viese. Pero ahora lo sé. Entonces yo también le importaba. En el pasado, fuimos amigas de verdad. Me brotan las lágrimas. Adiós, Genevieve; adiós, días de colegio; adiós, casa del árbol y todo lo que fue importante para mí durante ese cálido verano.

La gente entra y sale de tu vida. Durante un tiempo son todo tu mundo; lo son todo. Y entonces, un día dejan de serlo. Es imposible saber durante cuánto tiempo los tendrás cerca. Hace un año, no me habría imaginado que Josh ya no sería una constante en mi vida. Me habría resultado inconcebible no ver a Margot todos los días, lo perdida que



me sentiría sin ella, la facilidad con la que Josh desaparecería sin que me diese cuenta. Las despedidas son duras.

—¿Covey? —grita la voz de Peter desde abajo, desde la oscuridad.

Me pongo derecha.

—Estoy aquí.

Sube la escalera deprisa, y agacha la cabeza para no golpear el techo. Gatea hasta la pared de la casa del árbol, y se pone enfrente de mí, de manera que estamos sentados uno en cada punta.

—Mañana derribarán la casa —le digo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Van a construir una glorieta. Ya sabes, como en *Sonrisas y lágrimas*.

Peter me mira con los ojos entornados.

—¿Por qué me has llamado, Lara Jean? Sé que no era para hablar de *Sonrisas y lágrimas*.

—Sé lo de Genevieve. Su secreto.

Apoya la espalda en la pared y su cabeza hace un ruido sordo al golpearla.

—Su padre es un cabrón. Ya había engañado a su madre, pero nunca con alguien tan joven. —Habla a toda prisa, como si fuese un alivio pronunciar al fin las palabras en voz alta—. Cuando las cosas se ponían muy feas con sus padres, Gen encontraba maneras de

hacerse daño. Yo era el que debía protegerla. Era mi trabajo. A veces me asustaba, pero me gustaba... no sé... sentir que me necesitaban. Sé lo manipuladora que puede ser, siempre lo he sabido. En cierto modo, me resultaba más sencillo regresar hacia un terreno conocido. Creo que tal vez estaba asustado —dice con un suspiro.

Se me corta la respiración.

—¿De qué?

—De decepcionarte. —Peter aparta la mirada—. Sé que el sexo es algo importante para ti. No quería echarlo a perder. Eres tan inocente, Lara Jean... Y hay tanta mierda en mi pasado...

Quiero decirle: «Nunca me ha importado tu pasado». Pero no es cierto.

Ahora lo comprendo: Peter no era el que tenía que dejar atrás a Genevieve. Era yo. Durante todo el tiempo que llevo con Peter, me he estado comparando con ella. Todos los aspectos en los que no doy la talla. Todos los aspectos en los que nuestra relación palidece comparada con la suya. Soy yo la que no podía dejarla atrás. Soy yo la que no nos concedió una oportunidad.

De repente, pregunta:

—¿Qué es lo que deseas, Lara Jean? Ahora que has ganado. Felicidades, por cierto. Lo has conseguido.

Siento una oleada de emoción que me sube por el pecho.

—Deseo que las cosas pudieran

volver a ser como eran entre nosotros. Que tú pudieras ser tú, y que yo pudiera ser yo, y que nos divirtiéramos juntos, y que fuera un primer amor tierno que recordara toda la vida.

Siento que me sonrojo al decir la última parte, pero me alegro de haberlo hecho porque eso hace que Peter me mire con una ternura acaramelada durante un instante, y tengo que apartar la mirada.

—No hables como si estuviésemos condenados al fracaso.

—No es mi intención. El primer amor no tiene por qué ser el último, pero siempre será el primero, y eso es especial. Los primeros son especiales.

—Tú no eres la primera. Pero eres

la más especial para mí porque eres la chica a la que quiero, Lara Jean —dice Peter.

Quiero. Ha dicho «quiero». Siento vértigo. Soy una chica a la que quiere un chico, y no solo sus hermanas y su padre y su perro. Un chico con unas cejas preciosas y unas manos mágicas.

—Estoy loco por ti —dice, frotándose la nuca—. ¿No podemos...?

—¿Estás diciendo que yo también te vuelvo loco? —interrumpo.

—Estoy diciendo que me vuelves más loco que ninguna otra chica a la que haya conocido —dice con un gruñido.

Gateo hasta Peter y alargo la mano y trazo con el dedo sus cejas de seda.

—En el contrato dijimos que no nos romperíamos el corazón. ¿Qué pasa si lo volvemos a hacer?

—¿Y qué si lo hacemos? Si somos tan cautelosos, no pasará nada. Hagámoslo en serio de una puta vez, Lara Jean. Vayamos a por todas. Basta de redes de seguridad. Puedes romperme el corazón. Haz lo que quieras con él —dice con ferocidad.

Pongo la mano en su pecho, sobre su corazón. Lo siento latir. Dejo caer la mano. Su corazón es mío, solo mío. Ahora lo creo. Es mío para protegerlo y cuidarlo, mío para romperlo.

Cuánto azar hay en el amor. Tiene algo de aterrador y de maravilloso a la

vez. Si Kitty no hubiese enviado esas cartas, si yo no hubiese ido al jacuzzi esa noche, podrían haber sido Gen y él. Pero Kitty envió las cartas y salí al jacuzzi. Podría haber ocurrido de muchas maneras. Pero así fue como ocurrió. El camino que tomamos. Esta es nuestra historia.

Ahora sé que no quiero amar o que me amen a medias. Lo quiero todo y, para tenerlo todo, hay que arriesgarlo todo.

Así que tomo la mano de Peter, y la pongo sobre mi corazón.

—Cuídalo bien porque es tuyo.

Me mira de tal forma que estoy segura: nunca ha mirado a ninguna chica exactamente así.



Y entonces estoy en sus brazos y nos abrazamos y nos besamos, y temblamos porque los dos sabemos que esta es la noche en la que nos hacemos reales.

«—Real no es cómo estás hecho —  
dijo el Caballo de Tela—. Es una cosa  
que te sucede.

—¿Duele? —preguntó el Conejo.

—A veces —dijo el Caballo de  
Tela, pues siempre era sincero—.  
Cuando eres real no te importa ser  
lastimado.»

MARGERY WILLIAMS

# Agradecimientos

Mi más profundo agradecimiento a mi editora, Zareen Jaffery, sin la que no podría haber escrito este libro.

Gracias también a Justin Chanda, editor y querido amigo, y a Anne Zafian, Mekisha Telfer, Katy Hershberger, Chrissy Noh, Lucy Cummins, Lucille Rettino, Christina Pecorale, Rio Cortez, Michelle Fadlalla Leo, Candace Greene, y Sooji Kim. Llevo ya diez años en S & S y estoy más enamorada de vosotros que nunca. Gracias también al equipo de

S & S Canadá por su apoyo constante, tanto a mí como a mis libros.

Todo mi amor y admiración para mi increíble agente, Emily Van Beek, Molly Jaffa y todo el equipo de Folio. Os lo agradezco mucho. Gracias también a Elena Yip, mi Viernes a tiempo parcial.

A Siobhan Vivian, cómplice en escritura, en el crimen y en todo. No podría hacerlo sin ti.

A Adele Griffin, una de mis personas favoritas del mundo entero: siempre encuentras el pulso de las historias.

Morgan Matson, ¡brindo por esa noche en Londres!

Y por último, a todos mis lectores: todo mi amor, siempre.

Jenny

**Otros títulos de la autora  
que te pueden interesar**

**TRILOGÍA VERANO**



*P.D. Todavía te quiero*

Jenny Han

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de



Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *PS. I Still Love You*

© del texto, Jenny Han, 2015

© de la traducción, Marta Becerril Albornà, 2016

© de la fotografía de cubierta: Douglas Lyle Thompson

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Destino Infantil & Juvenil

[infoinfantilyjuvenil@planeta.es](mailto:infoinfantilyjuvenil@planeta.es)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico: mayo de 2016

ISBN: 978-84-08-15689-5

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)